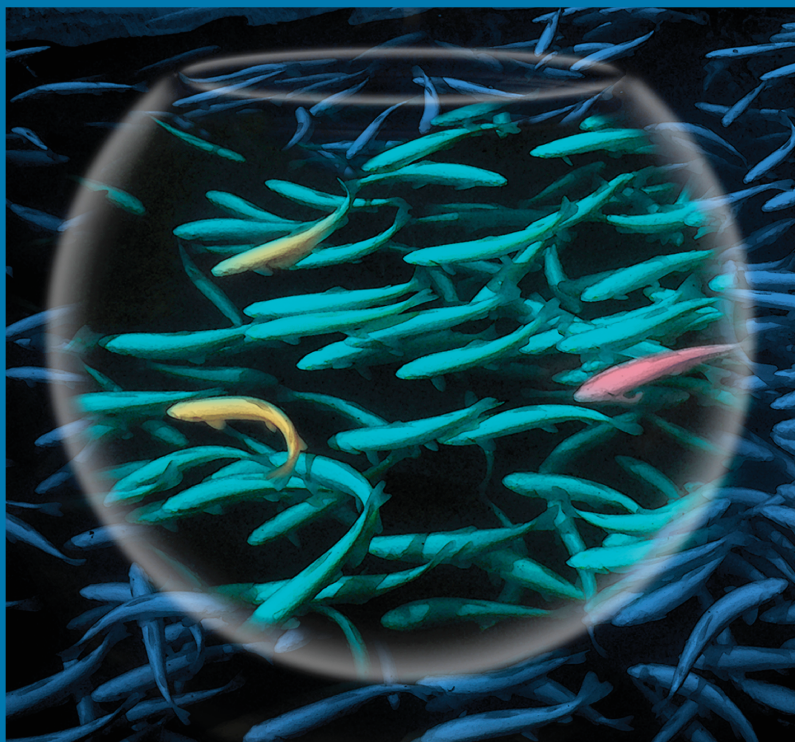


VIDAS

CUENTOS DE CHINA
CONTEMPORÁNEA

EDICIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

中國當代小說



EL COLEGIO DE MÉXICO

VIDAS

CUENTOS DE CHINA CONTEMPORÁNEA

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

VIDAS
CUENTOS DE CHINA CONTEMPORÁNEA

EDICIÓN DE
Liljana Arsovska



EL COLEGIO DE MÉXICO

895.13508
V649

Vidas. Cuentos de China contemporánea / edición de Liljana Arsovska
– 1a. ed. – México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y
África, 2013.
244 p. ; 21 cm.

ISBN 978-607-462-446-5

“Esta antología es resultado de un seminario de traducción que se organizó
en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México”

1. Cuentos chinos – Siglo XX – Traducciones al español. 2. Cuentos chinos –
Siglo XX – Colecciones. 3. China – Civilización – Siglo XX – En la literatura. I.
Arsovska, Liljana, ed.

Primera edición, 2013

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-446-5

Impreso en México

CONTENIDO

Introducción	9
El arcoíris o el halo de Buda <i>A Lai</i>	13
En la lactancia <i>Bi Feiyu</i>	27
El atuendo celestial sin costuras <i>Bi Shumin</i>	39
El joven y el perro <i>Chen Ran</i>	53
La prueba <i>Chen Tong</i>	67
Piedra azarosa <i>Jiang Liming</i>	75
La vida en la ciudad <i>Liu Qingbang</i>	89
Por un poco de calor <i>Qiao Ye</i>	103
La vida en la cuerda <i>Shi Tiesheng</i>	113

Hija adoptiva <i>Su Tong</i>	137
Un hombre casado <i>Su Tong</i>	157
Manita de gato <i>Tang Xiaoling</i>	183
La temática del invierno <i>Wang Meng</i>	189
Las manos <i>Xiao Hong</i>	215
A Jin, el magnate <i>Zhang Kangkang</i>	231
Biografías	237

INTRODUCCIÓN

Esta antología es resultado de un seminario de traducción que se organizó en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Por años, nuestra institución ha recibido a estudiantes de maestría y doctorado de la República Popular China. Durante su estancia en México, en el CEAA se formó un grupo de trabajo compuesto por profesores, alumnos de la institución y colegas chinos, en el que estudiosos de la cultura china y de Hispanoamérica unimos esfuerzos en este proyecto para traducir cuentos de China contemporánea.

El propósito fundamental de nuestro proyecto era aprender unos de otros y, con el tiempo, traducir cuentos para el lector hispanohablante. Durante horas discutíamos sobre cómo traducir un solo carácter; durante días pensábamos cómo transmitir al español un 成语 *chengyu* (proverbio), una metáfora, un dicho, atributos propios del pensamiento chino, de su lengua y cultura milenaria. ¿Traducirlos literalmente, palabra por palabra, aunque en español carezcan de sentido? ¿Buscar equivalentes culturales, es decir, expresiones típicas del español que reflejen el sentido del original? Discutíamos sobre las teorías de la traducción... ¿Favorecer el texto original o domesticar la traducción? Las opiniones eran muy diversas; unos sabían más de lingüística, otros más de teorías de la traducción, pero todos compartíamos el anhelo de ver algún día nuestro esfuerzo plasmado en esta antología. Fueron horas y horas de fructíferas discusiones y, a veces, incluso peleas.

Los criterios de selección de los cuentos corresponden al gusto personal de los traductores. Sólo había una premisa: elegir escritores reconocidos en China cuya obra reflejara los cambios del país en los últimos treinta años. La única excepción es el cuento “Las manos”, escrito por Xiao Hong en 1936. Aunque no es un texto contempo-

ráneo, lo escogimos por su valor literario y su belleza, una referencia del buen cuento chino. Cada uno de los participantes escogía un cuento, elaboraba una propuesta de traducción y la sometía a discusión. ¡Ay, cómo destrozábamos las traducciones de uno para lograr la traducción de todos!

Ante el problema de cómo tratar los nombres chinos hubo muchas propuestas, desde respetarlos hasta españolizarlos... ¿Por qué no? Todos los alumnos chinos del seminario tenían nombres españoles: Noelia, Paco, Óscar, Rosa Salvaje, Esperanza. Finalmente decidimos respetarlos. ¿Y qué hacer con las galletas Wangwang del niño Wangwang?, ¿traducirlas como “plenitud”, “abundancia” o dejarlas así? Pues a Wangwang le gustaban las galletas Wangwang. No queríamos españolizar los cuentos, pues perderían su identidad. Al clásico vestido *qipao*, ¿dejarlo en cursivas o traducirlo simplemente como “vestido chino”?

En un solo fragmento, por ejemplo, podían surgir varias preguntas: “No me exigía acostarme en el hielo y esperar una carpa, ni tampoco me pedía cortar un trozo de mi pierna para curar a sus padres, sólo me pedía hacer una comedia para dos espectadores viejos que no habían pagado su boleto”. “Acostarme en el hielo y esperar una carpa”, ¿es un sacrificio común, o podríamos sustituirlo con alguna expresión mexicana como “no me pedía comer diez chiles habaneros sin agua ni tortillas?”.

Sin embargo, también había muchas coincidencias culturales: suegras insoportables, madres cariñosas y protectoras, vecinos molestos, miedo a la infidelidad del esposo, vergüenza ante un hijo con labio leporino, pánico a la quiebra y a la inestabilidad económica.

A veces me sentía como un miembro del grupo de trabajo del monje Xuan Zang, de la dinastía Tang, quien tenía a su cargo las traducciones de los sutras budistas del sánscrito al chino. Todos aprendimos mucho. Ellos español y nosotros chino; ellos sobre México y nosotros sobre China.

Los cuentos seleccionados representan el arcoíris cultural, social y económico de China contemporánea. Nos adentran en el Tibet, donde aún existen los Budas vivientes; nos trasladan a los grandes centros

urbanos, donde la convivencia no es fácil; nos enfrentan a la problemática de la migración del campo a la ciudad, en la que los padres abandonan a los hijos en la búsqueda de mejores condiciones económicas. Wang Meng, por medio de la sátira, critica el enfrascamiento en discusiones estériles que acaparan la atención colectiva. Y luego la modernidad... Las mujeres que hace sólo treinta años vestían los uniformes grises y azules, estilo Mao, de pronto se preocupan por su apariencia, por los kilos extra, por la decoración de su casa. Los hombres que hace sólo treinta años esperaban que el gobierno le asignara el trabajo que los llevaría a la jubilación, de pronto son empresarios que afrontan la bancarrota o caminan miles de kilómetros en busca de “la piedra de jade”, única e invaluable.

Los personajes de los cuentos seleccionados son todos los chinos: hombres, mujeres, niños, habitantes del campo y de la ciudad. A través de sus historias queríamos acercar la China actual al público hispanohablante de hoy y mañana.

Agradezco a El Colegio de México la oportunidad que nos brinda al sacar a la luz estas *Vidas*, producto del esfuerzo colegiado, cuyos miembros comparten el interés de tender un puente más entre China e Hispanoamérica.

Liljana Arsovska

EL ARCOÍRIS O EL HALO DE BUDA

A Lai

Hoy, un día de junio de 1992, escribo desde el lugar en donde ocurrió esta historia.

Me encuentro en la sala del monasterio. Alrededor hay sólo silencio. Elevo la vista y miro los venados de bronce que incansablemente yacen en el techo que cubre el gran palacio. Parados ahí resguardan la rueda. Sobre el pasto que me separa de esas cosas brillantes florecen un sinnúmero de minúsculas flores amarillas. En ese sitio nace un conocido río chino; el aroma del agua cristalina invade el aire fresco y puro. Sonriendo sin querer, escribí algunas palabras: “La danza de las abejas”. Al terminar sentí luz y una fuerte sacudida, y escuché una misteriosa melodía que jamás supe de dónde venía.

Me hospedo en la habitación del señor Sangmudan. Cuando él partió para Estados Unidos, el comité administrativo del monasterio y el Buda viviente habían decidido convertir la habitación en un cuarto de huéspedes para estudiantes forasteros.

Todos decían que el señor Sangmudan era misterioso. Desde la secundaria sobresalió por su inteligencia e indolencia. La historia comenzó cuando él y sus compañeros decidieron ir a un día de campo, pues la pradera gigante por fin había recibido al breve verano. En aquel tiempo, al señor Sangmudan le gustaban las matemáticas. Al comparar lo inmenso de la pradera con la corta duración del verano, decía:

—Caramba, ¡qué injusta proporción!

Sin saber, habían elegido un día importante para salir de día de campo. La predicción decía que el Buda, que había perecido diecisiete años antes, reencarnaría precisamente ahí.

Cuando los estudiantes salieron, los monjes del monasterio también estaban en camino. Cabalgando veloces caballos, justo al mediodía arribaron a la orilla del lago sagrado. En la cercanía, gaviotas silvestres, blancas como la nieve, flotaban sobre el agua. A lo lejos, una columna de humo claro subía al cielo. Todas eran señales prósperas. Aquel día, debajo de la columna de humo, un grupo de jóvenes disfrutaba de su día de campo. Una manada de caballos paseaba cerca de los muchachos. Dos estudiantes de dieciséis años sujetaron un par de caballos blancos y, ante la mirada de admiración de sus compañeros, los montaron para cabalgar hacia el horizonte. A la orilla del lago sagrado, uno de ellos fue reconocido como el Buda recién reencarnado.

Sangmudan regresó cabalgando solo, y con cara de tristeza comentó a un pastor de caballos que habían elegido a su mejor amigo y no a él:

—El nuevo Buda viviente se llevó tu caballo blanco; le diré que te reponga la pérdida.

El pastor, asombrado, tapó la boca de Sangmudan.

Luego, ese joven apuesto, hincado en el suelo, ofreció una gran reverencia en dirección al lago sagrado. Sangmudan, aun sin ser el nuevo Buda viviente, seguía siendo un joven tranquilo y feliz.

Terminó la universidad y fue maestro de matemáticas en una secundaria. Se dejó crecer una barba bella y suave. Jamás fue un joven que buscara el placer por doquier. Su trabajo fue apreciado, pero eso nunca le importó mucho. Un día dijo al director:

—Voy a renunciar.

El director pensó que se trataba de una broma, cuando Sangmudan añadió:

—No renuncio para ser comerciante, buscaré algún lugar para profundizar en las escrituras sagradas.

Así llegó a esta habitación que ahora es mía. Mandó hacer el librero que tengo a mis espaldas y poner la mesa donde me recargo. El Buda viviente, compañero y amigo de antaño, al rasurarle la cabeza pretendió no conocerlo. Sangmudan, lleno de sinceridad y sentimientos, llamando a su amigo por su nombre, le dijo:

—Te agradezco de todo corazón.

Después el Buda viviente me comentó:

—No sé por qué su llegada me incomodó.

—Él sí lo sabía —le respondí.

—Le dije que no era propio llamarme por mi nombre. Su barba le daba un toque de burla, así que mandé cortársela —añadió el Buda.

Sin barba, su cara destilaba honestidad. Entonces, el Buda viviente, en son de disculpa, le dijo:

—Aunque se trate de ti, deberíamos buscarte un nombre budista.

—No necesito ningún nombre budista, no vine para que me dieras algún título honorario; sólo vine a estudiar las escrituras.

Esta respuesta, altanera y descortés, llamó la atención de Laranbagexi, el hombre más sabio de la comunidad. Gexi, después de encargarse de la instrucción del Buda viviente por más de diez años, poco a poco perdió las esperanzas en su capacidad de comprensión y en el poder de sus sentidos (*indriya*).

Gexi dijo al señor Sangmudan:

—Estudie conmigo la teoría de la iluminación interna, la base y el fundamento del budismo. Sólo ella es grande, profunda e ilimitada.

Aquel día, Gexi habló sobre la “Enseñanza del centro”, de Shou Longshu; decía que las diez mil cosas y fenómenos del universo son “el vacío”, pero el vacío no es la nada. El Buda viviente oía sin comprender, pues no tenía capacidad de abstracción. El señor Sangmudan dijo:

—Es más fácil que las matemáticas. Antes tú no las entendías y te ponías nervioso.

Después de eso, el Buda viviente se rehusó a estudiar con el señor Sangmudan. Y el señor Sangmudan, por su lado, sentado en el lugar donde yo estoy ahora, abrió todos los libros, incluso aquellos que Laranbagexi no había leído a fondo. Los rayos del sol entraban por la ventana iluminando las palabras escritas con letras doradas. Sangmudan, sonriendo, se puso lentes de sol, el brillo instantáneamente desapareció y en el papel sólo quedó la sabiduría susurrando. Lamentándose, comentó:

—En este mundo no hay quien pueda terminar de leer estos libros llenos de sabiduría que a su vez la echan a perder.

Gexi, por su lado, estaba preocupado; el Buda viviente se había negado a estudiar filosofía; su interés ahora estaba centrado en la medicina, pues su habitación estaba llena de mapas y esquemas de los canales de acupuntura.

Justo ese día, cuando el señor Sangmudan pensaba que nadie podía agotar todas las obras clásicas existentes, Gexi entró. Tras un suspiro, comentó:

—Tu talento demuestra que aquel día nos equivocamos al elegir.

—A mí no me interesa ser el Buda viviente.

—Lo sé, en aquel tiempo tampoco querías serlo. Aquel día dos jóvenes hermosos montando a caballo aparecieron en la orilla del lago sagrado. Los monjes que creían en la predicción no supieron a quién elegir. Sangmudan se alejó cabalgando.

El señor Sangmudan envolvió los sutras en seda amarilla, los colocó en el estante y dijo:

—Vamos a verlo.

Antes de salir, tomó la mochila que llevaba al llegar al monasterio, la cerró con llave y se puso el reloj de oro que hacía tiempo había guardado. Las manecillas se detuvieron en alguna hora de dos años atrás. Gexi preguntó:

—¿Qué haces?

El señor Sangmudan, sin responder, caminó con grandes pasos hacia el gran palacio. Al llegar a la puerta, Gexi pensó en pedirle que se detuviera; en el monasterio sólo debía haber un Buda viviente de alto rango y no podía ser sustituido, así que más le valía proteger su autoridad. Antes de verlo, había que anunciar la llegada. El señor Sangmudan, empero, entró sin miramientos.

Gexi, parado afuera de la puerta, miraba los rayos del sol que iluminaban las flores sobre las que unas abejas silvestres de muchos colores sacudían sus alas transparentes. En ese instante, el Buda viviente y el señor Sangmudan, hombro con hombro, salieron del palacio. Mientras caminaba, el Buda viviente ordenó a su séquito buscar un radio:

—El reloj de oro del señor Sangmudan necesita la hora del mundo terrenal de Beijing.

Un joven monje corrió con pasos minúsculos. El Buda viviente, el señor Sangmudan y Gexi, contemplando los rayos del sol, miraban las nubes de formas cambiantes. El monje regresó corriendo con similares pasos, e imitando la voz fuerte del interlocutor, dijo:

—Según el último informe, son las dieciséis en punto, hora de Beijing.

Los tres rieron. Cuando Sangmudan ajustaba el reloj, el Buda viviente extendió la mano y, sin tocarle el hombro, pretendió darle una palmadita. Giró y entró al palacio. En el cercano bosque de cipreses, unos monjes tocaban la suona.¹ Gexi apenas se dio cuenta de que el señor Sangmudan iba a dejar el monasterio. Con la mochila al hombro, el señor Sangmudan comentó:

—Es un lugar hermoso. He ido a tu pueblo, allí también hay mucha belleza; en los veranos las abejas cantan su alegría.

Charlando y caminando ya habían salido del muro que rodeaba el monasterio; el agua limpia fluía en el arroyo. El señor Sangmudan gritó:

—¡Aaah, aaah...! —Y en un abrir y cerrar de ojos, saltó desnudo al arroyo.

Ese hombre de sabiduría profunda jugaba en aguas superficiales.

—Gulugulugulu —emitía los sonidos de un potro.

Al sumergir la cabeza, sólo se asomaba su ancha espalda. Parecía un pez. Abruptamente se irguió y sacudiendo la cabeza gritó. Las gotas de agua en su frente formaron una niebla plateada. En ese instante el mundo se detuvo. Aunque los pájaros seguían cantando y el viento se paseaba de una orilla a otra, el mundo entero se había detenido por un instante. Laranbagexi vio cómo la neblina sobre la cabeza de Sangmudan, iluminada por los rayos inclinados de la tarde, se transformaba en un arcoíris.

—¡Cielos! ¡Es el halo del Buda!

Se le ablandaron las rodillas y poco le faltó para caer hincado ante el hombre que nadaba alegremente. El arcoíris desapareció en ese

¹ Instrumento de viento con un sonido alto y agudo utilizado con frecuencia por los conjuntos de música tradicional china (www.wikipedia.org).

instante. El tiempo comenzó a fluir. El señor Sangmudan, imperturbable, salió a la orilla y se puso a brincar para secarse. En los alrededores, los lamas, que habían interrumpido su clase, observaban la escena. El viento jugaba con sus enormes y solemnes túnicas moradas que, mecidas por el viento, fiu, fiu, parecían incontables banderas.

Cuando escribía esta historia, una sombra cubrió los brillantes rayos de sol. Luego Gexi vino de visita; comimos queso y tomamos té mientras le leía mi escrito.

—¡Ajá! Ya sé por dónde vas, al parecer quieres escribir sobre los caballos.

No se dieron cuenta cuando dos caballos cruzaron entre los montículos. Uno con jinete y el otro solo; su lomo brillaba con el sol. Nadie vio venir los caballos rojos porque todos observaban a Sangmudan ponerse, una por una, las prendas del otro mundo. Se puso el reloj y lo acercó al oído. Se dio vuelta y vio los caballos parados en la otra orilla del estrecho arroyo. Saludando al jinete, Sangmudan comentó:

—¡Qué puntual eres!

El jinete, estirando el cuerpo, contestó:

—Suba por favor, hasta las diez podremos llegar al sitio donde lo esperará su vehículo.

—¡Qué bien! Pasaremos por la orilla del lago bajo el brillo de la luna.

El señor Sangmudan, montado en un caballo rojo, se fue sin siquiera mirar atrás. El viento, tin, tin, tin, hacía girar las ruedas del muro que rodeaba el monasterio. Rayos dorados iluminaban el mundo. Laranbagexi, siguiendo los rayos, regresó al monasterio. Al pasar por la puerta del palacio, vio en las escaleras al Buda viviente que miraba hacia el horizonte. Vestía una camisa amarilla. Sin querer, Gexi pensó: “Aquello que da autoridad no es la sabiduría sino el título”. Gexi extendió la mano:

—Son su semanario y su túnica.

—¿Sangmudan de verdad se fue?

Gexi no respondió, su mirada voló por encima de la cabeza del Buda y se estacionó en el mágico laúd de la diosa de la música. En el budismo, esa doncella es la diosa de la poesía. Contemplando a la

dama, Gexi sintió la necesidad de componer un poema sobre el arcoíris o el halo de Buda. En ese instante oyó un sonido de cuerda. La diosa tocó su laúd. Sólo era el sonido de una cuerda cuyo repicar, sin embargo, duró largo rato, suave y transparente; parecía ser producto de la iluminación instantánea o tal vez sólo era el ruido de las alas de unas abejas que jugaban entre las flores. Mucho tiempo después ese sonido aún retumbaba en los oídos de Laranbagexi.

LA DANZA DE LAS ABEJAS

Aún no llegaba el otoño cuando escuchamos la noticia de que el señor Sangmudan había obtenido el grado de doctor en la capital. Las noticias seguro eran algo exageradas. Se decía que Sangmudan, durante el examen doctoral, no había contestado ninguna pregunta de los sinodales. Los mitos tejían a un personaje agudo que solía comentar:

—Sus preguntas son fáciles, pero también difíciles de responder. Si no me creen, dejen que el que está de pie pregunte algo a los que están sentados.

Sea como fuere, el señor Sangmudan ya había escrito un libro sobre la metodología sofista del budismo, llenando con el grado de doctor un hueco en su formación académica. Una comparación inundó el aire; pensemos que el Instituto de la Doctrina Secreta de la Manifestación del Monasterio es la universidad, y que Gexi es el doctor. Gexi pensó que él también era doctor, un doctor que obtuvo su título académico después de haber agotado todos los libros. Suspiró:

—¡Su talento es impecable!

—¡Zhaxibandian! —dijo el Buda viviente.

Zhaxibandian era un simple nombre, pero en ese caso era el nombre del protector del monasterio. Algunos escritos que preservaban y difundían la sabiduría budista decían: “Todos los espacios que rodean la montaña nevada, donde crece la cebada y donde pastan búfalos, son nuestros territorios”.

Durante los siglos de transmisión del budismo, en esos territorios han aparecido muchos personajes sagrados. Muchas bestias y ogros

fueron tomados como protectores. Hace trescientos años, Zhaxibandian era Gexi y también era doctor. Tenía demasiado conocimiento y demasiadas dudas. Tomó el camino equivocado y al morir no pudo convertirse en Buda, sólo llegó a ser ogro. El Buda viviente de aquellos tiempos, repleto de méritos y virtudes, lo acogió y le asignó la tarea de proteger las escrituras sagradas.

—¿Aquel día el señor Sangmudan dijo algo? —preguntó el Buda viviente.

—¿Qué día?

—El día que partió.

—Me preguntó si en esta estación mi pueblo estaba más bello que aquí.

—¿Y tú qué opinas de eso?

—Las flores abren un poco antes y hay más abejas.

—Ho, ho, ho...

El decimonoveno Buda viviente de ese monasterio había dicho “ho” en son de insatisfacción. Gexi decidió no comentarle el asunto del arcoíris o el halo de Buda. En ese momento prometió jamás decírselo.

Luego los días se apaciguaron. Al Buda viviente le dio por estudiar, sin Sangmudan al lado afloró su capacidad de comprensión. El tiempo y la convivencia acercó a la gente, la hermosa estación voló de las praderas. Las flores caídas se transformaron en copos de nieve que cubrían la virgen tierra dorada; por ningún lado se asomaba la desolación.

Entre el monasterio y la ciudad de Sangmudan no había correo. A pesar de eso, las noticias llegaban. Supieron que el señor Sangmudan estudiaba un idioma mágico que podía asignar sonidos a todas las letras del mundo. Además escribía un libro sobre la iluminación interna y las técnicas de cultivo de los lamas. Y eso justo lo había aprendido con Laranbagexi. Aquel libro que se tejía en la lejanía, atormentaba e interrumpía las meditaciones de Gexi. Pensó que también debería escribir un libro así. Pero muchos monjes lo seguían; incluso el Buda viviente, ahora más sensible que antes, estaba sediento por aprender. No tuvo más remedio que seguir guiándolos entre los sutras.

Las flores caían cuando la nieve se aproximó. Por eso aún se asomaba el aroma floral. Por encima de las voces de los discípulos que recitaban los sutras, flotaba un sonido suave. Todos levantaron la cabeza para seguir las huellas de ese sonido misterioso. Las miradas se centraron en la diosa del mural. Sin embargo, sólo Gexi vio a la abeja que volaba entre las largas cortinas. Nadie desconocía aquel sonido. Esas abejas coloridas sólo crecían en la pradera; sus casas eran los hoyos de la raíz de la hierba. Al parecer esa abeja no pudo resguardarse antes de la nieve y por eso llegó a cantar ahí. Gexi, sin querer, suspiró:

—¡Qué hermoso!

Los discípulos a una sola voz exclamaron:

—¡Qué hermoso!

Todos dijeron “¡Qué hermoso!”, en lugar de “¡Milagro! ¡Milagro!”, pues les salió de las entrañas. Los rayos del sol perforaron la ventana y entraron desde lo alto iluminando sus rostros. A espaldas de los rayos caían copos de nieve. Gexi, sentado en los aposentos cubiertos de seda dorada, cerró los ojos, introspectivo. No se extrañó al ver al hombre con el arcoíris en la cabeza, pero aquel hombre súbitamente se escondió. Gexi vio a otro hombre, tal vez se vio a sí mismo pasear entre las flores; sus manos destilaban aroma a miel, de sus pies descalzos emanaba un aroma de flores. ¡La danza de las abejas!

Laranbagexi sólo oyó un estampido violento. ¡Su ojo de la sabiduría por fin se había abierto! Sintió cómo las pesadas paredes del palacio desaparecían y su túnica flotaba como agua; su cuerpo estaba en medio de la nieve inmaculada; los copos caían enfrente, atrás, fuera y dentro de su cuerpo. Y las abejas danzaban, la melodía se transformaba en un asiento de loto que lentamente lo elevaba hacia el espacio.

LA PESADILLA DEL SEÑOR SANGMUDAN

Durante todo el invierno Gexi se recluyó en el estudio. Cuando en la primavera apareció ante los demás, su aspecto era diferente y misterioso; en medio de su frente, ahora más amplia y brillante, un pico

parecido a un cuerno emitía luz. No sólo su aspecto cambió, su comportamiento también era más suave que antes. Ya no aspiraba a ser el maestro de todos, ya no era tan rígido con sus discípulos. El Buda viviente comentó:

—Gexi antes hablaba largo y tendido.

Él le respondió:

—Vi al señor Sangmudan.

—¿Regresará pronto?

El Buda viviente se dio cuenta de que extrañaba a Sangmudan, mas no sabía si era por su deseo de regresar al mundo real o porque Sangmudan ya era doctor. Vio ante sus ojos la escena de antaño; un grupo de jóvenes en un día de campo.

¿De dónde salieron aquellos dos caballos blancos? Eran tan blancos, suaves y elegantes, seguro que no eran de este mundo. En aquella época ellos no imaginaban lo que pasaría, sólo eran dos jóvenes inocentes, llenos de alegría y entusiasmo, que montaron los caballos y volaron hacia el lago sagrado de color zafiro celestial.

La superficie del lago, quieta y azul, parecía un pedazo de cielo que había caído a la tierra. Los dos jóvenes soltaron gritos de alegría.

—Aún oigo nuestros gritos de aquel día —me dijo el Buda viviente.

Todos los días venía a verme con su cara solemne, cálida y misteriosa. Lo acompañaba un monje hermoso que con mucho cuidado cargaba un vaso de leche. El Buda viviente me ofrecía la leche y me miraba vaciar el vaso. Después yo soplabla en el vaso y escuchaba el eco del mundo. Luego él me preguntaba:

—¿Cómo va tu escrito?

—Ustedes, debido al bello paisaje, gritaron —dije sin contestar su pregunta.

—Nosotros, el señor Sangmudan y yo, gritamos verdaderamente y los monjes se asomaron.

Los lamas, como soldados enterrados, salieron del bosque de pequeñas azaleas. Tal vez el intenso aroma a flores hizo que se tambalearan como borrachos. Dijeron estar inmensamente felices por haber encontrado a su caudillo. Los lamas habían recibido la señal:

el decimosexto Buda viviente que muchos años antes había dejado de existir, ya había reencarnado; el decimoséptimo sería un joven hermoso que aparecería en las orillas del lago sagrado montado en un caballo blanco. Se hincaron enfrente de los caballos golpeando la hierba con sus cabezas. Al levantarlas abruptamente, se pasmaron. Ante sus ojos tenían a dos jóvenes montados en dos caballos blancos. Todo lo demás coincidía con la señal: las flores desprendían aromas misteriosos y las gaviotas volaban sobre el lago. Tenían que elegir sólo a uno. Laranbagexi extendió la mano para señalar al joven que parecía más inteligente y hermoso. Pero Sangmudan sujetó las riendas y emitió un estruendoso “¡No!” El galopar de un caballo sacudió las orillas del lago. Y luego la inmensa sombrilla amarilla se extendió sobre la cabeza de ese nuevo Buda viviente. Bajo la protección de aquella sombrilla, el joven había emprendido un camino que jamás imaginaría: la senda del monje.

El Buda viviente con gran serenidad me contaba el pasado, claro que escondió algunos pasajes embarazosos. Siempre con el tono solemne de un líder espiritual, me decía:

—Me consuela saber que el señor Sangmudan es doctor, rezaré mucho por él.

No podía decirle ni sí ni no, sólo me limité a sonreír cuando él añadió:

—Sinceramente lo extraño. Lo mismo decía a Gexi.

—Verás que en doce días llegará —comentó Gexi.

El señor Sangmudan regresó en la madrugada del decimotercer día. Traía una carpa, un saco de dormir, un aparato fotográfico y comida enlatada. Ya no se hospedó en este cuarto, levantó su carpa en las afueras del monasterio, sobre el prado lleno de hongos. Sangmudan había cambiado, ya no se parecía al joven de antaño, inteligente y despreocupado. Tal vez porque ya era doctor del Estado. Recibió en su carpa al Buda viviente y a Gexi con unas latas de fruta; había peras, lichis, piña y cerezas.

Traía un gorro de sombra larga y tomaba fotos a todo: a las estatuas, los murales, los instrumentos sagrados y a todos los utensilios. El resto del tiempo, sentado encima de la caja de las latas, escribía un

libro. El Buda viviente aprovechó su ausencia para conocer el título: *Entre la tierra y el cielo. Mi corta vida como lama*. Así que él había regresado para siempre al mundo real; caminó hacia el cielo por un rato pero luego volvió.

Un calor intenso invadió el corazón del Buda. Por la noche, el Buda viviente fue a visitarlo. Su amigo de antaño estaba dormido. Un fuerte aroma a frutas, que emanaba de las latas que Sangmudan había abierto, cubría su carpa. La luna iluminaba su rostro. Parecía que los sueños de aquel hombre feliz no eran serenos. Sus cejas estaban tensas, por lo que el Buda viviente decidió rezar por él. Sangmudan suspiró y su frente se extendió. De regreso, el rocío mojó los pies del Buda.

Al día siguiente, el Buda viviente se dirigió de nuevo a la carpa. Sangmudan no estaba. El Buda viviente, recordando las travesuras de antaño, buscó piedras del tamaño de un puño y las puso debajo del saco de dormir. Gexi vio todo. Había dicho que el Buda viviente ya estaba cerca de la iluminación. Dijo eso el día que compartieron los alimentos.

El señor Sangmudan regresó diciendo que anoche había tenido un mal sueño: soñó que el Buda viviente le pegaba, puñetazo tras puñetazo. Gexi sonrió. El Buda viviente le tiró un golpe:

—¿Fue así?

—No me dolía pero sí me pegabas.

Gexi le dijo:

—Me parece que nuevamente nos dejarás.

—Sí —Sangmudan agachó la cabeza—. Me voy.

Después de un largo silencio, el Buda viviente dijo:

—Antes yo tenía el mismo sueño.

En esos días Sangmudan ponía debajo de sus mantas algún objeto y cuando su amigo sentía el dolor, soñaba que alguien le pegaba. Al escuchar eso, Sangmudan comprendió todo y se sonrojó. El Buda le dijo:

—Dejaré que tomes una foto de algo que jamás ha sido fotografiado. Sabes que no dejamos que nadie vea al protector de nuestro monasterio.

El Buda abrió una puerta donde colgaba un cuadro bordado. Los rayos del sol se postraron sobre cuatro máscaras. Las cuatro caras representaban al mismo hombre, era Gexizhaxibandian, el hombre que a causa de su gran sabiduría y sus excesivas dudas jamás pudo ser Buda. Los rostros terroríficos de las tres máscaras representaban al guardia del monasterio, la cuarta representaba su verdadero aspecto. A diferencia del Buda viviente, Sangmudan nunca llegó a compararse con Zhaxibandian; sin embargo, sí sabía cómo éste se había convertido en protector del monasterio. Al enfocar su objetivo a través de la mirilla, la mirada interrogante de aquella máscara sacudió su corazón.

El señor Sangmudan partía a tierras lejanas. Llevando consigo todo lo que estos lugares le dieron, iría al extranjero para enseñar los misterios de la filosofía oriental. Cargaba también un leve sentimiento de haber cometido una traición.

En la despedida, el Buda viviente le dijo:

—Te acompañaré algunos pasos.

Laranbagexi, con aspecto aún más misterioso que antes, sentado ahí sonreía. Mirando fijamente los rayos del sol, parecía una estatua. Cuando se inclinó con gran reverencia hacia su benefactor, el señor Sangmudan sintió el aroma y la suavidad de la hierba.

En la carpa, el Buda viviente sacó las piedras que yacían debajo de las mantas diciendo:

—Ya no te pegaré. Los dos amigos de antaño soltaron carcajadas al unísono.

Llegada la noche Sangmudan no podía dormir. Al conciliar el sueño no lograba serenidad, pues sentía agua sobre su cuerpo. Despertaba y veía la luz de la luna. Nuevamente concilió el sueño y tuvo una pesadilla. Vio la luna pesada como un molino caer del cielo y aplastarlo, un destello y la luna se convirtió en la cara de Zhaxibandian, el protector del monasterio. El traidor de hacía trescientos años gritaba a su colega traidor de trescientos años después:

—¡Denle duro!

Muchos puños se descargaron en su espalda. Uno tras otro, tras otro... En el sueño, él salía continuamente del saco de dormir y se

erguía, pero los puños lo golpeaban aún más duro. El señor Sangmudan, ese hombre alegre y arrogante, en el sueño aullaba pidiendo clemencia. El Buda viviente, caminando sobre la luz de la luna, rescató de aquella pesadilla a su amigo de antaño.

En esas tierras crecían hongos. Esa noche, debido a la densa niebla en el aire, los hongos comenzaron a romper la tierra para asomarse. El pequeño racimo de hongos que crecía justo debajo del saco de dormir del señor Sangmudan era el responsable de su pesadilla. El Buda viviente y el señor Sangmudan prendieron una fogata, e instantes después el aire se llenó del aroma dulce a leche y hongos asados.

TRADUCCIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

EN LA LACTANCIA

Bi Feiyu

1

La aldea Puentes Quebrados sólo tiene dos vías, un callejón empedrado de unos tres metros de ancho y un riachuelo de cuatro. Las viviendas a lo largo del callejón y el riachuelo se distribuyen en tres filas de casas idénticas, que tienen un ático en el segundo piso, una pegada a la otra, de tal suerte que en Puentes Quebrados la relación entre vecinos tiene dos modalidades únicas, “puerta con puerta” y “pared con pared”. Las tres filas no están trazadas en línea recta; sus curvas siguen las del riachuelo. La calle empedrada, sumergida en luz y silencio, corre pulida y despejada.

En la reluciente superficie del riachuelo descansa el reflejo cóncavo de los puentes de piedra, jorobados como un anciano de mil y tantos años. Al ceder el paso a los pequeños sampanes, los reflejos de los puentes se mecen hasta que sus espaldas recuperan el arqueado original. A las afueras de Puentes Quebrados, al este, el riachuelo crecido confluye en un río más grande, un punto de cruce importante para cada nueva generación nativa: de aquí se zarpa a la vida adulta.

No atrae a los jóvenes el reverberar de las piedras y el agua; apenas alcanzan la edad vuelan en enjambres hacia tierras lejanas. Se desvanecen siguiendo el agua, sin rastro ni reflejo, ni siquiera les da tiempo para dejar una silueta de despedida. Menos mal que el agua no guarda recuerdos.

La casa de Wangwang y la de la señora Hui están “puerta con puerta”, separadas por un empedrado. Un cerro de casi treinta metros de alto sobresale tras la casa de la señora Hui, y la casa de Wangwang

da al riachuelo. Wangwang es un niño de siete años. La verdad, ni siquiera se llama Wangwang, la gente le puso así porque siempre anda con una bolsa llena de galletas marca Wangwang; el apodo es tan natural y al mismo tiempo tan significativo¹ que hasta su abuelo le dice Wangwang; ha vivido con su abuelo toda la vida. Sus padres se dedican al transporte fluvial, tienen una barcaza; ganan mucho dinero, incluso han conseguido para su hijo el derecho de residencia en la capital del condado.²

La mamá de Wangwang dice que apenas han juntado para pagarle la universidad. Cuando reúnan lo suficiente para conseguirle una casa y una boda decente, regresarán al pueblo y pondrán una tienda de soya. Por el momento, van con el viento que corre. Puentes Quebrados ya no es su hogar, sino el agua, o mejor dicho, el destino de la carga. En sus recuerdos, su pueblo natal ha ido perdiendo el contorno hasta quedar reducido a tres jeroglíficos³ en el rubro “destinatario remoto” del giro bancario, éste suple la presencia de los hijos del abuelo que ha enviudado, y la de los padres del hijo único, Wangwang.

Cuando no tiene nada que hacer, Wangwang se sienta afuera de la casa con su bolsa de galletas para ver a la gente pasar. Cuando manda sus giros, el padre de Wangwang siempre pone una nota: “Una bolsa de Wangwang al día”. El niño ya está harto de las galletas, pero el abuelo no le permite sentarse en la puerta con las manos ociosas. Cuando pasa mucho tiempo sentado se aburre y mete la mano en los pantalones para jugar con su pene. La bolsa en una mano y la galleta en la otra resuelven el problema.

Sentado cómodamente, Wangwang observa la tienda de la señora Hui. Ella usa la planta baja de su casa para vender abarrotes.

¹ En chino, *wang* significa prosperidad, abundancia.

² Como en otros países socialistas, en China la residencia es fija y no se puede cambiar excepto cuando se estudia en otra ciudad, se contrae matrimonio con un residente de otra localidad o se consigue un trabajo oficial en un sitio que no sea el de nacimiento. Conseguir el derecho de residencia en una ciudad más grande conlleva, por supuesto, ciertas ventajas.

³ En la escritura china, cada carácter es una sílaba con significado propio. Por lo tanto, “aldea Puentes Quebrados” se escribe con tres jeroglíficos.

Wangwang le avisa cuando viene alguien y ella, siempre risueña, sale a atender. La señora Hui también vivió fuera de Puentes Quebrados. Regresó a principios de la primavera de 1996 para dar a luz a un varón. Aún lo sigue amamantando.

Wangwang no tomó leche materna. Dice el abuelo que su madre nunca tuvo leche. Una sola vez le dio pecho, un esfuerzo fracasado, ya que sólo la hizo gritar de dolor. Así que, recién nacido, llevaron a Wangwang con su abuela paterna. Eso fue antes de que la enterraran al otro lado del cerro. Junto con el niño venía un juego de tazón y cuchara de acero inoxidable. En el reluciente tazón la abuela mezclaba el alimento infantil con leche de vaca, papilla Heinz, yema de huevo y soya en polvo, y se lo daba a Wangwang con la cuchara igualmente reluciente. Terminada la comida, Wangwang quedaba feliz, mientras la abuela golpeaba el tazón con la cuchara, logrando una melodía metálica con los objetos industriales. Cantaba:

—¿Qué es eso? ¡La teta de mamá!

Wangwang creció fuerte y saludable, como decía la abuela, aún más fortachón que los amamantados. No obstante, nunca faltaba el comentario del abuelo:

—Las mujeres modernas no sirven, están secas. ¡Y éstos! Primero se meten a planificar los embarazos por todo el país, y luego se sorprenden porque las mujeres ya no tienen leche.

En esos momentos la abuela siempre decía a Wangwang:

—Tu padre se alimentó de mí hasta cumplir los cinco años.

Lo repetía orgullosa de sí misma y satisfecha por su hijo.

La señora Hui es diferente. Sus ojos, sus labios, su cara, sus brazos y sus piernas dan la impresión de tener una suave redondez. De estatura baja y corpulenta, se asemeja a una esfera perfecta. Su cara de luna llena irradia salud y amabilidad. Cuando sonríe, en su mentón se dibujan dos diminutos hoyuelos. Su figura transmite la plenitud y la felicidad posparto. Su cuerpo desprende un dulce olor a leche, penetrante y suave a la vez, que si lo inhalas de un tirón se disipa en el aire, fugaz.

De los pechos de la señora Hui, grandes y robustos entre los botones de la blusa, la leche se escurre como un río, como si fueran

una fuente inagotable; conmueve a la gente, pues lo hace sentada afuera de la tienda. No desabotona su blusa, simplemente la levanta, acomoda la cabeza del bebé en su brazo flexionado y se inclina hacia él. Espera hasta que su hijo se pegue bien y se reincorpora. Su cuello siempre queda estirado y su mano sostiene firmemente el dedo o la oreja del pequeño. Cuando llegan los clientes les dice:

—Sírvanse.

Si necesitan cambio repite:

—Sírvanse.

Wangwang mira absorto la belleza estática de la señora Hui amamantando, quien, a causa de la saciedad de sus pechos, derrocha maternidad pura a su alrededor.

Bajo la delgada piel de sus senos se ocultan venas azules. Wangwang está convencido de que la leche de la señora Hui es de color azul, tibia y fresca a la vez. Cuando come, el bebé siempre apoya su mano limpia y delicada en el pecho de la mamá. Están bañados de luz, pero no es el sol el que los ilumina sino que el pecho y la mano por sí solos parecen emanar una luminosidad cristalina, comparable a la fulminante pureza divina. A decir verdad, en Puentes Quebrados a nadie le molesta ver a la señora Hui amamantando, pues, fuera de una que otra cuarentona, en el pueblo sólo quedan niños y ancianos. Pero la imagen de la Señora Hui con sus pechos descubiertos provoca dolor y anhelo al pequeño Wangwang. El olor a leche lo perturba, y el dolor es tan ligero y penetrante como el olor mismo.

2

La señora Hui jamás hubiera pensado que Wangwang fuera capaz de hacer algo así. Estaban los dos afuera, separados por el empedrado verdoso, ella en los peldaños de su casa, amamantando al niño, y Wangwang sentado enfrente. El bebé se llenó con un solo pecho y cuando la mamá le ofreció el otro, él se resistía a mamar, devolviendo la leche espumeante por la boca. El pecho inflamado le dolía, y la señora Hui se reclinó contra la pared para exprimir el sobrante.

Con fuerza se apretó el pecho, que soltó un fino goteo, seguido de un chorro curvo.

Estas maniobras no pasaron inadvertidas a Wangwang. Con cien ojos miraba cómo la leche immaculada salpicaba la pared y el ladrillo ennegrecido la absorbía al instante. Al derramarse la leche, Wangwang notó el olor cálido y suave por el callejón. De puntillas cruzó la calle para ocultarse tras la pared. Aliviada, la señora Hui acomodó a su hijo en el regazo. El niño empezó a hipar y ella se levantó la blusa otra vez. Como no tenía hambre, el bebé sólo golpeteaba el seno materno en un juego solitario, acompañado de un monótono balbuceo. La aparición de Wangwang sorprendió a la señora Hui; él apartó la mano del bebé tapándole la cabeza y se lanzó al pecho descubierto mordiéndolo ferozmente.

El grito de la señora Hui se escuchó súbita y dilatadamente en el callejón meridiano, arruinando la siesta de medio pueblo. Si no hubiera sido por ese grito, Wangwang jamás se habría despegado. No corrió, se quedó inmóvil, con la boca semiabierta y una expresión boba. Miraba las dos medialunas con marcas de sangre que dejaron sus dientes en el seno derecho de la señora Hui. Apenas recuperada del susto, trató de calmar al bebé atemorizado, mientras que, por todos lados, se aproximaban los vecinos.

—Wangwang, ¿estás mal de la cabeza! —dijo. La severidad de su tono se entremezclaba con el dolor y la tristeza.

Esa misma tarde, convertido en palabras, el incidente llegó a oídos de todo el pueblo. A falta de un periódico local, la noticia de última hora se divulgó de boca en boca en Puentes Quebrados. El tema de conversación rápidamente se concentró en el aspecto sexual, aunque no de forma explícita. Decían:

—¡Niño malvado, apenas tiene siete años y ya anda pensando en esas cosas!

—¡Ni los adultos! Esas majaderías jamás se han visto por aquí.

Pero, más que escandaloso, para la mayoría era un asunto insólito e irrisorio. Cuando se supo que Wangwang había mordido una teta a la señora Hui, hubo quien se burló de ella cantando a sus espaldas el eslogan de las galletas Wangwang:

—¡La señora Hui! ¡A que no puedes chupar sólo una!

Era muy gracioso. La gente se reía, incluso ella misma. A quien no le parecía nada cómico era a su suegra. Se asomaba a la puerta con la cara avinagrada para avisar:

—¡Ya hirvió el agua!

El abuelo de Wangwang se enteró de todo el mismo día después de la cena. Aunque en la casa sólo estaban los dos, comían tres veces al día; el abuelo en persona alimentaba a Wangwang. Aquel juego de tazón y cuchara de acero inoxidable seguía tan resplandeciente como antes, inmune a la abrasión y la herrumbre. Con los años, el abuelo había perdido sus dientes, y ahora nada ni nadie podía atarle la lengua; su senil tarareo corría interminable sin ley ni regla. Cada cucharada venía acompañada de alguna rima: “Abre la boca, mantenla cerrada. Come bien y te vas a la cama” o “Un bocado de carne, otro de huevo, cuando crezcas no te faltará el dinero”. Y otros por el estilo. Se le ocurrían dichos para toda ocasión, que venían de su propio ingenio. Pero ese día Wangwang no tenía apetito. Si la cuchara venía por la derecha, la esquivaba por la izquierda, si venía por la izquierda, la eludía por la derecha. El abuelo dijo:

—El que huevo no come ni carne prueba, vacía verá su billetera.

Wangwang no despegaba la mirada de la casa de la señora Hui. Allí estaba la tienda repleta de cosas.

—¿Qué se te antoja? —preguntó el abuelo. Wangwang guardaba silencio.

—¿Un *Snickers*? ¿Un *Dove*? ¿El *Ocho Tesoros*⁴ de Quinquin? —insistía el abuelo ante el enmudecido Wangwang.

Junto al *Ocho Tesoros* de Quinquin había una lata de leche en polvo australiana.

—¿Un poco de leche? —preguntó el abuelo mirando los ojos llorosos de su nieto. El abuelo sabía que a Wangwang le gustaba la leche. Trajo un sobre de leche en polvo y lo vació en el tazón, añadió agua y lo puso frente al niño que en seguida cogió la cuchara con los

⁴ Marca de cereal industrializado con ingredientes seleccionados, llamados por la publicidad “Ocho Tesoros”.

dientes, escupió el contenido al piso y de paso volteó el tazón. El acero inoxidable repiqueteó sobre el enlosado. El abuelo alzó la mano disponiéndose a abofetearlo.

—¡Levántalo! —ordenó.

Wangwang permaneció en su lugar con los ojos en blanco, como los de un bacalao salado. La mano del abuelo subió más.

—¿Lo vas a levantar o no? —La mano siguió subiendo.

—¿Sí o no? —La mano se alejaba más y más de Wangwang hasta dar un círculo completo.

—Mi pequeño emperador, ¿lo levantas?

Quien recogió las cosas del piso fue el abuelo.

—¿Por qué la tiraste? Necesitas la leche para crecer y la tiras. ¿Por qué? Dentro de siete meses, cuando llegue el año nuevo, verás si no se lo digo a tus padres.

Como de costumbre, después de la cena, el abuelo salió a fregar los trastes al muelle trasero protegido por un tejado. Allí estaba su vecino, el viejo Liu tercero⁵ lavando la ropa.

Una sonrisa malévola afloró en su rostro:

—Oye, ¿de quién aprendió tu nieto cómo cachondear a la Hui? ¿De ti?

Aunque el abuelo Wang no escuchó bien, la cara torcida del tío Liu no insinuaba nada bueno. El vecino lo miró de reojo y bajando la voz dijo:

—Hoy en la tarde tu nieto le mordió un seno a la señora Hui. ¡Hasta sangre le sacó!

Al instante todo quedó claro. Estallaron truenos en su cabeza. ¿Cómo? ¡Imposible! Se inclinó para agarrar la escoba, la puso mango abajo y arrastrando a Wangwang de nalgas, le propinó una paliza. El pequeño no lloró; las lágrimas inundaban sus ojos y resbalaban por las mejillas una tras otra. Su expresión de dolor y pena era tal

⁵ La jerarquía intrafamiliar se refleja con mucha precisión en chino. La referencia principal es la edad, así como el parentesco paterno o materno. Los mismos vocablos de parentesco se aplican coloquialmente en el trato social. Así, en el original, con el apelativo 三爷 *sān yé* (padre o abuelo paterno, tercero en edad) se precisa que Liu es una persona mayor y que, además, es el tercero mayor en su familia.

que a cualquiera se le hubiera ablandado el corazón y habría sido incapaz de seguir castigándolo. El abuelo tiró la escoba y preguntó con severidad inquisitiva:

—¿Dónde lo aprendiste? ¿Qué animal malparido te lo enseñó?

En vez de responder, Wangwang agachó la cabeza. Por sus mejillas rodaron gruesas perlas de lágrimas. El abuelo suspiró:

—Y eso que todavía faltan siete meses para el año nuevo.

Los padres de Wangwang visitaban Puentes Quebrados una vez al año, durante seis días, del treinta de diciembre al cinco de enero. Su madre se emocionaba mucho con el encuentro, no paraba de mirarlo y besarlo, mientras Wangwang se mantenía un poco reservado; le costaba trabajo cambiar de actitud de un momento a otro, por lo que siempre recibía aquellas muestras de cariño con cierta angustia, resignado a los antojos ajenos, algo contorsionado y adolorido, o renuente y rebelde si las circunstancias lo merecían. Luego papá y mamá sacaban curiosidades y delicias de las que anuncian en la tele y las apilaban en montículos abigarrados.

En esos momentos Wangwang se sentía realmente feliz. Se atiborraba de comida hasta embrutecer. Para el día tres o cuatro de enero, Wangwang empezaba a acostumbrarse a sus padres y a mostrarse cariñoso con ellos, a disfrutar sus voces y su olor. Entre más los iba queriendo, más dependía de ellos, pero apenas se acostumbraba ellos se desvanecían, dejando a su hijo con las manos vacías y sin saber qué pensar.

Wangwang todavía no era capaz de expresar lo mal que se sentía y se quedaba callado. El día cinco, temprano, se irían. En la noche del cuatro de enero, por lo regular, se acostaba muy tarde, y en la mañana del día cinco no podía despertar.

La barcaza de sus padres flotaba en las aguas abiertas al este del pueblo, en el mismo lugar donde habían llegado en un pequeño sampán por el angosto riachuelo. Su camino de regreso sería el mismo, desatarían la cuerda de la rejilla de la ventana y bogarían al este.

Cuando se oyera sonar dos veces la estrepitosa sirena de la barcaza, ya estarían lejos y empezaría a salir el sol. A la hora que Wangwang saltara de la cama, el sol inundaría el cielo, el agua, la tierra. En sus pupilas pendería el círculo del sol invernal y el charquillo de agua

helada sería su único legado. El sol se despegaría del agua, aferrado a muerte, con síntomas de sangrado y dolor; cuando finalmente se levantara en el cielo, el agua se transformaría en un infinito camino pavimentado de oro y plata.

3

Después del imprevisto ataque de Wangwang, la señora Hui se hizo más cautelosa. Amamantaba a su hijo detrás del mostrador y, en vez de levantarse la camisa, sólo se soltaba el segundo botón. Pero en los dos días siguientes Wangwang no apareció. Antes, cuando estaba enfrente todo el tiempo, importaba muy poco. Ahora, no verlo parecía un hecho trascendente. A mediodía, la señora Hui se encontró con el abuelo Wang y le preguntó en tono casual por su nieto. Esos dos días, el abuelo, abochornado, evitaba toparse con la señora Hui temiendo que ella pensara que el niño había aprendido de él, como decía el tío Liu tercero. Hubiera querido que se lo tragara la tierra de tanta vergüenza. Cuando vio a la señora Hui frente a frente ni siquiera se atrevió a levantar la mirada. No se le ocurrió nada mejor que confesar:

—Está en el hospital. Necesita unas inyecciones.

—¿Cómo que inyecciones? Ayer estaba bien.

—Tuvo fiebre y no se le quería quitar.

—¡Claro, luego del susto que le dio!

—Sin esas buenas nalgadas sería un bueno para nada. Al decir eso sintió culpa.

La señora Hui acomodó a su hijo en el otro brazo y reprochó al abuelo Wang:

—¿Cómo pudo hacerle eso? Tiene siete años, todavía no entiende.

—Sin esas buenas nalgadas sería un bueno para nada.

—No me hizo daño. La piel se abrió un poquito pero ya cerró.

El abuelo se puso rojo y agachó la cabeza.

—Yo nunca le hablo de esas cosas, lo habré visto en la tele.

El comentario no agradó a la señora Hui e incluso le incomodó un poco.

—¿A qué se refiere tío Wang?, preguntó con tono áspero.

Wangwang adelgazó en el hospital. Los ojos se le hicieron tan grandes que se descubrieron sus párpados. Estaba menos mimado y mejor portado. La señora Hui dijo:

—A Wangwang le hizo bien enfermarse.

El chico ya no se plantaba en los peldaños de su casa. La señora Hui supuso que eran las nuevas órdenes del abuelo. Sin embargo, sabía que Wangwang la espiaba a escondidas: veía sus tristes ojos negros fosforecer entre cualquier agujero o rendija de las tablas de la puerta.

El abuelo no permitía ningún contacto entre los dos, y eso afectaba a la señora Hui de manera inexplicable. A su vez, Wangwang desarrolló una astucia endemoniada; aprendió a moverse sigiloso como fantasma. Un día, con su hijo en brazos, la señora Hui llevó frutas confitadas a Wangwang. Fingiendo voz de bebé dijo:

—¿Dónde anda el hermano Wangwang? ¡Vamos a invitar al hermano Wangwang unos dulces!

En cuanto la vio, Wangwang se escondió bajo la escalera. El abuelo le cerró el paso a la mujer, diciendo:

—Ése no era el trato.

Parada en la puerta, incapaz de disimular su pena por el rechazo, musitó:

—Sólo son unos dulces.

La vocecita infantil se había esfumado. Dándose aires de bravucón, el abuelo insistió:

—Ése no era el trato.

La señora Hui estaba por irse cuando, de soslayo, captó una mirada de Wangwang que ninguna madre podría resistir.

—Ven acá Wangwang.

El abuelo gritó:

—¡Wangwang!

—¿Qué quiere, tío Wang? —dijo la mujer, con la certeza de que Wangwang los observaba a escondidas.

Había un secreto mudo compartido por ambos y nadie más. De seguir así, alguno podría enloquecer. Ambos lados de muchos ca-

llejones angostos bajo el sol guardan secretos similares. Sus pavimentos verdosos todavía reciben algún escuálido rayo solar, mientras las sombras y el frío reinan en sus rincones. Al parecer, en Puentes Quebrados la luz del sol se extralimitó, dividiendo el pueblo de tajo entre el cerro y el río, un extremo pegado al cerro aquí, el otro pegado al río allá, corazones heridos aquí, corazones heridos allá.

El abuelo roncaba cuando dormía la siesta. Apenas empezaban los ronquidos, Wangwang se escapaba al primer piso. De pecho contra la puerta barría con la mirada el lado contrario. Fue precisamente uno de esos días cuando la señora Hui sorprendió a Wangwang. Lo agarró por la muñeca haciéndolo palidecer de miedo. Bajó la voz para decirle:

—No te asustes, ven conmigo.

Y lo arrastró atrás de la tienda, donde empezaba el cerro.

La fértil opulencia del verde estaba teñida de oro. Al sol, las capas verdes tenían un brillo opalino. Wangwang, desconcertado y jadeante, se sentía inmovilizado por el aroma de la señora Hui. La mujer se puso en cuclillas y se levantó la blusa. Sus pechos enormes y redondos como dos lunas aparecieron frente a Wangwang. Rozado por el hálito impregnado del inigualable sabor a mamá, el corazón del niño se descompasó.

La señora Hui pasó la mano por el cabello del muchacho y lo alentó en voz queda:

—Anda, come.

Wangwang no se atrevía a mover ni un dedo. La madre por la que vendería el alma estaba a centímetros de él, frente a sus narices, al alcance de su mano.

Wangwang levantó la cabeza. Aparecieron un par de ojos humedecidos y una cara de pena y susto.

—Soy yo, come de mí. No muerdas, pégate bien y mama —dijo la mujer.

Wangwang se inclinó despacio y estiró las manos hacia el seno derecho, pero de repente se detuvo.

—No quiero —dijo precavido.

—No seas tonto, tu hermanito ya se llenó.

El sol prendía una estrellita en cada lágrima que rodaba por su rostro infantil.

—No quiero. ¡No eres mi mamá! —gimoteó sin despegar la mirada del seno descubierto. Al soltar esas palabras insensatas, dio la espalda a la mujer y se echó a correr.

La señora Hui arregló su ropa y corrió tras él gritando:

—¡Wangwang, Wangwang!...

El muchacho se refugió en la casa, asegurando bien la puerta de entrada.

Como era de esperarse, la pacífica tranquilidad del mediodía quedó violada de manera escandalosa. Ahora el llanto quebraba también la voz de la señora Hui. Dio unos golpes en la puerta:

—¡Wangwang!

No hubo respuesta. Los ronquidos del abuelo cesaron al rato. Las escaleras retumbaron bajo unos pasos acelerados. Poco después se perfiló un nuevo sonido dentro de la casa: el ahogado eco de una regla azotando carne desnuda.

La señora Hui, que todavía no se había ido, llamó consternada:

—¡Tío Wang, tío Wang!

Llegaba gente. El aspecto de la señora Hui golpeando la puerta hizo a todos suponer que el mocoso había hecho otra vez “aquello”. Se escuchó un comentario despiadado:

—¡No hay quien pueda corregir a ese muchacho!

La señora Hui volteó a verlos. De tanto llorar su cara había adquirido un matiz azulado, de bestia salvaje. La gente se espantó. Enfurecida les gritó, desgarrándose la garganta:

—¡Váyanse de aquí! ¡Ya! ¡Ustedes qué saben!

TRADUCCIÓN DE
TATIANA SVAKINA

EL ATUENDO CELESTIAL SIN COSTURAS

Bi Shumin

Zou'an había ido a casa de sus padres a cenar. Al abrir la puerta, un aroma agradable la envolvió.

—¿Qué huele tan rico mamá?

Zou era casada, una oficinista desenvuelta de mucho mundo. Pero cuando llegaba al hogar materno, afloraba su lado infantil.

—¡Pruébalo! —dijo su mamá destapando la olla.

Aunque comían en la mesa y el padre debía ser el primero, antes de comer, la señora solía tomar de la olla el mejor bocado para su querida hija.

Con el tazón lleno, Zou probó un sabroso bocado. Desde pequeña le gustaba comer carne. Su madre siempre decía que sus antepasados, de no haber sido monos, al menos habrían sido tigres.

—¿Qué tipo de carne será? Parece de gallina, pero no. —Zou jugueteó con un huesito.

—Es conejo de nieve, me lo regalaron. Según dicen, esa liebre crece comiendo nieve. Su carne evita las calamidades, previene enfermedades, tonifica el cuerpo y alarga la vida. Como tiene poca carne, también le puse un poco de gallina. —La señora mencionó el mito del animal con especial entusiasmo.

Durante la cena, Zou apartaba la carne de gallina y sólo comía la de conejo, que absorbía más fácil la salsa de soya y adquiría un color ambarino. Es muy probable que la liebre de nieve tuviera otras propiedades, pues al regresar a su casa, aunque ya era tarde, Zou despertó a su marido para hacer el amor.

Los días que siguieron transcurrieron tranquilamente. Acababan de casarse, no tenían prisa de ser padres y tampoco rechazaban la po-

sibilidad. Aunque eran jóvenes, respetaban el viejo estilo de no forzar la naturaleza. Hoy en día “dejar fluir la naturaleza” está de moda; en el pasado, los que tenían mala suerte usaban esa frase para consolarse y contentarse. Ahora la usan los afortunados.

Zou quedó embarazada. Sin aspavientos, mostró el informe médico a su marido. Despreciaba las cursilerías de telenovela, como aquello de que el esposo se entere hasta que vea a su mujer preparando un ajuar de bebé. “¡Qué detalle más cursi!, ¿no?”.

Su expresión era tan tranquila que parecía que estaba dando a su marido unos boletos para el cine, no una prueba de embarazo. Después de revisar el informe, él dijo:

—Buenas noticias, aunque ahora tendrás más trabajo.

—No pasa nada, para las mujeres es muy natural, dijo Zou con calma. Imaginaba traer al mundo un hermoso baúl para llenarlo con tesoros.

—El bebé debe sacar lo mejor de los dos, por ejemplo, mis ojos y tus labios. ¿Te has fijado que tus labios son como dunas subiendo y bajando suavemente en un desierto rojo? —le dijo su esposo más tarde. Zou sonrió.

—Has repetido lo de mis labios más de mil veces. En cuanto a las cualidades, en todas las familias donde hay embarazadas se habla de eso, pero cómo vienen los hijos depende de la ley de probabilidades. Nuestros genes son naipes sin orden, ¿cómo podríamos garantizar que sólo salgan corazones?

Él replicó:

—Aunque no todos sean corazones, viniendo de padres tan talentosos, ¿no crees que sacará uno que otro rey o sota y algunos ases?

Zou contó a sus colegas aquella plática. Ellos no le comentaron nada, guardaron su opinión y decidieron esperar hasta ver al bebé de la linda Zou.

El día del parto se acercó. Zou, muy gorda, parecía una tetera llena de agua. Cuando se hizo el último estudio antes del parto, escuchó un diálogo entre dos embarazadas, una con vientre de canguro y otra con apenas una pancita.

—¿Has comido conejo?

—¡No! ¿Quién se atreve a comer eso? Si comes conejo, el bebé trae labio de conejo.

—Eso es una superstición... Pero es mejor no arriesgarse. Yo creo en las supersticiones chinas y en todas las demás.

Zou recordó de pronto el conejo de nieve y se estremeció de miedo, pero pronto se dijo que tan sólo eran palabras absurdas, de gente ignorante. Se repetía una y otra vez: el conejo de nieve no es conejo.

Sabía que antes del parto todas las embarazadas tenían miedo de dar a luz a un engendro, pero ella era joven y estaba sana; nunca había sufrido radiaciones nucleares ni infecciones virulentas, y ni siquiera había tomado pastillas durante el embarazo. ¿Por qué habría de tener un adefesio?

A la hora de parir se avergonzó de la calma que sentía. Todas las parturientas lloraban como almas en pena y gritaban como lobas. La sala de partos parecía una sala de conciertos llena del rock de la vida. Zou no encajaba allí, mostraba una tranquilidad digna de una experimentada mujer a punto de parir. El bebé nació sin problemas; cuando su cabeza entró en contacto con el aire frío, sin demora, empezó a gritar, fuerte, como un puma. A su juicio, eso no era llanto, pues el llanto es signo de tristeza humana. Un recién nacido aún no conoce la tristeza, su llanto es símbolo de alegría. La partera tomó al bebé en brazos. Zou, soportando el esfuerzo, lo miró de costado. La cabeza del bebé estaba en las manos de la partera. No lo podía ver claramente, y sólo supo que era un varón.

Mostrándoselo al médico, la partera preguntó:

—¿Qué hacemos?

El médico inquirió:

—¿Está su esposo?

—No.

—¿Y sus familiares?

—Tampoco —contestó la partera.

—Sólo podemos hablarlo con ella. ¿Está bien?

—Bien. Todos sus signos son normales.

—Bueno, lo hablaré con ella.

Zou estaba muy consciente. Al escuchar ese diálogo, no sabía si el asunto era con ella. Tendida en la cama, parecía una ballena blanca en reposo, esperando que alguien le mostrara el fruto de su vientre para revisarlo. La partera sostenía al bebé con mucho cuidado, como si se tratara de una espada gruesa.

El médico tomó al recién nacido, tan suave y frágil que parecía no tener huesos. Apoyando a la criatura en sus antebrazos, lo sentó en su codo. El bebé de pronto estuvo de pie ante los ojos de su madre.

Su marido había querido acompañarla, pero ella lo corrió.

—Haz tus cosas. Parir es asunto mío; no me gustan los intrusos ni el exceso de atención.

También rechazó el apoyo de su madre.

El médico levantó al bebé, pegado a su brazo como en relieve.

—Es varón. Lo examinamos y todo está bien, sólo que tiene labio leporino; tómalo en tus brazos para que lo veas.

Aún no terminaba de decirlo cuando el bebé bostezó. Sus labios, de contornos suaves, eran los de Zou, pero en el centro había una grieta profunda como un cañón que revelaba el paladar rosado y la garganta negra. Zou se perdió inmediatamente en el laberinto rosado y negro. Cuando recuperó el conocimiento oyó los gritos de su marido.

—¿Cómo pudieron ser tan crueles? Acaba de parir, está muy débil. ¿Cómo pudieron darle una noticia tan terrible y encima pedirle que lo viera?

Con tono calmado el médico explicó:

—Según nuestro reglamento de protección al paciente no debemos dar noticias negativas a las recién paridas, pero el hospital ha enfrentado varias demandas por casos similares. Así que optamos por certificar la autenticidad del niño en el acto. De lo contrario, después del nacimiento, hay quienes no lo aceptan y han dicho que queremos darles gato por liebre. Comprenda nuestras dificultades y no se exalte. En realidad, un labio leporino es una deformidad menor, lo reparan y queda como un “atuendo celestial sin costuras”.

Zou no abrió los ojos durante esa plática; después de abrirlos no supo qué decir. Sólo recordaba una frase: “atuendo celestial sin costuras”. Al dejar el hospital con el niño, no esperó la visita de sus co-

legas. Inmediatamente se trasladó a la tierra natal de su marido, una pequeña ciudad, para reposar después del parto. Nadie supo del labio leporino y todos decían:

—¡Qué suerte la de Zou, tiene su suegra para cuidarla! Después de seis meses de vacaciones regresará con su hijo sano y fuerte. Entonces iremos a felicitarla y a comer huevos rojos.

En realidad, ahora mucha gente no come huevos por lo del colesterol, pero todos querían animar a Zou. Después de cinco meses, Zou regresó en secreto a la casa de sus padres. Al verla, su mamá, asustada, preguntó:

—¿Por qué estás tan delgada? No pareces recién parida. ¿Te ha tratado mal tu suegra? Deja que tu madre te consienta.

Con una sonrisa forzada Zou dijo:

—Me ha cuidado bien, soy yo quien no tiene ganas de comer.

—Tu suegra no te ha culpado por el labio leporino, ¿verdad? Si te culpa le puedes decir que nosotros no tenemos ese gen, que seguramente viene de ellos.

—No me dijo nada. Al contrario, siempre me consoló. Según ella, en el campo hay muchos niños con ese problema. Si el niño es inteligente, lo demás da igual. Además, a esas criaturas hay que darles mucho más cariño, me decía.

—Bueno, tu suegra es comprensiva. Entonces, ¿qué te preocupa?

Sin poder contenerse, Zou empezó a llorar:

—A un hijo así es más fácil criarlo en el campo, pero vivimos en la ciudad. Cuando sea mayor se sentirá inferior. Ahora, hasta para contratar botones en los hoteles piden que sean guapos como Romeo. Mi hijo es un desecho. Aunque nadie mencione el asunto, jamás podré perdonármelo.

—Pero, ¿qué podemos hacer? Ya no puedes tener otro hijo.¹

Zou permaneció callada. En las noches, llena de sentimientos sombríos, pensó varias veces que sería mejor que su hijo muriera. Pero tan pronto la idea cruzaba su mente, empezaba a rasguñarse, pelliz-

¹ Según la política de planificación familiar, la mujer en la ciudad no puede tener más de un hijo.

carse y castigarse a sí misma de mil maneras. Su cuerpo estaba lleno de moretones. Luego se quedaba tranquila por unos días. Después del delito venía el castigo y después otra vez el crimen. Esos pensamientos la asaltaban cada día con más frecuencia. Zou odiaba la idea de matar, pero no se la podía borrar de la mente. Era una mujer inteligente y fuerte; desde pequeña siempre había querido ser la primera en todo. Jamás imaginó que en eso de parir, que hasta las más estúpidas lo hacen bien, ella hubiera fracasado de un modo tan miserable. Era como una pregunta mal contestada, sin goma de borrar ni permiso para corregir.

Para librarse de esa locura regresó a casa con mucha prisa. En la ciudad había excelentes hospitales de cirugía plástica. Quería dar a su hijo, lo más pronto posible, la apariencia del “atuendo celestial sin costuras”. Después todo volvería a la normalidad.

Zou seguía esbelta, pues no amamantaba. Antes del parto, había abogado por dar pecho. Le dijo a su marido:

—Aunque mi cuerpo se convierta en un barril, amamantaré a nuestro bebé; no dejaré que tome leche de vaca; la leche de vaca es para criar becerros, y nosotros somos seres humanos.

Su marido, besándola, le dijo:

—Eres una madre heroína.

Él se había ido al extranjero y Zou asumió toda la responsabilidad. No era su culpa no amamantar al niño. Un bebé con labio leporino no puede chupar leche materna; su boca es un embudo. Cuando se está frente al granero sin poder comer, a uno sólo le queda llorar.

Después del parto, dos granadas repletas de leche colgaban en su pecho. Cuando caminaba sentía que iba a caerse. Preparó leche en polvo importada para su hijo, pero el bebé no podía comer. La leche se le salía de la boca y su cara se llenaba de espuma. Si algo entraba a la garganta por casualidad, le provocaba una fuerte tos; su carita se inflaba como una castaña a punto de explotar. Zou lo aventó a la cama como solía hacer con sus muñecas feas en la infancia. ¿De qué sirve un niño como éste? Su existencia no sólo es una vergüenza para sus padres sino también un gran sufrimiento para él. El fuerte azote le salvó la vida al pequeño; la leche se salió de la tráquea. Respiraba

con más facilidad y el llanto de hambre se oía claro y potente. Sin poder contenerse, la suegra dijo:

—¡Cárgalo!

La nuera era joven moderna, ciudadina y, naturalmente, tenía sus teorías acerca de cómo criar a un hijo. Era difícil que una vieja campesina se atreviera a enseñarle, pero el llanto de su nieto le dio valor. Zou se vio obligada a tomar al bebé en brazos. Por el cambio de posición, el nene dejó de llorar un rato, pero al no resolverse el problema fundamental, el niño indefenso gritaba al mundo su resentimiento.

—Eres su madre, no puedes dejarlo llorar así —dijo la abuela sin preocuparse por los sentimientos de la nuera urbana, con lo que hizo valer su autoridad de suegra.

—Pero, ¿es mi culpa? Su boca no es la de un ser humano sino la de un conejo. ¿Acaso puedo criarlo con hierbas? —contestó Zou antes de ponerse a llorar.

La suegra comprendió que la humanidad, aunque capaz de ir al espacio y sentirse deidad de la luna, aún no había inventado una comida especial para niños con labio leporino. Debía usar el método antiguo del campo: con una cuchara metía la papilla a la garganta del nieto. Así podía alimentarlo bien, sin peligro de atragantarlo.

Al ver la torpeza con que Zou daba la comida al niño, su madre dijo:

—El bebé es fuerte. Sin ver su cara, no te das cuenta de su deformidad. Lo has cuidado bien, pero, ¿por qué te cuesta tanto trabajo alimentarlo?

Sin pensarlo, Zou contestó:

—En el pueblo su abuela lo alimentaba. Yo no podía mirar su cara deforme. Cuando lo veo, siento que mi labio también se deforma; sea como fuere, se parece bastante a mí.

Suspirando, su madre cogió la cuchara:

—Déjame hacerlo.

La papilla, mezclada con leche en polvo Nestlé, estaba muy sabrosa. Con su hijo en brazos, Zou fue a un hospital de cirugía plástica.

—Doctor, le ruego que opere a mi hijo.

Él lo vio y con sólo una mirada entendió todo. Un médico experimentado era como un carnicero, de un vistazo podía decir cuánta

carne se obtendría de un cerdo. El bebé, envuelto en pañales caros, con vellos finos de color dorado en su cara, parecía un mango fresco. Al sentir miradas atentas, sonrió, mostrando su deformidad.

—En nuestro hospital garantizamos esta operación. ¿Qué edad tiene el niño? —El médico anotaba de prisa.

—Cinco meses y tres días —dijo Zou, y lo recordaba bien, pues eran los cinco meses y tres días más pesados de su vida.

—Lo siento, ahora no podemos aceptarlo. —Apenado, el doctor soltó la pluma.

—¿Acaso...? —Zou recordó los rumores acerca de los “sobres de agradecimiento” para los médicos, pero no sabía cómo decirlo. Después de cinco meses de ausencia posparto sentía estar en una caja negra, aislada de todo el mundo exterior.

—Disponemos de suficientes recursos económicos para que curen a nuestro hijo, nosotros les agradeceremos muy bien, dijo con torpeza, con la cara tensa, como después de una mascarilla y con el corazón lleno de odio. Por “eso” que tenía en los brazos, tenía que bajarse de su pedestal y rogar a diestra y siniestra.

—No va por ahí señora. Me refiero a su corta edad. Según nuestra experiencia, la operación después de los dieciocho meses tiene mayor garantía —explicó el médico.

—He leído libros al respecto; dicen que en el extranjero la edad bajó a seis meses. —Zou exageró un poco; en el libro decía “un año”, pero ella había visto la fecha de su publicación (muy lejana), y supuso que para la magnitud de los avances médicos, capaces hoy en día de injertar un gen, una operación como ésa era cosa sencilla.

El médico, algo calvo, no dijo nada. Tal vez descubrió la mentira, pero asintió con la cabeza. Después de pensar un rato añadió:

—Teóricamente, mientras más pronto, mejor para asegurar la recuperación total, pero demasiado temprano para un niño tan pequeño; hay mucho riesgo con la anestesia.

Zou entendió mal las palabras del médico. Si hubiera dicho “mucho peligro”, ella lo reconsideraría. Pero como dijo “riesgo”, Zou interpretó que las complicaciones eran para el médico, por lo que se esforzó en disuadirlo y salirse con la suya.

—Confío en usted. Haremos que el bebé lo recuerde y le agradezca eternamente, pues gracias a usted será un niño normal. Por favor, mientras más pronto, mejor. Ahora los vecinos no conocen su defecto, nadie sabrá el secreto. De lo contrario, aunque luego quede como “atuendo celestial sin costuras”, todo el mundo dirá a sus espaldas que era un labio leporino. —Llena de esperanza, trataba al médico con mucha familiaridad.

El doctor seguía asintiendo con la cabeza:

—Ya que insiste tanto lo podríamos intentar; hay muchos bebés, aun más pequeños, que han sido expuestos a operaciones más complicadas que ésta. En el extranjero incluso se practican cirugías en el feto, pero como usted no quiere aceptar las normas del hospital, deberá firmar una responsiva donde manifiesta su voluntad. Cualquier imprevisto no será nuestra responsabilidad; claro, si no está de acuerdo, lo dejamos para después.

Era la última oportunidad para Zou de retractarse y no poner en peligro la vida de su hijo, pero la gente confía normalmente en la sinceridad de los médicos. Pensamos que ellos siempre prevén y están preparados para lo peor; además, suelen alarmarnos. Les gusta asustarnos, pero el resultado generalmente no es tan trágico; y la gente acata sus decisiones sin reservas. Zou firmó la responsiva con mucha dignidad. El médico le dijo:

—Tiene bonita letra.

Era una frase trillada. Desde pequeña todos apreciaban su letra. Los elogios no la avergonzaban, pero las palabras del médico la contentaron y pensó que eran de buen augurio. Si el médico notó su bonita letra, fue porque advirtió su confianza en él. Seguramente trataría a su hijo con atención especial.

—Excepto por su labio, el niño está muy bien —dijo el médico satisfecho.

En efecto, era como una piedra sólida, lista para esculpir con ella formas hermosas.

—Sí, es un bebé sano y fuerte —dijo Zou con orgullo, algo que jamás había sentido por el bebé. Esa vez, frente a un cirujano, supo cómo era el orgullo de una madre por su hijo perfecto.

—Si ha tomado la decisión, haga el favor de dejar a su bebé aquí.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Zou ni siquiera se había imaginado que entraría con su hijo y saldría con las manos vacías. ¿Acaso la operación era como reparar un televisor?, ¿lo dejas y esperas tranquila en casa?

—Para que le tenga cariño a las enfermeras, ellas tienen que alimentarlo. Durante la recuperación el bebé no debe llorar porque se abrirían los puntos. Si el bebé se separa de la mamá apenas antes de ser operado, durante su recuperación no conocerá a nadie, y claro que va a llorar. En los niños mayores podemos hacer labor de convencimiento o incluso amenazarlos, pero como es tan pequeño, debemos hacerlo que olvide temporalmente la cara de su madre y se familiarice con las enfermeras —explicó el médico con elocuencia. Ante esa lógica, uno se siente incapacitado para renegar. Con las manos vacías, Zou regresó a casa. Al pie de la letra repitió a su madre las palabras del médico. Después de pensarlo, la señora dijo:

—Es tu hijo y él no puede decidir, tú tienes que hacerlo por él y debes tener mucho cuidado.

—Mamá, soy tu hija. Decide tú por mí.

—Jamás he estado en una situación parecida; cuando naciste no hubo piezas defectuosas.

—¡Hasta tú te burlas, madre! Por eso estoy decidida a operarlo lo más pronto posible, para que sea un ser completo.

Su mamá le acariciaba el cabello.

—No quise decir eso, sólo te pregunto, ¿la prisa, es por él o por ti? Entendió las palabras de su madre.

—Es por mí, pero aún más por mi hijo. He pensado una y otra vez que si yo hubiera tenido labio leporino no hubiera querido saberlo nunca, para crecer normal, lejos del dolor y la fealdad. Si mis padres hubieran eludido su responsabilidad y me hubieran dejado la decisión para cuando fuera grande, hubiera sido un acto cruel, disfrazado de bondad.

Su madre no cedía:

—¿No quieres platicarlo con tu esposo?

—Ya lo hice, yo decido.

Su madre, un poco enfadada, dijo:

—Eres mi hija, ¿por qué no me haces caso?

La vergüenza de Zou se transformaba en enojo:

—¡Si no me hubieras dado carne de conejo no hubiera pasado nada de esto!

Sabía claramente que el conejo no tenía la culpa, pero, encolerizada, tuvo que decirlo. Su madre no contestó.

En los días de espera Zou estaba angustiada; muchas veces tuvo ganas de ir al hospital y recoger al niño:

—Lo dejaremos para después; así estamos bien. Esperaremos a que crezca un poco. —Como un tronco llevado por la corriente, esa frase revolvió su mente, incluso dormida la decía en voz alta.

Una noche su madre la escuchó.

—Hija mía, por fin reaccionas, ¡qué bueno! En cuanto amanezca iremos al hospital a traer al niño.

Restregándose los ojos, Zou, con un rostro inexpresivo, dijo:

—Mis palabras de hace rato no cuentan.

Callada, su madre sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Por fin llegó el día de la operación. Por la mañana, con su mejor ropa, Zou fue al hospital. ¿Por qué llevaba ropa bonita? ¿Acaso su hijo la reconocería? ¿Quizás quería dejarle la mejor impresión? Después de pensarlo mucho, supo que era por miedo. Cuando una mujer tiene miedo, se refugia en la comida o en la ropa, lo hace para sentirse segura. Su madre preguntó:

—¿Te acompaño?

Zou, implacable, contestó:

—No es necesario. Sólo es una pequeña intervención.

En realidad no tenía ganas de ir sola, y si le hubiera insistido un poco, Zou habría aceptado, pero su madre no dijo nada más. Después de esperar un rato, supo que su madre no diría nada más; salió de la casa muy decidida. En ese momento comprendió de pronto: su madre también le tenía miedo a la larga espera durante la intervención.

Al llegar al hospital se tranquilizó. Muchos enfermos graves seguían vivos y llenos de vitalidad. Su hijo seguramente saldría perfecto, como “atuendo celestial sin costuras”, pensó, y entonces lo

amaría con todo el corazón. Cuando vio al médico de pelos ralos quiso decirle algo, pero, ¿qué? Quizá un “Se lo encargo, por favor, haga todo lo posible”, pero resultaba muy trillado. Aún no encontraba algo adecuado qué decir cuando el médico se le adelantó:

—Vea al niño, a ver si lo nota más gordo o flaco que antes.

Ella contestó enseguida:

—Confío por completo en usted.

Sin ninguna expresión, el médico pidió a las enfermeras traer al niño. Después de no verlo varios días parecía más grande. Excepto por su boca, era un niño hermoso. Un inmenso cariño invadió a Zou de repente. Abrazaba al bebé sintiendo palpitar su corazón, rápida y ordenadamente, como un tamborcito. El niño lloraba y forcejeaba como buscando a alguien. Zou se puso nerviosa, nunca lo había abrazado demasiado, pero la sabía reconocer. ¿Qué pasaba ahora? Lo tomó la enfermera y el niño dejó de llorar. Satisfecho, el médico dijo:

—Muy bien, antes de la operación tenemos que hacer esta prueba. Si el bebé no rechaza a su madre, posponemos la operación. Ahora, todo listo, podemos empezar.

Por última vez vio a su hijo acostado sobre la plancha. Se veía muy tranquilo. Estaba a punto de entrar a la sala de operaciones, tan pequeño, bajo la sábana, ya anestesiado. Una enfermera empujaba suavemente la cama que parecía vacía. Los siguió con la mirada y vio al pequeño tronar la boca con dulzura. Su sonrisa, como de pato en primavera, flotaba traviesa en su cara.

No podía estar tranquila ni de pie ni sentada. Las sillas de espera, alisadas de tanto uso, brillaban. Pensó que si un día se pudrían y las usaban para leña, el fuego sería de color negro. Había leído muchos libros de cirugía, por lo que casi podía ver lo que ocurría detrás de la pared. Le pusieron anestesia general..., cortaron su piel capa por capa..., suturaron el labio con hilo hecho de cabellos...

Era un sufrimiento incomparable. Sentía estar presa en el almacén de una montaña rusa. El corazón quería salir para palpitar a la luz del día, torrentes de sangre golpeaban su garganta; sus pupilas se dilataban y su temperatura corporal aumentaba. Luego se quedó sin sentir nada; supo que la operación pronto terminaría y la agonía llegaría a

su fin. Zou se dijo: “Cuando mi hijo sea un joven guapo le contaré mi sufrimiento”. De la sala, corriendo, salió una enfermera alterada.

—¿Quién es la madre de Zou’an?

De pronto no entendió, pero luego se dio cuenta. Al hacer los trámites de registro le habían preguntado el nombre de su hijo. Ella dijo que aún no tenía nombre, que después de la operación le pondría el más bonito. Le dijeron que fuera como fuere, se necesitaba un nombre para la historia clínica. Zou, nerviosa, se puso de pie:

—Soy yo.

—¡De prisa! ¡Pase a ver a su hijo!

—¿Ha tenido éxito la operación?

—La operación sí, pero su hijo no despierta de la anestesia.

Esta vez Zou no perdió el conocimiento. Como en un sueño, flotando en el vacío, entró en la sala después de la enfermera. Su hijo, quieto, como un copo de nieve a punto de deshelarse, estaba tendido. Su cara perfecta tenía lo mejor de sus padres. Sobre todo sus labios, como un “atuendo celestial sin costuras”, suaves y tiernos, parecían la duna más bella del desierto.

Por cierto, una duna blanca.

TRADUCCIÓN DE
CHEN XIAOHANG

EL JOVEN Y EL PERRO

Chen Ran

Llevaba varios días con aquella cosa llamada azufre en la mano.

En las clases la tenía en la mano, y la mano en el cajón del escritorio. Cuando estaba en la calle, en el bolsillo del pantalón. Por la noche, cuando dormía, la apretaba bajo la almohada. Siempre doblaba su ropa para usarla como almohada, pero nunca su chamarra azul de poliéster. Con cariño y esmero la colocaba a un lado, pues se podía ensuciar con la grasa del pelo.

A decir verdad, sacó esa chamarra azul de su casa sin que su abuela se diera cuenta. Fue un asunto de suma importancia, como si se hubiera robado una vaca. Su familia le daba una muda de ropa nueva cada cuatro años. Debía esperar hasta la Fiesta de la Primavera para ponerse esa chamarra azul, que ya había usado en las fiestas de los últimos dos años. También tenía una chamarra negra, muy parchada y ya casi blanca por tantas lavadas. Cuando se la ponía le avergonzaba levantar la cabeza ante sus compañeros.

Guardó la cosa en el forro del abrigo. Últimamente estaba algo nervioso. “Eso” sudaba con él y latía al ritmo de su corazón. Temía perderlo o que el maestro lo descubriera y se lo quitara. Le preocupaba además que la cera de la cápsula se derritiera y quedara inservible. Zhang Guoqing le había dicho que era un remedio mágico.

—Si un perro lo traga, a los tres pasos se cae, por eso le llaman “caída a tres pasos”.

Al decirlo, Zhang se veía misterioso y excitado. Zhang le llevaba un año. Nunca supo cuándo comenzó a juntarse con sus compañeros mayores, pues jugar con los de su edad no le despertaba mucho inte-

rés. De los mayores siempre había algo que le impresionaba. Por fin se animó y pidió:

—¿Me das una? —Después de pensarlo un rato Zhang Guoqing le dijo:

—Sí, pero a cambio de cupones para un kilo de arroz.

Le gustó el trato y, aunque el precio era alto, lo aceptó sin vacilar. Su abuela sabía con exactitud cuánto arroz llevaba a la escuela, hasta podía decir cuántos cupones de arroz le quedaban. Así que decidió comer un poco menos, aunque pasara hambre. La comida desaparecía en su estómago como un soplo de aire. ¡Qué envidia tenía a los compañeros de familias ricas! Ellos comían medio kilo de arroz en cada comida; él sólo doscientos gramos. Al darse cuenta de que ahorra muy poco decidió saltarse una comida, y más tarde otra. Intencionalmente llegaba tarde al comedor, cuando la comida ya se había acabado. Así logró ahorrar los cupones para un kilo de arroz.

Para entonces iba en segundo de secundaria. No era buen estudiante, era más bien travieso. Para él, jugar era más interesante que estudiar. Los más fijados de tercero habían notado que tenía más larga la oreja derecha que la izquierda, pues la maestra siempre tiraba de ella cuando le ordenaba sentarse junto a la pared. No odiaba la escuela, pero le gustaba escaparse de la clase porque experimentaba una extraña alegría. En el salón siempre estaba sentado y al fugarse sentía que volaba. A los adolescentes les gusta volar, aunque sea sólo en los sueños. También le gustaba la pesca. Todos los domingos se sentaba tranquilamente a la orilla del estanque, en una pose rara, como esperando a que los peces lo encontraran. Le gustaba sentir cuando los peces mordían el anzuelo. Cazar y conquistar es lo que cualquier niño ansía. ¿Qué puede ser más interesante que un pez mordiendo el hilo?

Los niños lo llamaban hilo de cristal, ¡la caña se curvaba y el pez saltaba! Las cañas de pescar de los demás eran más finas y eso le daba envidia. Pescando olvidaba que el domingo había pasado mientras él, despistado, permanecía sentado a la orilla del estanque. Sumamente enfadado, su abuelo, que no sabía leer ni escribir, comenzó a pegarle con un látigo para pastorear ganado. Él corría alrededor

del estanque perseguido por su abuelo, que sujetándose la correa del pantalón gritaba desquiciado. A cada grito sus fuerzas crecían. El chico, sorprendido, descubrió que mientras más se apretaba la correa, el abuelo corría más rápido; parecía un cohete.

Muchos curiosos los miraban, lo que hizo duplicar la velocidad del abuelo. Tuvo que recurrir a técnicas matemáticas o físicas para evitar ser capturado. Después de quién sabe cuántas vueltas —ya no podía más—, sintió calor en la garganta y comezón en el pecho. De pronto, siguiendo una tangente hacia el estanque, cambió de dirección y corrió a la escuela. Mientras corría, volteaba la cabeza atemorizado y casi llorando:

—¡Ya voy a la escuela, ya voy! ¿Qué más quiere?

Al llegar a una cuesta, frente al pueblo Lisanfang, volteó y vio que su abuelo seguía corriendo alrededor del estanque por pura inercia. Claro que a la semana siguiente su abuelo, furioso, le dio una buena golpiza. Aquel sábado por la tarde, al ver al viejo regresar del trabajo, corrió a saludarlo temeroso y asustado. Como respuesta su abuelo sólo balbuceó algo. El corazón se le humedeció, sintió gran remordimiento y bajó la cabeza como girasol. Pensó que su abuelo ya no le haría caso, pues recordó que una vez, luego de alguna travesura lo ignoraba, y cuando se dirigía a él ni siquiera le contestaba. Lloró y lloró hasta que sus lágrimas hicieron un río donde se ahogaba. Entonces, las manos del abuelo, convertidas en salvavidas, se sumergieron para rescatarlo. A medida que las lágrimas se iban entibiando, él lloraba más fuerte. Ahora, para que el abuelo lo perdonara, muy contento se puso a trabajar; ayudó a la abuela a lavar el arroz y las verduras, fue a traer agua, ayudó al abuelo a amarrar el ganado y trajo el yugo a la casa.

En la noche, entre sueños, lo despertó un agudo dolor. Su abuelo lo estaba golpeando con la vara de bambú que usaba para arrear al ganado mientras su abuela intentaba detenerlo. Ella suplicaba, pero él seguía rugiendo. El látigo de bambú se convirtió en una serpiente que lo mordía una y otra vez. Luego, muchas lombrices rojas recorrían su cuerpo sin parar. ¿Por qué tenía tantas lombrices encima? ¿Acaso los peces le devolvían las que habían devorado? Casi se muere del susto.

Desde entonces, durante mucho tiempo, no se animó a pescar. Al ver lombrices, siempre le venía aquel horrible recuerdo. Desaparecida su furia, el afecto del abuelo reapareció en forma de caricias. Tan feroz como su enojo, el cariño era grande. El abuelo acariciaba las lombrices muertas y decía:

—Niño tonto, ¿por qué no me pediste que dejara de golpearte? ¡Si no me lo pides, cómo voy a parar! A decir verdad, desde aquel día por la tarde, cuando me ayudaste a traer el yugo a casa, mi corazón ya estaba ablandado. Todo lo hago por ti. Cuando yo era niño tu bisabuela me pegaba. De día no podía alcanzarme, pero ya dormido me golpeaba con un palo: “A ver, ¿a dónde corres? A ver, ¿en dónde te escondes?”, me decía. Tú eres bueno y terco como yo.

En aquel entonces, su amor por su abuelo y sus cariños se enlazaban estrechamente con sus golpes. Temía volver a casa, pero al mismo tiempo anhelaba regresar. Todo le causaba curiosidad y siempre se equivocaba. Un miércoles por la tarde regresó a casa. Según las reglas de la escuela, ese día por la tarde, después de clases, los alumnos que vivían cerca podían, sin permiso especial, volver a casa por comida. Ya era otoño. Cuando llegó, el cielo ya estaba completamente oscuro. Tenía que posponer su plan.

En el camino vio a varios perros con la cola erguida; parecían caballos de batalla en miniatura. Tenía aquella cosa en la mano, y para que no se derritiera la cambiaba constantemente de una a otra. Si hubiera tenido bolas de arroz o camote cocido ya habría podido probar su magia. Zhang Guoqing decía que con sólo meter eso en una bola de arroz o en un camote el perro lo tragaría.

—¡Imagínate! El perro lo traga y cae al suelo después de dos o tres pasos, sin tiempo ni para ladrar.

¡Qué cosa tan mágica! Parecía más poderosa que la bomba atómica. “Si fuera tan potente podría acabar con todos los perros y así comeríamos todos los días carne de perro. Y su piel se puede secar y luego vender en la corporativa del pueblo”. Al pensar aquello, los orificios de su nariz se distendieron, parecían un microscopio.

En el mundo no había carne más rica que la de perro. En su pueblo, donde vivían ochenta o noventa familias, si alguna cocinaba car-

ne de perro todo el pueblo lo sabía, como si uno solo se convirtiera en decenas o centenares. Los perros corrían libremente por el pueblo, como hadas que bajaban y subían al cielo.

Claro que en este momento no deseaba comer carne de perro, sólo quería dominar el “arma” para matarlos y corroborar su efectividad. Se sentía como un país que necesita poseer la bomba atómica, no para usarla inmediatamente sino para destruir más tarde a otro país o a alguna ciudad. Zhang Guoqing preguntó:

—¿Sabes por qué es tan poderoso? Porque cuando el perro lo muerde salen polvos que tapan su garganta. Entonces no puede respirar. —Para que supiera cómo se sentía, Zhang le pidió que se apretara la garganta.

—¿Y si un hombre lo traga le pasará lo mismo?

Zhang Guoqing asintió sin ninguna vacilación. El joven se espantó. Le asustó la idea de comérselo como postre en un descuido. Entonces, inconscientemente, apretó bien sus labios. Esa noche cambió el veneno de lugar: de estar bajo la almohada pasó a debajo del colchón porque temía tragárselo dormido. ¡Quién sabía qué hacía cuando soñaba, sobre todo cuando tenía pesadillas!

Sí, tenía miedo, y realmente tuvo una pesadilla. Soñó que un perro, después de tragar la píldora blanca, en vez de caerse, se lanzaba contra él con el hocico abierto y los dientes afilados. Aullaba sacudiendo su lengua roja que parecía una banderita ondeando al aire. El perro lo perseguía. Ambos corrían alrededor del campo, como aquella vez que él y su abuelo corrían alrededor del estanque. Los curiosos reventaban de risa, pensando que él intentaba alcanzar al perro y no al revés.

Cuando el látigo del abuelo no alcanzaba a su presa, entre el público estallaba una ola interminable de carcajadas. Casi lloraba de desesperación. Gritaba, pero ellos no oían o fingían no escuchar; cada vez había más gente. Su maestro estiró la mano para jalarle la oreja. Él no quería que le estirase la derecha, y pensó: “Maestro, por favor, arránqueme la izquierda, para luego no verme tan mal”. Pero como él y el perro corrían en sentido contrario a las manecillas del reloj, el maestro sólo podía jalarle la oreja derecha.

Entre los mirones ya no cabía ni un alfiler. Antes no comprendía esa expresión, y ahora de pronto la entendió. Si le pidieran hacer una oración con esa frase en algún examen, escribiría: “Los que se juntaron para verme correr eran tantos que ni siquiera un alfiler más podía caber”. No tenía a dónde huir y tuvo que correr, correr y correr.

Más tarde, mientras él, ya cansado, corría y se arrastraba como perro, éste se paraba como hombre. No le importaban las apariencias siempre y cuando el perro no lo alcanzara; hubo momentos en que corría tan rápido que alcanzaba a ver la cola del perro ante sus narices, y se sentía sumamente orgulloso de ser tan veloz. De repente, el perro volteó la cabeza y a él se le fue el aliento. Él solito se había metido en la boca del león.

Soñó despertar empapado en sudor frío. Estaba perplejo. “¡Qué perro tan inteligente, parece que fue a la escuela!” Lo pensó un poco y descubrió que el perro del sueño era justo el de Liu Jiancheng, el encargado del comedor. Así que la cápsula sería justo para ese perro, ése que lo veía enojado, con miradas parecidas a las de los maestros.

Bajo la lupa del maestro estaba muy quieto en el aula. Fingía escuchar las clases mientras tenía las manos bajo el pupitre. La voz del maestro, a veces cerca y a veces lejos, era como un colchón que incita al sueño. De repente, la voz cesó. Asustado, levantó la cabeza y vio al feroz maestro de frente. El silencio del maestro, como piedras encimadas, pesaba sobre sus hombros. Se alarmó cuando el maestro le gritó:

—¡Entrégamelo!

Recordó que Zhang Guoqing le había advertido que de ninguna manera debía permitir que el maestro descubriera aquello, de lo contrario lo matarían a golpes. Entonces, se metió la cápsula a la boca sin la menor vacilación y, como si fuera miembro de un partido clandestino, sin temer por su propia vida, decidió guardar el secreto para siempre. Una vez mordida la píldora nomás escuchó ¡Bum! No podía mover la boca; ésta no lo obedecía, como si ya no fuera suya. Abría los labios sin poder decir nada.

Oyó ronquidos. El gato saltó a su cama y él, en vez de tenerle miedo, se acurrucó junto a él.

La noche del miércoles estuvo llena de pesadillas; el jueves por la mañana, bostezando, fue a la escuela con un frasco lleno de verduras adobadas.

Observaba con curiosidad a los perros de la escuela. Uno era de Liu Jiancheng, el vigilante del comedor; otro era de la maestra instructora Ye Xiaolu; el tercero, de Dong Xingzhi, maestro de química de tercero, y el cuarto de Li Jinhua, un empleado de la escuela. Todos los días en la mañana, el perro del maestro Dong, moviendo la cola, seguía a su amo, y por la tarde regresaba con él a casa. Parecía su hijo, sólo le faltaba la mochila en la espalda. La perrita de Ye Xiaolu —a sus espaldas le llamaban por su nombre— era como su dueña, mimada entre algodones.

Ye Xiaolu, hija de un director de la administración local de educación, era bajita y delgada y no sabía mucho ni de enseñanza ni de cosas del campo. Enseñaba matemáticas en primer año de secundaria, pero el promedio de sus alumnos nunca superaba los treinta puntos de un total de cien. Una vez, cuando mataban cerdos en la escuela, fue a ver y dijo:

—El cerdo está enorme, ¡seguramente es muy viejo! —El maestro Dong Xingzhi la engañó:

—Ocho o nueve años. —Ella lo tomó en serio. Más tarde, cuando vio el pene del cerdo tirado bajo su ventana, preguntó:

—¿Qué es esto, por qué lo tiras? Si no lo quieres yo me lo quedo. —Ye Xiaolu fue la primera en criar mascotas en la escuela.

Su perrita blanca parecía princesa de cuento. Decían que todos los días la bañaba y la abrazaba para dormir. Matar a un perro como ese no tendría ningún chiste. El de Li Jinhua daba lástima, pues estaba flaco y tenía una mancha en el lomo que crecía cada día más; los otros perros de la escuela lo despreciaban y lo maltrataban. Siempre regresaba a casa cubierto de sangre. Era fácil tomarlo como muestra para el experimento; de vez en cuando buscaba comida en los dormitorios de los alumnos, y aunque lo patearan, devoraba todo lo que podía, o se lo llevaba resistiendo el dolor. Sus ladridos sonaban lastimeros.

Li Jinhua era un solterón de más de treinta años. Decían que sus pies olían tan fuerte que todos lo evitaban. Li hablaba y se conducía

con delicadeza, tenía la nariz y los ojos pequeños y no tenía vellos. Su piel, algo fina, no era blanca ni negra. Si hubiera sido un poco más gordito se parecería al Buda. Li Jinhuo sabía llorar. Un día se guardó el sueldo en el bolsillo de la chamarra. Para preparar la comida en la cocina se quitó la chamarra y alguien robó su dinero. Li se sentó en el suelo y se echó a llorar como un niño. Lloraba y decía que si no llevaba dinero a casa su hermano mayor le pegaría. “¿Si envenenara a su perro lloraría también?”, se preguntaba, conmovido por el llanto de Li Jinhuo.

Sólo Cuatrojos, el perro del encargado del comedor, Liu Jincheng, estaba siempre orondo y gordo. Era todo negro, sin ninguna manchita. Los perros cuatro ojos eran generalmente malos. Se te acercaban sin que te dieras cuenta y te mordían.

Ese perro siempre asustaba a las chicas que iban a comprar comida, seguro se creía muy macho. Caminaba y de repente se levantaba en dos patas. Los tazones de las chicas caían al suelo y el perro devoraba la comida. Llorosas, las muchachas se iban secando las lágrimas para volverse a formar en la fila de la comida. El encargado Liu lo veía todo, pero como si no lo viera. Si alguna se quejaba, él decía:

—No acuses a los demás, es tu culpa.

Cuando venían visitas a la escuela, después de los banquetes Liu Jiancheng no dejaba que otros perros se acercaran. A Cuatrojos lo encerraba en el salón para que disfrutara solo del festín. Cuando no tenía nada que hacer, Cuatrojos, al igual que su amo, daba vueltas en la puerta del comedor, como si fuera el segundo encargado.

Cada día las porciones se iban haciendo más pequeñas porque Liu Jiancheng robaba el arroz del almacén y los domingos lo vendía. Tal vez, precisamente por eso, el perro, los alumnos y el comedor eran enemigos a muerte. Era su propio teorema de Pitágoras. “El malvado culpable que amenaza a la gente valiéndose de la influencia de su amo debe morir”, pensaba él mientras apretaba la píldora en su mano. Ver a ese perro muerto, ¡qué alegría para todos!

Empezó a poner en marcha su plan cautelosamente. No quería que nadie más participara. Como había estudiado historia conocía las desventajas de trabajar en grupo. Trabajar solo era siempre más fácil,

pues si lo descubrían simplemente negaría todo. Pensaba sorprender a todos, incluyendo a Zhang Guoqing. “¿Cómo fue que murió ese perro tan bravo?”. Está claro que no pensaba matarlo por eso sino porque tenía con qué hacerlo.

Cuando la gente se sale con la suya siempre trata de disfrazarlo con algo bueno.

En realidad, Cuatrojos no era tan sinvergüenza. Siempre andaba pegado a su dueño, pero cuando quería orinar se iba al muro que estaba detrás del comedor, alzaba una pata y lo hacía. El joven pensó que ése sería el momento más oportuno. Cuatrojos tenía un hábito: al regresar siempre olisqueaba, como buscando comida. A veces encontraba excremento de niños en el césped, y a pesar de que todos los días comía bien jamás olvidaba su origen callejero.

A la hora de la comida guardó una bolita de arroz. Cuando todos los compañeros del dormitorio salieron sacó de inmediato la pílula y la puso en el arroz, luego la amasó con poquita agua. Todo el segundo piso era el dormitorio. Los alumnos dormían en el suelo, en medio metro para cada uno. Su grupo dormía al fondo de la habitación grande.

El agua, junto con la bola de arroz, despedía un aroma suave; hubiera estado mucho mejor con un poco de costra. En su casa, la abuela siempre raspaba la olla para darle a él una buena porción de costra. Entre más le daba más quería. Se puso de pie y sacudió la cabeza para liberarse de esa imagen nada apropiada. ¿Sería capaz de tragarse la bolita? Ante el peligro él siempre tenía pensamientos e ímpetus desconcertantes.

Era como una persona que teme a la muerte, pero siempre sueña con ella. Una vez alguien del pueblo se murió por ingerir pesticida; su expresión moribunda lo impresionó. Desde entonces, cuando veía pesticida, siempre se daba la vuelta; creía que podía atraerlo con su aroma especial, por lo que siempre se echaba a correr antes de perder el juicio, suponía, y decidirse a empinar la botella con pesticida. Decían que los desafortunados eran atraídos por el veneno.

La bola de arroz en la mano lo seducía. Su mano temblaba. Tenía muchas ganas de tragar la bola de arroz e incluso se la acercó a la

boca. El dormitorio estaba oscuro. Miraba de un extremo al otro. “¿Y si alguien estaba escondido detrás de las columnas? Tal vez alguien habría observado todos sus movimientos”. Como decían que allí se había ahorcado una alumna, ninguna se atrevía a vivir en ese cuarto, todas vivían en el otro edificio, cerca de los dormitorios de profesores.

Le pareció escuchar una risa perversa. Alguien lo jalaba. Los vellos se le erizaron y su nuca se heló. Si no huía en ese preciso momento se quedaría allí para siempre. Salió empapado en sudor.

Después de las clases fue al comedor con varios compañeros. Fingía beber agua mientras Liu Jiancheng, sentado junto a la puerta, tomaba té. Como siempre, Cuatrojos corría a la parte trasera del comedor meneando la cola. Entonces, como sin querer, fue a la puerta de la escuela. Allí había un estanque. Los alumnos que no llegaban a beber agua del pozo iban al estanque para matar la sed. Al pasar por la colina, apuntó al perro, le lanzó la bola de arroz y salió corriendo por la puerta trasera. Siguió el muro y llegó a la puerta principal. El corazón se le quería salir. ¿Por qué le latía tan fuerte después de aventar la bola de arroz? Era como un conejo que arranca una col china, la abandona donde no hay nadie y corre rápidamente. Para controlar el susto se dejó llevar por sus fantasías.

Imaginó que al entrar por la puerta principal vería a Liu Jiancheng patlear ante el perro caído. Cuatrojos, tendido en el suelo, arrojaría espuma por la boca. Muchos curiosos, todos con secreta satisfacción, se irían juntando. Su imaginación le hizo caminar más aprisa.

Miró desde lejos pero no vio nada especial cerca del comedor. No sabía lo que había pasado.

Cuando iba acercándose sonó el timbre. Caminaba, se detenía unos segundos y continuaba hacia el aula. En esa clase no supo de qué hablaba el maestro. Oía ruidos que venían desde el comedor.

Los rugidos de Liu Jiancheng eran semejantes a los de un cerdo a la hora de ser sacrificado, o a una llamarada surgiendo del horno. Saltaba furioso frente al comedor. ¿Sabría Liu que había sido él? ¡No! ¿Y si Zhang Guoqing y otros compañeros mayores hablaran? Al verlo sabrían que él era el culpable. Reirían felices de la desgracia ajena y lo entregarían al maestro. Tendrían muchas ganas de mirar

cuando lo castigaran. Como iban a graduarse pronto no le temían al maestro, y si los expulsaran hasta darían volteretas de felicidad. Pero ése no era su caso, él quería seguir estudiando. Si lo echaran, su abuelo lo mataría a golpes y luego se mataría a sí mismo. Cuando estaba muy enojado, el abuelo se daba de topes contra la pared. Cuando lo hacía, él temblaba de pavor.

Después de clase salió corriendo antes que el maestro. Escuchó el ruido de la tiza cuando cayó al suelo pero no hizo caso.

De lejos vio a Liu Jiancheng sentado en la puerta del comedor tomando té con mucha calma. La cara roja, el cuello dilatado y la respiración agitada del chico sorprendieron a Liu pues aún no terminaban las clases. Hasta que sonara el timbre podrían salir los alumnos de sus aulas, con sus tazones bajo el brazo.

Muchos pasos venían atravesando el campo, como olas, como monedas rodando a su bolsillo, lo que alegraba mucho a Liu Jiancheng. Pero en este momento era claro que a ese alumno le sucedía algo. Por su altura parecía un estudiante nuevo. Levantó la cabeza y preparó una sonrisa irónica: “Tontito, te equivocaste de hora. Eres peor que mi perro”. El perro de Liu, al ver a su amo coger un trozo de hierro para tocar la campana corría excitado, moviendo la cola, hacia las ventanillas donde se vendía la comida. Si el señor Lao Wu no le daba un pedazo de costra de arroz no se marchaba. Luego hacía un ruido seco, como pato. El joven corrió pero se detuvo de repente: Ahí estaba Cuatrojos sentado junto a Liu Jiancheng, como si nada hubiera pasado. La piel negra del perro lucía brillante y su lengua roja asomaba entre el hocico. Sorprendido, corrió rápidamente a la parte trasera del comedor. Allí estaba la bola de arroz, tirada en el suelo, intacta. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Más tarde pensó que en aquel preciso momento debió olvidarse del asunto, pero a esa edad, ¿quién sabe detenerse en el momento apropiado? La situación le produjo miedo y enojo. Odiaba al perro y a sí mismo hasta los huesos. Azotó la bola de arroz contra el suelo. Si la píldora se hubiera convertido en polvo se habría resignado y este cuento ya habría terminado. Una vez, en clase, ni siquiera había sabido deletrear la palabra “resignarse”, recordó.

La píldora brotó de la bola de arroz; parecía mirarlo retadora. Furioso, quiso pisarla y aplastarla, pero al levantar el pie dudó, se detuvo, no quiso hacerlo. Se arrodilló, y tal vez con la mezcla de interés, odio e impotencia que sentía ante el veneno, se puso a llorar. Entre lágrimas recogió el veneno. Ni siquiera podía manipular una pequeña píldora. Se sentía desesperado.

Dejó que el veneno subiera por las puntas de los dedos hasta las palmas y luego entrara en su bolsillo. El veneno le ordenó no toparse con maestros ni compañeros, y sin hacer ningún ruido volver al aula. Sacó su mano del bolsillo pues le tenía miedo; si la olvidaba, ella saltaba, brincaba, corría y giraba hacia adelante y atrás. Tal vez quería aplastarlo, convertirlo en polvo y hacerlo desaparecer sin rastro alguno. Hubo momentos en los que parecía estar tranquilo. En la clase de deportes se esforzó más que todos. El sudor le escurría entre los pelos pegados a su cara encendida. Hacía tiempo que no se sentía tan cómodo: había olvidado la píldora. Pero más tarde se tocó el bolsillo y recordó que la píldora estaba allí, redonda y burlona ante sus malas intenciones.

Era su preso sin remedio.

Se echó a correr hasta quedar sin resuello, quizá para librarse de esa pesadilla. Pero el veneno ya había invadido su cuerpo. Sin importar cuán rápido corría, el veneno lo perseguía. No sólo estaba en su cuerpo sino también en los libros de texto, en las plumas, en los tazones y en sus sueños. En su carrera ya no era él quien llevaba la píldora sino la píldora la que lo cargaba a él. Cuando intentaba asirla y lanzarla con fuerza, ella, inocente y bonita, parecía decir:

—Lánzame con fuerza. —Y vuelta a la duda.

¡Dios mío, libéralo ya!

Cuando volvió a casa estaba más delgado y pálido. La abuela se preocupó por el desgaste de su nieto en los estudios. “Aprender requiere mucha energía”, pensó. Caminando con sus pequeños pies, ella trajo un camote cocido que había quedado bajo el horno. Luego fue al gallinero por huevos. Era sábado y sabía que su nieto tenía hambre. Él, mientras miraba el camote dorado en el cesto de bambú, pensaba en algo. Arrancó un pedazo, lo puso en su boca y lo mordió sin pensar.

Las gallinas, agachadas, picoteaban las hortalizas del huerto. Un perro vagaba por allí, no sabía de quién era pues estando en la escuela sabía poco del pueblo. Donde había gallinas siempre habría perros, aunque jamás pudieran convivir en armonía. Asustadas, unas gallinas levantaron la cabeza. Al mirar al joven, el perrillo se detuvo en la puerta del patio. El corazón le comenzó a latir apresuradamente. Sin reflexionar, metió hábilmente la píldora blanca en un pedazo de camote y lo aventó lejos.

El perro se alegró por el alimento inesperado y se tragó el camote. Jamás le había latido así el corazón. Temía que se le saliera por la boca y lo rebanara con los dientes. De repente se escuchó un aullido de dolor. El perro trataba de correr hacia el corredor, arrastrando sus patas ya sin fuerza. En su interior, con toda su compasión, suplicaba “No corras, no corras”. Se aterrorizó. El perro ya debía haberse caído.

Era justo el momento de volver a casa después del trabajo. Los hombres, con un arado al hombro y un recogedor para dispersar excremento quemado y semillas de hortalizas a la espalda, volvían a casa en grupos. El perro ladraba y de su boca brotaba baba y espuma.

—¿Qué tiene ese perro? —preguntó alguien en el corredor.

Cada vez eran más fuertes los gritos. El perro, trastabillando, por fin se desplomó. Parecía un ser humano con su cabecita suave y expresión triste. Sólo un rato antes, muy inquieto, trataba de jugar a las escondidillas con las gallinas. Las asustaba para que cacareando intentaran volar. Tal vez el perro pensaba que el vuelo de las gallinas podría ser muy hermoso. Nunca imaginó que su muerte fuera tan triste. Su tierno corazón empezó a temblar; sus pies no tenían fuerza.

Oyó a su abuelo entre la muchedumbre. Alguien le explicaba que el perro, en efecto, había salido del corredor de su casa. El abuelo cargaba su yugo al hombro y la cadena sonaba al caminar.

Así sucedió. El entrecejo del abuelo se arrugó. Le parecía verlo con el bambú en la mano. Sus golpes le dejarían bonitas huellas en la cabeza, la cara, el cuerpo y las pantorrillas, y haría salir a todas las lombrices de tierra de su cuerpo. Así, ¿cómo podría salir de casa? ¿Tendría cara ante el mundo?

Sentía que el camino se iba desvaneciendo, agrietándose bajo sus pies. Ante él había un precipicio o un derrumbe. “¡Dios mío, sálvame!” Tendió sus manos. Pero en ese momento, ¿de qué más podía valerse? Entonces, dio la vuelta aterrado, atravesó la casa sombría y se echó a correr como loco hacia el vasto atardecer tras de la casa.

TRADUCCIÓN DE
LI NING

LA PRUEBA

Chen Tong

Aquello que tanto me angustiaba finalmente sucedió. Qin Shi anunció que sus padres vendrían a Beijing a vivir con nosotros. ¿Qué le podía decir? ¿Que antes de casarnos lo habíamos discutido? ¿Antes de casarnos? ¿Cuándo fue eso? Bing Bing ya tenía cuatro años. ¿Acaso podría argumentar que los mayores viven solos en Estados Unidos? ¿Por qué tus padres no pueden aprender de los americanos? Qin Shi no me apresuraba, pues me comprendía. Además, tampoco él quería vivir con sus padres. Alguna vez había comentado:

—Si no fuera porque deseaba salir de mi casa, jamás me hubiera esforzado tanto por entrar a la universidad.

Como la mayoría de los padres chinos, los de él siempre decían que todo lo hacían por su hijo. En realidad, ante la mínima desobediencia venían los golpes. Para justificarse decían que sólo los palos hacían hijos obedientes. Pero, ¿qué es un hijo obediente? Es como un caballo con bozal o un buey en yunta que obedece sin chistar.

—Esta vez no busques excusas, sólo es cuestión de tiempo. Para evitar quejas arreglemos la recámara principal para ellos, ¿te parece?

Me quedé callada. Recordé a mi madre, e incluso pude ver la ironía en su cara. Cuando le dije que nos íbamos a casar se opuso a la boda. Dijo que si hubiera sabido que me casaría con Qin Shi, no hubiera gastado tanto dinero en mandarme al extranjero a estudiar. Le fallé porque me lo había advertido. Desde entonces se imaginó lo que podía suceder.

En su tiempo, ella tampoco había hecho caso a su madre. Se casó con mi papá y tuvo mucho sufrimiento. A lo mejor él pensó que mi

madre reconocería algún día su culpa, pero se equivocó. Mi padre, tal vez por ser joven se enojaba fácilmente, se creía la encarnación de la justicia. Divorciarse de una esposa rebelde que no obedece a su suegra era lo natural. Ambos eran impulsivos y tal vez por eso, infelices. Después del divorcio mi padre se volvió alcohólico y murió en un accidente de tránsito. Mi madre nunca se casó de nuevo. Una vez le pregunté porqué. Me dijo que nunca quiso volver a tener suegra. Ella creía que si una mujer se dejaba conquistar por un hombre, aunque sacrificara todo por él, él jamás la valoraría. Desde que le presenté a mi primer novio me lo dijo:

—Los hombres son despreciables; si los obedeces en todo, creen que eres tonta. Desde el principio debes hacer que te obedezcan.

Las razones de mi abuela materna habían sido lógicas. La familia de mi padre no sólo era pobre sino que su propio padre era casi un enfermo mental, y su excéntrica madre se había pasado la vida en cama por alguna rara enfermedad.

De joven mi madre era muy terca; pensaba que amar a alguien implicaba querer todo lo de él, incluso su desgracia. Así que, sin pensarlo dos veces, se metió en aquella casa, aunque poco después se mudó a un dormitorio público conmigo aún de brazos. Desde entonces vivió sola. No se quejaba de mi padre, pero yo sabía que lo odiaba de todo corazón. Ella había sacrificado todo por él, lo que así debía ser, según él. Mi abuela materna me contaba que mi madre trabajaba, me cuidaba, atendía a su suegra paralítica en cama y encima de eso padecía la demencia senil de su suegro. Una vez, cuando su suegra la mandó traer la bacinica, yo me caí de la cama. Mi mamá, alarmada, corrió a abrazarme y tiró la bacinica. Su suegra, furiosa, se puso a blasfemar. Mientras su suegra chillaba mi mamá intentó defenderse, y en ese momento, inesperadamente, sin preguntar la causa, mi padre le dio una bofetada y le gritó:

—¡No importa como seas conmigo, pero no te atrevas a maltratar a mis padres!

A mí, a decir verdad, excepto por Qin Shi, nadie me aguantaba. Una vez, bromeando con mi madre, le dije que por su culpa había perdido muy buenos partidos. Ella me replicó:

—Si los perdiste es porque no eran para ti. Esos muchachos ni te consentían ni perdían tiempo en conquistarte. Si así eran antes de casarse, ¿cómo podrías pasar toda una vida con ellos?

Hasta que sólo me quedó Qin Shi. Él soportaba todo de muy buena gana. Por eso, a pesar de varios rompimientos, finalmente nos casamos. Caprichosa, como de costumbre, una vez le dije a Qin Shi:

—Quiero hacer más cosas, conocer el mundo, viajar a lugares lejanos. No deseo casarme, ni tener hijos, ni cuidar padres después de graduarme. Odio esa vida, tengo que ser yo misma, *to be myself*.

Aceptó.

Entonces saqué la visa americana y decidí viajar, rompiendo con él para siempre.

Mi mamá no dijo nada porque deseaba que yo pudiera disfrutar la felicidad y la libertad que ella nunca tuvo. Nadie obligaría a su hija a cocinar, fregar trastes, lavar pisos, salvo que ella quisiera hacerlo. Me aconsejó que jamás me casara con un “hijito obediente”, pues todos eran unos castrados por sus padres. Para esos muchachos, sus padres siempre tendrían la razón, nunca reconocerían que también se podían equivocar. “Podrán ser tus colegas, tus socios, pero ninguno, jamás, tu esposo”.

Qin Shi vino desde su tierra para terminar conmigo. Nos pasamos toda la noche caminando a lo largo de la avenida Chang’an hasta la Plaza de Tian’anmen. Mientras yo lloraba y lloraba, él me consolaba sin pedirme que siguiera con él. Después, ya casados, le pregunté por qué ese día no me había abrazado ni me había dicho algo para disuadirme. Me contestó que no quería ser egoísta. Qin Shi siempre, de verdad, fue bondadoso y comprensivo.

¿Cómo se le puede pedir a un hombre así que rechace a sus padres? Sería preferible ahorcarlo con una soga. ¿Qué le podía decir? Yo era la mala. Cuando mi madre supo que había vuelto con Qin Shi sólo suspiró y dijo:

—¿Qin Shi? Tiene menos estudios y menos oportunidades que tú, nunca ha ido al extranjero a estudiar, sólo es un empleadillo en Mianyang, su padre está retirado y la madre ni trabajo tiene. ¿Fuiste tan lejos para ahora conformarte con tan poco? Si lo hubiera sabido

me hubiera podido ahorrar el gasto. Te hubieras casado en Mianyang después de la graduación y asunto terminado.

—No puedes decir eso —me defendí—. Si no me hubieras mandado al extranjero, ¿cómo habría conseguido la gerencia general de relaciones públicas en una transnacional? Sin ese puesto crees que iba a poder comprar dos departamentos, uno frente al otro? ¿Acaso no ha redituado tu inversión? Además, ahora vivimos en un buen barrio de Beijing. Nuestra vida sería muy diferente si me hubiera casado en Mianyang después de la graduación.

Qin Shi, conciliador, me propuso:

—¿O qué te parece si nos vamos a vivir con tu madre, y cuando mis padres lleguen que vivan con Bing Bing en nuestro departamento?

—¿Y qué pasará si queremos hacer una fiesta?

—Ni que hiciéramos tantas. Nos aguantamos por un tiempo.

Lo de las fiestas pudimos resistirlo, pero, ¿cómo soportar las quejas de mis suegros? Desde el primer día, como si fueran altos funcionarios, se apoderaron de los asuntos internos de mi casa, e incluso fijaron horarios para levantarse y para ir a la cama. Qin Shi les explicó varias veces que mi trabajo era algo especial, y que con frecuencia tenía que trabajar horas extras, por lo que a veces regresaba muy tarde. Pero ellos, en mi cara, casi burlándose, dijeron:

—A las mujeres hay que disciplinarlas, si no las obligas a obedecer, no sirven para nada.

Un domingo me levanté más tarde. Mi suegra estaba tosiendo y reprendía a la niñera en la puerta de mi habitación. Qin Shi, sin pena, salió a explicarle que últimamente yo había tenido mucho trabajo y me sentía cansada. Pero muy enojada su madre replicó:

—¿Cansada? Tu madre de joven recibió un premio un 8 de marzo, el Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras. ¡Trabajé y cociné día y noche durante muchos años, sin descansar ni los domingos y nunca estuve cansada! Ésta tiene niñera, coche para salir, ¿de qué se cansa? ¡Son puros melindres!

Claro que lo que más les molestaba era que mi madre viviera sola con su perro y su sirvienta en un departamento. De mil maneras me decían que, como nuera, por haberme casado con su hijo, todo lo mío

les pertenecía. Mi mamá no era de otra familia, así que sólo ellos podían decidir cómo y dónde podía vivir.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué en la oficina siempre podía enfrentarme a cualquier situación y solucionar todos los problemas, pero en mi casa no servía para nada? ¿Por qué en una junta de negocios era tan competente y me comportaba con calma, pero ante mi suegra desempleada perdía todas las batallas? ¿Estaba mal? ¿En qué aspecto? Ganaba cinco veces más que Qin Shi, jamás gastaba ni un centavo suyo y me hacía cargo de todos los gastos de la casa, incluyendo el pago de la hipoteca, ¿porqué no estaban satisfechos?

Era cierto que por mí Qin Shi había renunciado al futuro promisorio que tuvo como funcionario en una pequeña ciudad, y que vino a Beijing para empezar desde cero. Vivimos juntos y me consentía en todo. Pero es claro que si no me hubiera tratado bien y no hubiera dejado sus proyectos, yo no me habría casado con él. Otras de mi nivel consiguieron a maestros de Harvard o a ejecutivos de Wall Street. ¿Pero cómo podía alardear ante mi suegra? A los ojos de una madre, su hijo es lo mejor del mundo; así que verlos dóciles ante otra mujer las pone furiosas. Qin Shi me pidió comportarme con indulgencia, mostrarme comprensiva y levantarme temprano. Me sugirió que le hablara con dulzura y lo tratara con paciencia y más naturalidad.

—Todos los padres quieren el éxito para sus hijos. Tú eres una triunfadora y tu madre es feliz. En cambio yo soy un inútil. ¡Al menos déjame salvar las apariencias!

¿Qué le podía decir? No me estaba exigiendo acostarme en hielo para esperar que picara una carpa, ni tampoco cortarme un trozo de pierna para curar a sus padres. Sólo me pedía hacer una comedia para dos espectadores viejos que no habían pagado el boleto.

¿Era tan difícil actuar? Por fin podía comprender a los artistas que se quejan por la presión del trabajo. Apenas había fingido unos cuantos días y ya no podía más. Mis fuerzas no respondían a mi voluntad. En la oficina estaba trastornada, las estadísticas me mareaban. En casa tenía que estar alegre y pretender obediencia. No podía acostarme en el sofá ni pedirle a mi marido las sandalias, y en cuanto al masaje, ni me atrevía a pensarlo.

Apenas tenía treinta años. ¿Acaso iba a ser siempre así? ¿Cuándo bajaría el telón? ¿Podría descansar después de los aplausos, si es que llegaban? Un día, en el elevador de la oficina se me nublaron los ojos y me desmayé. Al despertar vi a mi madre mirándome con ternura. El médico dijo que tenía problemas del corazón y que necesitaba hospitalización temporal.

—¿Dónde está Qin Shi?

—Acompañó a sus padres a Mianyang.

—¿Cuándo regresa?

—En una semana o más.

Qin Shi volvió dos horas después, diciendo que sus padres no le habían permitido acompañarlos y le habían pedido que regresara a mi lado.

—¡Ay, que obediente!

—¿Para qué aparentaste? Hasta me dijeron que eres una nuera extraordinaria que pudo soportar la prueba.

—¿No se te hace que fueron demasiado exigentes?

—¿No son así las pruebas?

—Mamá, ¿qué es una prueba? —intervino mi hijo.

—Una prueba es como añadir dificultades a las dificultades.

Nuestra vida regresó a la normalidad. Ahora todo estaba en orden. Mi madre dijo que yo había tenido mejor suerte que ella, porque fue Qin Shi quien realmente soportó la prueba. Aquel día que me enfermé había escuchado a Qin Shi discutir con su madre:

—Desde chiquillo me pegaron y me insultaron, me hicieron obedecerles en todo. Decían que era para mi bien. Ahora también me tratan como un niño. Quieren educar a mi esposa para que sepa ser obediente. ¡No puede ser! Usted, madre, ni la parió ni la cuidó. Que me quiera y se haya casado conmigo no le da a usted ningún derecho. No puede tratarla como a mí. Si verdaderamente desea mi bien respete nuestra forma de vida.

Mi madre comentó que entre padres e hijos se pueden decir muchas cosas, pero que ninguna mujer quiere ver desgraciados a sus hijos; por eso decidieron regresar a su casa y dejar de intervenir en los “asuntos internos” de la mía. Mi suerte era verdaderamente mejor que la de mi

madre. Yo me topé con Qin Shi, ella con mi padre. Ella quiso, pero no pudo, ser una esposa sumisa, en cambio yo hasta tuve el reconocimiento de mis suegros como una esposa “difícil de hallar”.

Mi madre tenía razón, la vida pone muchas pruebas. Algunas son difíciles, pero otras simplemente no valen la pena.

—¿Hubieras aguantado la prueba si Qin Shi fuera como tu padre?

—De ninguna manera.

TRADUCCIÓN DE
YANG JUAN

PIEDRA AZAROSA

Jiang Liming

He venido a este bar más de diez veces. La variedad y el sabor de los platillos no están mal. Lo que me atrae es la tranquilidad y la elegancia del lugar; además, los precios son razonables. La estancia no es grande, pero es agradable. A la izquierda, junto a la puerta, está la barra y hay cuatro mesas. Al fondo hay dos privados. La decoración es muy singular.

En las paredes cuelgan pinturas tradicionales chinas y obras de caligrafía en marcos de caoba; las esquinas están adornadas con orquídeas. Las mesas y las sillas, el piso, las paredes y la puerta siempre lucen impecables. Lo más llamativo en la decoración es una caligrafía enorme de Banqiao¹ que dice: “¡Cuán difícil es alcanzar la ignorancia!”.

Si los comensales discuten la autenticidad de los caracteres, el dueño, sentado tras la barra, jamás opina. Mira al cielo como si no escuchara; cuando mucho, ante las dudas esboza una sonrisa, empalma las manos en señal de saludo y dice:

—Yo tampoco tengo idea. Los escépticos, como si tuvieran una repentina revelación, exclaman: “¡Cuán difícil es alcanzar la ignorancia!”, y a otra cosa.

Parece que el dueño ya alcanzó esa ignorancia. Es alto y delgado, de piel blanca e impecable. Apenas cruzó los cuarenta y ya está más allá del bien y del mal; incluso parece un poco anquilosado.

Cada vez que voy lo veo vestido de traje, sentado detrás de la barra. Saluda a los clientes y ordena a las meseras. Ni cuando sale de la

¹ Zheng Banqiao (1693-1765), funcionario y calígrafo de la dinastía Qing.

barra habla, excepto a la hora de cobrar. Aunque la mesa más cercana esté apenas a un metro o clientes parlanchines le inviten una copa, él simplemente se mantiene al margen de todo. No sé su nombre ni su apellido, pero siempre está detrás de la barra. Cuando no saborea el té de una tetera de arena púrpura, toma una cerveza; cuando no mira la televisión de la esquina, hojea el periódico o se observa los dedos. Pareciera que ve las competencias de bebedores, las bromas y los alborotos de los parroquianos como asuntos de otro mundo.

Hasta anoche me di cuenta de que sus oídos no siempre estaban de asueto. Dos chicas de una mesa vecina a la mía presumían sus joyas. Como los collares y los pendientes eran parecidos, su atención pronto pasó a las manos. Una lucía un anillo de diamante y la otra uno de jadeíta. Tres honorables señores, mientras fingían una falsa envidia, estaban más atentos al pecho de la joven del diamante. La que traía el anillo de jadeíta hizo una mueca desdeñosa.

—En realidad algunos anillos de diamante no son tan valiosos como los de jadeíta. El mío es regalo de un patrón taiwanés; vale más de diez mil yuanes.

—Te tomaron el pelo. —Los tres caballeros intentaron tomar la mano con el anillo de jadeíta.

—¿Por qué es amarilla? ¡La jadeíta debe ser verde oscura!

—¡Caray, hombre! ¿La roja cómo puede ser amarilla? —Muy molesta, la joven se quitó el anillo.

—¡Por favor! ¡Es color ámbar! Tiene un brillo rojo, fíjate bien en la luz. Es una gota de agua. ¿En serio le encuentras alguna imperfección? Esta jadeíta es de las más valiosas.

—¿Y si es falsa? En estos días nunca se sabe.

—¡Es obvio que gente como tú no sabe distinguir!

—¿Podría verla? —interrumpió una voz grave.

Los clientes de las mesas vecinas, extrañados, miramos hacia la barra. El dueño intervino inesperadamente mientras extendía sus largos brazos para coger el anillo. Después de encender la lámpara de mesa contempló la piedra una y otra vez bajo la luz, e incluso la mordió con suavidad. Mucho después sonrió y devolvió el anillo. Sin añadir nada siguió tomando su cerveza. Cada quien en su mesa, las

chicas, los señores y otras siete u ocho personas nos mirábamos unos a otros sorprendidos y con la boca abierta, sin comprender del todo.

—¿Qué caso tiene saber si es auténtico? ¿Acaso muchas cosas de este mundo no oscilan entre lo verdadero y lo falso, y justo por eso son valiosas? Además, es un regalo y no te gustaría deshacerte de él. No vale la pena tomarlo tan en serio. —El dueño habló por fin, pero sus palabras no aclaraban nada.

Lo apremiábamos una y otra vez para que nos dijera la verdad. Entonces le dijo a la señorita:

—Si quieres saber si la piedra es auténtica lleva el anillo al Centro de Joyas del Departamento de Geología. Mi opinión, si de algo vale, es que si tu patrón taiwanés no te tomó el pelo, entonces alguien se lo tomó a él.

—¡Son puras mentiras! —A la joven le brotaron las lágrimas. ¿Cómo sabes distinguir lo verdadero de lo falso? ¿Acaso sabes cómo es la jadeíta y cómo es el jade?

—Algo sé —respondió el hombre saliendo de su sitio. Sé que la jadeíta y la nefrita no son lo mismo. Si la tuya fuera auténtica sería jadeíta. Aquel caballero dijo que por lo general es verde, el color de las nefritas; pulida puede pasar por auténtica, pero quienes saben pueden distinguirlos. La clave está en tu pregunta de qué es el jade. Las personas, en general, no reconocen el jade. Por eso en las joyerías pueden dar gato por liebre y amasar ganancias enormes. En el tema del jade hay mucho que aprender; hay que saber distinguir sus variedades.

Además de las diferencias que hay entre nefrita y jadeíta, están el topacio —antes le decían citrino—, el jade blanco, el jaspé y la jadeíta; las piedras de colores alegres se llaman coral, turquesa, ágata y piedra de loto; las transparentes, cristal, berilo, cuarzo amarillo, y las brillantes se llaman turmalina, rubí, zafiro y diamante, etcétera. Hay, pues, una extensa variedad. Esto sólo en cuanto a materias primas, porque si hablamos del producto terminado, también hay muchas clases. Me refiero a los incensarios, los jarrones, los juegos de té, las figurillas de flores, los pájaros y animales, y todo lo demás. Entre los objetos pequeños hay alfileres, anillos, broches, sellos, boquillas

y otras chácharas por el estilo. Su valor reside más que nada en su antigüedad. Excepto por algunas variedades, podemos decir que el jade actual no vale un pepino. De cualquier jade antiguo, lo que más se aprecia es su valor histórico. Los coleccionistas de jade creen que usar uno puede purgar el espíritu, mejorar la vista, mantener la salud y alejar la maldad.

Súbitamente me di cuenta.

—¡Por lo que dices imagino que tú debes ser uno de esos coleccionistas!

—En efecto —asintió el dueño con la cabeza y entrecerró los ojos. En su rostro se asomó una fascinación inusitada—. En realidad, ya no lo soy. Antes de abrir este bar me dediqué siete años al negocio de las joyas.

—¿Y por qué lo dejaste? —preguntaron muchas voces.

—Es una larga historia. Como dice el proverbio, “El buen nadador muere ahogado, el buen espadachín muere por su espada”. Yo, por mi parte, comprendí el significado de la vida. Cuando empecé a trabajar me dedicaba al negocio de la ropa. En aquel entonces no era como hoy. Si alguien estaba dispuesto a soportar las penas y trabajar duro, podía ganar mucho. Pero ese ramo carecía de prestigio, hasta a mí me parecía despreciable. Después de ahorrar algunos cientos de miles de yuanes decidí cambiar de giro. Había muchas tiendas de antigüedades y artesanías en la calle Minsheng. Cada día había más extranjeros y chinos ricos, a todas las tiendas les iba bien, todo parecía próspero, tranquilo y elegante. Con decisión y dinero en la mano no importaba si conocías o no el negocio. Justamente cuando elegí un lugar, un tío jubilado regresó. Me sugirió buscar un local más grande, aunque no fuera en un sitio muy concurrido. Me propuso el negocio de joyería, de jade principalmente. Se trataba de aprovechar mi dinero, de comprar jades en bruto, tallarlos, pulirlos, hacer objetos y joyas, y luego venderlos a tiendas especializadas. Los perspicaces y buenos administradores pueden multiplicar sus ganancias en ese arte.

Parecía que mi tío y yo nos comunicábamos por telepatía. Cambié la licencia y el lugar, abrí un taller de jade y empecé con el negocio. Yo era el gerente y mi tío me ayudó a reclutar trabajadores en otras

provincias. Como él no quería asumir ningún cargo, lo nombré consejero. Los primeros años, cuando aún podía viajar, íbamos a Shandong, Hebei, Xinjiang y Henan. Cuando aprendí el negocio, él se quedaba en el taller en calidad de asesor. Y verdaderamente lo era. Hay tantas especializaciones en ese negocio que jamás me hubiera arriesgado a trabajar solo. La fama de mi negocio creció como la espuma en poco tiempo. Mi tío jamás se equivocaba en sus juicios.

Él no era una persona común. Desde que tenía trece años había dejado su casa para aprender el oficio y convertirse en artesano en un taller nacional de jade. Se dedicó al oficio de las joyas hasta que, rogándoles continuamente, sus jefes le permitieron jubilarse a los sesenta y siete años. Era uno de los mejores conocedores de joyas y jades en la provincia. Las joyas y las piedras de jade valuadas por él eran incontables. En cuanto a autenticidad y calidad nunca se equivocó. No había exageración en su apodo: “Ojos Mágicos”.

La habilidad de mi tío no cayó del cielo. Ese hombre de carácter especial había convivido mucho tiempo con el jade. Era un viejito delgado y disminuido al que, excepto por las joyas, nada le atraía en el mundo. Prefería no hablar y siempre se vestía como maestro de tiempos pasados.

Caminaba clavando la mirada perdida en alguna dirección, mientras acariciaba incesantemente jades antiguos. Nunca los mostraba a nadie. Ni dormido se separaba de ellos. Yo tampoco los había visto de cerca. Después de jubilarse, sobre todo en los últimos años, de no haber sido por el negocio de las joyas, mi tío casi no salía de casa; tampoco veía la televisión ni mucho menos charlaba con alguien, ni siquiera con mi tía. Todo el día se dedicaba incansablemente a trabajar.

Una de sus labores era acariciar y apreciar jades y joyas. Si me propuso el negocio fue para seguir disfrutando del jade, aquilatarlo una y otra vez con la lupa, y luego apuntar algo en un cuaderno. La otra labor era copiar libros enteros en un cuaderno de hojas cuadradas de papel Xuan² elaborado por él mismo. Mi tío tenía buena caligrafía;

² Papel utilizado para la pintura tradicional y la caligrafía.

sus caracteres pequeños, como si estuvieran impresos, reflejaban su personalidad recta y seria.

Era habitual que estuviera copiando tratados sobre joyas de todos los tiempos; decía que eso le ayudaba a practicar la caligrafía, a forjar el carácter y a cultivarse. A veces encendía la radio casi sin volumen. No le importaba si eran noticias o música popular, con tal de tener algo de ruido. Entregado a sus propios pensamientos, con una tetera entre las manos y los ojos entreabiertos, medio dormido, podía estar sentado durante largo rato como una estatua de madera. Una vez, sin poderme resistir, le pregunté:

—¿Te pasa algo?

No pareció escucharme, y hasta después de quién sabe cuánto tiempo me contestó, como recordando:

—Estoy seduciendo al jade. Es todo.

Jamás entendí aquello. Por entonces no le presté mucha atención, y ahora simplemente ya no puedo develar ese misterio.

Mi tío murió hace tres años, justo al cumplir setenta y cuatro. Hombre de una sola pasión, siempre de buena salud, decidió morir y murió. Su muerte me ha causado un dolor incurable. Sin embargo, su muerte, más que conmigo, tenía que ver con el jade. ¿A qué me refiero? Permítanme que se los cuente.

He dicho que me dediqué principalmente al negocio de comprar piedras de jade para elaborarlas. Y también he hablado de los menesteres del negocio. En realidad no es conveniente decir simplemente que el negocio es difícil o es fácil. No necesito explicar sus dificultades. Las piedras de jade son caras; además, hay auténticas y falsas, y casi todas son “piedras del azar”, todo depende de la perspicacia y la sensibilidad. Si resultan falsas, la pérdida es grande. El costo y la ganancia son tan variables que muchas veces puedes perder todo el capital invertido.

En los primeros dos años, recargado en los ojos mágicos de mi tío no tenía de qué preocuparme. Distinguía todo con un vistazo y jamás perdimos. Con sólo una mirada sabía si era jade en bruto o una simple piedra, si era augita o “piedra azarosa”. Las diferencias entre la augita y la piedra azarosa son jerga del negocio. En algunas piedras,

por su color, la gaya y la veta tienen el aspecto del jade en bruto. Los buenos conocedores no compran piedras con una pequeña cantidad de jade, o de calidad inferior.

La piedra azarosa es una variedad que parece jade en bruto, pero puede no serlo; es casi imposible distinguirla sólo por su aspecto. O no vale nada o es un jade valioso. Las más buscadas son las piedras de este tipo, aunque implican gran riesgo. El éxito o el fracaso sólo depende de la perspicacia. Gracias al apoyo de mi tío no sufrí pérdidas. Después, al adquirir más experiencia, me arriesgué a viajar solo. Sin embargo, ante un negocio importante, si no estaba seguro, mi tío tenía la última palabra.

A los seis años de estar en el negocio ya había adquirido experiencia. Las piedras valuadas y compradas por nosotros eran incontables. Pero luego nos tocó aquella piedra. Yo jamás había visto algo parecido y mi tío también la calificó como la cima de la perfección.

Existe una zona montañosa en las planicies del centro, apartada y poco poblada, que era la cuna de piedras valiosas desde la antigüedad. Mi tío conocía el lugar y me llevó. En el camino me habló de sus famosas piedras y las anécdotas que circulaban de boca en boca. Me perdí en sus cuentos. Sí, compramos piedras de buena calidad, que me dieron buenas utilidades. Pero él no estaba satisfecho, pues presentía que allí había algo más, algo superior que no habíamos sabido ver.

Comprendí entonces una verdad: cualquier cosa se divide en elegante y vulgar, en refinada y tosca, pero eso no tiene nada que ver con la cosa en sí sino con la persona que la hace, con su dedicación, su perspicacia y su método. Por ejemplo, tomar té no es nada en sí, tan sólo sirve para apagar la sed, ¿o no? Luego alguien lo paladea y se convierte en un hábito elegante. Por eso, cuando mi tío no podía viajar, yo iba solo a aquella montaña. Aunque no compraba mucho, disfrutaba aquel sentimiento de atracción casi como un vicio. Me pareció entonces que lo fundamental ya no era encontrar sino simplemente buscar.

Una vez, a pesar de un invierno insólitamente frío, alcancé a reunir bastante dinero. Con doscientos cincuenta mil yuanes en una gran maleta, fui otra vez a la montaña acompañado por dos guardaespal-

das. Mi tío apreciaba mucho mi espíritu. Antes de salir acordamos que si encontraba algo especial y no estuviera seguro de su valor, lo llamaría por teléfono. Él viajaría otra vez aunque le costara la vida.

En aquella zona había muchas minas privadas. Todas tenían minerales y, en algunos casos, de mucha calidad. Después de mucho buscar y de infinidad de entrevistas con los dueños, el dinero seguía intacto. No vi nada que me satisficiera. Tenía el anhelo de una pieza especial y extraordinaria. Sentía que pronto la encontraría.

Seguí buscando con paciencia, pero, a pesar de avanzar entre el fango y la nieve, no encontraba nada. Después de un tiempo, desanimado, cuando ya había decidido comprar cualquier cosa y volver a casa, en aquella montaña despoblada me dieron una noticia extraordinaria.

Uno de los mineros, de edad madura, me dijo que hacía siete años había vendido una piedra del tamaño de una cabeza. Esa piedra, a simple vista muy ordinaria, había sido herencia de su abuelo. Nadie conocía su valor, y por ello durante mucho tiempo no la pudo vender. Después, un viejito raro que vivía en la capital del distrito la compró por cien mil yuanes. Le pregunté si conocía la casa del comprador y si la piedra aún estaría en su poder.

Me dio la dirección, añadiendo que aquel hombre era algo soberbio, que no se relacionaba con cualquiera. Además, suponía que el anciano aún no había podido vender la pieza. Cuando le pregunté la razón me dijo que el nuevo dueño había fijado el precio en seiscientos mil yuanes, y que si el probable comprador no lo aceptaba, ni siquiera le mostraba la piedra alegando que podía manchar su jade inteligente.

Sentí una alegría inmensa y por la noche alquilé un vehículo para ir a la capital. Después de comprobar una y otra vez la veracidad de la noticia me bullía la sangre. Sin pensar en las consecuencias llegué a una casa vieja en las afueras y toqué la puerta. El viejito era realmente extraño. Me inspeccionó con la mirada, y a pesar de mi insistencia no me permitió entrar; negó categóricamente la existencia de aquel jade. Me enojé y no me pude contener: abrí la maleta llena de dinero y se la arrojé:

—Sé que desconfías de mí, así que no insistiré en ver la mercancía. Te dejo este dinero como depósito. Dentro de cinco días traeré a un conocedor de jade. ¿Qué te parece?

Sin mirar el dinero empujó la maleta, y después de observarme detenidamente dijo:

—Cuando vengas hablaremos. Y cerró la puerta.

Como poseo, creí que la oportunidad de ensueño llamaba mi puerta. Sin vacilar volví a casa. Al conocer las circunstancias mi tío se mostró más animado de lo que yo esperaba. Pareció rejuvenecer diez años, estaba ansioso por partir. Pero al fin, con mucha más experiencia que yo, después de serenarse preguntó:

—¿Cómo resolverás el problema del dinero?

—Durante el camino de regreso pensé en pedir un préstamo. Le dije al viejito que volvería dentro de cinco días para tener tiempo de solicitar el crédito. Si la piedra de verdad valía la pena, sin duda alguna habría una buena ganancia.

—¿Y si nos equivocamos?

—¿Equivocarnos? Ni se me había ocurrido. Se trataba de mi tío, ¿cómo nos podríamos equivocar? Pero incluso él se veía más preocupado que nunca. ¿Acaso era por el alto precio, o tal vez tenía algún presentimiento? Como no tenía tiempo para averiguarlo, me libré de las preocupaciones. Con mucha confianza le dije:

—No te preocupes por eso. Lo que tú avales seguro es bueno. Si ocurre algo inesperado, no será un error humano sino el destino. Asumo la responsabilidad. Tomar un riesgo así una vez en la vida, bien vale la pena.

Al oír mis palabras, mi tío sonrió:

—Has cruzado el umbral.

Cuando reuní el efectivo, que llenaba otra maleta, nos fuimos en coche acompañados de guardaespaldas para prevenir contingencias.

Al ver la piedra me puse nervioso de repente. La pieza, del tamaño de un balón, atezada y agrietada, parecía una bola quemada, llena de fisuras. Con lupa se podían ver brillos amarillos y rojos, nada más. ¿Cómo podía ser una piedra valiosa? Aunque fuera toda de jadeíta o ágata, ¿cuánto valdría? ¿Por qué el viejito pagó cien mil yuanes para

tenerla? ¿Y por qué unos cuantos años después quería venderla en seiscientos mil yuanes? Era un misterio. ¿Y qué tal si todo era una trampa tendida por el viejito y aquel lugareño? Tenía el corazón atorado en la garganta; ni siquiera podía respirar.

Mi tío simulaba estar más sereno o, por lo menos, su rostro no expresaba nada. Desde que entró por la puerta y vio la piedra, como si se hubiera puesto de acuerdo con el viejito, calló. Le expliqué a éste nuestro propósito. El anciano aprobó a mi tío con la mirada y sin decir una palabra nos permitió entrar. Pidió té. Después de sacar la piedra de una caja de alcanfor oscura y usada se sentó y, sin levantar la cabeza, empezó a fumar su pipa de agua.

Al principio mi tío permaneció sentado, inmóvil, pero luego, cuando le pasé la piedra después de revisarla, sus ojos entreabiertos, como de búho, brillaron de repente. Me agitó la mano para que me quitara de la luz. Apreciaba y evaluaba con mucha atención la piedra entre sus manos. Después de mirarla y remirla con su lupa una y otra vez, la golpeó con un martillo pequeño para arrancar un trocito. Llevó la piedra a la ventana para verla aún mejor. Luego regresó y con cuidado la puso en la mesa. Supuse que iba a decir algo, pero siguió callado. Con las manos metidas en la manga se paró ante la pared. Sus ojos estaban entreabiertos, parecía un viejo monje meditando; sólo sus labios, sin emitir ningún sonido, temblaban y murmuraban algo ininteligible.

Le miré furtivamente y noté que su cara, siempre pálida, estaba roja, y la piel de los pómulos se estremecía sin cesar. ¿Será que viene una tormenta? También empecé a temblar sin poder contenerme. Lo extraño fue que entonces el viejo, que seguía fumando con la cabeza agachada, se levantó de repente y fue a la habitación contigua. A poco salió con tres varillas de incienso y sin decir nada se las dio a mi tío. Él las recibió y, luego, con la mano indicó que me retirara hacia la puerta. Encendió los inciensos en el carbón de la pipa de agua e hizo tres reverencias hacia la estatua que estaba sobre la mesa cuadrada, mascullando algo incomprensible. Al levantar la cabeza devolvió los inciensos al viejito y dijo sin pensarlo:

—¡Qué buen ojo tiene! —A lo que sólo siguió una profunda reverencia del viejo.

Sin más incidentes ni palabras de sobra, incluso sin regatear un peso ni pedir mi opinión, mi tío agitó la mano en señal de empezar a contar el dinero y cerró el trato. Me embargaron la duda y la incertidumbre; aquel ambiente me deprimió. Los parientes del viejo, nerviosos, amontonados en la esquina de la habitación y sin respirar, me miraban cautelosamente. No me atreví a expresar ninguna objeción. Vacilaba, dudaba, me resistía a entregar la bolsa llena de dinero. Luego mi tío, con la piedra en la mano, salió como flotando en el aire y entró en el coche que nos esperaba fuera de la casa mientras la parentela del viejito me iba rodeando. Ya no había marcha atrás; sólo pude apretar los dientes al entregarles la bolsa. Mientras contaban el dinero con los guardaespaldas, bañado en sudor frío, me sentía mareado y débil.

Al volver al coche vi a mi tío estrechando la piedra, que tenía casi pegada a la nariz. La estudiaba por enésima vez. Sin poder contenerme manifesté mi temor y le pregunté si estaba seguro. No me contestó directamente, sólo murmuró: “¡Piedra azarosa, es la auténtica piedra azarosa!”

—Te creo, pero ¿qué opinas de lo que puede tener adentro?

Después de un largo rato oí que unas palabras brotaban de su garganta, casi contra su voluntad:

—¡Ten los ojos bien abiertos!

Me quedé en suspenso. Aún no salía de la confusión cuando mi tío me miró con sus ojos brillantes y me dijo lenta y claramente:

—La piedra azarosa es algo muy serio. Piénsalo bien. Si me equivoqué, perderé para siempre tu confianza, y lo peor será que me fallé. Viví en vano toda mi vida. Pero, por favor, no culpes al cielo ni a ti, fue el destino.

Dicho eso, mi tío entregó la piedra a uno de los guardaespaldas. Le pidió protegerla bien entre los brazos. Luego agitó la mano al conductor. Cuando el coche se puso en marcha, mis dudas quedaron en el vetusto callejón, atascado de nieve sucia. De reojo miré a mi tío y vi que sus ojos estaban cerrados. Se veía muy tranquilo con la cabeza en el respaldo, pero su piel pálida y débil me preocupó. Sus manos, estrechamente cruzadas, temblaban un poco. Comprendí algo

y dejé de hablar. Oraba en mi corazón deseando que al abrir la piedra surgiera algo, por lo menos un poco, para no perderlo todo.

Sabía que no apostaba a cualquier cosa. Esa piedra, por lo menos, era diferente a las ágatas, las jadeítas y otras comunes de su tipo. Confiaba en que tendría un gran valor. Consulté un libro de geografía que describía muchas cuevas de cristal en esa zona, en las que se habían encontrado pegmatitas ácidas y rocas ígneas.

Desde la antigüedad habían salido a la luz muchas rocas excepcionales que se dividían en tres tipos: transparentes, traslúcidas y opacas. Entre ellas, sólo las transparentes podían contener piedras preciosas. La que teníamos, sin ninguna transparencia a primera vista, sólo revelaría su verdadero valor al ser abierta. Era, verdaderamente, digna de su nombre: “piedra azarosa”. Nunca la habría imaginado así antes de verla.

¿Estaría de verdad seguro mi tío? Cuanto más nos acercábamos a la casa más inquieto iba yo y más me arrepentía. ¡Costó seiscientos mil yuanes! Era una apuesta demasiado grande y aventurada. ¡Pero así somos todos! Con mi experiencia y la de mi tío, si hubiera comprado a la segura, con esa fortuna habría ganado mucho. ¿Por qué, inexplicablemente, no me resignaba a ser una persona común e incluso no vacilaba en aventurarme? ¿Qué me atraía?

El día que se iba a partir la piedra llegué al sitio elegido donde mi tío estaba quemando incienso para orar. Yo tenía miedo de enfrentar la incertidumbre, tan tormentosa y desolada, y luego tal vez un eventual golpe. Así que sin poder contenerme alegué cualquier excusa y me fui. Entonces sucedió una tragedia que jamás podré perdonarme; mi tío se cayó y yo no estaba junto a él. Al llegar al hospital recobró el conocimiento, gritó tanto como pudo, pues no quería bajar del coche sin antes verme. Como yo aún no había llegado se perdió mucho tiempo. En su agonía encargó a alguien que me dijera:

—¡No culpes al jade, fue mi culpa!

Ahora pueden suponer por qué murió mi tío. Cuando la piedra se partió en dos, él sufrió el primer golpe mortal. No sé con qué fuerza de voluntad pudo mantenerse sereno. Pidió romper los otros dos pedazos, pero eran sólo eso, pedazos.

Al platicarnos aquello, al dueño se le hizo un nudo en la garganta. Dejó de hablar y con la cabeza agachada permaneció en silencio. Luego lloró sin poder contenerse. Se levantó avergonzado, nos saludó con la cabeza y regresó a su barra. Nosotros, los oyentes fascinados, nos sentimos deprimidos, solemnes y tristes. No pudimos hablar por un largo rato.

—¡El final fue demasiado dramático! —exclamó alguien por fin.

—Te equivocas —se oyó la voz del dueño desde la barra—, y aunque así fuera, yo no reconozco fácilmente la derrota. Creo que ustedes harían lo mismo. Hubieran hecho todo para recuperar el dinero y empezar de nuevo. No, eso no era lo trágico. Pero, ¡ay!, ¿cómo puedo explicarme?

Cuando enterré a mi tío quise colocar los cuatro pedazos de la piedra como ofrendas para él. Pero al levantarlos para mirarlos por última vez, bajo la luz del sol, descubrí que el fondo de una sección emitía un brillo extraordinario. Se me despertó la ambición y las guardé. Al volver pedí a alguien que las partiera cuidadosamente en el sentido de la veta, desde el inferior hacia el exterior. Y entonces, dentro de las tres piezas, se asomó una auténtica belleza espectacular. Era un tesoro de valor invaluable, brillante, transparente, simplemente perfecto.

Tío, allá donde estés, ojalá sepas que siempre fuiste digno del apodo Ojos Mágicos. ¡Tú y el jade están a mano!

TRADUCCIÓN DE
CHEN XIAOHANG

LA VIDA EN LA CIUDAD

Liu Qingbang

Las bicicletas en la ciudad abundan, incluso más que las parejas. Las parejas, por lo general, te acompañan toda la vida, y pocos cambian a medio camino; las montas y las desmontas y siempre son los mismos, él o ella.

Con las bicicletas no pasa lo mismo; en una vida quién sabe cuántas bicicletas cambiará un hombre, y las que deje atrás difícilmente tendrán un final apropiado; no se enterrarán ni se incinerarán, se tirarán frente al edificio, se amontonarán dondequiera. En todos los rincones alrededor de las viviendas se pueden ver esqueletos de bicicletas.

Montado en su bicicleta, Tian Zhiwen regresaba a su casa después del trabajo. De pronto vio que el soporte para guardar bicicletas de la calle estaba lleno. Estos soportes se hacen de hierro muy grueso y resistente, y tienen la forma de una espiral fijada verticalmente sobre el suelo. Se inserta la llanta delantera entre dos arcos de la espiral y así la bicicleta ocupa una posición fija y no se cae. Se puso a ver dónde había menos bicicletas para insertar la suya y ponerle la cadena. Su bicicleta era muy vieja y estaba descolorida, ni siquiera se distinguía la marca. Si era “Paloma volante”, la paloma hacía tiempo que había volado, y si era “Eternidad”, de ella no quedaba nada.

Poco tiempo atrás, Tian Zhiwen se había comprado una bicicleta nueva, moderna y muy cómoda, pero en menos de medio año de uso, cuando apenas le brotaban sentimientos por su nuevo vehículo, se la robaron. Quién sabe en qué nido de ratas habrá terminado. Después de eso, su mujer no lo dejó comprar otra, decía que si lo hacía también la perdería; que él y la nueva bici serían como un marido viejo y una amante joven; la amante siempre se educa para servir a otro. Él,

sin embargo, no se consideraba un marido viejo. El día que se puso a regatear con su mujer, ella, muy ejecutiva, rápidamente fue a una tienda de empeño, gastó unos cuantos yuanes y le trajo esa bicicleta vieja. Era una bici tan vieja que aunque estuviera a media calle no habría quién la recogiera.

Quería buscar un sitio a su bicicleta, porque sin un sitio seguro estaría expuesta al maltrato y a cualquier humillación. La última vez, como no había lugar en el soporte, la dejó en la acera. Él trabajaba en la editorial de un periódico; su responsabilidad consistía en hacer la última revisión antes de la impresión, y por ello nunca salía a tiempo del trabajo. Su bicicleta tampoco ha podido tener un sitio permanente.

“La dejo en la acera”, pensó. Al día siguiente por la mañana, bajó del edificio y vio que su bicicleta estaba tirada a mitad de la calle. La calle frente al edificio era estrecha y el vehículo obstruía el paso. Se apresuró a levantarla y al querer empujarla se dio cuenta de que estaba atorada. La cadena estaba rota y trabada entre los rayos de la llanta. Seguramente alguien, molesto por ver una bicicleta tan vieja en la acera, la había tirado a la calle y además le había dado una patada. No le quedó más que intentar arreglar la cadena. Se ensució completamente las manos y casi llega tarde al trabajo. Con esos precedentes, ya no se atrevía a poner la bicicleta en cualquier lugar.

Caminó de un lado a otro del soporte. Las otras bicicletas, manubrio con manubrio, asiento con asiento, se apretujaban sin dejar un sólo hueco para insertar otra. Pero él halló una imperfección. En medio del montón había una bicicleta sin asiento; en lugar de éste sólo había un tubo grueso y oxidado apuntando hacia el cielo. Las dos llantas sin aire parecían pegadas al suelo. Seguro que hacía tiempo nadie la manejaba y es que no había manera de hacerlo; es decir, ya había expirado, ya no era un vehículo con vida, ya estaba muerto. Siendo así, ¿por qué ocupaba aún el lugar de los vivos? A Tian Zhiwen no le parecía justo. “Esto no está bien”, pensó. Había que sacar ese esqueleto para dejar espacio a su bicicleta, por cierto, muy viva y activa. Así, vigilando que alrededor no hubiera nadie, sacó del soporte la bicicleta muerta y acomodó la suya. Enfrente ha-

bía una cafetería, y detrás estaba el contenedor de basura. A espaldas de éste había un montón de bicicletas viejas e inservibles. Con una mano levantó el asiento y con la otra empujó el manubrio; rodeó el contenedor y llevó la bicicleta junto a las otras inservibles. Pensaba “¡Lárgate inútil, aquí está tu lugar!” Insertó su bicicleta entre los arcos vacíos y al verla acomodada se contentó un poco. Pero también estaba preocupado; qué tal si el dueño del vehículo muerto sabía con precisión dónde lo había dejado y decidía tomar represalias. Pero no pasó nada.

Al otro día por la mañana, cuando se disponía a ir al trabajo, vio su bicicleta en el mismo lugar donde la había dejado, intacta, sin ningún daño. Al darse cuenta de que la otra, muerta, sin cabeza ni cerebro, aún estaba en compañía del resto de chatarras, sin querer sonrió.

Según los cálculos de Tian Zhiwen, en un soporte donde cabía un número determinado de bicicletas, la suya ya había ganado un lugar y ese lugar todos los días lo esperaba. No se imaginaba que ese día, al volver del trabajo, nuevamente encontraría el soporte lleno. ¿Qué pasó? Sin poder evitarlo se puso a investigar. Lo de la investigación era lo de menos, él estaba intranquilo e incluso algo molesto. “¿Qué pasó?”, se repetía.

La bicicleta que había sacado del soporte la noche anterior estaba de vuelta; más aún, no estaba en el mismo lugar de antes sino en uno mejor, justo en medio del soporte. Aquel tubo oxidado parecía un cuello sin cabeza que lo retaba cínicamente y le decía: “Aquí estoy, no tengo cabeza y qué. ¿Quién puede conmigo?”. A Tian Zhiwen le brotó el orgullo y decidió expulsar de nuevo esa bicicleta muerta del equipo de las funcionales.

Sin embargo, en ese momento no pudo hacer nada, pues se dio cuenta de que el viejo que solía escarbar en la basura estaba sentado a un lado del contenedor. El anciano, flaco y jorobado, traía en la cabeza un viejo gorro militar. Desde que colocaron ese contenedor debajo del edificio donde los vecinos tiran bolsas de basura todos los días, apareció ese personaje. El viejo, agarrado del mango del contenedor, metía la cabeza en éste, esculcaba, revolvía y siempre

encontraba cosas. El contenedor de basura era como su lámpara de Aladino: montones de papeles, fierros viejos, latas y botellas eran sus tesoros. Decían que si vendiera sus tesoros, podría mantener a tres viejos como él. Con el tiempo la situación cambió. Tian Zhiwen se dio cuenta de que pronto aparecieron tres basureros más, entre ellos, una señora muy gorda. Al inicio la basura fue monopolio del viejo flaco, pero ahora, cuando uno terminaba de “buscar tesoros”, venía otro y luego otro, y uno más, y cada quien quería su parte. Seguro que esas nuevas circunstancias irritaban al viejo, pero la mierda apesta y los escarabajos tienen alas, lo que atrae a uno también a los demás. Lo único que quedaba al viejo era sentarse durante largos ratos al lado del contenedor como un vigía en espera del tesoro. Cuando alguien se aproximaba con una bolsa de plástico, el viejo, si veía algo valioso, decía “Démela”, y tomaba la bolsa de la mano del vecino. Si notaba que eran papeles de baño manchados con sangre, hacía como que no veía nada y ya.

Tian Zhiwen presentía que el viejo lo miraba. Si sacaba la bicicleta muerta el viejo seguramente se daría cuenta y pensaría mal de él. Después de un rato, al terminar de cenar, el viejo seguro se iría y él podría bajar para hacer los movimientos necesarios. Puso su bicicleta en la acera y se disponía a entrar al elevador, cuando vio salir a la mujer gorda cargando una bolsa de plástico con un diseño de piel de víbora. Al ver al viejo sentado al lado del contenedor, ella supo que no le iba a tocar nada. Entonces, a propósito saludó al colega diciéndole:

—¿Por qué estás sentado allí?

El viejo ya tenía preparada la respuesta. Con voz fuerte y decidida contestó:

—¿Que qué hago? Pues estoy cuidando el contenedor.

Tian Zhiwen oyó toda la conversación y, por deformación profesional, inmediatamente elevó sus argumentos al nivel teórico, pues consideró que en el negocio de la basura también había competencia y además era muy feroz. Tian Zhiwen vivía en un edificio de veinticinco pisos; su casa estaba en el piso doce. Un día, mientras paseaba por el parque, frente a su edificio, miró hacia arriba y comenzó a pensar en cosas raras. Si entre los pisos en lugar de una

placa de cemento hubiera un vidrio transparente, entonces encima de las cabezas de unos estarían otros, y así habría veinticinco pisos de personas pendiendo en el vacío, moviéndose para acá y para allá. Aquellos hombres y mujeres, una vez libres de máscaras, parecerían animalitos haciendo acrobacias sobre una cubierta de vidrio. ¡Qué divertido sería! Y si se quitaba el vidrio y los de arriba empezaran a caer, ¿cuánto caos y pánico cundiría?

Al terminar la cena, Tian Zhiwen se asomó por el balcón y al ver que ya había oscurecido tomó el elevador y bajó. Afuera quién sabe cuándo había empezado a llover, la llovizna había mojado el suelo. Al mirar las bicicletas estacionadas se dio cuenta de que casi todos los asientos estaban cubiertos con bolsas de plástico que parecían delgadas capas de nieve. Aún no se atrevía a proceder. El basurero ya se había ido, pero en la oscuridad vio a una joven. A lado de la puerta del elevador estaba la salida del sótano. Las dos salidas daban al mismo lugar; sólo las separaba una pared llena de huecos en forma de pétalos de flores. La joven estaba parada en la salida del sótano, como si se escondiera de la lluvia o esperara a alguien. Vestía una breve camiseta y un pantalón corto de mezclilla que mostraba sus piernas largas; traía el pelo suelto. Era muy probable que esperara a alguien. Tian Zhiwen estaba parado al otro lado del muro, tan cerca de ella que podía oler su aliento. No estaba ansioso; primero tenía que despedir a la muchacha y sólo entonces podría dedicarse a su asunto.

El sótano era un espacio amplio destinado a guardar las bicicletas y motocicletas de los vecinos, pero conforme aumentaba la gente de la ciudad, las personas que buscaban empleo o querían probar suerte necesitaban un lugar donde vivir. Las empresas administradoras de los condominios convirtieron los sótanos en pequeñas habitaciones y las rentaban a los forasteros. Allí había todo tipo de gente, como señores de traje y corbata con un portafolio y un teléfono móvil pegado a la oreja que salían y entraban. Tal vez eran comerciantes o probablemente estafadores. Había también muchachas con una señora detrás que las acompañaba a la escuela como si fuera su madre. Lo que sobraba allí eran muchachas con los pelos teñidos de rojo, de amarillo, con zapatillas de tacones altos y gruesos, y nadie sabía a

qué se dedicaban. Tian Zhiwen pensó que los sótanos representaban la profundidad, el misterio de la ciudad, donde tal vez había un mundo muy colorido e interesante. A veces pensaba en ir de visita al universo subterráneo, pero sus intenciones pronto se desvanecían. Él era un vecino decente de ese edificio, vivía arriba, era dueño de un apartamento, era alguien con estatus. Sentía que si se sumergía allí podría perder su posición y tal vez nunca más saldría a la superficie. Siempre que subía veía la entrada a los sótanos, pero pretendía no verla y seguía su camino.

La joven no se quedó mucho tiempo, y Tian Zhiwen pronto fue al sótano misterioso lleno de escalones, tantos como los del metro o quizá más. El asunto no podía esperar, así que puso manos a la obra. Cuando agarró aquella odiosa bicicleta muerta, no olvidó ver hacia arriba. Temía que su dueño estuviera escondido detrás de alguna ventana esperando a que alguien moviera su chatarra para salir y gritar: “Oye, ¿qué haces?”. Él se paralizaría y eso sería un problema. Lo bueno fue que en todo el edificio no divisó ni una sombra, sólo sentía la suave lluvia que gota tras gota le mojaba la cara. Despacio, como para no hacer ruido, sacó la bicicleta muerta. Sintió que su corazón brincaba, tenía la sensación de ser un ladrón o un criminal. Pero se consolaba: “Hombre, no pasa nada, como si fuera mi bicicleta a la que empujo para cambiarla de lugar”.

El edificio tenía tres unidades, es decir, tres entradas. Su casa estaba en la tercera entrada. Comenzó a empujar la bicicleta desde la tercera entrada, pasó por la segunda y siguió adelante hacia la primera. El edificio era grande, de una esquina a otra por lo menos eran cien metros. Tenía que levantar la llanta trasera que llevaba candado, y luego deslizar por el piso mojado, sin hacer ruido, la llanta delantera que estaba desinflada. No era fácil. Sintió que el sudor le escurría por la espalda y la frente. Pisó algo que por poco le hizo caer. Si hubiera perdido el equilibrio, habría caído sobre la bicicleta, como abrazándola. Afortunadamente brincó un poco y evitó la caída. No pasó nada más allá del susto, sólo sintió que empezaba a sudar más. Casi en silencio profirió un insulto sin tener claro si era para la bicicleta o para sí mismo. “¿A qué estoy juzgando?”

En el muro de la primera entrada había un montón de bicicletas viejas. Cuando aventó la que llevaba sobre el montón, sintió que se había quitado un gran peso de encima, sintió alivio. Como si se lavara las manos, las sacudió injuriando: “La vas a buscar, pero a ver si la encuentras...”, decía al desconocido dueño de la bicicleta muerta.

Tian Zhiwen estacionó bien su bicicleta y regresó a casa sin poder esconder su alegría. Su esposa le preguntó por qué estaba tan contento. “Por nada”, le dijo. La esposa le preguntó si había tenido una cita con una amante. Pensó, “¿acaso aquella chatarra puede considerarse una amante?”, pero contestó:

—Sí, me fui con una amante de fierro.

Su mujer no creía que él pudiera tener alguna amante; aún así, le dijo:

—¡Hombre, tú sí que tienes suerte! ¡Qué progreso!

En el trabajo, mientras pretendía mirar el periódico, Tian Zhiwen se preguntaba: “Ahora que he llevado la bicicleta muerta tan lejos, ¿la buscará el dueño?”. Se perdió en sus pensamientos, sus ojos no detectaban las palabras y tuvo que leer el periódico de nuevo. Las noticias parecían cartas de elogios, muy aburridas por cierto. Desde hacía tiempo odiaba su trabajo, pero la editorial le pagaba un sueldo. El periódico era como su tazón de comida sin el cual no se podía vivir.

Ese día también salió tarde. Al llegar frente al edificio lo primero que quiso ver era si la bicicleta muerta había vuelto. No estaba en el soporte; al parecer esa vez él había ganado. Para confirmar su triunfo, pretendió dirigirse hacia la tienda de la primera entrada, simulando querer comprar algo, pero era sólo para ver si la bicicleta seguía en el montón de chatarra. Se puso contento, es más, se puso muy contento, la alegría le brotaba desde el fondo del corazón, hacía mucho que no sentía una felicidad tan grande y verdadera. Pensaba reír, pero sólo esbozó una gran sonrisa sin ruido. Por dentro pensó: “Qué bueno, qué estupendo”. Todo eso era porque había visto que la bicicleta muerta seguía en el montón de las otras inservibles. Tal vez la bicicleta también lo había reconocido, pero las bicicletas no hablaban, no se podían rebelar, y él estaba a salvo.

Tian Zhiwen concluyó que las bicicletas muertas eran muy feas. En algo se parecían a los hombres; por ejemplo, entre los vivos casi no hay feos, pero se mueren y al hacerse cadáveres no hay ninguno guapo. Pasa lo mismo con las bicicletas; si una sirve y todo el día anda de arriba para abajo, por más vieja que sea no se ve fea. Si muere, en cambio, se ve igual de fea que un cadáver. Se muere una persona y se la llevan, pero muere una bicicleta y sólo la tiran al montón; el sol la quema, la lluvia la moja, y aunque pase el tiempo no se disuelve, se queda allí para dar asco.

La alegría de Tian Zhiwen sólo duró tres días; fue interrumpida cuando la bicicleta muerta regresó al soporte. Tian Zhiwen estaba asombrado. Él la había tirado muy lejos, ¿cómo la encontró el dueño? De pronto se imaginó al dueño muy preocupado, buscando por todo el patio. Y finalmente, allí estaba. Al ver su bicicleta tirada en el montón de chatarra, el dueño se habría enojado y tal vez hasta habría proferido insultos. Tian Zhiwen especuló, la dueña seguro es una señora, una cuarentona, tal vez ya era una vieja menopáusica. Sólo una mujer así podría ser tan avara y hacer enormes esfuerzos por cosas insignificantes.

Un hombre jamás haría eso. Los hombres no son tan fijados, una bicicleta vieja se pierde y ya. Un hombre no se pondría a buscarla por todas partes. Él justamente era un ejemplo de lo que pensaba. Cuando su bicicleta nueva se perdió, él no fue a buscarla. El dueño tampoco podría ser un estudiante de secundaria, pues éstos gastan el dinero de sus padres y por eso son muy caballerosos. Las bicicletas de ellos son buenas, si no son de carreras entonces son de montaña, de varios cientos o hasta miles de yuanes. Si se pierden, claro que no las buscan, con sólo pedir a los padres ya tienen una nueva.

Tian Zhiwen por fin se dio cuenta de lo que pasaba; el dueño de la bicicleta quería medir fuerzas con él, quería luchar. “¡Ah!, con que te molesta la mía en el soporte, pues a la fuerza la pondré allí. Con que mi bicicleta te pica los ojos, pues con ella te los arrancaré, te provocaré asco. Si tienes agallas, vuelve a aventarla, aunque la tires al cielo, la encontraré”. “Está bien, quieres medir fuerzas, pues las mediremos; quieres jugar a jalar cuerdas, pues vamos a ver quién jala más fuer-

te”. Esta vez Tian Zhiwen no estaba enojado, al contrario, sentía un oscuro placer. En su vida plana había pocos placeres; pelear con un desconocido midiendo fuerzas, era uno de ellos.

A Tian Zhiween no le gustaba jugar mahjong¹ ni póker ni ajedrez, y tampoco tomaba. Esas cosas las consideraba cuatro factores patógenos. El mahjong lastima la armonía, el póker daña la columna, el ajedrez desgasta el cerebro y el vino despedaza el estómago. La televisión tampoco le gustaba, decía que no había nada interesante. Lo que más le emocionaba era hacer el amor con su mujer. Su esposa era del noreste. En esas cosas era mucho más hábil que él, además era adicta al sexo, frecuentemente lo llamaba para retozar. A veces después de “una rica batalla”, él solía bromear:

—Me revuelco una y otra vez y siempre es contigo, ¿por qué será?

Ella replicaba:

—Mira, pues si eres tan capaz, búscate a otra.

—¡Ah!, ¿quieres que me busque otra? Pues cualquier día me busco a una amante.

La mujer no le prohibía tener amantes, pero ponía tres condiciones: “Será mejor que no me entere, será mejor que no gastes dinero en ella, y de preferencia que ella pague”.

Él decía:

—¡Qué tontería! ¿Tú lo harías con otro por nada?

La mujer decía:

—¡Claro!, ¿o no? En todos estos años, ¿tú me has dado algo a cambio?

Tian Zhiwen sonreía:

—Dime qué puedo hacer, contigo me sale gratis pero ni así estoy a tu altura.

Tian Zhiwen sabía que en esa ciudad había muchos lugares de esparcimiento. Por ejemplo, todos los días al regresar del trabajo, pasaba por un salón nocturno llamado “Sueño”. Al llegar la noche, las luces en la puerta se encendían. Muchas mujeres arregladas y maquilladas permanecían de pie o recargadas en la puerta. Al ver

¹ Damas chinas.

pasar a un hombre se le acercaban. Bajo la sombra oscura de los árboles, en ambos lados del salón, había muchos hombres en cuclillas platicando de quién sabe qué. Tian Zhiwen, al pasar por allí en su bicicleta, se asomaba hacia los árboles y con cualquier destello de luz lograba mirar muchos pechos y alguna mujer semidesnuda. Quería detenerse y meterse un rato en el salón, pero lo único que hacía era pedalear más despacio al cruzar por allí. Temía que, si paraba, alguien lo abordara e invitara al salón. Si unas manos tiernas lo jalaran, él tal vez no tendría fuerzas para resistir.

Por ejemplo, al costado de la entrada de su conjunto habitacional había unos baños sauna. Una vez, cuando fue a bañarse, dos empleados le preguntaron un sinfín de veces si quería un masaje. Llamaban a eso “complacer al prójimo cumpliendo la voluntad de Dios”. Decían un montón de palabras estremecedoras y excitantes. Por los empleados se enteró de que en los baños también había diversos “servicios especiales”. Por más especiales que fueran, él no se atrevía a probar. La puerta trasera de los baños daba precisamente a su edificio. Él a veces podía ver a las muchachas de los baños comer a la hora del descanso en el patio trasero. Qué tal si se hubiera dejado masajear por alguna señorita, y luego un día ella lo reconociera, ¡qué desgracia! ¡qué horror!

Tian Zhiwen pasaba la vida flotando en esa ciudad sin jamás sumergirse en ella. Su corazón era solitario. Por más gente que hubiera en ella, nada lograba disminuir su soledad; al contrario, la aumentaba. Igual que cuando miraba al cielo y veía que la vía láctea era muy grande, cada estrella seguía su rumbo, y entre ellas había una gran distancia y frialdad. Desde ese punto de vista, no era difícil entender por qué cambiar una bicicleta inservible de un lugar a otro le producía tanto placer.

Esta vez adoptó una estrategia. Aquel día no iba a tocar la bicicleta. Su plan se debía a dos motivos: por un lado, el dueño que apenas la había recuperado seguramente estaría alerta. Tal vez se escondía en la oscuridad para cuidarla. Si en ese instante él la moviera, sería como caer en una trampa. Por otro lado, él pretendería que por fin aceptaba la bicicleta muerta en el soporte, que desistía de la batalla,

permitiendo que el dueño experimentara alegría por uno o dos días. Cuando el dueño por fin estuviera seguro de que su bicicleta estaba a salvo y bajara la guardia, él comenzaría una nueva ofensiva.

A los dos días llevó aquella bicicleta hasta una calle apartada del condominio. Allí había un restaurante que, por cierto, ya estaba cerrado pues era muy tarde. Dejó la bicicleta a un lado de la puerta. En la calle casi no había nadie. De vez en cuando pasaba uno que otro taxi. Después de acomodar la bicicleta Tian Zhiwen tardó en irse y fingió hacer deporte de noche. Mirándola, movía la cintura de un lado a otro con las manos sobre la espalda.

Frente al restaurante había un terreno vacío para estacionar vehículos. Durante el día estaba lleno; el negocio iba muy bien. Dos señoritas altas y de cintura estrecha estaban en la puerta, vestidas con un *qipao*² rojo. Tenían una sonrisa eterna en la cara, siempre listas para mostrar los dientes. Tian Zhiwen se imaginaba: “Mañana por la mañana, cuando el restaurante abra, el patrón y las empleadas descubrirán la bicicleta, cuyo aspecto para nada combina con la entrada del restaurante”. Tal vez se pregunten si el dueño es un acróbata, y si no ¿por qué le falta el asiento? Pensando todo eso, de pronto, se puso alegre. Esta vez sí que mataría dos pájaros de un tiro. Primero lograría que el dueño de la bicicleta se volviera loco buscándola, y luego haría enojar al patrón del restaurante. Si la bicicleta no le gusta al patrón, tal vez buscará a alguien para llevarla al patio trasero y despedazarla hasta convertirla en basura, tirándola junto con las plumas de gallinas y las escamas de pescado. No estaría mal, así el dueño de la bicicleta ya no tendría de qué preocuparse, simplemente la olvidaría y ya.

Tian Zhiwen hizo todo esto con mucha dedicación. Durmió un rato esperando a que todos se durmieran, y hasta entonces bajó para mover la bicicleta. Al bajar ya no había elevador. Eso no importaba, con tal de saborear su éxito, subir diez o doce pisos era lo de menos. Además, mejor así; evitaría toparse con la empleada del elevador y aumentaría el grado de misterio en su misión.

² Vestido utilizado en China.

Es imposible no admirar el espíritu incansable de lucha, fuerza y perseverancia de ese hombre. Sin embargo, la bicicleta muerta que la noche anterior Tian Zhiwen había llevado a escondidas a la puerta del restaurante, al día siguiente ya estaba en su antiguo lugar. No pudo evitar sentirse decepcionado. Con todas sus fuerzas había luchado y jamás imaginó perder así la batalla. De nuevo se puso a evaluar a su oponente. ¿Acaso era un investigador privado de primer nivel? De no ser así, ¿cómo es que había localizado su bicicleta tan pronto? ¿Acaso era un jubilado ocioso que no hacía más que buscar pacientemente su bicicleta? A Tian Zhiwen le surgió un gran deseo por conocer a su contrincante, saber quién era, cómo era.

En su bloque de viviendas vivía mucha gente y él casi no conocía a nadie. Sin mencionar a “los de arriba” o a “los de abajo”, ni siquiera sabía sus nombres o apellidos, dónde trabajaban los vecinos de su propio piso o los de la puerta de al lado. A veces al salir o entrar los veía, pero como si no los viera: nadie saludaba a nadie. Cada quien cerraba su puerta antes de salir o para encerrarse. De algo podía estar seguro, el dueño de la bicicleta era su vecino y usaban el mismo elevador. Pero era difícil saber exactamente quién era. Tal vez el dueño vivía en su mismo piso, en la puerta de enfrente, pero él solamente podía imaginar, sin asegurar nada. No sólo los vecinos de este edificio sino la gente de toda la ciudad vive enclaustrada y todos son extraños entre sí. Como el cielo, ves un río plateado lleno de estrellas, pero no conoces ninguna, no sabes de dónde vienen ni a dónde van.

En este edificio decir que él sólo conocía a su mujer y a su hija tampoco era muy atinado. Su hija tenía una compañera de escuela que vivía en el mismo bloque. La amiga, que a veces llegaba a la casa a preguntar por la tarea, se llamaba Xinxin. Xinxin tenía un abuelo que todos los días le cargaba la mochila mientras cruzaban la calle. Su abuelo acostumbraba sentarse en las bancas de cemento junto al edificio, y solía pasar allí casi todo el día. Una vez Tian Zhwen preguntó a Xinxin por su abuelo: “¿Por qué ya no lo veo pasear?”. Ella le contestó que su abuelo había muerto. Él se estremeció y preguntó cuándo. Xinxin dijo que tenía un mes, pero que no recordaba el día exacto.

Él guardó silencio y se quedó con la duda de si el abuelo había muerto por enfermedad o por accidente. Un hombre sano y fuerte a la vista, ¿cómo es que de pronto muere? Tian Zhiwen no pudo calmarse por un largo rato. Compartía el edificio con el abuelo, un hombre que murió sin ton ni son, sin hacer ruido, sin que nadie se enterara. Tian Zhiwen venía del campo. Cuando allí alguien fallecía todo el mundo se enteraba. Había velorio, cohetes, música fúnebre; los hijos del difunto lloraban sin cesar, todo era muy solemne. La gente del campo aprecia la vida y la muerte; para las personas de la ciudad, uno nace, otro muere y a nadie le importa. Cada quien se ocupa sólo de los suyos, y los demás le dan igual.

Tian Zhiwen no tuvo la oportunidad de descifrar quién era el dueño de la bicicleta muerta, pero todos los días la veía. Elaboró por fin un plan definitivo: tirarla al contenedor de basura. Los empleados de la basura pensarían que el dueño la había aventado y se la llevarían. En la zona había un enorme contenedor. Cuando se llenaba, llegaba un camión que llevaba la basura fuera de la ciudad para luego enterrarla. Así la bicicleta muerta se iría para siempre. Titubeó y jamás cumplió su propósito. Eso se debió a su activa imaginación que un buen día derivó en un cuento:

Una hermosa muchacha va todos los días a la escuela o al trabajo en su bicicleta. Un día, en un accidente en la calle o en un incendio en algún café internet, la chica muere. La madre por supuesto está desconsolada. Afortunadamente aún queda la bicicleta. La madre la trae a casa y la guarda como el más valioso recuerdo de su hija. Todos los días ve la bicicleta varias veces y es como si viera a su hija, y cuando no la ve, se siente triste y desesperada. Tian Zhiwen se impresionó con su propia imaginación: “Así es, seguro así es —pensó—. Si no fuera así, el dueño no la apreciaría tanto, no la buscaría tan desesperadamente cada vez que se pierde”. Imaginando eso se puso a observar la bicicleta; era una rodada veinticuatro, las llantas eran las de una de montaña y el armazón era rojo. Mientras más la miraba, su cuento era más real: ésa era una bicicleta de mujer. Tian Zhiwen comenzó a sentir una gran culpa. ¿Cuántas veces por acomodar su bicicleta movió y escondió la otra? ¡Qué egoísta! ¡Qué desconsiderado!

Ahora, cuando volvía a mirar la bicicleta, ya no le parecía fea. Al contrario, la veía casi como un objeto sagrado. Nunca más pensaría en moverla de lugar. Claro, eso era sólo su imaginación. Él sólo podía imaginar. Porque a la vida de la ciudad sólo se le ve el final, pero nunca el diario transcurrir. Incluso el final, a veces, es producto de la imaginación.

Después, con ayuda de aquella bicicleta, Tian Zhiwen inventó muchas otras historias, pero ésta había llegado hasta aquí.

Finalmente se le ocurrió otra posibilidad. El dueño tal vez era algún hombre como él, aburrido de la vida y con la necesidad de un poco de placer. Mientras él cambiaba la bicicleta de aquí para allá, aquel dueño pensó que Tian Zhiwen la usaba para jugar a las escondidas y siempre lo seguía de cerca, muerto de risa. Pensando así, Tian Zhiwen sintió enfado, insipidez y mucho arrepentimiento. Mientras tanto, entre los arcos del soporte, aquella bicicleta aún ocupa un lugar.

TRADUCCIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

POR UN POCO DE CALOR

Qiao Ye

1

El día 25 de diciembre, según el calendario lunar, lo soltaron. El gobierno que lo liberó, dándole palmaditas en los hombros, le dijo: “Salimos de vacaciones. Tú, amigo, también sales de vacaciones. Las nuestras son cortas, las tuyas son largas. Vete a festejar el año nuevo, vete a beber, a comer”.

Cometió el delito de violación. Nadie se imaginó que él cometería ese delito, ni siquiera él mismo. De niño era muy obediente. No hablaba ni reía; al toparse con alguien, lo saludaba. Así eran sus días. Quién sabe cómo eran las noches de los demás, las suyas eran muy diferentes.

Pensaba en mujeres desde aquel día cuando, a los dieciséis años, compró en un puesto el libro *Burdel*. Con frecuencia, en sus sueños ellas se le acercaban como una sombra blanca diluida, y justo cuando lo alcanzaban, él huía a caballo. Al entrar a la universidad, las clases no eran tan pesadas y comenzó a salir con una chica. El objetivo más tangible que hizo convertir el sueño en realidad fue su novia. Aunque siempre, al final, un poco antes de la culminación, ella lo paraba en seco: “Eso es sucio”, decía.

Aquella noche fueron a la sala de proyecciones cercana a la universidad para ver una película. Vieron a Sharon Stone en *Bajos instintos*. La sangre se le alborotó y abrazó a su novia. Ella no se resistió, pero, de pronto, cuando intentó escabullir su mano bajo su falda, ella corrió.

Él la siguió, pero no la alcanzó. Caminó por la calle muy desanimado. Justo al cruzar el parque de la glorieta vio a aquella mujer.

Estaba acostada en el suelo con las piernas abiertas y sin moverse; desprendía un olor sofocante a alcohol. Juró por todos los cielos que al principio él sólo pensó en hacer algo bueno, como llevarla a su casa. Todo tipo de peligros acechaba a una mujer sola acostada allí en medio de la noche. La escuela estaba en el costado oeste de la ciudad; en la noche, pocos caminaban por allí.

—Oye, oye... —Le acomodaba la falda mientras la sacudía.

La mujer no se movió. La sacudió de nuevo sin ninguna respuesta. Al sacudirla por tercera vez, se puso nervioso y la abrazó. La mujer le correspondió.

—No te vayas, quédate, acompáñame... —balbuceaba, se chiqueaba, se le insinuaba...

Eso era una oportunidad. Pero cuando él terminó, ella abrió los ojos y todo cambió. Lo sentenciaron a seis años. Por buena conducta, le perdonaron dos. La cárcel estaba a quinientos kilómetros de su casa; en los cuatro años que pasó allí, su madre lo visitó una vez.

2

Cuando pisó la calle se resbaló. Copos de nieve, alegres y traviesos, caían en sus palmas y ¡pas!, desaparecían.

Aquél era un poblado pequeño, pero era más grande que el suyo. En esos días todos buscaban reunirse con la familia. Al caminar por la calle vio que en todas las casas colgaban inscripciones rojas y negras alusivas al año nuevo. Donde colgaban inscripciones negras era porque en los últimos tres años alguien había muerto. Cuando era niño las costumbres eran iguales. Esa noche era víspera de año nuevo; sus tripas rechinaban, tenía hambre.

—Disculpe, ¿dónde hay una posada? Detuvo a una mujer que pasaba a su lado.

—No hay, todas están cerradas, regresaron a casa para el año nuevo —le contestó.

Él se quedó pasmado mientras la mujer se alejaba. Sabía que había bajado en la estación equivocada.

Sacó de la mochila un paraguas. Era amarillo, muy hermoso. Lo ganó trabajando en la cárcel. En el paraguas decía: “No te desvíes del camino”. A los que terminaban de cumplir la condena y lograban la libertad, en los últimos dos años los llamaban “hombres restaurados”, así decía el acta de liberación. El gobierno les regalaba a todos ellos una caja con un ejemplar del *Reglamento para el ciudadano virtuoso* y un paraguas. Lo abrió. Parado como un tonto en medio de esa calle desconocida se veía cómico y atraía las miradas. Se puso a caminar y nuevamente vio a la mujer salir de un callejón. Sus hombres estaban llenos de copos de nieve.

—Oiga, disculpe, ¿hay aquí algún hotel? —le preguntó al alcanzarla.

La mujer se detuvo. Mirándolo fijamente, le dijo:

—No hay. ¿A qué viniste aquí?

—Voy de regreso a casa y pasé por aquí.

—¡Oh! —esbozó un suspiro lleno de compasión.

—Es el año nuevo —frunció el entrecejo—, todas las casas están llenas.

Mientras hablaban, un hombre en bicicleta se detuvo a escuchar su plática.

—Cuñada —susurró a la mujer de paraguas rojo—, en La Pequeña Chun, ¿no se podrá quedar? Allí les hace falta...

—Si te parece, arréglalo tú, yo no me meto en eso. “La cuñada”, riendo, se alejó.

“La Pequeña Chun, qué nombre tan oscuro: La pequeña Chun. Sólo me dio una dirección confusa. ‘Allí les hace falta...’, seguro se refería al marido. Quizá era una viuda”.

Entró a la miscelánea “Li Min” y compró unos cigarros. Caminaba y fumaba. Le parecía que los cigarros apestaban un poco, tal vez porque durante varios años no había fumado. No se atrevía a fumar, en aquellos cuatro años nadie le mandó nada. Su dinero era producto del trabajo en la cárcel. La penitenciaría había contratado un seguro

de vida para los reclusos aunque era voluntario beneficiarse de él. Cada quien, según su parecer, podía invertir parte de su sueldo en ese seguro. Además, la cárcel, según la conducta de cada uno, ponía una cantidad proporcional como premio. Durante los cuatro años, cada mes depositaba cuarenta yuanes; al salir, cobró casi dos mil. Al salir había gastado algo, pero aún le quedaban mil quinientos yuanes.

Antes de salir hizo un detallado plan para que el dinero le rindiera. Debía usar ese dinero para proporcionarse un poco de placer, pero la gran mayoría era para sus padres. Él aún era joven, apenas tenía veintiséis, pero para sus padres cada día era un aliento menos: era ahora o nunca.

Al salir de la cárcel fue a casa inmediatamente. Justo cuando se disponía a tomar el agua que le había servido su madre, su padre entró. Lo miró sin decir nada y se encerró en el dormitorio. Su madre lo siguió. Al poco rato salió y le dijo:

—Vete por unos días, escóndete por allí, cuando pasen las fiestas, regresa. Tu padre sufre del corazón, deja que tome aire.

Sin responder, él tomó su maleta y salió. Se subió al primer autobús que pasó por allí.

3

Entró a una peluquería. En el negocio algunos jóvenes, comiendo pepitas, jugaban baraja. Al entrar, todos dejaron las cartas y lo miraron.

—Estoy de paso y busco dónde quedarme —dijo.

—No hay hotel. —Un joven de pelo rojo lo interrumpió.

—¿Habría alguna casa donde sobre espacio?

—No hay.

—¿Cómo que no? ¿Y La Pequeña Chun?... —dijo otro joven.

Todos soltaron una carcajada. De pronto, él, entre sus risas, no supo qué hacer. Parado allí, estaba mudo.

—Ve, ve a La Pequeña Chun. Sigue esta calle hasta el extremo norte, das vuelta a la izquierda y casi al salir del pueblo está La Pequeña Chun.

—¿Está bien allí?

—¿Cómo que si está bien?, ¡claro hombre, está más que bien!

De nuevo la carcajada. Caminó hasta el extremo norte, dio vuelta a la izquierda y después de un rato divisó una casa blanca.

4

Entró. El hotel eran dos cuartos. En la puerta colgaba una placa de madera “Hotel La Pequeña Chun”. Colgaban también, en ambos lados de la puerta, inscripciones alusivas al año nuevo.

La primera estrofa decía: “Leña, arroz, aceite y sal, el mundo es pequeño”. La segunda narraba: “Miles de rojos y púrpuras, siempre es primavera”.

Al principio, el lector no hallaba el sentido; sin embargo, los versos tenían un simpático toque pueblerino. Además, los últimos caracteres de ambas estrofas escondían el nombre del hotelito “La Pequeña Chun” o “Primaverita”.

Sonrió sin querer. Empujó la puerta y tras mirar el cuarto sintió un aroma penetrante. Inmediatamente supo que el relleno de los ravioles era apio con carne de puerco.

—¿Quién es? —Era la voz de una niña.

Vio frente a él a una niña de cuatro o cinco años. Tenía un vestido rosa con blanco; en la cabecita colgaban un montón de trencitas delgadas. Esa niña, de apariencia más mongola que china, lo miraba de arriba a abajo.

—¿Y los adultos? —preguntó él.

—¡Mamá, ven! —gritó la niña.

Salió una mujer. Lo inspeccionó con la mirada y le preguntó:

—¿Se le ofrece algo?

—Tengo hambre —contestó. Inconscientemente palpó su cara. Sabía que su vestuario eran andrajos. Los pantalones le quedaban cortos y el saco demasiado ancho. La ropa que traía era regalada.

La niña le arrimó un tazón de té.

—Mamá dice que primero tome un poco de agua hirviendo para que se caliente. Su voz parecía queso tierno.

Inspeccionó con la mirada la habitación. Las dos recámaras y la sala se parecían al comedor familiar de la cárcel. Hacía dos años habían abierto el comedor familiar. Allí los presos compartían los alimentos con sus familiares. Su madre, dos años atrás, lo había visitado en la cárcel. Cuando recibió la noticia por poco y se desmayaba: no sabía qué pie extender primero. Su madre jamás había salido de la casa. Para atravesar esos quinientos y tantos kilómetros se subió en todo: autobús, tren, transporte público, recorrió la carretera; sólo así se podía llegar a la cárcel. Y su madre había hecho todo eso. En la recepción, cada uno con un auricular en la mano, permanecieron en silencio; su madre sólo lloraba y él sólo la miraba. Había envejecido mucho. Él sabía que era responsable de cada una de sus profundas arrugas. Su madre durmió una noche en el cuarto de visitas. Al otro día almorzaron juntos en el comedor familiar. Eran cuatro los platos: pepinos fríos, queso de soya y cebollín, tomates con huevo, y carne de puerco en salsa roja. Además, comieron un cuarto de kilo de ravioles rellenos de apio con carne de puerco.

Toda la carne se la puso a su madre y ella, pedazo por pedazo, se la regresó. Él comió, ¡vaya que comió!, tanto que le dolió la garganta y tuvo ganas de vomitar. Al momento de pagar la cuenta, detuvo a su madre:

—Yo tengo dinero.

—¡Qué caro!... —dijo su madre.

Después de comer se quedaron más de una hora en el comedor. Su madre le dijo que tenía que partir para alcanzar el tren de las seis. Su padre sufría del corazón y ella estaba preocupada.

—Está bien madre... —le dijo.

—Nosotros estamos viejos; no hay nada que hacer, pero tú pórtate bien —le aconsejó.

La comida había costado cuarenta y ocho yuanes. El comedor le había extendido un recibo grande y rojo. Lo guardó y cuando no tenía nada que hacer lo miraba, y lo miraba, y lo miraba.

5

La mujer arrimó primero un tazón lleno de fideos con carne, luego trajo pimientos con trozos de carne. Abrió una botella de “Licor Celestial” de cuarto de litro y le sirvió una copa llena. Pasó otro rato en la cocina y salió con un tazón de ravioles rellenos de apio y carne de puerco. Llamó a su hija:

—Comeremos juntos ravioles, el año nuevo no puede pasar sin ravioles.

Comió absorto, sin decir ni una palabra. Gotas de sudor asomaron en su frente. Le pareció oír el camión dar la vuelta, tu, tu, tu, tu. Rápido saldó la cuenta y salió, pero el camión ya se había ido. Sólo quedaba el polvo.

Le avergonzaba entrar de nuevo. Se asomó la niña:

—Mamá te pide que entres para que te calientes.

La mujer ya le había preparado agua caliente.

—¿En este poblado jamás hubo un hotel?

—No.

—¿Por qué todos los restaurantes están cerrados?

—Todos regresaron a casa.

—¿Y ustedes, por qué no han regresado? —La mujer no contestó.

—Mi casa está aquí —dijo la niña.

—¿Por qué no van con tus abuelos a pasar el año juntos?

—No tengo abuelos.

—¿Y tu padre? —le preguntó.

La niña lo miró y señalando la televisión, exclamó:

—Pan Changjiang, Pan Changjiang...

La niña se incomodó. La mujer salió de la cocina con una bandeja de agua caliente. Le pidió que se lavara y la mandó a dormir.

—Me voy. —Él se levantó. Con la niña dormida, el cuarto parecía más grande. Él ya no tenía por qué estar allí.

—Ya no hay camiones, dijo la mujer.

—¿No te importa que me quede?

La mujer, sin contestar, le arregló una cama. Apenas eran las nueve y media, era muy temprano.

Sentados, cerca del fogón, veían la televisión. La mujer inició la plática, le preguntó de dónde era, qué hacía, hizo las cuentas y determinó que su casa no estaba tan lejos, ¿por qué ese día no había hecho un esfuerzo para regresar? Lo único cierto era la dirección de su casa, todo lo demás eran mentiras. Claro que iba a mentir. Dijo trabajar fuera; al regresar a casa tuvo una fuerte pelea y, sin más ni más, salió. Todos en su casa tenían talento y lo despreciaban por ser obrero.

—Los jóvenes son así, se enojan con facilidad —dijo ella—; lo más probable es que tú hayas tenido la culpa. Es año nuevo, deja que hablen, qué desprecio ni qué nada.

—Hermana —le dijo de pronto—, tú también estás muy joven.

—Tengo treinta y un años, ya no estoy tan joven.

—Creí que tenías veinticinco o veintiséis.

—No te burles —La mujer, sonriendo, movió la leña del fogón—. A dormir.

6

¿Qué mujer era esa? Pensó sin poder adivinar. ¿Le tendría lástima? Pero si no sabía nada acerca de él. ¿Lo dejó quedarse por dinero? Pero le había dicho que “eso no importaba”. Él sólo era un extraño que pasaba por allí. ¿Por qué era tan buena con él? Su bondad daba lugar a sospechas. Una mujer sola con su hija, a cargo de un hotel, fácilmente se podía dedicar a aquello... Pero no parecía de ésas. Claro, no parecer no quiere decir que no se sea. Decidió que si ella venía, él no se iba a oponer. Oyó cómo abría las puertas antes de entrar a la sala. Caminó hacia él en la oscuridad. Él cerró los ojos.

Se detuvo frente a la mesa y como gato esculcó el cajón buscando algo. Él, sin moverse, permaneció acostado. La mujer se acercó.

—¡Hey!... —susurró.

Él guardó silencio. La mujer extendió la mano y movió su cobija.

—Van a ser las doce, levántate y ayúdame a quemar cohetes.

Pretendió estar dormido por un instante, luego se levantó, se vistió y salió con ella frente a la casa. Ella le dio los cohetes y un encendedor; él comenzó a prenderlos. Los estruendos hacían temblar los oídos; hacía tiempo que no quemaba cohetes ni había oído estruendos tan cerca. Todo su cuerpo experimentó una fuerte sacudida, como si sus huesos estuvieran sacudiendo el polvo de los años. Pero los temblores lo calentaron. Entre los destellos de los cohetes veía la cara de la mujer. La mujer, visiblemente alegre, se tapaba los oídos. El miedo no lograba esconder su belleza.

7

Al regresar a la casa, después de las luces de los cohetes todo parecía más oscuro. La mujer prendió un foco. Él, sentado en la cama, esperó que ella se fuera, pero no fue así.

—No apagues el foco, ahora vendré —le dijo.

¿Ahora vendrá? ¿Para qué vendrá? Frotando las manos y los pies, la siguió. Parado detrás de la puerta oyó que ella buscaba algo en el armario. La vio revolver entre la ropa una blusa color durazno y una falda verde con rosa. La mujer al fin vino.

—Toma —dijo tirando algo a la cama.

Era un pantalón grueso de hombre.

—Tus pantalones están rotos, mañana los remendaré.

Lo había olvidado. Los costados de su pantalón y de su chaqueta de invierno tenían cintas blancas: eran las insignias de los presos. Muchos, al salir, tiraban esa ropa, pero él la conservó. No le sobraba ropa de otoño; además, usaría esas prendas debajo de la ropa, quien se iba a fijar, pensó.

La mujer sacó un papel de la bolsa y se lo mostró.

—Cuando pagaste la cuenta se te cayó esto, la niña lo recogió y olvidó regresarlo.

Era aquel recibo de la comida en el comedor familiar.

—¿Cuál fue el delito de tu marido? —preguntó él después de un largo rato.

—Daño intencional —contestó ella—; un malviviente del pueblo me violó, el padre de mi hija lo golpeó y lo dejó inválido.

Los dos se quedaron en silencio.

—¿Y qué es de él? —preguntó él al cabo de un buen rato.

—Aún vive aquí —contestó—. No entiendo; como no hubo pruebas suficientes perdimos el juicio. De haberlo ganado, mi marido no le hubiera pegado tanto.

—A dormir —dijo ella—; mañana irás a casa. Es bueno volver a casa, como sea, los familiares siempre te extrañan. Apagó la luz: “En dos años él volverá con un paraguas amarillo, igual al tuyo”.

La mujer recordó algo y abrió un poco la ventana.

—En la habitación está el fogón, no te vayas asfixiar por el carbón.

El aire fresco entró por la ventana. A través de la ventana entreabierta vio caer la nieve, parecía una cobija muy acolchonada, ¡qué hermosa imagen!

TRADUCCIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

LA VIDA EN LA CUERDA

Shi Tiesheng

Por aquellas interminables montañas verdes caminaban dos ciegos, uno viejo y uno joven, uno delante y el otro detrás. Dos sombreros, casi negros de tan sucios, subían y bajaban precipitadamente, como si flotaran sobre un río alborotado. No importaba de dónde venían ni a dónde iban. Cada uno sólo cargaba un laúd de tres cuerdas. Se ganaban la vida cantando cuentos e historias antiguas.

En aquellas grandes montañas de varios centenares de kilómetros había que caminar todo un día entre cumbres y cuevas para llegar a un valle con aldeas. En cualquier instante, de los arbustos podía salir volando un par de faisanes o podía saltar un conejo, una zorra u otras pequeñas criaturas. Sobre los valles se oía de vez en cuando el revoloteo de las águilas. Los rayos del sol eran muy calientes a esa hora, y no había ni una sombra en las montañas silenciosas.

—Agarra la tricuerda —gritó el viejo ciego, y el eco de su voz sonó entre las montañas.

—Ya la agarré —contestó el joven.

—Ten mucho cuidado de no mojar la tricuerda con tu sudor. Si la mojas, esta noche usaré tus costillas para tocar.

—Ya la agarré.

Los dos, desnudos de la cintura para arriba, tanteaban el camino con un bastón en la mano. Sus camisas de tela rústica, amarradas a la cintura, estaban empapadas de sudor. El polvo que levantaban al caminar se posaba en sus gargantas.

Era justamente la temporada de cantantes de historias. Los días eran largos y los aldeanos salían de sus casas después de la cena. Algunos no cenaban en casa. Llevaban su tazón para comer a la orilla

del camino. El viejo ciego quería aprovechar la temporada de calor y forzaba al joven a trabajar mucho, cantaban noche tras noche, pueblo tras pueblo.

El viejo ciego estaba cada día más nervioso y emocionado. Calculaba que tal vez estaba muy cerca el día en que se rompiera la cuerda número mil, y eso tal vez sucedería en la próxima aldea llamada Cañada de las Cabras. El sol, que mostraba su furia durante todo el día, empezaba a calmarse. La luz perdía poco a poco su brillantez. De lejos y de cerca, el canto de las cigarras ya no era tan frecuente.

—Muchacho, ¿no puedes andar más rápido? —El viejo ciego gritó sin voltear la cabeza ni retrasar el paso.

El joven se apresuró. Una gran mochila que colgaba del trasero retumbaba al correr, pero aún le faltaban unos diez metros para alcanzar al viejo.

—Las palomas silvestres ya vuelan de regreso hacia sus nidos.

—¿Qué dice? —El joven apresuraba aún más sus pasos.

—Digo que las palomas silvestres ya llegaron de regreso y tú aún no caminas rápido.

—Ah...

—Estás jugando otra vez con mi radio, ¿no?

—Nadie lo ha tocado.

—Los audífonos se van a deshacer si sigues jugando.

—¿Quién lo va a tocar, hombre?

El viejo ciego sonrió discretamente:

—¡Qué poco has vivido! Puedo oír hasta una pelea de hormigas.

El joven no discutió, devolvió lentamente los audífonos a la mochila y siguió sin ánimos al maestro. El camino era muy largo y aburrido. Después de andar un trecho, el joven oyó a un tejón roer los granos en el campo y empezó a imitar los ladridos de perro. El tejón se asustó y huyó. El joven, contento, comenzó a tararear una canción amorosa.

El maestro no le permitía criar un perro. Pensaba que las peleas entre su perro y los perros de las aldeas no eran buenas para el negocio. Caminaron otro rato cuando el joven oyó una serpiente que se movía entre los arbustos. Se agachó, tomó una piedra y la arrojó. Las

hojas de sorgo se mecieron al caer la piedra. El viejo ciego se compadeció de él y se detuvo para esperarlo.

—Ya estamos en los sembradíos, la aldea no debe estar lejos —El viejo pasó una cantimplora a su discípulo—. Los que nos dedicamos a este negocio nos pasamos la vida caminando. ¿Estás cansado?

El joven no le contestó, pues sabía que lo más molesto para el maestro era oír la frase “estoy cansado”.

—Qué mala suerte tenía mi maestro, o sea tu maestro abuelo. Tuvo tan mala suerte que después de caminar por todas partes, no logró romper la milésima cuerda.

El joven ciego advirtió que el maestro andaba de buen humor y le preguntó:

—¿Qué es una verde larga *sila*?

—¿Qué? Ah, probablemente es una silla.

—¿Y un *pasilo* sinuoso?

—Pasillo, ¿qué pasillo?

—Sinuoso pasillo.

—Siempre te gusta escuchar esas cosas. ¿De qué sirve escucharlas? Hay muchas cosas hermosas en este mundo, pero, ¿qué tienen que ver con nosotros?

—Nunca me ha dicho si algo tiene que ver con nosotros. —El ciego joven pronunció con gran fuerza la palabra *tiene*.

—La tricuerda. Tu padre te dejó seguirme para que aprendas a tocar bien la tricuerda y narres las historias.

El ciego joven, al tomar agua, hacía mucho ruido intencionalmente. Tomaron otra vez el camino, pero ahora el joven andaba al frente.

La sombra de la montaña se extendía por el valle. El terreno se ponía cada vez más llano y vasto. Al acercarse a la aldea el viejo detuvo al joven. Había encontrado un pequeño manantial al pie de la montaña bajo una sombra. Un chorrito de agua salía entre las rocas y se acumulaba en un pequeño charco con forma de cubeta. Alrededor la maleza crecía vigorosamente. La tierra empezaba a tener sed y se tragaba el agua que sólo recorría unos cuantos metros.

—Ven y lávate para quitarte el mal olor.

Mientras pensaba en el sinuoso *pasilo*, el joven ciego separaba las hierbas con las manos y quedaba en cuclillas al lado del charco.

—Lávate bien, pareces un pequeño mendigo.

—¡Ah sí! Entonces usted es un viejo mendigo. El joven se mojaba las manos mientras decía esto sonriendo. El viejo ciego también reía mientras se enjuagaba la cara.

—Pero no somos mendigos, somos profesionales.

—Parece que ya hemos estado en este lugar. El joven escuchaba los ruidos de alrededor.

—Nunca pones atención al aprendizaje; parece que estás en las nubes. Jamás escuchas los consejos de los veteranos.

—Estuvimos aquí, estoy seguro.

—No cambies la plática, todavía te falta mucho para que toques bien la tricuerda. Nuestras vidas penden de estas cuerdas, me decía mi maestro al principio.

El joven ciego seguía tarareando canciones amorosas mientras se enjuagaba con el agua fresca del manantial.

—¿Oíste lo que te dije? —dijo el viejo enfadado.

—Nuestras vidas penden de estas cuerdas, su maestro, es decir mi maestro abuelo, se lo decía. Lo he oído mil veces. Fue su maestro quien le reveló la receta, pero para preparar la cura es necesario esperar a que se rompa la milésima cuerda. Después ya podremos ver. Se lo he oído un millón de veces. ¿Por qué la medicina se puede comprar hasta romper la milésima cuerda?

—Sin eso, niño zorrillo, la medicina no sirve.

—No es fácil encontrar mil cuerdas rotas. —El joven no podía contener la risa.

—¿De qué te ríes? ¿Crees comprenderlo todo? Hay que tocar hasta romper las mil cuerdas.

El joven no se atrevía a hablar más, sabía que el maestro se iba a enojar. Siempre era así, el maestro no toleraba las dudas. Esa vez el viejo ciego no habló más. Estaba algo conmovido. Con las manos en las rodillas, clavaba las pupilas como alfileres en el cielo. Parecía recordar y contar una tras otra todas las cuerdas rotas durante esos años. “¿Cuántos años llevo esperando?”, pensó el viejo. “Ya llevo

esperando cincuenta años. Durante esos años cuántas montañas he cruzado, cuántos kilómetros he recorrido, cuántas veces he aguantado el calor y el frío, cuántas injusticias he soportado. Noche tras noche he tocado la tricuerda esperando que las cuerdas se rompan una y otra vez. Y ahora ya se aproxima el día, no debe de pasar de este verano”. El viejo ciego sabía que no tenía ninguna enfermedad grave que pudiera quitarle la vida, así que con seguridad viviría hasta el próximo verano.

—Tengo más suerte que mi maestro —dijo—. Mi maestro nunca llegó a ver el mundo con sus propios ojos.

—¡Ay, ya sé dónde estamos! —gritó el joven.

Entonces el viejo se movió un poco. Cogió su tricuerda y la sacudió. Al hacer eso, se oyó el ruido del papel doblado que chocó con la piel de serpiente del instrumento, comprobando que la receta aún estaba a salvo en la tricuerda.

—Maestro, ¿acaso no es la Cañada de las Cabras? —preguntó el joven.

El viejo no respondió. Supo por la voz que el joven comenzaba a inquietarse.

—Más adelante ya será la Cañada de las Cabras, ¿verdad maestro?

—Muchacho, ven aquí a frotarme la espalda —dijo el viejo estirando su espalda, que parecía un arco.

—¿Sí o no es la Cañada de las Cabras, maestro?

—Sí, ¿y qué? No te comportes otra vez como los gatos en primavera.

El corazón del joven latía con fuerza, pero no le quedó más que frotar pacientemente la espalda del maestro. El joven frotaba vigorosamente.

—¿Y qué hay con la Cañada de las Cabras? No te pongas como los asnos que rebuznan al oler la primavera.

El joven ciego temía ser descubierto y no habló más para no mostrar su excitación.

—¿En qué estas pensando? No pensarás que no te conozco bien, ¿verdad?

—¿Y ahora qué hice?

—¿Qué hiciste? ¿Acaso no te enfermaste lo suficiente la vez pasada? ¿Qué tiene de bueno aquella criatura?

El viejo ciego pensaba que tal vez no debía traer de nuevo al muchacho a la Cañada de las Cabras. Sin embargo, en ese lugar había buen negocio, podían cantar historias durante más de quince días. Y el viejo ciego ardía de deseo por romper las últimas cuerdas.

El joven ciego dijo algo murmurando; sin embargo, sus pensamientos volaron hacia aquella niña de voz dulce y fina de la Cañada de las Cabras.

—Acuérdate de mis consejos, que nunca te van a fallar —dijo el viejo—, no puedes confiar en esas cosas.

—¿Qué cosas?

—No me vengas con eso, sabes bien a qué me refiero.

—Nunca lo he oído decir en qué puedo confiar. —El joven se reía a escondidas.

El viejo ciego no le hizo caso. Clavó de nuevo las pupilas en el cielo. Allá, el sol tomaba poco a poco el color de la sangre.

Dos espaldas de color pardo amarillo se erguían hacia el cielo. Una ya vieja, jorobada, huesuda y filosa como picos de roca, y la otra todavía muy joven. El viejo ciego tenía setenta años, y el joven apenas diecisiete. Cuando tenía catorce, su padre se lo encargó para que le enseñara a cantar historias y así ganarse la vida.

El viejo ciego ya llevaba más de cincuenta años contando historias. Era conocido en muchos lugares de esas montañas. Con su cabello cada día más blanco y su espalda jorobada recorrió muchos lugares con su tricuerda en la mano. Cuando encontraba un lugar donde la gente le daba dinero, se quedaba y durante días seguía cantando historias y tocando la tricuerda. Traía alegría a las aldeas solitarias. Siempre comenzaba su canto con las mismas palabras:

Desde que el cielo y la tierra se separaron, cuántos reyes y dinastías pasaron. Los buenos gobernantes traen buena suerte y los malos traen muerte. Para tocar la tricuerda hay que esperar, pues son más de tres mil setecientas las historias y debo saber cuál quieren escuchar.

Entonces el pueblo comenzaba a gritar. Los viejos querían la historia de Dong Yong, quien se vendió como esclavo para dar un entierro digno a su padre. Los niños querían la historia de Wu Erleng, quien atravesó el monte de Ciempiés durante la noche. Y las mujeres deseaban oír Qin Xianlian. Ése era el momento más placentero para el viejo. Olvidaba todo el cansancio y la soledad, y tomaba unos sorbos de agua mientras esperaba a que la gente se cansara de gritar; entonces comenzaba a tocar la tricuerda.

Hoy sobre los demás no vamos a cantar, sólo la historia de Luo Cheng vamos a narrar o, mientras su té toman y su cigarro fuman, oigan el cuento de la joven Meng Jiangnu, quien con su llanto a la Gran Muralla derrumba.

Cuando el viejo cantaba no se oía ni el zumbido de una mosca en los patios. El viejo ciego se embriagaba con las historias que contaba. Sabía contar innumerables aventuras. Compró la radio de un ciudadano a un precio muy alto, según decía, para aprender expresiones de moda y componer nuevas tonadas. En realidad, no importaba a los aldeanos de qué trataban las historias, simplemente les encantaba su manera de tocar, elegante, suave y llena de emociones. En cada canción parecían asomarse cuerpos celestes y almas mundanas. El viejo ciego podía imitar cualquier voz, la de hombre, de mujer, del viento, de la lluvia, de los animales y las aves. Nadie podía saber qué cosas pasaban por su mente, pues nació ciego y nunca había visto el mundo, ni siquiera por un instante.

El joven ciego sí había visto el mundo, pero sólo por tres años, mucho antes de poder comprenderlo. No le gustaba cantar historias ni tocar la tricuerda. Su padre hizo hasta lo imposible para convencerlo de quedarse como aprendiz con el viejo y finalmente lo logró gracias a la radio. El muchacho abrazaba la radio tan obsesionado que ni siquiera se dio cuenta cuando su padre se fue. Siempre le fascinó la mágica caja de sonidos que le ofrecía ricas imágenes de lugares remotos y sucesos extraños, que complementaban su mundo de colores y formas con la ayuda de su escasa memoria de aquellos tres años.

Al oír que el cielo era como el mar, imaginaba cómo era porque recordaba el cielo azul. La caja también decía que el mar era una enorme extensión de agua encrespada. Él entonces recordaba el agua de las ollas e imaginaba innumerables ollas con agua hirviendo. En cuanto a las muchachas bonitas, la caja las comparaba con flores en pleno florecimiento; sin embargo, esa comparación no lo convencía. Cuando el ataúd de su madre fue llevado a una montaña lejana, la vereda estaba rodeada con flores plenamente abiertas. Nunca lo iba a olvidar, pero tampoco lo quería recordar. Pero a las muchachas bonitas sí quería recordarlas y cada vez le gustaban más. Particularmente aquella doncella de voz suave que le hacía latir el corazón y que vivía en la Cañada de las Cabras. Un día oyó una canción que decía que los ojos de la muchacha eran como el sol y quedó satisfecho, pues recordó a su madre caminando hacia él, mientras el sol radiante le daba en la espalda.

En realidad, todos nosotros, con lo poco que conocemos imaginamos lo mucho que desconocemos y dibujamos el mundo según nuestra percepción. Por eso el mundo de cada uno es diferente. Había también cosas que el joven no alcanzaba a imaginar. Por ejemplo, un pasillo.

Esa noche cantaron en la aldea. El joven oyó de nuevo la fina voz de la doncella, quien a unos pasos de él decía algo de vez en cuando. La historia iba en la parte crucial:

Con lanza en mano volvió Luo a batallar.
 El hacha de Su no tardó en contestar,
 el hacha como cascada atacaba
 la lanza con fuerza la paraba.
 Como si dos dragones lucharan
 como si dos tigres compitieran.
 Siete días y siete noches no pararon
 ni siquiera una gota de agua tomaron.

El viejo tocaba con un ritmo tempestuoso y cantaba con todas sus fuerzas. El joven no podía seguirlo, pues estaba distraído.

A un kilómetro de la aldea, en la colina, había un pequeño templo donde los dos se alojaban. La cerca de mampostería alrededor del patio estaba en ruinas. Los pequeños cuartos estaban a punto de derrumbarse. Sólo el salón central todavía ofrecía amparo contra la lluvia y el viento, tal vez debido a la protección de los tres dioses cuyas estatuas se erguían en el centro. Las tres estatuas de barro hacía tiempo que habían perdido sus colores y decorados mundanos. Su color natural de barro amarillo hacía difícil distinguir si eran dioses budistas o daoístas. Dentro y fuera del patio, en cada esquina de las paredes e incluso sobre el tejado había yerbas que le daban vida al templo. Cada vez que visitaba la aldea, el viejo ciego se alojaba allí, pues no había renta que pagar ni a quién molestar. Para el joven era la segunda vez.

Cuando terminaron la historia ya era muy tarde. El viejo ponía orden en el salón central, mientras bajo el alero del cuarto lateral el joven trataba de encender fuego para calentar agua. El fogón que habían construido el año pasado requería reparación. El joven en cucullas soplabla el fuego. De pronto, el humo que desprendía la leña mojada le provocó tos y huyó hacia el patio.

—¿Para qué sirves, eh? —le gritó el viejo desde el salón central.

—La leña se mojó.

—No es eso, me refiero a tu trabajo. ¡Qué mal tocaste hoy por la noche!

El joven no se atrevió a responder, inhaló aire fresco, regresó al fogón, se arrodilló de nuevo y se puso a soplar con todas sus fuerzas.

—Si de veras no te gusta cantar historias, pídele cuanto antes a tu padre que te reciba de regreso. ¿Cómo es posible que siempre seas tan distraído? Ve a tu casa a dar lata.

El joven se retiró tosiendo, exhalando y maldiciendo.

—¿A quién injuriaste?

—A la leña.

—¿Así se sopla el fuego?

—Entonces, ¿cómo hay que soplar?

—¿Cómo? Uuy... —dijo el viejo después de una pausa—. Sopla como si el fogón fuera el rostro de aquella chica.

El joven no se atrevió a alegar de nuevo. Se arrodilló frente al fogón y siguió soplando. Se dio cuenta de que no conocía el rostro de aquella chica de voz fina, cuyo nombre era Lan Xiuer.

—Si fuese el rostro de la chica, me parece que podrías soplar sin instrucciones —rezongó el viejo. El joven rio. Mientras más reía, más tosía.

—¿De que te ríes?

—¿Ha soplado a la cara de alguna mujer?

El viejo de pronto no encontraba palabras para responder. El joven cayó al suelo de tanto reír.

—¡Carajo! —sonrió el viejo y nuevamente se puso serio sin decir ni una sola palabra.

El fuego se avivó. El joven volvió a poner leña mientras pensaba con todo el corazón en Lan Xiuer. Cuando apenas había terminado la presentación, Lan Xiuer salió a codazos de la multitud, se le acercó y le dijo en voz baja:

—¿Qué me prometiste la última vez?

Su maestro estaba al lado y él no se atrevió a contestar. La multitud empujaba para todos lados. Tan pronto Lan Xiuer estaba pegada a él, le dijo:

—¿No piensas pagar los huevos cocidos que te comiste la vez pasada? —Lan Xiuer dijo en voz alta.

El maestro estaba ocupado platicando con unos ancianos. Entonces, el joven aprovechó el momento y se apresuró a decir:

—Shhh, todavía me acuerdo.

Lan Xiuer bajó la voz:

—Todavía no me has dejado escuchar la radio que me prometiste.

—Shhh, sí lo recuerdo.

Afortunadamente, voces y gritos confusos llenaban el ambiente y nadie se percató de su plática secreta.

En el salón principal hubo un largo silencio. Luego se oyó el sonido de la tricuerda. El viejo ciego cambió una cuerda nueva, contento, sin duda, por romper una cuerda más en la primera noche de la llegada a la Cañada de la Cabras. Pero el sonido de la tricuerda era grave y desordenado. El joven ciego sintió melancolía por el sonido que salía de la tricuerda. Desde el patio gritó:

—El agua está hirviendo.

Entró con una vasija de agua caliente y la puso enfrente de su maestro. Fingiendo sonreír dijo:

—¿Acaso quiere romper otra cuerda esta noche?

El viejo no lo oyó porque su mente repasaba el pasado. El inquieto sonido de la tricuerda le recordaba los vientos y las lluvias de los fatigosos años pasados, dibujaba los arroyos que corrían en los valles día y noche, marcaba los pasos apresurados de aquellos que no tenían a dónde ir. El joven se asustó. Hacía mucho que el maestro no hacía eso. Cuando se ponía así se enfermaba, le dolía la cabeza, el corazón y todo el cuerpo durante meses.

—¡Maestro, lávese los pies por favor!

El sonido de la tricuerda no cesaba.

—Maestro, es hora de lavarse los pies —temblaba la voz del joven. La tricuerda no dejaba de sonar.

—¡Maestro!

El sonido cesó de pronto. El viejo ciego suspiró y el joven también, pero de alivio. Mientras el viejo se lavaba los pies, el joven estaba sentado a su lado.

—Acuéstate —dijo el ciego viejo—; hoy debes estar muy cansado.

—¿Y usted?

—Acuéstate primero, tengo que remojar bien los pies. Cuando uno está viejo, le vienen todas las enfermedades —dijo el viejo fingiendo tranquilidad.

—Espero, para que nos acostemos a la misma hora.

La noche en la montaña era profunda y silenciosa. Las plantas en lo alto de la pared susurraban con el viento. Los búhos ululaban tristemente a lo lejos. Se oían de vez en cuando en la Cañada los ladridos de los perros y el llanto de los niños. Salió la luna. La luz blanca entró por las ventanas rotas e iluminó a los dos ciegos y a las tres estatuas.

—Para qué me esperas, ya es tarde. No te preocupes por mí, no me pasa nada —decía el viejo—. ¿No me oyes muchacho?

El joven ciego ya estaba dormido. El viejo lo acomodó, el joven murmuró algo y siguió durmiendo. Cuando el viejo lo cubrió con la manta, palpó sus músculos ya crecidos. Supo que el muchacho ya

tenía la edad para pensar en aquellas cosas. “Cuánto va a sufrir. Pero nadie podrá sustituirlo en su sufrimiento”.

El viejo ciego puso de nuevo la tricuerda en sus brazos. Acariciándolo una tras otra las cuerdas tensas pensó: “Se rompió una más, una más”. Mientras agitaba la tricuerda, se oía el papel chocar con la piel de serpiente. Era el único consuelo que podía librarlo de la angustia. El deseo de toda su vida.

El joven ciego soñó algo bonito. Se asustó al despertarse. Los gallos cantaron. Se levantó de golpe y al darse cuenta de que el maestro dormía profundamente, se calmó. En la oscuridad encontró la mochila, sacó el transistor y salió a escondidas. Caminó un rato hacia la Cañada de las Cabras. El canto de los gallos poco a poco desaparecía y nuevamente reinaba el silencio. Pensaba desconcertado por unos minutos: “¿Acaso eran los primeros cantos de los gallos?”. De repente se le ocurrió prender la caja de sonidos. También estaba callada. Era la media noche. Otras veces también había prendido la caja a esas horas y no había nada. Para él, la caja era como reloj. Sabía la hora sólo con encenderla. El viejo ciego se revolcaba de un lado a otro cuando el joven regresó al templo.

—¿Qué haces?

—Fui a orinar.

Durante toda la mañana el maestro lo obligó a practicar la tricuerda. Sólo después de la comida, el joven aprovechó para salir del templo e ir a la Cañada de las Cabras. Los gallos dormían bajo las sombras de los árboles y los cerdos murmuraban en sus dulces sueños. El sol quemaba el silencio profundo en la aldea. Subió al molino, apoyó las manos en el muro de la casa de Lan Xiuer y en voz baja llamó:

—Lan Xiuer, Lan Xiuer... —De la casa salían ronquidos con la fuerza de los truenos. Él vaciló un momento y elevó la voz—. Lan Xiuer, Lan Xiuer...

El perro comenzó a ladrar. Los ronquidos cesaron y una voz sorda preguntó:

—¿Quién es?

El joven no se atrevió a responder y retrocedió.

El hombre en el cuarto balbuceó algo y nuevamente empezó a roncar. El joven suspiró, bajó del molino; desesperado, pensaba regresar cuando oyó que alguien abría la puerta y se le acercaba con pasos apresurados.

—¿Adivina quién es? —decía una voz fina. Unas manos blandas y tiernas cubrieron los ojos del joven. Eso era de sobra. Lan Xiuer no tenía aún quince años cumplidos, era apenas una niña.

—¡Lan Xiuer!

—¿Trajiste la caja de sonido?

El joven se abrió la camisa y mostró el transistor que colgaba de la cintura.

—Shhh, aquí está, vamos a escucharlo a otro lado.

—¿Por qué?

—¡Atraería a mucha gente!

—¿Y qué?

—Se va a gastar la pila si tantas personas lo oyen.

Dieron muchas vueltas hasta llegar a un manantial detrás de la montaña. El joven ciego recordó de repente algo y le dijo a la niña.

—¿Has visto un *pasilo*?

—¿Qué?

—Un *pasilo*.

—¿Un *pasilo*?

—¿Lo has visto o no?

—¿Y tú lo has visto?

—¿Y qué es una banca verde? Se refiere a un tipo de silla.

—Quién no conoce la silla.

—¿Y el *pasilo*?

Lan Xiuer negaba con la cabeza y casi empezaba a admirar al joven como su ídolo. Sólo entonces, el joven ciego encendió la caja con mucha seriedad. Música alegre resonaba entre las cañadas. Allí había paz y nadie los iba a molestar.

—Eso es, arriba, arriba.

Cambió la tonada. La nueva canción se llamaba “Truenos en cielo despejado”. El joven cantaba con la música ante la apenada Lan Xiuer.

—Esta pieza se llama “El monje extraña a la novia”.

Lan Xiuer reía:

—¡Mentiroso!

—¿No me crees?

—No te creo.

—Me da igual. En esta caja puedes oír muchas cosas extrañas. —El joven jugaba con el agua helada del manantial.

—¿Sabes qué es un beso?

—¿Qué es?

Ahora le tocó reír al joven. Reía sin responder. Lan Xiuer supo de qué se trataba, enrojeció y dejó de hacer preguntas. La música cesó. Una mujer decía: “Ahora vamos a hablar de higiene”.

—¿Qué? Dijo la chica sin entender.

—Higiene.

—¿Qué es eso?

—Mmm, ¿tienes piojos en el cabello?

—¡No me toques!

El joven retiró la mano y comenzó a explicar:

—Sí tienes, entonces te falta higiene.

—Yo no tengo —contestó la niña mientras se rascaba la cabeza, porque sentía algo de comezón.

—Hmm. Mírate —Lan Xiuer jaló la cabeza del joven—, tú sí tienes unos piojos grandes.

En ese instante se oyeron los gritos del maestro:

—Niño regresa rápido, hay que comer y después hay que ir a cantar.

El joven, parado allí, lo estuvo oyendo durante un buen rato.

En la Cañada reinaba la noche. Las cabras balaban y los burros rebuznaban, los perros ladraban y los niños lloraban. Salía humo de todas las chimeneas. Sobre la Cañada aún se veía el último rayo del sol que iluminaba el templo. Todo era silencio.

El joven, en cuclillas, encendía el fuego. El viejo, sentado a un lado, limpiaba los granos. Con el oído detectaba la arena y las piedras.

—Hoy la leña está muy seca —decía el joven.

—Mmm.

—Otra vez hay mijo.

—Mmm.

El joven andaba de muy buen humor, quería buscar plática pero sabía que el maestro aún estaba enojado y que era mejor no buscar pleito. Cada cual hacía lo suyo. En un rato la comida estaría lista. En la colina ya no había sol. El joven llenó un tazón con miho y se lo acercó al maestro.

—Coma —le dijo con voz suave y tierna.

El viejo por fin rompió el silencio:

—Muchacho, quiero decirte algo.

—Mmm —contestaba distraído el joven con la boca llena.

—Si no me quieres oír, entonces no te digo nada.

—Quién dijo que no lo quiero oír. Yo dije “Mmm”.

—He vivido mucho y sé un poco más que tú —El joven estaba ocupado con la comida—; he pasado por esas cosas.

—¿Qué cosas?

—No te hagas el tonto —dijo el viejo y tiró los palillos en la lumbre.

—Lan Xiuer quería oír la radio. Sólo oímos un poco la radio y nada más.

—¿Y luego?

—No pasó nada más.

—¿Nada más?

—¿Le pregunté si había visto un *pasilo* sinuoso?

—No te pregunto eso.

—Después, después —balbuceaba el joven—, no sé cómo empezamos a hablar de piojos.

—¿Y luego?

—¡No hubo nada, de verdad!

Los dos siguieron comiendo. El viejo tenía muchos años a lado del joven y sabía que ese muchacho no sabía mentir. Una de sus virtudes era la honestidad y la sinceridad.

—Escúchame, una palabra no te hará daño, no te acerques a esa muchacha.

—Lan Xiuer no es mala.

—Sé que no es mala, sólo no te le acerques mucho. Hace muchos años, mi maestro me decía lo mismo y yo no le creía.

—¿Tu maestro te hablaba de Lan Xiuer?

—¿Qué Lan Xiuer? En aquel entonces ella ni siquiera existía, ustedes todavía no habían nacido.

La cara oscura del viejo apuntaba al cielo, sus pupilas blancas como hueso quién sabe que pretendían ver. Después de un buen rato, el joven dijo:

—Hoy en la noche tal vez rompas otra cuerda. —El joven quería contentarlo.

Esa noche, el maestro y el discípulo nuevamente cantaron en la Cañada de las Cabras.

La vez pasada cantamos sobre Luo Cheng, quien murió,
su alma atormentada al infierno cayó.

Estimado público, no se exalte, oigan bien lo que sigue.

El alma de Luo Cheng corrió del infierno sobre las alas de un viento fuerte.
Con ese viento tan veloz, pronto a Chang'an llegará con suerte.

Las tricuerdas del maestro sonaban sin orden. Lo mismo ocurría al joven. El joven recordaba aquellas suaves manos que tapaban sus ojos y jalaban su cabeza hacia ella. El viejo pensaba en muchas otras cosas.

En la noche el viejo se revolcaba en la cama sin poder dormir, el pasado zumbaba en sus oídos, retumbaba en su corazón. En el cuerpo sentía que algo estaba a punto de estallar. Algo estaba mal. Se iba a enfermar de nuevo, pensaba. Sentía mareo, el pecho sofocado y malestar en todo el cuerpo. Se sentó y habló para sí: “No te vayas a enfermar, si te enfermas, no podrás romper todas las cuerdas este año”. De nuevo tomó la tricuerda. Pensaba que con tocar con todas sus fuerzas podría desterrar la angustia de su corazón y el zumbido del pasado desaparecería. Mientras tanto, el joven dormía dulce y profundamente.

No le quedó más que pensar en su receta y en las cuerdas que quedaban por romper; faltan sólo algunas, sólo unas cuantas. Entonces podrá buscar la medicina y ver al mundo con sus ojos. Verá las montañas que subió un sinnúmero de veces, los caminos que recorrió, el sol que tantas veces lo calentó y hasta quemó, el cielo que siempre soñó, la luna, las estrellas... ¿y qué más? De pronto un vacío invadió su corazón, un vacío profundo y pesado. ¿Y todo sólo

por eso? ¿Qué más puede haber? Lo que él añoraba era mucho más que todo eso.

El viento soplabla en la montaña y los búhos ululaban con tristeza. Sin embargo, él ahora estaba viejo. Como fuera, sólo le quedaban unos años más; lo que se perdió, se perdió para siempre. Parecía que apenas se daba cuenta de eso. Las penas sufridas durante más de setenta años sólo para poder ver el mundo al final. “¿Valdrá la pena?”, se preguntaba.

El joven reía y hablaba en sus sueños: “Ésta es una silla, Lan Xiuer...” El viejo sentado oía el silencio. Aquellas tres estatuas, budistas o daoístas, también sentadas, escuchaban el silencio.

Cuando los gallos cantaron por primera vez, el viejo tomó una decisión. Tan pronto amaneciera llevaría al joven lejos de la Cañada de las Cabras. De lo contrario, el joven ya no podría aguantar más, y él también ya estaba harto. Lan Xiuer no era mala, pero el viejo “veía” más que nadie cómo iba a terminar todo eso. Cuando los gallos cantaron por segunda vez, el viejo empezó a acomodar el equipaje.

Pero en la mañana el joven estaba enfermo, le dolía el estómago y tenía fiebre. El viejo tenía que posponer el viaje. Durante todos esos días, mientras el viejo prendía el fuego, lavaba el arroz, juntaba la leña, recogía yerbas y preparaba los remedios, sólo pensaba una cosa: “Vale la pena, claro que vale la pena”. Si no se decía eso durante todo el día, sentía que las fuerzas se acabarían. “Debo ver con mis ojos aunque sea lo último que haga. No vale la pena morir así. Además, sólo me faltan unas cuantas cuerdas por romper”. Las últimas palabras siempre eran de convencimiento propio. El viejo ordenó su mente y todos los días bajaba a la Cañada a cantar.

En esos días, la suerte sonreía al joven. Todas las noches, cuando el viejo se iba a cantar, Lan Xiuer, como un gato silencioso, llegaba al templo para oír la radio. Ella le traía huevos cocidos; la condición era obtener el permiso para cambiar de estación.

—¿Hacia dónde lo giro?

—Hacia la derecha.

—No da vuelta.

—Tonta, no sabes cuál es el lado derecho.

Sin importar hacia dónde giraban el botón, se oía alguna programación y ellos disfrutaban de lo que fuera.

Pasaron unos días y el viejo rompió tres cuerdas más. Esa noche, el viejo tocó y cantó solo:

Dejemos a un lado la reencarnación de Luo Cheng,
 recordemos al príncipe Li Shimin.
 Cuando el príncipe supo que Luo Cheng murió,
 sin parar lloró.
 Me duele tanto tu muerte, para ti tal vez fue fácil morir,
 Pero para mí significa sin el mejor general vivir.

Mientras tanto, en el templo las cosas cada vez eran más divertidas. La radio sonaba a todo lo que daba: niños que lloraban, viejos que gritaban, se oían explosiones, retumbaban truenos. La luna iluminaba el salón central. El joven, acostado, comía huevos mientras Lan Xiuer estaba sentada a su lado. Los dos se sentían muy felices, a ratos reían y a ratos estaban confundidos porque no entendían.

—¿Dónde compró el maestro la radio?

—Se la vendió un señor de la ciudad.

—¿Ustedes han ido allá?

—No, pero tarde o temprano iré y viajaré en tren.

—¿En tren?

—¿No sabes qué es un tren, tonta?

—Sí sé, saca humo, ¿verdad?

Después de un rato, Lan Xiuer dijo un poco insegura:

—Quién sabe, tal vez pronto tenga que ir allá.

—¿De veras? —El joven se levantó de un jalón—. Entonces podrás ver un *pasilo* sinuoso.

—¿Todos los que viven en la ciudad tienen radio?

—Quién sabe. Escucha lo que te digo: pa-si-lo si-nuo-so, esas cosas son de allá.

—Entonces tendré que pedirles una radio. —La joven pensaba en voz alta.

—¿Les pedirás una? —El joven reía, se aguantaba y otra vez

reía—. Pídeles dos. ¿Qué tan capaz eres? ¿Sabes cuánto cuesta esa cosa? Si te la vendieran no sabes si alcanzarías a cubrir la deuda.

Lan Xiuer se ofendió. Jaló con fuerza la oreja del ciego mientras lo insultaba:

—Ciego maldito.

Los dos jóvenes empezaron a pelear. Las estatuas, con las manos extendidas, miraban sin poder ayudar. Los dos cuerpos rebozados de juventud, se unían, se revolcaban, se apretaban. Los insultos se convirtieron en risas. La radio cantaba a un lado. Se quedaron juntos y se manosearon durante un buen rato, y luego los invadió el cansancio; sus corazones retumbaban. Recostados uno frente al otro tomaban aire sin hablar, ninguno de los dos quería separarse. Lan Xiuer respiraba en la cara del joven. El joven sintió el frescor de su respiración y recordó lo que el maestro le dijo aquel día cuando soplaba en el fuego. Empezó a soplar en la cara de la niña y ella no hizo nada por detenerlo.

—Hey... ¿Sabes qué es un beso?

—¿Qué es? —dijo la joven en voz baja.

El joven le susurró la respuesta en el oído y ella no dijo nada. Antes de que el viejo regresara se besaron en la boca y no les supo nada mal.

Justo esa noche, el viejo rompió las últimas dos cuerdas. Las dos se rompieron juntas. Él no lo esperaba. Corriendo desesperado, regresó al templo. El joven se asustó:

—Maestro, ¿qué tiene?

El viejo se sentó respirando fuerte sin poder decir nada. El joven tenía dudas, ¿no será que el maestro supo lo ocurrido con Lan Xiuer?

El viejo por fin se convenció: “Claro que vale la pena. Las penas que he sufrido en la vida valen la pena. Ver sólo una vez, ver bien una vez, cueste lo que cueste”.

—Hijo, mañana voy a comprar la medicina.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Se ha roto otra cuerda más?

—Dos. Dos cuerdas se rompieron juntas.

El viejo sacó las dos cuerdas, las acarició por un momento, las juntó con las novecientos noventa y ocho cuerdas y las ató.

—¿Se marchará mañana mismo?

—Saldré de madrugada.

El joven sintió un ataque de frío en el corazón. El viejo empezó a quitar la piel de serpiente desde la ranura de la tricuerda.

—Pero todavía no estoy totalmente recuperado —susurraba el joven.

—Ah, lo he pensado. Te quedarás aquí y regresaré dentro de diez días.

El joven rebosaba de alegría.

—¿Tú solo estarás bien?

—No hay problema —respondió el joven con rapidez.

El viejo olvidó totalmente a Lan Xiuer.

—Tienes de todo: comida, agua y leña. Cuando te recuperes debes salir a cantar solo, ¿de acuerdo?

—Está bien. —El joven sentía pena por dejar ir solo al maestro.

Después de retirar la piel de serpiente, el viejo sacó un papel bien doblado desde la ranura de la tricuerda. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al recordar que sólo tenía veinte años cuando esa receta fue depositada en la ranura. Por un momento, el joven frotó la receta entre sus manos con cierta solemnidad.

—¡Qué vida tan lamentable la de tu maestro abuelo!

—¿Cuántas cuerdas rompió?

—Hubiera podido romper mil, pero pensaba que sólo se necesitaban ochocientas.

El viejo se marchó antes de amanecer. Nadie se imaginó que tardaría tanto. Había dicho que regresaría sólo en diez días. Cuando el viejo regresó a la Cañada de las Cabras, había llegado el invierno. El cielo gris, cubierto por la densa nieve, se confundía con las montañas blancas. El silencio vacío y profundo, sin señales de vida, imperaba por todas partes. El tambaleo del sombrero ennegrecido del viejo se notaba desde la Cañada. Entre las hierbas secas, un zorro asustado salió del templo y huyó corriendo. Los aldeanos le dijeron que el joven se había ido hacía ya varios días.

—Le dije que regresaría. ¿No saben por qué se fue? ¿No dijo a dónde iba? ¿No dejó algún recado?

—Dijo que no fuera a buscarlo.

—¿Cuándo se marchó?

La gente coincidió en que se había ido el día en que Lan Xiuer se fue para casarse con un ciudadano. El viejo lo comprendió todo. Todos trataron de convencerlo de que se quedara. ¿A dónde podría ir con tanta nieve? Lo mejor era quedarse y cantar en la aldea durante el invierno. El viejo les mostró su tricuerda sin cuerdas; tenía la cara pálida, la respiración lenta y la voz ronca. Se había convertido en otra persona. Dijo que tenía que ir a buscar a su aprendiz.

Si no hubiera sido por su aprendiz, no hubiera tenido fuerzas para regresar a la Cañada de las Cabras. La receta que había aguardado por más de cincuenta años era un papel blanco sin una sola letra. No lo creía y acudió a muchos letrados honestos para que le ayudaran a leer la receta, y todos le dijeron que sólo era un papel en blanco. El viejo se sentó en el escalón de la farmacia durante unos instantes. Creía que eran instantes pero en realidad había pasado varios días sentado allí. Con los ojos blancos como hueso, interpelaba al cielo. Algunos pensaron que se había vuelto loco. Lo consolaban y aconsejaban. El viejo reía con amargura:

—¿Para qué volverme loco a mis setenta años?

No se movió porque no quería moverse. Todo aquello por lo que valía la pena vivir, caminar, cantar, de pronto había desaparecido, como una cuerda que ya no se puede tensar ni producir música placentera. La cuerda del corazón del anciano se había roto. Se había dado cuenta de que su meta era una ilusión falsa.

El viejo se alojó en una posada por mucho tiempo. Sentía que todo su cuerpo estaba apagándose poco a poco. Todos los días se acostaba en la cama, sin tocar ni cantar. Envejecía rápidamente, día tras día. Cuando agotó todo el dinero que tenía, se acordó de su aprendiz. Sabía que su muerte estaba cerca, pero aquel joven esperaba su regreso.

En el horizonte, los montes estaban cubiertos de nieve. Una sombra deambulaba entre el cielo y la tierra. Decidió ir a buscar a su aprendiz. Conocía de antemano sus sentimientos y su estado de ánimo. Pensó que primero debía animarse un poco, pero no pudo; no tenía ninguna meta por delante.

Mientras caminaba, recordaba los tiempos pasados. Entonces comprendió que todo el vigor y las prisas por atravesar las montañas, caminar y tocar la tricuerda, y hasta las preocupaciones y las angustias, eran en realidad una alegría. En aquel entonces había algo que le tensaba las cuerdas del corazón, aunque en realidad era sólo una ilusión. Recordó los últimos instantes de su maestro. Su maestro metió en la ranura de la tricuerda la receta que no usó y la selló. “No se vaya, aguante unos años más y podrá ver”. Cuando dijo eso, todavía era un niño. Su maestro permaneció en silencio durante mucho tiempo y finalmente dijo: “Recuerda, la vida de la gente es como las cuerdas. Producen bellos sonidos mientras están tensas, y con eso es suficiente”. Lo que quería decir es que en la vida no hay metas. El viejo ya sabía lo que iba a decir a su aprendiz. Pero pensó: “¿Le podré decir todo al joven?”. El viejo trató de animarse de nuevo, pero no lo logró. No podía olvidar aquel papel blanco sin ninguna letra escrita.

El joven yacía en la tierra cubierta de nieve, inmóvil, esperando su muerte. El viejo sabía que su tristeza no era falsa. Lo arrastró como un trapo dentro de una cueva. El joven no tenía fuerzas para resistirse. El viejo recogió leña y encendió fuego. Poco a poco, el joven empezó a sollozar. El viejo se tranquilizó y lo dejó llorar a sus anchas. Se iba a salvar siempre y cuando pudiera llorar. Tarde o temprano se calmaría. El joven lloró durante varios días mientras el viejo lo acompañaba sin decir ni una palabra. El fuego y el llanto alarmaron a las liebres, los faisanes, las cabras, los zorros y los gavi-
vilanes. Finalmente, el joven dijo:

—¿Por qué somos ciegos?

—Precisamente porque somos ciegos —respondió el viejo.

—Me gustaría abrir los ojos, maestro, me gustaría ver, siquiera por una sola vez.

—¿De veras piensas así?

—Sí, de veras...

El viejo se las arregló para avivar el fuego. Cesó la nieve. El sol se veía como un espejo brillante sobre el cielo gris. Los gavi-
lanes volaban a sus anchas.

—Entonces toca tus cuerdas —dijo el viejo—; tócalas con todas tus fuerzas.

—Maestro, ¿ha comprado su medicina? —El joven recordó de repente, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

—Recuerda, sólo cuentan las cuerdas que realmente rompas tocando.

—¿Ya puede ver maestro? ¿Ya puede ver? —El joven hizo un esfuerzo para incorporarse y estiró sus manos hacia los ojos del maestro. El viejo detuvo sus manos.

—Recuerda, necesitas romper mil doscientas cuerdas.

—¿Mil doscientas?

—Dame tu tricuerda, voy a depositar la receta en la ranura.

Sólo en ese instante el viejo de pronto comprendió las palabras de su maestro. “Nuestras vidas penden de las cuerdas”. Aunque la meta es una ilusión, sin ella la vida no vale la pena. Sin ella, ¿cómo tensar las cuerdas? ¿Cómo tocarlas?

—¿Cómo que son mil doscientas, maestro?

—Son mil doscientas, no he podido romper suficientes, pensé que eran mil.

El viejo estaba seguro de que el joven, tocara lo que tocara, jamás iba a poder romper mil doscientas. Se iba a pasar la vida tensando las cuerdas y jamás tendría que ver el papel blanco sin letras. Era un lugar apartado y desierto entre una hilera de montañas. En cualquier momento podían salir un par de faisanes, una liebre, un zorro u otro pequeño animal salvaje. Los gavilanes revoloteaban en el valle.

Ahora volvamos al principio. Por aquellas interminables montañas verdes caminaban dos ciegos, uno viejo y uno joven, uno delante y el otro detrás. Dos sombreros, casi negros de tan sucios, subían y bajaban precipitadamente, como si flotaran sobre un río alborotado. No importaba de dónde venían ni a dónde iban. Cada uno sólo cargaba un laúd de tres cuerdas. Se ganaban la vida cantando cuentos e historias antiguas.

HIJA ADOPTIVA

Su Tong

1

Al abrigo de la noche, una canasta de mimbre amaneció en el corral de ovejas de Luo Wenli. La madre oveja se despertó sobresaltada y su limitada sabiduría fue puesta ante un desafío jamás experimentado.

En la canasta, que desprendía olor a hierbas, estaba un abrigo húmedo de mujer de pana azul con motivos de girasoles dorados. La oveja creyó que algún desconocido le había traído aquellas flores. Hurgando un poco descubrió entre las flores una carita de bebé.

Ni los girasoles ni la recién nacida le servirían de forraje; sin embargo, permaneció ante la canasta gozando la suave fragancia que despedía la criatura. Ese olor le recordó el césped matutino de la primavera y a su cría, perdida el pasado verano a la orilla del riachuelo. Tal vez los girasoles eran guardianes de esa niña dormida. Sus luces doradas brillaban en la oscuridad como retando a la oveja. Pero tal enfrentamiento cesó al poco rato con la victoria de los girasoles y la renuncia de la oveja a sus derechos de anfitriona, por lo que ésta se fue a refugiar en un rincón del corral.

Aquella noche, los perros desde el norte del pueblo Huafang, al otro lado del río, respondieron a los ladridos esporádicos en la aldea Fengyangshu. La respuesta desafiante poseía una arrogancia natural. Tal vez los perros de ambas orillas oyeron algo, tal vez sólo cumplían con su deber. Pronto se calmaron. Solamente el corral de los Luo seguía envuelto en un aire misterioso, como el de un laberinto.

Los únicos testigos del suceso fueron tres ovejas. Bajo la luz de la luna tuvieron que haber visto quién abandonó a la criatura. Tie-

nen oídos sensibles, seguramente sabían dónde habían iniciado y hacia dónde se habían alejado aquellos pasos. Pero, lamentablemente, eran sólo ovejas, que no tenían la obligación de cuidar la casa y solían mantener silencio ante cualquier suceso. Ni Luo Wenli, dueño del hato, ni sus familiares podían hacer nada contra su terco silencio. Aun dándoles todas las hierbas crecidas a lo largo del río Aguas Turbias, no habría manera de corromper a los corderos. Puedes sobornar a una persona, pero ¿quién tiene el ingenio de sonsacar a una oveja?

2

Primero dejaron la canasta en la puerta, como si esperasen que viniera el dueño por su objeto extraviado. Qingfeng, el hijo mayor de Luo Wenli, se encargó de cuidar la canasta. Distráido, ora en cuclillas, ora de pie, sostenía en las manos un tazón grande lleno de sopa de arroz. Tomaba sorbos y gritaba:

—¡Miren, miren! ¿Quién metió a la bebé en mi corral?

En la mañana, los hombres de la aldea solían ir a la cárcel de Huafang para llevar coles chinas, y los niños iban a la escuela. Por ello, entre quienes vinieron atraídos por la noticia, la mayoría eran mujeres lugareñas. Llegaron trotando, algunas con una hoz en la mano, otras con prendas a medio tejer, todavía con las agujas ensartadas. Cuerpos voluminosos y cabezas despeinadas cercaron bulliciosamente la canasta formando un cerco humano. Las que llegaron tarde sólo podían ver los girasoles amarillos asomándose entre la multitud. Pataleando, preguntaron a Qingfeng:

—¿Dónde está la bebé? ¡Sólo vemos girasoles!

Las primeras en llegar, mientras observaban atentamente a la pequeña, la elogiaban emitiendo chasquidos con la boca:

—¡Qué linda bebida! ¿Por qué la tirarían? Aunque la abandonaron no llora. ¡Miren!, se está riendo.

Sin pensarlo, alguien preguntó:

—¿De quién es?

El joven, con los ojos bien abiertos, le respondió con otra pregunta:

—¿Crees que si supiéramos de quién es los dejaríamos mirarla así? Algunos criticaron a los padres de tener corazón de piedra:

—¿Cómo se les ocurrió tirar a la niña en el corral? ¡Qué bestias! Qingfeng, golpeando el tazón, dijo:

—¡Ustedes son las bestias!, hablan sin pensar. Con tanto frío habría muerto si la hubieran dejado afuera. ¿Qué le falta a nuestro corral? Es más calentito que sus casas. Si no saben, mejor no hablen.

Una mujer se le encaró:

—Nosotros no entendemos nada, sólo tú eres sabio. ¡Dinos entonces de dónde salió la niña!

Qingfeng respondió con una risa sarcástica:

—¿Crees que no lo sé? ¿Que de dónde salió? ¡De un hombre y una mujer haciendo ya sabes qué!

Ya era todo un hombre. Muchas cosas le provocaban una impaciencia que no podía explicarse, particularmente cuando se topaba con las malas lenguas. Fastidiado de custodiar la canasta, al terminar la sopa se fue al corral, protestando a su madre:

—Te toca gritar a ti. Yo ya hice mi trabajo, y siguen llegando a mirar y nadie quiere a la niña.

Lu Xingxian salió sacudiéndose el delantal:

—¡Vean lo que me pasó! Me levanté temprano para barrer el corral y me sorprendió una canasta. Jamás he tenido suerte, nunca he hallado siquiera una moneda perdida, y ahora ¡me han regalado una niña! ¿Qué opinan ustedes? ¡Quién de la aldea no sabe que somos pobres! El que abandonó a esta nena, ¿es ciego o qué?, porque justo la dejó en mi casa.

Las mujeres estuvieron de acuerdo, pero temiendo echar más leña al fuego no quisieron señalar qué familia era la más rica ni cuál era el destino conveniente para una criatura abandonada. Espontáneamente dirigieron la mirada hacia el distrito Huafang. Discutían acaloradamente sobre lo mismo:

—Xingxian, ¿qué nuera o soltera de nuestro pueblo hubiera podido mantener en secreto su vientre hinchado? Esta criatura no es de nuestra aldea. ¡La trajeron desde Huafang!

También estaban los que aprovechaban la circunstancia para mostrar su ingenio y originalidad. Así era la mujer de Changbing, quien torciendo la boca intervino:

—Xingxian, no hables siempre de dinero. No nacimos con plata ni la llevaremos a la tumba. ¿Te parece más importante que un ser humano? Dices que no tienes dinero pero crías ovejas. Una boca más no arruinará tu casa. Mira qué hermosa e inteligente es la niña. ¡Quédatela!

Lu Xingxian clavó fríamente la mirada en la mujer:

—Si fuera una oveja me quedaría con ella. La oveja come pasto, no gasta dinero ni te quita granos. ¿Pero es que no ves? ¡Es una niña, no una oveja! ¿Quieres que la críe con pasto?

—¿Quién dijo darle pasto? En el campo todos crecemos con té y arroz, Xingxian. Tal vez dejaron a la nena en un corral equivocado, pero la suerte la llevó a tu lado. Quédate con ella.

—La suerte no es alimento. Sabes bien que nos sobran bocas y nos faltan granos. ¿Cómo te atreves a abrir la boca y darme órdenes?

Enfadada, Lu Xingxian continuó mientras doblaba el delantal:

—Tu sólo tienes dos hijas. Te sobra alimento. Siempre te quejas de que tarde o temprano se casarán y no tendrás con quién platicar. Mejor llévatela tú, así tendrás con quién platicar.

La mujer de Changbing dijo:

—La dejaron en tu corral. Si la hubieran dejado en mi casa, ten por seguro que me la quedaría.

Con cara de angustia, Lu Xingxian miró de soslayo a la mujer de Changbing y con tono amenazante dijo:

—¡Muy bien! La niña va a estar sólo un día con nosotros. Mañana será de quien la encuentre en su puerta.

La mujer de Changbing se fue haciendo un gesto desdeñoso, y el gentío amenazado se dispersó. Antes de irse, una vecina aconsejó a Lu:

—Xingxian, no importa quién críe a la niña, ante todo debes notificar a la autoridad municipal. Hallar a una niña perdida no es igual que recoger un perro o un gato. Los bebés también forman parte de la población. Así que debes ir al distrito Huafang para registrar a la cría.

—¡Registrarla! ¿Crees que no lo sé?

Lu Xingxian, sacudiendo sus pantalones con el delantal, levantó de pronto una mano señalando los nabos secos en el cesto del patio:

—¿Creen que tengo mucho tiempo libre? Ustedes ya tienen preparadas las verduras adobadas pero no ven que las tinas de mi casa aún están volteadas. ¡Todavía no tenemos ni la sal para adobar los nabos! En fin, Qinglai irá a Huafang para comprar sal. Si nadie viene a llevarse a la niña, mañana mi hijo la llevará de paso a la municipalidad.

3

A las nueve de la mañana, Luo Qinglai, el joven de Fengyangshu, pasó al otro lado del río y llegó a Huafang. Con aquella canasta en la mano venía del muelle, lleno de ruidos de gongs y tambores ensordecedores. Vio a un grupo de personas vestidas con camisa blanca y pantalón azul, golpeando tambores de bronce frente al almacén. Un funcionario del centro cultural, con un altavoz en la mano, estaba dirigiendo el ensayo. Al fondo, unos muchachos batían los grandes tambores rojos mientras coreaban en voz alta:

—¡Viva el presidente Mao!

Las muchachas bailaban en círculos y tocaban tambores pequeños sujetos a su cintura con una cinta roja. Inclínaban el cuerpo a un lado, levantaban la cabeza hacia el cielo y gritaban:

—¡Viva la patria!

Muchos transeúntes se detuvieron. Qinglai se paró también en las escaleras para mirar un rato.

—¿Qué, eso es ritmo? No llevan ningún orden.

Un hombre a su lado, seguramente padre de algún participante, le dirigió una mirada molesta:

—¿No tienen un orden? ¿Será que tú tocas mejor?

Qingfeng se sonrojó y huyó corriendo. “Jamás tocaré un tambor. ¡Si le pego a algo será a sus cabezas!”

La pequeña desconocida yacía extraordinariamente tranquila en su canasta. Qinglai tenía miedo de que llorara. En ese caso iría a

un sitio apartado para darle de comer. Afortunadamente no necesitó detenerse, la niña no lloraba. La madre de Qinglai había puesto en la canasta una botella adaptada como biberón, llena de leche de oveja previamente calentada. Dijo que la niña ya había evacuado, y que si acaso lloraba sería por hambre. Sólo habría que darle un poco de leche. Qinglai sabía que todos los bebés lloraban, pero ésta nunca lo había hecho y eso le preocupaba.

Al caminar hacia la municipalidad, situada en la calle 1 de agosto, Qinglai miraba con recelo a la niña, tan tranquila a pesar de los bruscos movimientos de la canasta. ¡Una carita rosada y misteriosa! Las mejillas estaban cubiertas de un fino vello dorado. Los ojos negros como azabache, asustados, se cerraban para escapar de la luz. Qinglai le decía:

—Así es mejor. No lloras y no necesito darte de comer. ¡Gracias por librarme de los quehaceres de las mujeres!

Examinando la carita bañada por el sol se le ocurrió al joven una idea extraña: “Pareces corderito. Los corderos tampoco lloran. ¿Acaso eres una niña-cordero? ¿Comerás pasto?”. Vio una maceta de crisantemo en la ventana de una casa. La flor estaba marchita pero las hierbas de junto seguían verdes. Arrancó las hierbas pero se arrepintió y ya no intentó verificar su extravagante suposición. Tiró las hierbas en la canasta: “Te estoy bromeando. Eres tan pequeña, ¿cómo podría maltratarte?”.

El distrito Huafang era una mezcla de lo nuevo con lo viejo. Detrás de las ventanas con celosías de madera y los muros cubiertos de musgo se escondía la quietud del pasado, y en las calles de cemento reinaba siempre el bullicio. Aunque Qinglai intentaba evitar los lugares concurridos no logró escapar de los metiches.

—¡Hey! ¿Qué tesoro ocultas en la canasta?

Al pasar por la cooperativa, Qinglai recordó que su madre le había pedido que comprara sal: “Pregunta si es a seis centavos el medio kilo”. Dejó la canasta fuera de la puerta de cristal y se asomó a la tienda para ver el precio en la banderita roja pegada sobre la gran vasija de sal. Apenas había visto el precio cuando una voz alegre y sorprendida sonó en sus oídos:

—¡Qué chico tan inteligente! ¿De dónde te vino la idea de llevar a tu hermanita en una canasta?

Luo Qinglai jamás la había visto:

—¿Quién dice que es mi hermana? ¡Es un cordero! Sin ganas de gastar saliva con aquellas mujeres y pensando que podía comprar la sal de regreso, levantó la canasta y echó a correr hacia la calle 1 de agosto. Sin embargo, cuando pasó por las mesas de billar de Lao Du desaceleró sus pasos. Vio a Luo Xiaozheng, un compañero de primaria, inclinado en la mesa practicando unos tiros muy finos. “¿Desde cuándo juega billar tan bien Luo Xiaozheng?”, pensaba cuando éste lo vio y agitando el taco lo invitó:

—¡Ven a jugar conmigo! Alquilé la mesa y todavía queda una hora para jugar.

Casi inmediatamente decidió incorporarse al juego gratis, pero le preocupaba aquella canasta, y además no quería oír las burlas de su compañero.

—¿Qué traes en la mano? —preguntó Luo Xiaozheng.

—¡Sal! —inventó Qinglai—. Espérame un momento. Voy a dejar esta canasta con mi tía tercera.

“Una hora gratis de billar”, pensaba Qinglai alborotado. Acelerando el paso, iba casi corriendo al ayuntamiento. Percibió que la nena y el biberón se movían de un lado al otro en la canasta, pero la pequeña permanecía tan serena como la botella. Tal vez no se atrevía a llorar, tal vez le gustaba que Qinglai corriera.

Desde el jardín de niños Bandera Roja surgía una bella melodía de acordeón. Qinglai se detuvo en seco ante el jardín y se le ocurrió una idea audaz. Recordó que una misteriosa persona había abandonado a la niña. “Si tú pudiste dejar la canasta en mi corral, ¿por qué yo no podría dejarla en el jardín de niños?”. Esta idea, revoloteando en su mente, lo ponía nervioso. Miró alrededor y no vio a nadie. Entonces intentó abrir la ventana; del otro lado había hileras de camitas azules. Con buen tino podría tirar la canasta directamente en alguna cama. Desgraciadamente las ventanas estaban cerradas por dentro y un niño rompió a llorar asustado por los ruidos. Qinglai vio que varios niños se levantaron trastabillando y lo miraron. Era demasiado tarde para

intentar abrir otra vez la ventana porque una maestra acudió a la habitación. Su intento se frustró. Muy desconcertado, dejó la canasta bajo la ventana y voló como el viento.

Pasó corriendo por la casa de la anciana Li, y vio que, sin pasar la puerta, la viejita vaciaba en la calle la escupidera que traía en la mano. Ella no lo reconoció, sólo notó a un joven imprudente, con mucha prisa, que desapareció instantáneamente dejando en el aire un olor extraño. La anciana olfateó: el olor no era de la escupidera volcada sino de una tierna oveja.

4

La anciana Li halló a la nena debajo de la ventana. Tocando el vidrio, gritaba:

—¡Que venga alguien! ¿Cómo cuidan a los niños? ¡Cómo pueden dejar a esta criatura afuera!

Tres maestras, asustadas, se asomaron, pero cuando vieron la canasta respiraron aliviadas. Con un dejo de reproche dijeron:

—No es de nuestro jardín. ¡Estamos seguras!, anciana Li, nos asustó. Por favor fíjese bien antes de hablar. Es una bebé menor de dos meses. Aquí sólo admitimos a niños mayores de tres años y jamás hemos recibido recién nacidos.

Muy insatisfecha con la irresponsabilidad de las maestras, la anciana Li dijo torciendo la boca:

—¡Da igual dos u ocho meses! El jardín de niños es donde cuidan niños. ¿De dónde vienen tantas reglas? ¡Cualquiera de ustedes salga para llevar dentro a la nena!

Una maestra mayor, sin hacerle caso a la anciana, se volteó murmurando:

—Vieja tonta. —Y se fue.

Quedaron la maestra más vieja y la joven. Apoyadas en la ventana, continuaron inspeccionando la canasta.

—Seguro que fue aquel campesino el que la dejó. ¿Se le trastornaría el cerebro para venir a tirar aquí a su hermanita?

La joven dijo:

—No es basura, es una pequeña. ¿Cómo se atreve a abandonarla a su antojo? ¡Y aunque fuera basura, tampoco se puede tirar donde sea!

De repente, la mayor golpeó el marco de la ventana:

—No necesariamente es hermana del muchacho. Me parece que él es bastante mayor, pues ya tiene barba. Tal vez metió la pata con alguna muchacha y ahora no sabe qué hacer con la nena. La tira aquí y ya.

La anciana Li intervino:

—¿Ya empiezan a inventar chismes? No importa de quién es, ¿acaso ustedes no son del jardín de niños? Todos los jardines de niños sirven para cuidar a los niños. ¿Van a salir o no? Hace mucho viento. ¿No les preocupa que la criatura se resfríe?

Las dos maestras miraban con calma a la anciana Li. Una explicó con tono paciente:

—No comprendes, abuela Li. Somos un jardín, no un orfanato. El jardín tiene sus propias normas para admitir a los niños. Piénsalo bien: si recibimos a un bebé que alguien ha dejado bajo la ventana, nuestro jardín parecerá un nido de avispas.

La otra se veía algo molesta por la ignorancia de la anciana, y gritó:

—Somos tres y con sólo tres pares de manos tenemos que cuidar a decenas de niños. Ya no nos damos abasto con los que tenemos, y usted viene para dar más molestias.

—¿Cómo que más molestias? No les he pedido que le limpien las pompas ni le den de comer. Es una pequeña vida, y nuestro corazón no es de piedra. ¿Cómo pueden permanecer en la habitación mirándola expuesta al ventarrón y ni siquiera mover un dedo?

—Aunque salgamos no la podremos aceptar. Abuela Li, usted no sabe que hay que cumplir trámites para admitir a los niños.

—¿Creen que no lo sé? Conozco los trámites. ¿Por qué no la reciben primero y después hacen los trámites?

Una de las maestras reprimió una risa amarga y dijo:

—No hallo cómo hacerle entender abuela Li, sólo cuidamos a los niños durante el día, y en la tarde los padres se los llevan a casa. Si

la tomamos, ¿quién la recogerá en la tarde? Sabe bien que no conocemos a sus padres.

—¡Los niños sin padres merecen más compasión! La anciana Li se puso en cuclillas, metió una mano en el abrigo con motivos de girasoles, palpó el cuerpo y luego la frente de la nena:

—No parece enferma. Tiene facciones bonitas. Está tan linda, ¿por qué la abandonaron?

De nuevo percibió un suave olor a oveja. Olfateó para confirmar el olor y agitando la mano dijo a las maestras:

—¡Vengan! La niña huele a galletas de crema.

Las dos eran tan astutas que rechazaron la invitación de la anciana:

—Ya estamos hartas del olor de los niños. No nos gusta.

Desesperadamente, la anciana Li clavó la vista en la ventana y de repente soltó una risa fría:

—¿Quién dice que el corazón humano no es de piedra? Algunos incluso lo tienen de hielo. Por fin, a la joven maestra se le acabó la paciencia:

—¡Si tiene tan buen corazón llévesela usted! —Y ¡pum! cerró la ventana.

5

Al ver a la anciana Li, tambaleante, arrastrando un carrito de madera, los vecinos la saludaron:

—Abuela Li, ¿va a comprar carbón? La anciana negó con la cabeza.

—No. ¿Cómo que voy a comprar carbón? El carbón me recuerda al corazón del hombre que ahora es más negro que el carbón mismo. —En su rostro persistía la indignación y la vergüenza, expresión que acentuaba aún más sus arrugas.

Era mediodía y los habitantes del Huafang iban y venían con prisa. Nadie vio a la niña en la canasta cargada en el carrito. La mayoría pensaba que era el abrigo de la anciana Li, cuyos brillantes girasoles les llamaban la atención:

—¡Oh! La vieja Li anda a la moda. ¡Usa abrigos floreados!

La anciana detuvo su carrito ante la puerta de su sobrino Zhang Sheng. La esposa de Zhang, vestida con un suéter desabrochado, salió con su bebé en brazos. Vio cómo la anciana se inclinó y sacó de aquella canasta una niña.

—¡Ven rápido! Amamanta a esta niña.

La joven dio de mamar a la niña mientras escuchaba a la anciana criticando a las maestras del jardín. Lo que más le interesó era el origen de la nena, pero no logró enterarse de lo sucedido. La anciana Li fijaba sus ojos en la boca de la niña y los pechos opulentos de la joven:

—Déjala que tome más. De todos modos te sobra leche y tienes que exprimírtela.

La joven contestó:

—Un poco de leche no es nada. ¿Pero cómo se atreve a traerme una niña desconocida de la calle? En las calles abunda la hepatitis icterica, ¿qué tal si...?

La anciana Li la interrumpió:

—¿De dónde sacas tantos reparos? Mira, es una muñeca de porcelana, con una carita rosada, ¿cómo va estar enferma?

La esposa de Zhang Sheng miraba de vez en cuando a su hijo que estaba en la cama. Parecía comparar a los dos bebés. Un rato después retiró suavemente la teta de la boca de la niña:

—Tía, ¿ha notado el olor que tiene la niña? ¿No es parecido al olor de las ovejas?

La anciana Li dudó un segundo y rió:

—¿Qué olor de oveja? Es fragancia. A mí me huele a galletas con crema.

La joven puso a la niña en la canasta y vio aquel biberón extraño; lo sacó y lo agitó.

—A la niña le han preparado leche y usted me insistió que la amamantara.

—Sólo queda media botella. Hay que ahorrar. Cuando la lleven a la municipalidad, quién sabe si allí tengan leche o no.

La joven tomó a su bebé y volteó mirando a la anciana:

—¿La llevará a la municipalidad en su carrito?

La pregunta desagradó a la vieja, que frunció las cejas.

—¡Estos jóvenes! ¡Tanta educación del Partido y todo para nada! Los niños abandonados también son niños. ¿Por qué todos piensan igual? Soy mayor y tengo dificultades para andar. Además, los funcionarios no me entienden. Ustedes, los jóvenes, en lugar de que la lleven me mandan a mí.

—Yo no he dicho que la lleve. ¿Por qué se mete en camisa de once varas?

—¡No es camisa de once varas, es una niña!

La joven ya no replicó para no discutir con una señora mayor de la familia. Con su bebé en brazos andaba de un lado al otro de la habitación. Dio unas vueltas y dijo:

—Yo estoy muy ocupada. Zhang Sheng regresará muy pronto para comer. Que él la lleve.

6

Zhang Sheng era obrero en el depósito de madera. Al mediodía llegó a la sede del ayuntamiento. Por desgracia era la hora de la siesta. En el edificio de cinco pisos sólo reinaba el silencio. No estaba abierta la oficina para atender quejas ni la de la Federación de Mujeres, ni la de planificación familiar. Sólo una oficina en el quinto piso le llamó la atención por sus ventanas que estaban tapadas descuidadamente con periódicos y se oían voces. Zhang Sheng se asomó a la ventana. Por el tragaluz de la ventana miró hacia dentro y vio a unos funcionarios jugando póker. Uno de ellos tenía pegadas en la nariz dos tiras de papel. Zhang Sheng, sonriendo, bajó de un salto: “Juegan al póker igual que nosotros”. Tocó la puerta y la oficina se quedó en silencio. Por fin, una voz preguntó:

—¿Quién es?

La puerta se abrió y desde allí una funcionaria, vestida con traje naranja, miró de costado a Zhang Sheng:

—En hora del descanso, no atendemos.

Zhang Sheng reconoció a la responsable de la Federación de Mujeres, otro organismo que también se encargaba de niños. Murmurando, tomó aquella canasta y con mucha solemnidad, se la ofreció:

—Ustedes pueden descansar; yo, en cambio, tengo que ir a trabajar. Mi tía halló a la niña afuera del jardín de niños y me pidió que la trajera.

La funcionaria, instintivamente rehuendo tomar la canasta, alarmada lanzó un grito:

—¿De dónde viene la niña?

Zhang Sheng contestó:

—¡De la calle!

—Y tú, ¿de dónde eres?

Zhang Sheng puso de nuevo la canasta en el suelo:

—Soy un obrero revolucionario, del depósito de madera. ¿Por qué me miras así? ¡Les traigo una criatura, no una bomba! Si no la tomas, la dejo aquí.

Entonces se asomaron muchos hombres en tropel. Uno, encargado de la seguridad del edificio municipal, reconoció a Zhang Sheng:

—Me preguntaba quién eras; eres aquel irreverente. ¡Hace años este sujeto era visitante frecuente de la comisaría!

Al ver que Zhang Sheng intentaba huir, un funcionario joven lo agarró:

—No puedes dejar aquí a la menor. Esto no es juego de niños, tenemos que investigar y abrir un expediente.

—¡Qué expediente ni qué nada! Si encontramos el dinero en la calle tenemos que entregárselo a ustedes. ¿No es lo mismo con un niño?

—¡Déjate de discursos! Para entregar cualquier cosa al gobierno se debe respetar el horario de oficina. Llévate la canasta y espera abajo. A las dos y media ven a la oficina de planificación familiar para hacer el registro.

Sin querer tomar la canasta, Zhang Sheng se acercaba poco a poco a las escaleras. Dos empleados perspicaces descubrieron de inmediato su intención; se le acercaron, pusieron a la fuerza la canasta en sus manos y casi cargándolo de los brazos, entre los dos lo bajaron cinco pisos y lo sacaron del edificio.

Zhang Sheng esperó cinco minutos en la recepción y comenzó a echar sapos y culebras por la boca. Al viejo Nian, portero del ayuntamiento, le costó mucho entender lo sucedido. No sabía qué decir. Sirvió un vaso de agua a Zhang Sheng y le regaló un cigarrillo. Aún enojado, Zhang Sheng no tomó el agua ni fumó, sino que buscó todos los medios para dejar la canasta al viejo Nian.

—Soy un solterón sin remedio y jamás sabré como criar a un bebé. ¿No crees que dejármela es complicarme la existencia?

Zhang Sheng, enojado, miró por la ventana. En su rostro apareció una expresión severa e inflexible:

—Bueno, no te la dejo. La dejaré afuera.

El viejo Nian vio cómo Zhang Sheng ponía la canasta en la jardinera afuera del edificio. Antes de irse arregló la cobija de la niña.

—¿De qué sirve cubrirla? —El viejo Nian miraba a Zhang por la ventana. No pudo contener un insulto:

—¡Bastardo! —Se arrepintió de haberle ofrecido el vaso de agua y el cigarrillo— ¡Maldito Zhang Sheng! Aunque tengas prisa por ir al trabajo no puedes dejar así a una cría en el arriate. ¡Es una niña, no una maceta!

El atardecer inundaba alegremente la jardinera. Los crisantemos, algo marchitos, parecían indiferentes ante el calor del sol. Sólo la canasta, con cada uno de sus mimbres, acogía los rayos, protegida por un halo dorado. El primero que se interesó por la canasta fue un gato que vino y dio unas vueltas alrededor de la canasta, apoyó sus patas en el borde y asomó la cabeza para olfatear. El olor no le gustó, dio unas vueltas y decepcionado se apartó. Luego, retozando de alegría, vino un perro. Era el can amarillo del cocinero de la municipalidad. Al ver que hasta un perro se interesaba por la canasta, el viejo Nian cargó contra el animal y lo echó lejos.

—Es una niña, no es un pescado ni un hueso. ¿A qué vienen?

El viejo Nian vigilaba la canasta por la ventana, aguardando que la bebé llorara, pero no lo hizo. El viejo Nian acumulaban recelos por el extraordinario silencio de la niña. “¿Por qué no llora? Tiene un destino cruel, pero no llora”, reflexionaba. “¿Será muda? Si es así, para quien se la quede será difícil. Con razón nadie se ofrece a criarla.

Dos muchachas se pusieron bajo el pie de la bandera nacional para jugar con el elástico. Sujetaron un extremo al palo de la bandera pero ninguna quería sostener el otro extremo. Cuando disputaban quién saltaría primero, una vio la canasta y corrió hacia la jardinera. De inmediato el viejo Nian oyó los gritos de las chicas:

—¿De quién es esta nena? ¿Quién la puso aquí? ¡Malas personas abandonaron a una bebé!

Al ver que las chicas venían hacia la recepción, el viejo Nian perdió la calma. Se apresuró a cerrar la puerta desde el interior. Se volteó y descubrió que el único lugar para esconderse era su pequeña cama. Con la prisa se le ocurrió un ardid: se arrojó a la cama y de una patada se quitó los zapatos. Apenas se metió bajo la cobija empezaron a tocar a la puerta. Con la cabeza tapada fingió no oír mientras se quejaba: “¡Niñas estúpidas! ¿Qué tiene que ver la bebé con un solterón? ¡Soy portero, no niño!”

Aunque las chicas se fueron, el viejo Nian permaneció en la cama. No podía levantarse. Además, una siesta no le haría daño. Sus ojos se fijaron en el reloj de pared. Se levantaría a las dos y media antes de que llegaran los jefes. Para ese entonces, seguro que alguien habría recogido la canasta.

El bullicio inundó la recepción. Debía ser que los gritos de las muchachas habían llamado la atención de la gente del Centro Cultural o de la clínica, ambos vecinos de la sede municipal. El viejo Nian asomó la cabeza y miró furtivamente al exterior: alrededor de la jardinera se agitaban muchas sombras. De repente, un llanto transparente silenció a la multitud. Ese llanto, igualito al de todos los bebés, estremeció los oídos del viejo Nian. Se hurgaba la oreja como si lo hubiera picado un mosco, y suspirando con alivio sin darse cuenta dijo:

—¡Sabe llorar! ¡No es muda!

El viejo Nian se levantó a eso de las dos y media. Por estar demasiado tiempo bajo las cobijas sintió frío al salir. Tomó el abrigo colgado en la puerta y se lo puso en los hombros. Afuera, el bullicio se había desvanecido. El viejo Nian desde la ventana observaba la jardinera. Sólo quedaban unas pocas personas, hablando con pies y manos. La canasta ya no estaba allí. En efecto, entre tantas perso-

nas siempre había una acomodada a resolver problemas. Pero el viejo Nian, sin saber por qué, salió de la recepción con el abrigo en la espalda. Le parecía que en el aire aún quedaba aquel suave olor a oveja. A veces lo notaba y a veces se desvanecía, pero siempre dominaba sobre el aroma de los crisantemos de la jardinera. El viejo Nian sabía bien que era el olor de aquella canasta.

Las trabajadoras del comedor permanecían al lado de la jardinera discutiendo animadas sobre el destino de la canasta. Por ellas, el viejo Nian se enteró de una noticia asombrosa. Una mujer anunció:

—¡Ruilan la Loca se llevó la canasta!

Otra añadió:

—¡La arrebató! Nadie pudo detenerla. Decía que era su hija. Todo Huafang sabe que su hija murió ahogada en el río Aguas Turbias, pero afirmaba categóricamente que esa era su hija.

El viejo Nian se quedó boquiabierto y mudo por un rato, luego, bruscamente, gritó:

—¡Está loca! ¿Acaso ustedes también enloquecieron? ¿Cómo pudieron ver que se llevara a la niña sin hacer nada? ¿Así que una loca criará a la niña?

Al ver que el siempre amable y bondadoso hombre se ponía furioso, las mujeres empezaron a consolarlo:

—Tranquilo; Ruilan no podrá quedarse con la niña. Su hermano Ruichang estaba con ella. Dijo que cuando se le pase la locura, llevará a la niña a donde deba. ¡Él se hará cargo de todo!

—Como si fuera tan simple. ¿Cómo se hará cargo? Ni dios sabe quiénes son los padres de la niña. ¿A dónde la llevará?

—Por supuesto que al otro lado del río. ¡A la aldea Fengyangshu!

El viejo Nian no entendió:

—¿Me están diciendo que los padres de la niña son de Fengyangshu?

—¿A poco no lo entiendes? Esos campesinos prefieren hijos varones. Si es niña la abandonan, o hacen como si nunca hubiera estado aquí.

Con tono seco, una mujer interrumpió:

—¡Ten cuidado con tus disparates! Si te oyen los de la otra orilla te cortarán la cabeza con un hacha.

Parecía que estaba bastante bien informada. Sus palabras convencieron al viejo Nian. La mujer sacó a relucir el dicho. “Sigue el tallo rastrero y encontrarás el melón”.

Xiao Lu, la enfermera de la clínica encargada de inyecciones, también había visto a la nena, y dijo que la niña era nativa de Fengyangshu cuando reconoció el biberón. ¿Vieron la botella medio llena de leche? Las mujeres de Fengyangshu suelen venir a la clínica, y de paso se roban las botellas para hacer biberones.

7

Al abrigo de la noche, una canasta de mimbre amaneció en el corral de ovejas de Luo Wenli. Al amanecer, Lu Xingxian, como todos los días, salió de casa para limpiar el corral. Casi de inmediato vio la canasta.

—¡Regresó! —gritó asombrada. Al instante tuvo la sensación de que su corral había sido transformado a hurtadillas en un laberinto de luz y sombra.

Las ovejas se escondían en la sombra, y la canasta, atrevidamente, tomaba el sol matutino. Lu Xingxian se acercó de puntillas a la canasta. El abrigo con girasoles estaba allí pero la nena había desaparecido. Se atrevió a tocar el abrigo que seguía húmedo y un poco pegajoso debido al rocío matutino. Lu Xingxian llamó a su marido:

—¡Wenli! ¡Ven rápido! ¡El corral está endiablado! Pero el diligente Luo Wenli ya se había ido al campo.

Lu Xingxian retrocedió hasta la entrada del corral y volvió a mirar la canasta. Empezó a llamar a su hijo:

—¡Qinglai! ¡Despiértate! ¿Dónde dejaste a la niña? ¿Por qué se quedaron con la niña y la canasta volvió?

En un abrir y cerrar de ojos descubrió que una ovejita se escondía tímidamente en un rincón del corral. Anoche, cuando les dio pasto, eran tres, y hoy en la mañana había una de más. Se espantó tanto que desconfió de sus propios ojos.

—¡Qinglai! ¡Levántate! ¿Qué me pasa? ¡Acaso no soy capaz de contar mis ovejas!

Qinglai salió en calzoncillos. Viendo la canasta se sintió culpable y miró a su madre. Al voltear hacia el corral se puso pálido. Contaba las ovejas señalándolas con el dedo índice:

—¡Es cierto! Sobra una; son cuatro, igual que el verano pasado.

Qinglai se acercó a la cría y quiso agarrarla. Apenas estiró la mano la retiró, diciendo:

—Mamá, no tengas miedo. Conozco a esta oveja. Es la que se nos perdió en el verano. Ahora regresa a casa.

—¿Todavía estás soñando? La oveja no es un perro que sabe reconocer el camino de regreso. Mírala bien. ¿Sabes de quién es la oveja? ¿Cómo entró a nuestro corral?

Qinglai se puso en cuclillas, escupió en el suelo y empezó a examinarla con cuidado. Al poco rato se desvanecieron miedo y sospechas. “No eres sino una oveja. ¿Qué, me voy a dejar asustar por una borrega?”. Y diciendo eso se abrazó a la cabeza de la cría. La observaba de un lado al otro y de repente gritó:

—Mamá, ¡ven! ¡La oveja está llorando! Sus ojos están mojados.

Lu Xingxian cogió una pértiga y le dio a su hijo una paliza en el trasero.

—Ya perdí la cabeza por el susto, ¿acaso me quieres asustar más? ¿Cómo que la oveja llora? Llevo decenas de años criando ovejas y jamás las he visto llorar. Las que lloran son las vacas.

—Mamá, no te estoy asustando. En serio, tiene los ojos distintos. ¡Mira!

Lu Xingxian se acercó. Apoyando sus manos en los hombros de su hijo miraba los ojos de la ovejita, brillantes por las lágrimas.

—¿De quién será? ¿Por qué llora?

Lu Xingxian empezó a orar en voz alta:

—Bodhisattva Guanyin y las demás deidades en el cielo, siempre hemos tratado muy bien a las ovejas, ustedes lo ven y lo saben. Aunque constantemente sufrimos de hambre, las ovejas siempre están con el estómago lleno. ¿Cómo es posible que permitan que nuestro corral se embruje?

Qinglai no estaba tan alarmado como su madre. Gracias a su tranquilidad y sensatez la mañana no se arruinó. Echó un vistazo a la ca-

nasta y luego a la ovejita. De repente un escalofrío recorrió su cuerpo y le hizo soltar un estornudo muy sonoro.

—¿Te resfriaste? Ve a vestirte, luego lleva la oveja para buscar a su dueño.

Qinglai, mirando confusamente a su madre, dijo:

—Mamá, no la eches fuera. Regresará de nuevo. Todo es tu culpa. Ayer dijiste palabras indebidas.

—¿Qué palabras indebidas dije?

—Que si la niña fuera una oveja te quedarías con ella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dices disparates? ¿Sigues soñando?

Tras un rato de silencio, Qinglai llevó a su madre fuera. Bajo el sol madrugador y al lado del corral, el joven Luo Qinglai reveló a su madre el mayor secreto de la historia de Fengyangshu.

—Mamá, te voy a contar algo. No tengas miedo. La oveja no es aquélla perdida en el verano, y no es de nadie. No te pongas nerviosa. Fueron tus palabras las que trajeron a la niña de vuelta con nosotros.

TRADUCCIÓN DE
TU XIAOLING

UN HOMBRE CASADO

Su Tong

Al llegar el otoño aún llevaba su ropa de verano: una camisa azul claro, un pantalón pasado de moda y sandalias negras de piel. A veces, al ver los dedos del pie, pálidos por el viento, Yang Bo pensaba en el sentido de la existencia.

Yang Bo era un hombre casado.

Yang Bo era padre de un hijo.

Yang Bo vivía en un departamento moderno en una calle comercial.

Cuando sus amigos iban de compras o a pasear por esa zona, siempre llegaban a visitarlo. El timbre no funcionaba. Delante de la puerta había un tapete de yute y un cesto de plástico lleno de basura. Cuando alguien tocaba a la puerta, Feng Min, con el bebé en brazos, se apresuraba a abrir. Su pelo largo, recogido con un pañuelo, olía a champú Gaviota; acomodando al bebé en los brazos, saludaba. Era difícil adivinar su estado de ánimo, pues su semblante era a veces lánguido, a veces alegre.

—Este bebé me va a matar, todo el día lo tengo que traer cargando. Hazme el favor de limpiar las verduras, las remojé hace rato, pero no tengo tiempo para lavarlas —decía al marido.

Ese día, Yang Bo había ido a la oficina temprano.

Hace dos años esas fueron mis impresiones de la casa de Yang Bo. Para entonces él estaba ocupado en establecer un negocio de asesoría financiera y siempre estaba ausente. Quienes lo visitaban sólo encontraban a su esposa Feng Min y a su bebé, por cierto, muy cabezón. Los amigos bromeaban diciendo que la cabeza grande y el pelo tieso del niño eran herencia del padre.

Hoy Yang Bo estaba en casa. Era 1989; en el mundo habían ocurrido muchos cambios y mientras la humanidad crecía, Yang Bo se reducía, pues cada vez estaba más flaco y débil. Un día pagó diez centavos para pesarse en una báscula; sólo salió una hojita que decía: “un metro setenta y tres centímetros de altura; sesenta kilos de peso”. A Yang Bo le pareció poco, por lo que preguntó a la vendedora:

—¿Es todo?

Ella respondió:

—Es todo. Si quieres saber si estás enfermo, ve al hospital.

Yang Bo sonrió y releyó el papelito. Recordaba pesar setenta kilos y medir un metro setenta y cinco. No le extrañó la baja de peso, pero ¿cómo habría podido encoger dos centímetros? Tiró el papalito y dijo:

—Tu báscula no sirve.

Con desdén, la vendedora replicó:

—Si no crees en la ciencia busca una báscula de matadero.

Al llegar el otoño, Yang Bo se quedó sin negocio. Solía pasear en el parque donde estuvo su oficina, en una casita amarilla de madera.

A tres días de la bancarrota, instalaron allí una imprenta. Desde la acera de enfrente, vio su orquídea en la ventana del despacho; era la única propiedad personal que había olvidado. Se abrió paso entre la gente que hacía la mudanza. Cuando salía a la calle cargando su planta un hombre lo detuvo:

—¿A dónde vas con eso?

Airado, Yang Bo contestó:

—¡Es mía! —Casi lo tumbó de un empujón con los codos— ¡Quítate, es mía! —Con su orquídea casi muerta regresó a casa.

Iba caminando muy aprisa entre el gentío que inundaba las calles. Desde lejos se le podía reconocer por su ropa pasada de moda o por su cabezota que destacaba entre la multitud, con aires de soledad y melancolía.

Wang Tuo, uno de sus amigos, vio por casualidad y con sus propios ojos cuando saqueaban la casa de Yang Bo; había ido para pedirle consejos de amor. A Wang Tuo le daba pena hablar de aquel despojo.

Ese día, mientras subía las escaleras de la casa de Yang Bo, oyó pasos acelerados. Varios cargadores bajaban objetos. Wang vio a

Yang ayudando a tres hombres que movían un refrigerador. Sonriendo, Yang Bo lo saludó:

—¡Hola!

Wang Tuo preguntó:

—¿Quién se está mudando?

—Yo.

—¿Por qué no me avisaste? ¿A dónde vas?

—A cualquier parte.

Wang Tuo no entendió, pero ayudó a cargar el refrigerador y subirlo a una camioneta. Yang Bo se sacudió las manos e hizo las presentaciones. Después de saludarlos, Wang Tuo oyó a Yang Bo despedirlos:

—Bien, ya pueden irse.

Wang Tuo subió las escaleras detrás de Yang Bo, que caminaba con pasos cansados, tambaleándose. De repente dijo:

—Wang Tuo, no tengo cerveza fría para ofrecerte. Se llevaron el refrigerador y el televisor.

—¿Pues qué pasa?, ¿quiénes eran?

—Me prestaron dinero y no pude devolverlo, por eso se llevaron mis cosas. Fue un trato justo.

Sereno, Yang Bo miró a Wang Tuo.

—Las dos cervezas que acabo de sacar del refrigerador todavía han de estar frías.

—¡Los malditos se aprovechan de tu desgracia y todavía los ayudas!

—No importa, ya todo me da igual.

—Pero hasta me los presentaste formalmente, ¿cómo se te ocurrió?

—No importa, hombre. Es bueno presentar a los desconocidos, así por lo menos se conocen.

Al entrar a la casa, Wang Tuo vio a Feng Min de pie, en el centro de la habitación y con una escoba en la mano. El bebé lloraba en el dormitorio. Feng Min, pálida y con los ojos rojos, había llorado. Wang Tuo no sabía qué hacer ni qué iba a hacer Feng Min con la escoba. Sin voltear a verla, Yang Bo empujó a Wang Tuo al sofá:

—No importa, tomemos algunas cervezas, creo que aún están frías.

Yang Bo sirvió dos vasos, tomó media copa y se mojó los labios con la lengua:

—Aún está fría, ¡qué rica!

El bebé empezó a llorar otra vez. Wang Tuo miró a Feng Min que seguía allí con la escoba en mano, y propuso:

—Sería mejor que no tomáramos hoy.

—¿Por qué no? En un rato se pondrá caliente.

El cuerpo rígido de Feng Min se movió sólo para tirar la escoba a los pies de Yang Bo. Sin decir nada, furiosa, abrió la boca con labios temblorosos, parecía querer llorar y gritar. Yang Bo recogió la escoba y puso sus manos en los hombros de Feng Min.

—Las mujeres son así, no toleran las desgracias. Son frágiles y tiernas como hojas.

Yang Bo dejó la escoba y cerró la puerta:

—Sigamos platicando. Cuéntame qué pasó.

—¿Podrías hablar con Ren Jia?

—¿Ren Jia? ¿Es tu novia?

—Está embarazada y no quiere abortar. Me dijo que prefería al hijo que a mí. No puedo convencerla de ningún modo.

—Pero, ¿cómo puedo hablar de eso con ella? Eres tú el que debe convencerla.

—Te cree, te respeta y te hará caso.

—Nunca imaginé que alguien me respetara tanto.

—Sí, mucha gente, incluido yo; eres un hombre de los que hay pocos.

—Me necesitas y por eso me elogias; no seas tan infantil —dijo Yang Bo, y tocándose la cara soltó una carcajada.

—¡Comprendo! Cualquiera, sin importar si es héroe o imbécil, tiene la obligación de salvar al prójimo, y como no tengo nada que hacer y me sobra tiempo, puedo exponer todas las razones del mundo a tu Ren Jia, pero, ¡cuidado!, no vaya a ser que se enamore de mí.

Esa misma noche fueron a visitar a Ren Jia. Era una bibliotecaria de diecinueve años, muy aficionada a las novelas de Qiong Yao. Durante la plática, Yang Bo descubrió que a quien ella veneraba y amaba no era a él ni a Wang Tuo sino a un tal David, personaje de una novela. Ren Jia se imaginaba ser Ivón, la mujer de la historia que tenía un hijo fuera del matrimonio. Atendiendo la petición de Wang

Tuo, Yang Bo habló sobre las teorías a favor y en contra del matrimonio y de los hijos. Tanto abundó que se cansó, y casi sin darse cuenta se quedó dormido. Cuando Wang lo despertó, Yang preguntó:

—¿Está durmiendo el bebé?

Wang Tuo comprendió que Yang estaba muy lejos.

—Parece que estás cansado.

—Yo nunca estoy cansado, dijo Yang restregándose los ojos.

Ren Jia se rio con ganas:

—Eres muy chistoso. Me encanta tu sentido de humor.

—El humor es mi estilo de vida, incluso se debe llorar con humor.

Cuando Yang Bo llegó a su casa, a medianoche, sintió que todo estaba muy quieto. La casa estaba vacía. Feng Min se había ido con el bebé. Pensó que habría vuelto con sus padres. Junto al fregadero había un cesto lleno de pañales y un chupón que olía a bebé. De pronto su mente se aclaró. Abrió la llave del agua y empezó a lavar los pañales. Imaginó ver a Feng Min abandonando la casa. “Las mujeres son como animalitos tiernos y débiles; cuando pierden algo, siempre vuelven al nido paterno para buscar calor”.

Mientras lavaba, Yang Bo olía los pañales de vez en cuando. El olor le hizo pensar en la vida y la muerte, y le trajo confusos recuerdos de su infancia. Afuera soplaba mucho aire. Oyó cómo se cimbraban las ventanas y fue a cerrarlas. Estaba parado en el balcón, viendo las hojas secas que el viento arrastraba por la calle. Bajo un farol estaba una pareja. El muchacho, abriendo su abrigo como paraguas, tapaba a su novia. Se emocionó y les dedicó un silbido. Recordaba su noviazgo con Feng Min. También era otoño cuando fue al ensayo a recogerla. Al caminar entre el viento de otoño, Yang Bo le dijo:

—Ya es otoño; es hora de tener una familia. Mucho después, Feng Min le dijo que por esas palabras había decidido casarse con él.

Los días parecían más largos sin Feng Min. Concentrado en escribir su libro sobre formación y alimentación de bases de datos, apenas comía dos veces al día. Su deseo de trabajar a gusto en la casa vacía era por fin una realidad, pero sus sentimientos eran complicados y extraños. Se sentía ligero y pesado a la vez. Pasó revista a su vida matrimonial de esos años: los conflictos comenzaron el día que su hijo nació.

No recordaba si había sonreído cuando Feng Min dio a luz, pero ella afirmaba categóricamente que él estaba sonriendo. Ella decía: “Mientras yo me sentía morir tú sonreías. ¡Mi dolor te daba risa! Cada vez que gritaba, tus labios se ampliaban en una sonrisa. Aunque no era risa, no pudiste ocultar tu inmensa crueldad”. Yang Bo no recordaba esos detalles ni creía ser tan despiadado como su esposa lo describía.

—Es tu imaginación, eres una maniática.

Con una mueca de sarcasmo, Feng Min preguntaba:

—Entonces, ¿por qué no firmaste tu consentimiento para la operación? El doctor dijo que por ser un parto difícil era necesaria la cesárea. ¿Por qué no firmaste? ¿Querías que muriera en el parto?

—Tú eres la cruel. Pensar que los demás no tienen compasión es un tipo de martirio. Muchas veces te he dicho que prefiero los partos naturales, no quería recibir a nuestro bebé con cesárea.

Ella, sarcástica, siguió:

—¡Qué bonito lo dices! ¿Acaso no sabías que era un parto difícil, que necesitaba cesárea? Si mi mamá no hubiera venido, me hubiera muerto en el quirófano.

Él pensó un poco:

—No sé. Creo que lo que dices no tiene ningún sentido.

Yang Bo sólo recordaba el banco helado frente al quirófano y las grandes letras de “Partos” pintadas con rojo en el vidrio de la puerta de cristal. Las enfermeras abrían y cerraban la puerta por donde entraba un viento frío y olores desagradables. Ese día tuvo frío y se acurrucó en el banco con la mente en blanco. Lo extraño fue que no encontraba relación entre el parto de Feng Min y él.

Sin parar, leía un aburrido periódico amarillista, sintiendo una alta barrera a su alrededor. También recordaba que había otros hombres afuera del quirófano, ansiosos y emocionados, como esperando el premio mayor de la lotería. Un hombre, tal vez obrero, intentó conversar animadamente con Yang Bo:

—¿Tu bebé es niño o niña?

—Lo sabré hasta que nazca.

—¿No le hicieron ultrasonido?

—No sé.

Insatisfecho con la repuesta de Yang Bo, el hombre movió la cabeza y preguntó:

—Qué prefieres, ¿hijo o hija?

—Me da igual.

El hombre lo miró con suspicacia, y sonriendo dijo de repente:

—Ya comprendo, ¿no quieres a ese bebé, verdad?

No le hizo caso, bajó la cabeza y siguió leyendo con indiferencia. En realidad no sabía si lo quería y, además, era tarde para pensarlo. Le parecía que el parto era algo natural, un proceso más de la vida. Él, como hombre, no debía ni era capaz de rechazarlo. Seguía leyendo el periodichucho, cuando de pronto encontró una noticia que le pareció muy cómica. Se anunciaba que expertos en ganadería habían patentado un nuevo invento: al poner a las gallinas lentes de contacto color rosa ponían más huevos, y la producción se triplicaba.

Iba de una habitación a otra encendiendo y apagando los focos. No era el mismo de antes, lleno de energía y vigor. Después de sentarse y platicar un rato con alguien se sentía cansado. Encontró una cajetilla Doble Felicidad con la mitad de los cigarrillos. No supo de quién era. Atontado, encendió uno y aspiró dos veces profundamente. No sabía fumar a pesar de que Feng Min lo había animado: “Los hombres deben fumar, pero las mujeres no”. Yang Bo contestaba: “Suenas dogmática. Para mí, fumar es signo de aburrimiento y tristeza”. A lo que Feng Min replicaba: “¡Está bien! Pero tú no pareces aburrido ni abatido, simplemente estás vacío”. Yang Bo no contestaba, pues no quería responder a los venenosos comentarios de Feng Min con otros iguales. Simplemente no tenía ganas de reñir.

Se oyeron fuertes golpes en la puerta. Fue a abrir. Un joven desconocido con chaqueta negra estaba parado en el umbral.

—¿A quién buscas?

—A ti, ¿eres Yang Bo?

—Sí, ¿quieres entrar? —Como respuesta recibió un puñetazo en la cara. Perplejo y adolorido sólo lo oyó decir:

—Yang Bo, vine a castigar a estafadores como tú.

Tras el golpe quedó aturdido y se apoyó en el quicio de la puerta mientras el joven bajaba rápidamente las escaleras.

Yang Bo se tocó la cara llena de sangre. Su nariz estaba rota. Bajó unos escalones para alcanzar al muchacho, pero de pronto se detuvo en la oscuridad. Movi6 la cabeza pensando: "Este mundo est6 loco". No sabía qui6n era el intruso. ¿Habrá sido un neur6tico o un estafado? Yang Bo repas6 su conciencia. Jam6s había engañado a nadie, y la honestidad era su c6digo de vida. Cuando fund6 su empresa de asesoría financiera tenía un reglamento que decía que toda la informaci6n debía ser corroborada, y estaba prohibido difundir noticias falsas. Entonces, ¿por qu6 estafador? Le parecía absurdo y burlesco. ¿Qui6n era aquel joven en realidad? Apareci6 como un mensajero secreto y rompi6 la nariz a un tipo fracasado. La cara de aquel muchacho le pareci6 dura pero tambi6n chistosa.

Pasaron varios días antes de que Yang Bo se mirara en el espejo. Vio su nariz delgada y torcida, llena de sangre coagulada. Tambi6n vio su pelo y barba crecidos y desordenados. Mientras se arrancaba un pelo del ment6n pens6 que el cabello no tenía ning6n sentido. Crece así nada m6s, sin proporcionar beneficio alguno, y adem6s hay que gastar dinero y energía para arreglarlo.

Al otro día despert6 con un leve dolor en la nariz. Le dolían los ojos por la luz del sol que entraba por la ventana. Quit6 la funda de la almohada, la dobl6 y la puso sobre los ojos. Quería dormir m6s, pero ya no podía.

Record6 vagamente haber tenido muchas pesadillas, pero ninguna le qued6 en la memoria. A Yang Bo siempre le pasaba eso, soñaba mucho y olvidaba todo al despertar. Cont6 con los dedos para corroborar que Feng Min se había ido hacia cinco días. Ya era tiempo de recogerla de la casa de sus padres. Record6 que en alg6n manual sobre la vida matrimonial se decía que el quinto día era la fecha límite. Una de las dos partes debía tomar la iniciativa y buscar la reconciliaci6n despu6s de una pelea; de lo contrario, despu6s del quinto día, era muy probable que las desavenencias fueran mayores y luego insalvables. Yang Bo se burlaba de esa teoría. Iba a recoger a Feng Min y al beb6, porque los necesitaba en casa.

Quitó la silla de bebé de la bicicleta y bajó por las escaleras apresuradamente. Pedaleó hasta la casa de sus suegros. Aunque el camino era muy corto, lo recorrió con temor. No sabía por qué lo atemorizaban los padres de Feng Min, pues ellos lo querían bien. Sólo le pedían que hiciera feliz a su hija.

Mucha gente se sorprendía al verlo y se mofaba a sus espaldas. Sabía que la gasa en la nariz se veía ridícula. Le molestaban los entrometidos. Cuando se acercó a la casa de los suegros, aunque le dolía, se quitó la gasa para evitar las burlas.

Feng Min abrió la puerta vestida con un suéter de su madre; ni siquiera volteó para mirarlo. Luego, sentada a la mesa, empezó a cortarse las uñas con unas tijeritas. Yang Bo suspiró de alivio al notar que sus suegros no estaban en casa y el bebé dormía en la cama. Mientras miraba la cara del niño dormido, pensó que las circunstancias no eran muy apropiadas, pues sería más natural hablar y resolver los problemas con el bebé en brazos, lo que ayudaría a relajar la tensión.

—¿Ellos salieron?

—¿Quiénes son “ellos”?

—Tus padres, ¿no están en casa?

—Si tuvieras conciencia y educación sabrías cómo llamar a mis padres.

Sonrió y explicó:

—Es que aún no me acostumbro, pero sabes que los respeto mucho.

Ella no dijo nada; siguió cortándose las uñas y luego limpió la mesa. En su cara no había ni reproche ni enfado. Yang Bo se dio cuenta de que las cosas no iban a ser fáciles.

—¿Lloró el niño estas noches?

En ese momento Feng Min lo miró:

—¿Qué te pasó en la nariz?

Yang Bo encogió los hombros:

—Dios me dio un puñetazo para aclarar mi mente.

—No entiendo tu chiste. ¿Qué te pasó en realidad?

—Un desconocido llegó a la casa y me golpeó; creía que yo era un estafador.

—¡Eso eres!, aunque te engañes a ti mismo.

—Entonces no importa, pues soy yo quien sufre las consecuencias —frotándose la nariz, continuó—; lo que temo es engañar a los demás. Feng Min, ¿te he engañado? ¿De veras crees que soy un estafador?

Se quedó callada y sus ojos se humedecieron. Se levantó y fue al baño a lavar pañales. Yang Bo entró y se los quitó:

—¡Déjame lavarlos! Debo regenerarme por medio del trabajo físico; quién me manda ser estafador.

—¿A qué viniste? —preguntó Feng Min de repente.

—A llevarlos a casa. Deben volver conmigo.

—¿Volver a casa? —Sus ojos estaban apagados—. No hay refrigerador, ¿dónde guardaremos la leche? Hay que comprar verduras diario, ¿quién va por ellas? Tampoco hay televisor, ¿qué haremos en la noche?

—Eso no es problema. Antes no había refrigeradores y la gente vivía. Yo compraré las verduras, y en cuanto al televisor, si tienes ganas de diversión te puedo hacer algún espectáculo, soy bueno para la pantomima y el melodrama.

—No te hagas el payaso —dijo Feng Min severamente—. No tengo ganas de reír.

—No te rías pues, pero olvídate de todo para que los problemas se puedan solucionar.

Dicho esto Yang Bo salió rápidamente con el bebé en brazos. Feng Min fue tras él. Se detuvo en una florería y gastó sus últimos cinco yuanes en un ramo de flores.

Antes, los amigos que visitaban a Yang Bo a la hora de la comida se quedaban a comer. Ni él ni sus amigos se fijaban en pequeñeces. Pero seguía ocurriendo ahora que estaba desempleado. No se daban cuenta de que Feng Min estaba cada día más triste y en la cocina había cada vez menos. Un día Feng Min les dijo en la mesa:

—Tarde o temprano Yang Min será un pobre diablo. Si algún día va a sus casas, ¿le darán algo de comer?

Los invitados pensaron que era una pregunta de mal gusto, así que no le prestaron mucha atención.

Otro día, Wang Tuo y Ren Jia llegaron de visita. Yang Bo estaba cortando apios:

—Tomen asiento, ya casi termino.

Yang Bo pidió a Feng Min que hiciera café. Feng Min, ocupada con el bebé, no lo escuchó. Yang se lo volvió a pedir, a lo que Feng Min contestó enojada:

—Ya no hay café.

—Entonces prepara té.

Feng Mi no le hizo caso. A través de la cortina la vio salir al balcón con el bebé en brazos.

Wang Tuo, que se sentía en confianza en casa de Yang Bo, llevó al estudio a Ren Jia. Yang les invitó dos tazas de té. Se veía algo cansado, tenía una hoja de apio pegada al brazo, pero seguía dando la impresión de no preocuparse por pequeñeces.

Ren Jia, vestida a la moda, brillaba en cualquier lugar.

—Tienes muchos libros, estoy embelesada de ver tantos.

—¿Qué lecturas prefieres?

—Me gustan los libros que embellecen y ayudan a formar la personalidad.

—¡Ah! —dijo Yang Bo —; yo temo a esos libros. Quienes los leen se ponen feos y son superficiales.

—¡Bromeas!

Ren Jia se rio, dio un codazo a Wang Tuo y dijo:

—Este hombre no sabe de humor.

Wang dijo:

—Yang, iremos al cine y luego queremos venir a cenar, ¿nos prepararás algo sabroso?

—¡Claro!, haré un pollo asado.

Se escuchó un ruido, como de algo que se rompía. Feng Min, parada en la puerta con el bebé en brazos, aventó un manojo de apios al estudio.

—¿Ya acabaste de cortar los apios?

—Sí.

—¡Míralos, están llenos de hojas!

—No es necesario quitárselas, allí están los nutrientes.

Sin saber si llorar o reír, Feng Min estuvo a punto de insultarlo y se marchó.

—¡Mierda! —explotó Feng Min.

Wang Tuo y Ren Jia se miraron consternados. Molesta, Ren Jia jaló a Wang Tuo, y esquivando los apios salieron. En el pasillo, Ren Jia escupió hacia la puerta:

—¿Por qué es tan mala esa mujer?

Desconcertado, Wang Tuo dijo:

—No lo sé, antes no era así.

Después de ese incidente pocos amigos de Yang Bo lo visitaron, aunque lo seguían respetando. Ese otoño se pusieron de moda las tarjetas de Año Nuevo; todos sus amigos le mandaron felicitaciones impresas con finos dibujos.

Cada vez que llegaba una, Yang Bo la tiraba sobre la mesa, al cesto de la cocina e incluso al baño; no le gustaban esas cosas, le parecían cursis. Un día vio cómo su bebé arrugaba una, se la quitó y vio que era de Ren Jia. Tenía escritas palabras espléndidas, llenas de admiración. Sobre su nombre había una equis roja. Se imaginó que la había puesto Feng Min. Le pareció chistoso, pensó que no tenía sentido poner una equis sobre su nombre.

Yang Bo iba todas las mañanas en bicicleta a comprar verduras; ya sabía todos los precios del mercado. Con tristeza pensaba que si aún tuviera su empresa de asesoría incluiría en ella los precios de los vegetales. Junto a los puestos de pescado fresco había un hombre que leía la suerte. El dueño era tuerto, llevaba un lente oscuro sobre el ojo ciego. Todos los días estaba en el mercado. Una vez, por quedársele viendo, lo detuvo.

—Se te ve la mala suerte en la cara.

—¿Dónde?

—Entre las cejas, en un lugar invisible.

—¿Cuándo vendrá la catástrofe?

—Eso no lo sé. Deja que te lea la suerte.

Yang Bo le sonrió:

—No es necesario, en realidad siempre supe que me seguía la mala suerte.

Luego, en la acera de su edificio, Yang Bo encontró de nuevo a aquel hombre. Esta vez sin su lente, atendía un puesto de cigarrillos. Se dio cuenta entonces que no era tuerto sino un estafador de prime-

ra. Pero no lo despreció, pensó que era como él, un hombre hastiado de la vida. Se acercó a comprarle una cajetilla y le preguntó:

—¿Estás cansado?

El hombre lo miró con malicia y dijo lentamente:

—Todos estamos cansados.

Un día, al ir a lavar la ropa de Yang, Feng encontró los cigarrillos, que eran caros, de marca francesa:

—¿De dónde los sacaste?

Por un momento no recordó, pero al rato dijo:

—¡Ah!, se los compré a un estafador.

Feng Min frunció el entrecejo:

—Si no fumas, ¿para qué compraste cigarrillos tan caros?

—No sé. Sólo que el hombre me pareció interesante. En algo me parezco a él. No sé qué me impulsó a comprarlos.

Feng Min tiró la cajetilla:

—¡Qué raro eres! ¿Sabes cuánto dinero nos queda para todo el mes? ¿Con qué quieres que me encargue de la casa?

Yang Bo cogió la cajetilla y la miró:

—¡Qué bonito es el dibujo! Se podría coleccionar como obra de arte.

Feng Min puso la ropa sucia en la tina:

—Pero ya no eres rico, no se te olvide que eres un pobre diablo.

Luego se agachó y se puso a lavar.

Cuando los prestamistas se llevaron también la lavadora, Feng Min tuvo que lavar a mano. Esa noche Yang Bo no abrió la boca. Feng Min sabía que su último comentario le había hecho daño. No era su intención, pero ya no aguantaba más.

El silencio duró hasta la mañana siguiente. Luego de amamantar al bebé, Feng Min se peinaba frente al espejo. Su pelo negro y lacio caía con naturalidad hasta sus hombros. Le gustaba mucho su pelo, lo peinaba con mucho cuidado dos veces al día. Miró a Yang Bo que, aún en la cama, observaba el juego de camiones colgado en la puerta. Los habían comprado antes de casarse. El azul era de Yang y el rosa de Feng. Ella recordó que los habían usado por última vez antes de dar a luz. Ahora, colgados en la puerta, eran como un paisaje pasado de moda.

—Ya es hora de ir por las verduras, son las siete —y dándole la espalda continuó—; si vas más tarde no encontrarás nada.

Yang Bo se levantó y empezó a vestirse lentamente. Siempre se ponía primero la camisa, y hasta haberse abrochado el último botón metía sus flacas piernas en los pantalones:

—Quiero ir a Shenzhen.

—¿A dónde?

—A Shenzhen. Quiero trabajar unos años en la compañía de Wei Qi.

—¿Por qué?

—Me escribió; quiere que me asocie con él.

—Wei Qi es muy talentoso. ¿Te quiere como socio?

—¿Insinúas que soy un idiota y no puedo ser su socio?

—No dije eso; no te menosprecies.

—No necesitas disfrazarlo. Te comprendí.

—Piensa lo que quieras, de todos modos no dejaré que te marches.

—¿No te quejas siempre por la falta de dinero? Si allá no me salen bien los negocios, venderé sangre o un riñón para mandarte dinero.

La cara de Feng Min palideció y brotaron sus lágrimas. Salió del cuarto y cerró. Lloró atrás de la puerta, la abrió y gritó:

—No te hagas la víctima; en realidad eres un cobarde. Quieres ir a Shenzhen sólo para eludir tu responsabilidad.

Yang Bo miró inexpresivo a Feng Min. El bebé lloraba asustado en la cuna. Al tomar al bebé en brazos, Yang tocó el pañal húmedo. Buscó uno limpio, pero no encontró. Todos estaban colgados en el balcón. Sólo se le ocurrió ponerle una toalla para cargarlo y salir.

—Vamos a pasear para respirar aire fresco.

Feng Min le arrebató al bebé y le quitó la toalla:

—Si quieres ir, ve sólo; él bebé no tiene por qué sufrir contigo.

—¿Por qué se la quitas? ¿No da igual que se orine en una toalla?

Al ver que Feng Min contenía la risa, le inspiró lástima. Mordiéndose los labios, Feng Min dijo:

—Nunca consideras a los demás como personas; ¿por qué no dejas que el bebé se orine encima de tí? Para qué en la toalla si estás tú.

—Es diferente. Una persona es una persona, y la toalla es la toalla. Vale más una persona que una toalla.

Yang Bo tomó una canasta para el mercado y tardó mucho en volver. Wang Tuo llegó de visita. La puerta estaba entreabierta. Pasó y vio a Feng Min aturdida, sentada en la alfombra y con el bebé en brazos. Hacía tiempo que Wang Tuo no venía. Ahora notó que Feng Min ya no estaba bonita, estaba tan flaca y demacrada como Yang Bo, e incluso tenía su misma expresión, entre perpleja y pensativa.

—¿Dónde anda Yang?

Hostil, Feng Min respondió:

—Se fue. ¿Por qué? ¿Lo siguen buscando?

—Quiero invitarlo a la fiesta de cumpleaños de Ren Jia. Ella me mandó exclusivamente a invitarlo.

—No me digas que Yang atrae a las jóvenes. ¿Debe llevar algún regalito?

—Como quiera. Puede llevarle flores o nada.

—Acariciando a su bebé, Feng Min balanceó la cabeza y se puso a tararear una canción de cuna para dormirlo. Wang Tuo, parado allí, se sintió incómodo. Ansiaba que Yang Bo apareciera en ese momento para invitarlo personalmente, pues temía que Feng Min le ocultara la invitación. Todos sabían que a Feng Min no le gustaban los amigos de Yang Bo y detestaba a sus amigas.

—¿De veras eres amigo de Yang Bo? —preguntó de pronto Feng Min mirando a Wang.

Éste, sorprendido, descubrió que la pregunta era sincera.

—Claro que sí. Yang es muy bueno.

—Explicáte con más detalle, por favor.

—Yang tiene elevadas aspiraciones y pensamiento profundo, también es amigable y sincero. Siempre lo he considerado un buen amigo, muy respetable y confiable.

—Dime algo más, dame más detalles, por favor.

Sin poderse contener Wang Tuo sonrió, pensando que Feng Min era algo extraña.

—Eres su esposa; debes conocerlo mejor que yo.

—Sólo porque soy su esposa necesito comprenderlo. El problema es que cada día me parece más incomprendible. No entiendo sus pensamientos ni su carácter; cada día está más lejos de mí.

Wang Tuo notó una tristeza fría en los ojos de Feng Min. La compadeció, pero no supo cómo consolar a esa mujer angustiada. Pensó en algo que no se atrevió a decir: “Si ya están así, ¿por qué no se divorcian?”.

Yang Bo fue al cumpleaños. Llegó tarde y cargando el asiento rojo de plástico de su bebé.

—Acabo de llevar al bebé a casa de su abuela. Por las prisas, choqué con un autobús en el camino.

Sus pantalones de mezclilla estaban desgarrados y le salía sangre de una rodilla. Ren Jia buscó una gasa.

—¿Te curo?

Yang Bo movió la cabeza:

—No, Wang se pondría celoso.

Apoyada en la puerta, Ren Jia veía a Yang Bo limpiarse con la gasa.

—Eso no importa ahora. Lo que no entiendo es por qué te resignas a sufrir así.

Yang Bo entendió sus palabras.

—¿Y qué puedo hacer? Siempre he tenido mala suerte.

Hacía mucho tiempo que Yang Bo no veía a sus amigos, pero para entenderse, no necesitaban palabras. Decidieron embriagarlo por haber llegado tarde. Su manera de hablar y su comportamiento eran finos, como siempre.

—No tengo ganas de beber. Si tuviera, no me alcanzaría todo lo que hay en la mesa. Los amigos le recordaron:

—Antes podías tomar mucho; en cuanto veías vino, te servías.

—Ahora es diferente. Ahorro cereales y alcohol para el país.

Wang Tuo se sentó al lado de Yang Bo con la intención de hacerlo beber, pero no lo logró; ante aquella voluntad de hierro, finalmente preguntó:

—Si no tomas, ¿qué quieres hacer?

Yang Bo tosió y dijo:

—Sólo quiero estar con ustedes un rato. A las ocho iré a recoger a mi bebé.

Wang Tuo, conmovido, dejó de hablar. Sintió una nube oscura sobre Yang Bo, y no podía hacer nada para despejarla.

Yang Bo estaba tranquilo, sentado entre sus amigos. Su espíritu flotaba en los terrenos abstractos del pensamiento. Veía las copas llenas de un polvo gris que flotaba y se hundía, como un espejo de la existencia de la materia. Oía el imperceptible sonido de las ramas y las hojas del bonsái, que brotando y secándose imitaban el proceso de la vida. Sonrió y sintió que después de muchos días su pensamiento volvía a la cordura. Luego, con voz temblorosa, preguntó a Wang Tuo:

—¿A dónde vas después de la fiesta?

Levantando su copa Wang contestó:

—A casa, me iré a dormir en cuanto se acabe el alcohol.

Yang Bo dijo:

—Sí. Tenemos que volver a casa.

Lo importante de la fiesta era el baile. Yang Bo sabía muy bien qué hacer; ayudó a encender los candelabros y a acercar los muebles a la pared. Luego, de pie, miraba a los demás bailar. Él lo hacía realmente bien, pero hoy no tenía ganas; quizás ya no le interesaba. No quería estar cerca ni cara a cara con nadie, tal vez por miedo a transmitir su mala estrella.

Ren Jia traía un vestido llamativo. Se acercó y puso las manos sobre los hombros de Yang Bo:

—No me has invitado a bailar, por eso te lo pido yo.

Yang Bo se disculpó y añadió que había olvidado cómo bailar. Haciendo gestos con sus labios rojos, Ren Jia insistió:

—No puedes rechazar a una princesa feliz en su cumpleaños. Ella está buscando a un buen cazador en el bosque.

Yang Bo se dio cuenta de que estaba bebida, pero aun así seguía siendo recatada y cariñosa. Después de pensarlo un rato, Yang Bo la tomó en sus brazos y la llevó entre la multitud con diestros pasos de bailarín. Los observaban tantos ojos que no creyó correcto hacerla girar con habilidad profesional. Ren Jia reía sin moderación:

—¡Qué bien! ¡Qué bonito!

Percibiendo su aliento alcohólico, Yang Bo se dijo que si seguía bailando con aquella chica pasada de copas, se despertarían oscuras suspicacias ante los ojos de los demás, pero también dentro de sí mis-

mo. De súbito la hizo girar dos, tres vueltas, Ren Jia perdió el control en la cuarta, y apoyada en la espalda de Yang Bo empezó a vomitar. Él se tuvo que parar en seco. Sintió su espalda húmeda y caliente; un asqueroso olor a vómito cubría todo su cuerpo.

Trastabillando y apoyada en Wang Tuo, Ren Jia tartamudeaba:

—Yang Bo, ¿por qué no dejas a tu vulgar mujer? ¡Contéstame, Yang Bo! ¿Por qué no te divorcias?

Miradas de sospecha e impaciencia inspeccionaban a Yang Bo. Inexpresivo, tomó el asiento de su bebé:

—El divorcio no tiene sentido, el matrimonio tampoco. No sé qué cosa tiene sentido.

Mirando el reloj salió lentamente. En el pasillo oscuro reconoció su bicicleta maltrecha. Al montarse y arrancar las ruedas hicieron un sonido estridente. Volvió a casa pedaleando; su ropa maloliente, con restos de comida y alcohol, le producía náuseas. Se quitó el saco y lo dejó en la parrilla. Nunca imaginó aquel fin de fiesta. Aquel coqueteo tan obvio lo desorientó. En su corazón no había lugar para eso; a nadie se le puede imponer algo, y el cariño ciego jamás tiene sentido. Un repentino estruendo lo despertó una noche. Saltó de la cama al piso helado. Feng Min le preguntó somnolienta:

—¿Pesadillas otra vez?

—¿Qué se cayó?

Yang Bo no entendía su sobresalto. Aquel sonido sordo hacía palpitár aceleradamente su corazón. Encendió la lámpara y vio su cara aterrorizada y desconocida en el espejo.

Al día siguiente supo que su orquídea se había caído del alfeizar. El viento trozó el alambre y el futuro de su querida planta. La maceta estaba rota, las hojas de la orquídea se estremecían con el aire. Ató la maceta con hilo para regresarla a su lugar. En las escaleras se detuvo, pensó un rato, regresó y tiró la maceta en la basura. Así empezaron los insomnios. En las noches daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Siempre aturdido, oía sonidos de cosas que caían. Aseguraba tener alucinaciones auditivas. Continuamente aguardaba aquel sonido, producto de su conciencia. La espera lo ponía de mal humor, impaciente y desolado.

Una noche se vistió en la oscuridad. Quiso salir sin despertar a Feng Min. Con pasos suaves se acercó a la puerta, pero antes de abrirla la oyó:

—¿A dónde vas a esta hora? —En lugar de dejarlo responder, reclamó— ¡Tus tormentos no me dejan dormir!

Bajó las escaleras. El viento frío se metía entre su ropa. Con el escalofrío venía una sensación de libertad. Las calles en la noche eran amplias y tranquilas, los faroles pálidos iluminaban el pavimento. Imitando a los pájaros extendió los brazos, corrió unos pasos y se detuvo. Miró a su alrededor y al ver que no había nadie se calmó. Con pasos lentos caminó hacia la plaza.

Pasear de noche solo ya le parecía extraño. Recordó que en su juventud salía con frecuencia a buscar experiencias nocturnas, galantes o insólitas. Recordó también que fue un día de finales de otoño cuando vio a Feng Min por primera vez en la puerta de la compañía teatral. Parada debajo de un farol, Feng Min llevaba un abrigo de color discreto y una bufanda a cuadros negros y blancos. Su belleza, comparable a la de una diosa, lo había hipnotizado; se paró a la sombra de la acera contraria para observarla; sin duda esperaba a alguien. Decidió que si llegaba un hombre les aventaría una piedra en señal de protesta, y si llegaba una mujer, empezaría a cortejarla. El deseo de Yang Bo se cumplió. Una muchacha salió del teatro. Cuando pasaron frente a él, tomadas de la mano, Yang Bo vio en la oscuridad los ojos brillantes de Feng Min y cayó de inmediato en el abismo del amor.

Los recuerdos y la lujuria alentaron sus pasos. Yang Bo sintió que ese pasado era como una película tierna, triste y ciertamente lejana. La evocación del pasado no le traía ningún consuelo; era más importante reflexionar sobre el presente y el futuro. Eran más o menos las once y media cuando llegó a la plaza. Alcanzó la representación nocturna de un circo de provincia. El espectáculo se presentaba bajo una carpa de telas blancas. Compró un boleto y entró. Se sentía extraño, como si hubiera entrado a un funeral. Pensó que estaba dormido, pero no, todo era real. Estaba ante una presentación nocturna de circo en la plaza. Los pocos espectadores, seis o siete personas, tal vez fue-

ran también insomnes. Batieron el gong y dos monos con chaquetas rojas acolchadas empezaron a dar volteretas.

Yang Bo advirtió que uno de ellos era más travieso, pues cuando el gong se detuvo seguía girando, una y otra vez, sin parar. El hombre del gong fue a sacarlo del escenario. Yang Bo pensó que el mono no tenía la culpa, había perdido el control y actuaba por inercia, como sucede a las personas. Después, un oso, tambaleándose, subió a escena; caminó sobre una pelota y luego tocó la armónica con mucho ánimo. Yang Bo pensó que los animales estúpidos, como los osos, no tenían que aprender números artísticos, por lo que no le gustó el acto. La representación terminó en media hora. Yang Bo fue el último en salir. Un hombre del circo lo abordó:

—Maestro, ¿te gustó?

“No mucho”, pensó Yang Bo, pero decidió que no era bueno herir al prójimo:

—Podrían alargarlo un poco, somos muchos los que no podemos conciliar el sueño.

Cuando llegó al edificio de telégrafos, de repente se apagó la luz mientras los empleados del circo terminaban de enrollar su carpa. En la camioneta, que estaba estacionada cerca de allí, Yang Bo vio cómo subían gente y animales. Al verla partir se le ocurrió otra vez la palabra funeral.

Se empezó a comentar de su costumbre de pasear solitario en las noches. Ese hábito empeoró la relación de Yang Bo y Feng Min. Los amigos se enteraron de una separación e imaginaron que pronto se divorciarían. Pero quienes mejor conocían a Yang Bo sabían que jamás dejaría a Feng Min, a menos que ella lo pidiera. Un día Wang Tuo, al despedir a un amigo en la estación de ferrocarril, encontró a Yang Bo sentado en las escaleras. Corrió a saludarlo, pero Yang Bo lo detuvo:

—No te acerques, soy sonámbulo.

Wang Tuo lo observó, sus ojos tranquilos y amables parecían querer sonreír, como era su costumbre. No le creyó el cuento del sonambulismo, pero se quedó preocupado por la salud mental de su amigo.

Yang Bo sabía muy bien cómo lo veían los demás, pero en su interior creía que todo marchaba bien: estaba cuerdo y relajado; iba

mejorando, por fin lograba despojarse de los grilletes de la vida ordinaria y elevarse a las alturas del espíritu. Se sentía satisfecho. Antes de abandonar la casa por segunda vez, Feng Min hizo un rico almuerzo y limpió la casa. Yang Bo la miraba impasible:

—No lo hagas, no quiero que te vayas. Si tenemos que separarnos, me iré yo; puedo vivir en casa de algún amigo.

—No. Tú te quedas aquí; nadie te estorbará para escribir. Te devuelvo tu libertad, tu soltería.

—Nunca he dicho que los solteros son libres y los casados no. Tampoco me molestan tú o el bebé, no cambies de tema, por favor.

—No estoy dispuesta a tolerar más tu egoísmo ni tus pensamientos oscuros. Tú no quieres a nadie, sólo a ti mismo.

—En eso estás equivocada: quiero a todo el mundo, excepto a mí.

Feng Min se quedó callada; siguió limpiando el piso con mucho cuidado. Había gotas de agua en el piso. Rozó con el trapeador los pies de Yang Bo y le pidió que los levantara. Con sus ojos apagados, inmóvil, dijo:

—Sé que hay otra razón para tu partida, pero te apena mencionarla. Mi impotencia, enfermedad fatal en un hombre casado. Pero te aseguro que te sigo queriendo; no tengo la culpa.

Estupefacta, parada allí después de un largo rato, Feng Min rompió en un llanto desgarrador:

—¡Estúpido! ¡Idiota! Sabes que ésa no es la razón principal.

Yang Bo la abrazó por la espalda y secó sus lágrimas:

—No llores, te quiero de verdad. Lo horrible no es mi impotencia, sino el cansancio de mi alma. Cuando me recupere, ese problema se irá desvaneciendo.

Feng Min se zafó de las manos de Yang Bo y gritó llorando:

—¡Eres repulsivo! ¡No te aguanto más!

Feng Min corrió. Al salir del edificio oyó que su marido gritaba:

—¿Qué hago con el bebé?

Feng Min no le hizo caso; el bebé era de ambos. Yang también tenía la responsabilidad de cuidarlo. Simplemente, ese sería su castigo. El bebé aún no cumplía un año, no hablaba ni tenía dientes. Todos los días le daba leche y harina de arroz, le cambiaba los pañales y lo

dormía. Si lloraba, lo sacaba en brazos al balcón. Ahí no lloraba. Así pasaban los días de Yang Bo.

Sabía que Feng Min le había dejado al bebé a propósito. Era un truco de las mujeres para conservar a sus maridos. “Pero, ¿para qué me necesita? ¿Qué quiere de mí? Y si el niño es un pretexto, ¿después qué? Quizás ni ella lo sepa”. Muchas personas no saben qué hacer para conservar algo. Yang Bo pensó que en aquella farsa fastidiosa la única víctima era el bebé. Como si fuera una pelota de vidrio lo movían de un lugar a otro, jugaban con él. Podían usarlo, porque no era más que una criatura sin voluntad propia.

En Yang Bo surgió entonces un cariño especial por su indefenso hijo. Salía a comprar arroz, ponía al bebé y su alimento en la canasta de la bicicleta e iba por la calle llevándolo despacio. Ya era invierno, los rayos de sol entibiaban el ambiente. Las calles estaban llenas de carros, bicicletas, hombres, mujeres y estudiantes apresurados. Yang Bo caminaba en dirección contraria a todos sintiéndose muy especial por eso. Tener un trabajo formal y una rutina proporciona cierto tipo de felicidad a la que los hombres se aferran para sobrevivir. Meditaba. Necesitaba descubrir qué circunstancias le habían impedido seguir gozando de aquella felicidad. No había sido algo exterior sino un impulso dentro de él. Una fuerza misteriosa e invencible. Pensó que tal vez su vida seguiría transcurriendo en la contradicción, entre la realidad y aquella fuerza opuesta.

Encontró a Wang Tuo parado en la puerta de su casa, pálido y mesándose los cabellos:

—Ren Jia tuvo un accidente; tomó un frasco de somníferos.

—¿Pastillas? No parecía sufrir de insomnio.

—¿No entiendes? Quería suicidarse, ahora está en urgencias.

Antes de preguntar, Yang Bo depositó el arroz en el suelo y luego cargó al bebé:

—¿Por qué querría suicidarse?, es apenas una niña.

Wang Tuo lo miró con desdén:

—Tal vez tenga que ver contigo. Sabes qué tipo de chica es y tú eres un asesino invisible.

Yang Bo permaneció callado. Luego indagó:

—¿Qué quieres que haga?

Wang Tuo contestó retándolo:

—¡Dímelo tú!

Yang Bo miró en el suelo la bolsa de arroz.

—Mientras subo el arroz tú cuida al bebé. Wang Tuo pateó el paquete y gritó furibundo:

—¡Que se pudra el arroz! ¿Eso te parece más importante que Ren Jia? Ven al hospital ahora mismo.

Para calmarlo, Yang Bo le dio unas palmadas en la espalda:

—No exageres, claro que no es lo mismo, pero nadie podrá doblegar la voluntad de Ren Jia. Si desea morir, morirá, si no, seguirá viviendo. No pasa nada.

Con el bebé en brazos fueron al hospital en la motocicleta de Wang Tuo. Yang Bo no lograba recordar el aspecto de Ren Jia; solamente la había visto tres veces, y ahora resultaba culpable de su intento de suicidio. ¡Que drama tan absurdo! La situación le parecía extraña porque él no tenía nada que ver con Ren Jia.

Entre ráfagas de viento, la motocicleta veloz atravesaba las calles. Yang Bo miró a su hijo que parecía intentar dormirse acunándose entre las cobijas. Extrañado de que no percibiera la alta velocidad, pensó que la capacidad de adaptación de los niños era mayor que la de los adultos. Mientras más viejos somos, más endebles tenemos los nervios. Wang Tuo no habló durante todo el camino. Al aproximarse al hospital municipal miró a Yang Bo y al bebé:

—Estoy desesperado, perdóname por forzarte a venir.

—No te preocupes. A todos nos sucede algo imprevisto cada ocho meses. Es inevitable.

Con el bebé en brazos, Yang Bo, detrás de Wang Tuo, entró a la habitación de Ren Jia. Acostada en la cama, lucía mejor después del lavado de estómago. Yang Bo se sentó en un banco y mirando la cara de Ren Jia se hundió en sus pensamientos. El cuarto estaba lleno de sol. Imaginaba aquellos medicamentos blancos entrar lentamente en el tracto intestinal y agitarse como la espuma del mar. Una sonrisa se insinuó en su rostro. Pensó que aquel suicidio con somníferos había sido, sin lugar a dudas, una jugarreta.

—Yang, no creas que quise morir por ti. Fue solamente que la vida me pareció gris e insensata, dijo Ren Jia de repente.

—Te comprendo. Nadie muere por los demás.

—La muerte es bonita. Experimenté la belleza y el sabor poético de la muerte.

—Eso no lo entiendo, pues jamás lo he sentido, pero no la imagino bonita. Cuando una persona está cansada de vivir desea la muerte, entonces la muerte se va acercando despacio. Tal vez es parecido a los peces del estanque: una vez que saltan, mueren.

—Tú no has vivido esa experiencia, así que ignoras lo que se siente; se parece a la letra de esa canción que dice: “Irse con el viento”. ¡Sí!, es la sensación de desaparecer con el viento.

“Irse con el viento”. Yang Bo asintió con la cabeza y miró por la ventana. Bajo el cielo azul claro, una de las ramas del platanar se mecía al ritmo del aire. ¡Qué agradable es el clima; el viento se lo lleva todo!

Cuando llegó el invierno, Yang Bo perdió la sensación de libertad y alegría. Cuidar a su hijo, que aún no cumplía un año, le producía cansancio del cuerpo y del alma, una fatiga que jamás había sentido. Cada dos días Ren Jia le llamaba a un teléfono público. Después de su suicidio fracasado le gustaba discutir y filosofar sobre la vida. Yang Bo tenía que bajar a contestar el teléfono con el bebé en brazos. Ren Jia hablaba mucho y no paraba a lo largo de cinco o seis minutos. Las personas que estaban esperando se quejaban. Yang Bo les decía:

—No tiene remedio, ¿acaso no la escuchan? Yo no digo nada, solamente soy un buen oyente.

Un día recibió una llamada. Cogió el auricular y preguntó:

—¿Quién es? Nadie contestó; oyó un leve sonido, algo parecido al llanto y luego se cortó la comunicación. Intuyó que era Feng Min. Pensó que a las mujeres les gustaba expresar sus sentimientos por teléfono. Les atraía aquella manera semioculta.

Aquel invierno casi perdió la noción del tiempo. El calendario de su casa mostraba el mes de julio. Julio era caliente y romántico, pero ahora era invierno. Yang Bo notaba el error, pero no quería corregirlo.

Una mañana, el bebé empezó a llorar asustado por el estallido de unos cohetes. Yang Bo se asomó a la ventana y vio que las calles

estaban más llenas que de costumbre. A lo lejos vio linternas rojas colgadas en el centro comercial y unas enormes letras: “Feliz Año Nuevo”. Supo que era un día festivo, en los que había mucha gente y mucho alboroto. Las fiestas gustan a la gente, pero los cohetes hacen mucho ruido.

Ese primer día del año nuevo sería el más negro en la memoria de Feng Min. Aquel día quería estar en casa. Sabía que tarde o temprano regresaría. Eligió el primer día del año para simbolizar un nuevo inicio. A las ocho de la mañana compró un ramo de claveles chinos, sus flores favoritas, y con una enorme bolsa en mano se preparó para volver. Justo al salir de casa de su padres llegaron unas amigas del teatro. Estaban preocupadas por ella y decidieron visitarla. Feng Min tuvo que desechar la idea de volver a casa por la mañana. Le preguntaron sobre Yang Bo y ella se puso a relatar su historia sin poder contener el llanto.

Era mediodía cuando se fueron. Feng Min se miró en el espejo y vio unas ojeras rojas y feas. No quería que la vieran así y decidió ir hasta la tarde.

Al mediodía el bebé seguía llorando. Desde temprano, cuando comenzó el ruido de los cohetes, no había dejado de llorar. Yang Bo recurrió a todo lo que sabía hacer, pero no pudo tranquilizarlo. Midió su temperatura, no tenía fiebre. No sabía qué hacer y no entendía por qué lloraba así en el primer día del año nuevo. Lo llevó al balcón. Estuvieron bajo el brillante sol y junto a los pañales que desde la noche anterior volaban al aire. Entre los ruidos callejeros distinguió un hermoso y conocido réquiem. Triste y lejana, aquella música se abría camino entre el viento, el sol y el bullicio. No pudo distinguir de dónde venía, pero pensó que no era buena señal, pues la asociaba con la muerte. En el cielo ascendía un globo perdido. Yang Bo, señalando al globo, dijo al niño:

—Ya no llores. ¡Mira qué bonito globo!

El bebé no miraba, sólo apretaba sus ojos llenos de lágrimas. Yang Bo sintió una profunda desesperación.

—No llores. No me gusta el llanto, es odioso. No llores, me impacientas, me desesperas, me provocas mal humor... ¡Ya no llores!

¿Quieres que te pegue? No me gusta la violencia, prefiero huir, ¿pero, a dónde?... ¿Por qué lloras sin parar? Déjame tranquilo un rato, estoy muy cansado, ya no puedo soportar tu llanto... ¿Por qué sigues llorando? Me desesperas, me haces sentir que este mundo no tiene sentido ni razón, y yo ya no quiero hablar. Ya he hablado demasiado... ¡Bien, bien, sigue llorando! Ahora sólo tengo un remedio para dejar de oír tu llanto: o te tiro por el balcón o salto yo. Saltaré yo, será lo mejor, así tendré la conciencia tranquila.

Yang Bo puso al bebé en la cuna. El bebé no paraba de llorar. Yang Bo llevó la cuna al balcón, buscó un osito de juguete y lo puso entre sus manos:

—Cuando decidas dejar de llorar puedes jugar con el osito. Tal vez estarás más contento sin mí.

Yang Bo puso las manos sobre el helado balcón. El cemento estaba frío, pero el sol calentaba. Miró al cielo: el globo rojo ya estaba muy lejos, sólo se distinguía un punto blanco en las alturas. Bajo el cielo estaba la ciudad, tan familiar, tan enorme, tan indiferente. Yang Bo seguía oyendo el réquiem retumbando en el cielo sin poder distinguir de dónde venía. A las doce y cuarto de aquel mediodía, Yang Bo dio un salto y partió del mundo. Escuchó un sonido extraño al caer. Sintió que su cuerpo, más ligero que nunca, parecía una hoja al viento. Pensó que eso sería como “irse con el viento” o tal vez era lo más parecido a la muerte. Abajo, en la calle, había muchos comercios. Ese primer día del año nuevo mucha gente vio caer a Yang Bo. Incluso Feng Min, su mujer, lo vio. Estaba comprando naranjas en el puesto de frutas. El dueño del negocio le dijo:

—Hacía tiempo que no venías.

Escogió unas naranjas y las puso en la balanza.

—Es mucho, no debería comprarlas.

Cuando cruzaba la calle, con las naranjas y las flores, miró hacia el balcón de su casa y vio saltar a un hombre.

Se parecía mucho a Yang Bo.

MANITA DE GATO

Tang Xiaoling

Tras graduarse en la universidad, Cui Qiang consiguió un buen trabajo en una compañía de capital extranjero en el parque industrial de alta tecnología. Aunque ganaba bien, tenía mucha presión en su trabajo.

Su novio, Wang Bin, compañero de clase, eligió quedarse en la universidad. Se inició como ayudante de profesor en su departamento y dos años después fue promovido al puesto de encargado de la célula de la Liga Juvenil Comunista de la facultad. Aunque su salario era menor que el de Cui Qiang, gozaba cada año de dos largos periodos vacacionales y mucho tiempo libre. No era obligatorio registrar sus entradas ni salidas del trabajo, como era habitual en las empresas extranjeras, ni tampoco tenía que llegar a una hora exacta. Con ayuda de su asesor terminó una maestría al tiempo que trabajaba.

Tres años después compraron a crédito un departamento con dos recámaras y sala en el Jardín Xincheng, un barrio cercano al parque industrial. El primer pago fue financiado por los padres de Cui Qiang. Remodelaron el departamento con sus ahorros. El arreglo era simple: pisos de madera y pintura marca Nippon. La cocina fue hecha a la medida. Lo más bonito que tenían era un sofá de tela verde claro con flores amarillas, elegido por Cui Qiang después de mucho recorrer las tiendas de muebles. Las cortinas también eran del mismo color; en la mesa ovalada de cristal, con panel lateral verde, había un florero con azaleas. La casa era cálida y acogedora, llena de vida. Wang Bin alababa a su esposa:

—¡Que lista eres! ¡No he visto una casa más hermosa!

Cui Qiang le preguntaba:

—¿Y acaso yo no soy hermosa?

—Eres la más bonita —decía Wang Bin—. La casa son las hojas verdes y tú, la flor roja que lo ilumina todo.

—Sólo sabes consentirme con dulces palabras.

A Wang Bin le encantaba acariciarla en aquel sofá. Un año después de celebrar su matrimonio tuvieron un hijo. Cuando encontraba algo bueno de comer o para vestir, Wang Bin pensaba primero en el niño y en su mujer, y siempre tomaba la delantera en los trabajos duros, sucios o cansados. Cuando su hijo entró al jardín de niños, Wang Bin se encargaba de llevarlo y traerlo. Con un marido así, Cui Qiang vivía su juventud sin grandes preocupaciones. Todas las semanas de oro del año¹ se iba con sus colegas a Xinjiang, a Tibet o a la isla de Hainan, sin mencionar Singapur, Malasia, Tailandia, Hong Kong o Macao. Siempre tomaba muchas fotos.

Wang Bin acompañaba a su hijo a las clases de piano, lo enseñaba a nadar y a patinar. En un abrir y cerrar de ojos el niño entró a la primaria. Entonces Cui Qiang exclamó:

—Ya estoy vieja, mi hijo ya es grande.

Su hijo y su esposo la animaban:

—Luces muy joven, este año pareces de veinte y el próximo te verás como de dieciocho. La palabra vieja no tiene nada que ver contigo.

Miró a su hijo y a su esposo, luego se miró ella de arriba a abajo en el espejo y tocándose las mejillas mientras movía la cintura dijo:

—¿Cómo que no estoy vieja? La piel de mi cara ya está suelta y tengo la cintura más ancha. El tiempo no perdona a nadie, a las mujeres nos toca envejecer. Wang Bin dijo:

—Si ya no tienes que buscar marido, ¿por qué te preocupas tanto? Por más vieja que seas siempre serás la madre de mi hijo, no voy a abandonarte, pierde cuidado.

¹ Vacaciones de una semana para conmemorar el 1 de mayo, el día del Trabajo, las fiestas de primavera o el Año Nuevo chino, y finalmente el 1 de octubre, cuando se celebra el aniversario de la fundación de la República Popular China.

—¿Abandonarme? ¿Pues qué te crees? En cambio, yo no te he dejado porque eres el padre de mi hijo.

Wang Bin sabía que Cui Qiang se sentía superior. Por más que él estudiaba y trabajaba, sus ingresos eran aún pocos. La baja posición económica siempre resta poder político, y lo mismo sucede en casa. Cuando su hijo quería comer en un Kentucky o comprar un juguete electrónico importado, siempre pedía dinero a su mamá. Incluso decía que de grande iba a trabajar en una empresa extranjera, como ella; así podría ganar mucho dinero, alojarse en hoteles de cinco estrellas en los viajes de negocios y viajar al extranjero cada año. Wang Bin le decía:

—¿Te conformas con tan poco?

—Mamá es más lista que tú —respondía el chiquillo.

Esas palabras le hicieron decidir participar en un examen para formar el cuadro gubernamental. No podía permitir que su propio hijo lo despreciara.

Con el segundo lugar que obtuvo consiguió el cargo de subdirector en una oficina municipal. Comenzó a tener más vida social y cada día regresaba más tarde a casa. Hasta su porte se había refinado. En cuanto un hombre tiene algo de poder, por más bruto que sea, adquiere algo de gracia, saca el pecho, endereza la espalda, profundiza la voz. Así, hasta el más feo se ve guapo, y Wang Bin lo era.

En el camino de la política, Wang Bin se sentía como pez en el agua. A los dos años su director fue promovido a otro puesto y después ascendió al puesto de director general.

También su casa ascendió de categoría. Dejaron el pequeño departamento de ochenta metros en el Jardín Xincheng para mudarse a uno de doscientos metros cuadrados con vista al lago. Desde su casa se veía el hermoso lago Gallito de Oro.

La decoración correspondía a la belleza del paisaje de los alrededores. La recámara, importada de Italia, era de madera de cerezo. La cama, vista de lado, parecía un enorme barco. La flor de la buena suerte que decoraba la cabecera y los bordes con filos dorados y plateados de la cama estaban hechos a mano. La cama era verdaderamente una obra de arte. En la amplia sala había un sofá de tela para cinco personas al estilo europeo; en frente, una mesita para té de

mármol, con un juego de porcelana marca Versace. En el baño, por supuesto, había jacuzzi y las llaves eran de cristales Swarovski. Y la alfombra, ni qué decir, era de lana pura.

Poco después de mudarse a la casa nueva se volvió a hablar de otro ascenso de Wang Bin. Un vicealcalde se iba al Consejo Consultivo Político y Wang Bin era el único candidato para sustituirlo. El director Wang trabajaba aún más que antes, apenas podía venir a casa un día a la semana.

Antes, cuando Cui Qiang llegaba, su esposo siempre tenía preparada comida caliente, y era él quien ayudaba a su hijo en las tareas escolares. La situación había cambiado. Ella lo esperaba despierta hasta muy tarde, pero él no regresaba. Cuando por casualidad volvía temprano, se ponía a jugar por internet. Después de diez años de matrimonio, eran tan ajenos que parecían un par de extraños. Al mirar el barco en el dormitorio y el magnífico sofá en el recibidor, Cui Qiang sentía un vacío en el corazón.

¡Qué felices y llenos de ternura eran los días en aquel departamento de dos recámaras y una sala, y el sofá verde con margaritas de los prados! La hermosa casa de ahora sólo era un cascarón vacío. Cui Qiang estaba deprimida; los fines de semana no tenía ganas de cocinar y llevaba a su hijo a comer a Kentucky o al Mac O’Pizza. Su hijo seguía creciendo, y a pesar de comer mucho no engordaba; en cambio, ella estaba cada día más gruesa, su cintura había crecido dos *cun*.² Entonces preguntó a su esposo:

—¿Estoy muy gorda?

Wang Bin, atando su corbata ante el espejo, dijo sin mirarla:

—Estás bien.

Un día Cui Qiang recibió un mensaje en su teléfono celular: “Cuidate de la zorra de la oficina de tu marido”. El número era desconocido y Cui Qiang decidió investigarlo:

—¿Quién eres?

Nunca le respondieron. Marcó y marcó, pero aquel teléfono estaba apagado. Se preocupó. Recordó la actitud fría de su esposo y comen-

² Medida de longitud utilizada en China que equivale a tres centímetros.

zó a sospechar, tal como haría cualquier esposa celosa en el mundo. Empezó a escudriñar a escondidas a Wang Bin. Examinaba su camisa y su ropa interior con los ojos y la nariz. Fingía ir al baño a media noche para espiar los mensajes en su celular, trataba de averiguar secretos cuando Wang Bin se embriagaba. Utilizó todos los medios, pero no logró nada. Su última arma era seguirlo.

En una ocasión, a medio día vio a su esposo acompañar a un invitado al restaurante. A su lado estaba una joven con vestido gris, de pelo largo, piernas más largas y cintura pequeña, muy atractiva. Preguntó y le dijeron que era una nueva empleada, recién graduada de la universidad. Tenía dos especialidades, inglés y francés, y además había estudiado japonés por su cuenta. De modo que, incluido el chino, podía hablar cuatro idiomas. Esa noche, sin hacerlo conscientemente, Cui Qiang tomó un libro de texto de inglés, nivel seis, y se puso a estudiar. Extrañado, su hijo le preguntó:

—¿Mamá, vas a estudiar una maestría también?

Arrojó el libro y apenas pudo contener el llanto.

—Estoy muy vieja para estudiar una maestría. Trabajo en una empresa extranjera y no debo olvidar el inglés.

Asintiendo con la cabeza, su hijo la consoló:

—No estés triste mamá. Cuando sea mayor yo voy a estudiar en el extranjero y ganaré mucho dinero. Entonces tú no tendrías que trabajar y podrás viajar por todo el mundo. Eso te gusta.

Abrazó a su hijo y llorando le dijo:

—Mamá está vieja, pero te tengo a ti y no tengo miedo de nada.

Un sábado por la noche vio a su esposo en “horas extras” junto a la señorita “cuatro idiomas” entrar en el centro de diversión Tianhe. Traía binoculares y los vio desde el coche.

La chica de piel blanca, ojos expresivos, poco maquillaje y pelo largo trenzado llevaba una playera negra sin mangas llena de chaquiras, pantalón de mezclilla corto bordado, sandalias tejidas de tacón plano y una mochila. “¡Ay, es cierto que la juventud lo vence todo!” Dejó los binoculares y se palpó la barriga. Al pensar en sus hombros anchos y sus piernas gordas se deprimió. ¡Con semejante cuerpo, cómo podría vencer a la señorita “cuatro idiomas”, joven

y fresca como un cebollín! Claro que su esposo trabajaba mucho, tanto que incluso los fines de semana se quedaba en la oficina.

Cui Qiang decidió cambiar entonces. Con acupuntura, hilos rusos y más de cuarenta minutos diarios en la máquina de correr, a los tres meses la obesa barriga y los anchos hombros desaparecieron. Los músculos de las piernas se volvieron a tensar. Había retrocedido el tiempo, nuevamente parecía de veinte. Al mirarse en el espejo, Cui Qiang tenía más confianza. Se sometió a una operación antiarrugas y adelgazamiento de cara, la expresión de su rostro cambió por completo.

Sin remordimiento alguno Cui Qiang vació su clóset y tiró toda su ropa de marca. Compró nuevos atuendos de moda en las boutiques Meiluo de Suzhou y Henglong de Shanghai. La nueva Cui Qiang también llevaba botas y blusas ajustadas y escotadas, sacos y faldas cortas, su pelo teñido de rojo lucía una enorme cola de caballo. Los colegas apreciaban su transformación:

—Te mudaste de casa y cambiaste de *look*. Qué bien te adaptas a las circunstancias.

Pero Wang Bin la examinó y le dijo:

—Me gustaba más tu *look* anterior. Estas ropas coreanas para niñas no te quedan. Cui Qiang se quitó las botas y se las aventó a la cabeza.

—¿Por qué no puedo llevar esta ropa? Me parece bonita y eso para mí es suficiente. ¿Qué derecho tienes a criticarme?

Moviendo la cabeza, Wang Bin dijo:

—Sé que los buenos consejos ofenden al oído, pero tengo que decírtelo. Esa remodelación no te favorece.

Esa noche, Wang Bin terminó temprano su trabajo y regresó a casa. Le regaló a su esposa un vestido Gucci gris azulado, moderno y elegante. Por su lado, Cui Qiang colgó en la pared de la sala una pintura. La había comprado en su viaje por Rusia. En la pintura, una pareja de viejitos estaban sentados al lado de una chimenea. Mientras el señor, tranquilo, tomaba un café, la señora tejía un suéter.

LA TEMÁTICA DEL INVIERNO

Wang Meng

En la capital de una provincia vivía un “jovenzuelo”, un viejito famoso dentro y fuera de China. Se llamaba Zhu Shendu, tenía sesenta y tres años y medía casi un metro con sesenta y dos centímetros; de cabello blanco, cara de niño y un espíritu vigoroso. Era el presidente de la Academia Estatal de Ciencias y el director de la Asociación Estatal de Ciencia y Tecnología.

Por haber escrito unas cuantas novelas en su juventud era, además, el presidente de la Federación China de Círculos Literarios y Artísticos, y el presidente de la Asociación Estatal de Escritores. También era el responsable, en esa ciudad, de un partido democrático de intelectuales. En 1981 se unió a las filas del Partido Comunista de China y, en 1982, oportunamente, se convirtió en un miembro formal.

Aunque su especialidad era la fisiología, su prestigio no se debía a sus contribuciones en el estudio de la célula o del cuerpo humano, y aún menos a sus novelas, que él mismo calificaba como “cursis”. Su fama se debía a que él era una de las pocas autoridades chinas en *bañología*, es decir, la ciencia de darse un baño.

Claro que tomar un baño no parece tener nada extraordinario a primera vista, pero explicarlo científicamente, describirlo y resumirlo, nadie lo había hecho hasta entonces. La gente de aquel pueblo no tenía el hábito de bañarse. Según la vieja tradición, uno se bañaba, cuando mucho, dos veces en la vida: al nacer y al morir. ¡Bueno, algunos tres veces!

Ricos, funcionarios y sabios solían hacerlo también antes de desposar a una mujer. En los primeros años del siglo diecinueve, el abuelo de Zhu Shendu, influido por los extranjeros que venían a China, de-

claró la guerra, valiente y sin cuartel, a la vieja tradición; construyó baños y abogó por su uso, argumentando con desenfado que el hombre podía bañarse al menos una vez al mes. Contrario a toda moral, en aquel entonces el atrevimiento estremeció la tierra, y el viejo, acusado y condenado por crímenes tales como “demagogia y engaño” y “daño a las buenas costumbres”, murió en la cárcel.

Cinco años después de su fallecimiento, el gran emperador de la dinastía Qing lo absolvió de toda culpa, y además le otorgó el título de Caballero Limpio. Después de su rehabilitación proliferaron los baños. Alguien se puso a investigar el canon confuciano *La gran doctrina*,¹ y encontró que si los baños se acompañaban con ayuno y abstinencia, podían ayudar a purificar el corazón, aclarar la mente, cultivar el cuerpo, ordenar la casa, gobernar el Estado y pacificar todo bajo el cielo. Esa justa y sabia explicación ayudó a que los caballeros consideraran el baño como una buena costumbre.

Pero cuando Zhu Yixin, padre de Zhu Shendu, permitió la entrada a mujeres en los baños, se suscitó nuevamente un escándalo. Los grandes señores y los sabios advirtieron que Zhu Yixin en realidad pretendía introducir prostitutas y “abrir su nido”. La naturaleza de la discusión sobrepasó por completo el ámbito de la bañología. De repente, Zhu Yixin se transformó a los ojos de la burocracia en una bestia maligna.

Gritos como “si Zhu Yixin no muere, el caos es inevitable” retumbaban en el Templo del Cielo. Se murmuraba también que una mujer de buena familia, al ser invitada al baño de Zhu Yixin, impregnada por la energía perversa de aquellas palabras, con unas tijeras se había cortado la oreja por donde había entrado la diabólica y seductora invitación. El registro de esa “mujer virtuosa y casta” aún yace en los anales históricos de esa provincia, cuya capital alcanzó el rango de ciudad apenas hace treinta años.

Desde niño, Zhu Shendu mostró el espíritu opositor, rebelde, innovador y vanguardista de sus ancestros. Investigaba fisiología, escribía cursilerías e inauguraba la novedosa ciencia de la bañolo-

¹ Uno de los cuatro clásicos confucianos.

gía, todo a la vez. Tardó quince años en elaborar sus *Argumentos a favor de la bañología*, que, en siete tomos, se subdividían en innumerables y exhaustivos capítulos: “El cuerpo y el baño”, “El sistema circulatorio y el baño”, “El sistema digestivo y el baño”, “El sistema respiratorio y el baño”, “El baño y la piel”, “El baño y el cabello”, “El baño y los huesos”, “El baño y la salud mental”, “El baño en la pubertad”, “El baño en la menopausia”, “El baño y la familia”, “El baño y el Estado”, “El baño del minero”, “El baño en tiempos de guerra”, “El baño y el agua”, “El baño y el jabón”, “La tinoología”, “La vestimenta para el baño”, “Las técnicas de exfoliación”, “El masaje”, “La metodología del baño”, “La temperatura del agua”, “Las técnicas de secado”, “Los efectos secundarios del baño”, “El baño y la política”, “La historiografía del baño”, “El baño y el contra baño”, “El baño y el antibaño”, “Las medidas del baño”, “Comprobación de la efectividad del baño”, “Suplemento a la bañología”, con “Anexos del volumen uno al siete”, etcétera. Todos los títulos, sorprendentes y espectacularivos, lo colocaron en la vanguardia mundial.

Su obra se tradujo a más de diez idiomas y, debido a su grandeza, dos soberanos de monarquías constitucionales le otorgaron títulos reales. Parecía que desde cinco mil años antes y en los próximos quinientos, dentro y fuera de su país, Zhu Shendu había acaparado la silla de honor en el ámbito de la bañología. Cada noche su casa era motivo de asedio. Particularmente sus admiradores jóvenes entraban y salían de su salón de visitas. ¡Ji ji ja ja! Entre risas y barullos comentaban una y otra vez los siete tomos.

Algunos los sabían de memoria, recitaban los textos palabra por palabra atrayendo la atención de los presentes. Otros, buenos para la discusión y el análisis, parecían apartarse del tema y se iban más allá, mucho más allá, aunque al final se centraban de nuevo en algún tomo, alguna página en particular, una línea o simplemente algunas palabras, incluyendo los puntos y comas, y así conquistaban la simpatía del anfitrión. Otros apenas lograban balbucear, pero de alguna manera lograban expresar su sincera veneración ciega por el maestro Zhu. Los más elocuentes, por mucho que hablaran, jamás se exce-

dían. Las estrellas escoltaban la luna, los pájaros cortejaban al ave fénix. ¡El éxtasis!

Entre los asiduos destacaba una joven delgada, tal vez algo mayor pero de apariencia muy juvenil que, con hablar meloso, ora se ponía los anteojos, ora se los quitaba, hacía pucheros y se veía muy simpática. Con mucha naturalidad tomaba el liderazgo entre los jóvenes reunidos. Se llamaba Yu Qiuping.

Las vidas del pueblo y de Zhu Shendu mejoraban día a día, cada vez más ordenadas.

Pronto saldría una edición de lujo de los siete tomos. Zhu tardó cuatro meses completos en revisar la nueva edición, aunque en total sólo corrigió siete palabras y seis comas, y sugirió nuevas ideas acerca del formato de la edición y la tipografía. Además, pidió a Yu Qiuping escribir un prólogo de setecientas cincuenta y dos palabras para la nueva edición. El profesor estaba eufórico.

Yu Qiuping manifestó que al concluir el prólogo comenzaría a trabajar en la biografía de Zhu Shendu y hasta le pidió clasificar sistemáticamente sus fotos desde niño, además de reunir todos sus manuscritos. Zhu Shendu, arrobado, esbozó una leve sonrisa y dijo:

—Olvidalo. ¿A quién le podría interesar?

De no haber ocurrido aquel inesperado “incidente de Zhao Xiaoqiang”, los días de Zhu Shendu hubieran transcurrido eternamente en perfecto orden, como las manecillas de los relojes de pared europeos: tic, tac, tic, tac.

A las ocho de la noche del 22 de noviembre de 1983, Yu Qiuping, agitada, entró a la sala de huéspedes del doctor Zhu Shendu. En su estado de exaltación, cuando se quitó el abrigo, cayó un hermoso botón azul de brillo impresionante. Su saludo al doctor no fue tan cálido y dulce como de costumbre; se le veía acelerada y confundida. Zhu Shendu frunció el ceño, luego las cejas y por fin observó cómo Yu comenzó a hablar antes de sentarse en el sofá:

—¡El joven Zhao lo contradice públicamente!

—¿Quién es el joven Zhao? ¿Qué contradice? Zhu Shendu no entendía nada.

—Aquel Zhao Xiaoqiang.

—¿Cuál Zhao Xiaoqiang? Zhu, cada vez más desconcertado, dejó escapar entre los dientes aquellas tres sílabas zhao, xiao, qiang, como si analizara algún microbio producto de un coprocultivo.

—¡Uno calvo! —Con cada palabra crecía la ansiedad de Yu Qiuping— ¡Su madre se divorció; en la escuela solía robarse las peras de los parques públicos! Aquél que se fue a estudiar a Canadá técnicas para criar peces dorados, ese mismo ha publicado un artículo con el argumento de que el mejor momento para bañarse es la mañana. Zhu Shendu sintió que aquellas palabras retumbaban.

—¡Cómo que en la mañana! —tartamudeó— Ba-ba-ba-babañarse en la ma-ma-ma -mañana es como ha-a-a ablar— con los pies o pedirles a los ga-ga-gagallos poner hue-huevos.

Yu Qiuping abrió su bolsita de mano, hecha de piel artificial, muy a la moda; sacó un periódico local y lo abrió en la tercera página, donde estaba el escrito de Zhao Xiaoqiang, “Vivencias en Canadá”.

El doctor Zhu tardó un poco en encontrar sus anteojos, y cuando finalmente los halló miró los párrafos cruciales previamente subrayados con lápiz rojo por Yu Qiuping: “La mayoría de mis paisanos acostumbran bañarse antes de dormir, aunque los canadienses prefieren bañarse por la mañana”. Peinó con la mirada la página del periódico, y a pesar de todas las marcas y señas, no encontró otra cosa más que aquella frase subrayada. Al lado decía “Tips para la vida. Cómo eliminar el mal aliento”. Lo del baño sólo mereció un “hummm” de Zhu Shendu.

—A decir verdad —Yu Qiuping, al hablar, fruncía sus dulces labios, que como pala en la tierra, subían y bajaban—, bañarse por la noche o bañarse en la madrugada no es un asunto tan simple. ¿Qué pretende ese Zhao Xiaoqiang? ¿Se cree mucho por haber estado en Canadá? ¿Acaso la luna de Canadá es más redonda que la de China? Ni aunque me pagaran iría a Canadá. ¿Por qué los que salen se creen superiores? ¿Quién puede asegurar que el baño canadiense es correcto? ¿Es que en nuestra ciudad viven canadienses? ¿Acaso más de noventa por ciento de nuestros obreros, líderes y campesinos han ido a Canadá? Y si los canadienses no respetan a sus padres, ¿nosotros tenemos que seguir su ejemplo? Además, ¡Canadá es bla bla bla...!

A Zhu Shendu se le llenaron las orejas de Canadá. Con la cabeza hinchada y a punto de explotar agitó la mano:

—Es un joven terco, no leagas caso.

Sonó el timbre. Tres discípulos favoritos, que la noche anterior lo habían visitado, vinieron a expresarle su solidaridad por las estupideces del irreverente Zhao Xiaoqiang. Enfatizaron sobre todo la actitud irrespetuosa de Zhao Xiaoqiang, aseverando que de ese modo la actual bañología sería negada desde su raíz.

—¡Basta! —dijo Zhu Shendu enojado. A un mocoso que apenas salió un rato al extranjero, que repite como papagayo estupideces dichas por otros, no vale la pena ponerle tanta atención. Al terminar bostezó, expulsando tal cantidad de aire que sus pobres cuerdas vocales sufrieron una gran sacudida y emitieron algo parecido al canto nocturno del gallo. Otrora, aquello era señal de despedida, pero esa noche anunciaba truenos y relámpagos.

Esa noche, la actitud de Zhu Shendu aún conservaba cierta dignidad, pero dos días después corrían rumores por toda la ciudad de que “Zhu Shendu estaba enojado”, “Zhu Shendu había dicho que Zhao Xiaoqiang era un ignorante”, “El profesor Zhu Shendu dijo que Zhao era un estúpido y un condenado”, “Que Zhao era un miserable”, “El doctor Zhu había dicho que Zhao era un besaculos de los extranjeros”, “El profesor Zhu dijo que ...” Las habladurías corrieron y corrieron hasta llegar a oídos de Zhao Xiaoqiang. Él también tenía “hermanos” que lo apoyaban. Entre ellos, el más vigoroso era un joven cojo, alto, flaco, con barba de chivo y mirada de mujer. Se llamaba Li Lili. Enojado y golpeando los puños decía:

—Ellos carecen de cultura, de conocimientos; son tontos e insensibles, su bañología no es más que una sarta de estupideces. ¡Sólo les queda un camino, desaparecer en el crematorio!

Zhao Xiaoqiang había estudiado zoología, y efectivamente había hecho algunos experimentos de transformación genética con los peces dorados. Tal vez por eso Yu Qiuping había dicho que “salió del país para aprender a criar peces dorados”. Zhao jamás imaginó que su pequeño comentario, publicado en la cola del periódico, suscitaría tal revuelo. Se arrepintió de haber escrito esas tonterías insignificantes.

Con severidad, Zhao Xiaoqiang interrumpió las críticas de Li Lili hacia el profesor Zhu:

—El honorable maestro Zhu tiene méritos: su familia, generación tras generación, ha trabajado a favor del baño, trayendo gran prosperidad a la ciudad. Su contribución histórica no está en duda. El Maestro Zhu habla muy bien japonés. Siempre me ha protegido, me ha formado, pude ir a Canadá gracias a su recomendación. Él es mi benefactor. Mi conciencia jamás me permitirá olvidar todo eso. Aquí sólo se trata de un malentendido que se debe de aclarar, eso es todo.

Los labios de Li Lili temblaron de ira. Señalando a Zhao, dijo:

—¡Necio, ratón de biblioteca! Entre más estudias menos entiendes. Ya bien lo dijo Lin Biao,² “perdió el cerebro y ni supo dónde”.

Zhao Xiaoqiang sonrió, los huéspedes como Li Lili siempre eran bienvenidos en su casa. Hablaban, reían y a veces sacaban algún provecho de las pláticas. Pero él no era como los demás, no quería ni pretendía convertirse en su “líder espiritual”; no necesitaba ni planeaba ocupar a Li Lili ni a otros como consejeros o asistentes, como bancos de ideas ni como séquito. Hablaban, traían una que otra novedad, y sólo los escuchaba, pero tenía sus asuntos, posturas e ideología bien definidos.

Al día siguiente telefoneó a la casa de Zhu Shendu. En toda la mañana no pudo comunicarse; cuando al mediodía por fin lo logró, Zhu estaba comiendo, y al saber que la llamada era de Zhao Xiaoqiang, no quiso atenderla. Veintidós minutos después marcó de nuevo, sólo para escuchar que Zhu dormía la siesta. Por la tarde otra vez la línea estuvo siempre ocupada. A las cinco de la tarde fue a verlo. Zhu Shendu, molesto, lo recibió. Hablaron del clima, pero la plática no fluía. Como sin querer, tocaron el tema de Canadá.

—Ir una vez a Canadá y creerse mucho por ello no es correcto.

Zhao, sumamente incómodo, balbuceó un sí y luego casi tartamudeando añadió:

² Lin Biao, camarada de Mao y segundo viceprimer ministro de China. Después de su muerte en un accidente aéreo en 1971, fue declarado traidor a la patria.

—En el artículo del periódico nocturno sólo mencioné lo del baño, jamás pensé contradecir a...

Sin dejarlo terminar la frase, Zhu comenzó a gritar, y aunque ya estaba un poco mayor saltó del sofá con gran agilidad:

—¡No me salgas con eso, no te pedí que vinieras, y menos a darme una cátedra sobre bañología! ¿Acaso piensas que soy inculto? ¿O tonto? ¿Acaso es a mí a quien no queda otro camino que el crematorio?

Zhao Xiaoqiang quedó estupefacto. ¿Cómo las palabras que Li Lili había dicho apenas veinticuatro horas antes, una tras otra, con puntos y comas, habían llegado a oídos de Zhu? ¿Habría instalado en su casa aparatos para espiarlo? Y si así fuera, ¡qué mejor! Porque así Zhu se daría cuenta de que él no había dicho aquellas tonterías, ni siquiera las había secundado, al contrario las había parado en seco. Pero lo corroía la duda, pues aquellas necedades se habían dicho en su casa; él había ofrecido el espacio y el tiempo a Li Lili para expresarlas, fue él quien atendió en su casa al culpable de aquellas sandeces irresponsables e incluso insultantes. La lógica era simple: Li Lili no fue a casa de Zhu para decírselo, y tampoco se paró en un semáforo para gritar a los cuatro vientos sus opiniones sino que lo hizo precisamente en su casa. ¿Acaso no estaba involucrado? ¿Podría sostener su inocencia ante Zhu y echar toda la culpa a Li Lili, y luego, junto con Zhu, regañar a Li Lili como se lo merecía? Pero sólo podía balbucear. Por más que lo intentaba, las palabras no salían.

Al escuchar aquellos comentarios por primera vez, Zhu no los creyó del todo, pero frente a Zhao, cada chisme, palabra por palabra, salió de su boca de un tirón. Su enojo era real, aunque no estuviera seguro de quién los había dicho. Sin embargo, la extraña actitud de Zhao delataba que su antiguo alumno había dicho cada palabra, pues si no fuera así, ¿por qué no las negaba? ¿Por qué no acababa con los rumores de una vez por todas? ¡La mosquita muerta de Zhao Xiaoqiang lo había insultado! Casi se desmaya de sólo pensarlo.

Desolado, Zhao Xiaoqiang regresó a su casa. En sus oídos retumbaban las iracundas frases y ante sus ojos bailoteaba la sombra enfurecida de Zhu; eran su nariz temblorosa y sus labios sumidos como una daga los que provocaban angustia y temor. Se arrepintió de haber

ido a buscarlo metiéndose solo en la boca del lobo. Mientras caminaba como perdido, en una esquina casi lo atropella un Toyota. Frente a él, tres coches en diferente dirección frenaron en seco. Los choferes lo insultaron y un oficial lo llamó para darle a solas una lección de tránsito; no le entendió ni una palabra, sólo seguía el ritmo de la voz del agente, asentía con la cabeza y murmuraba “Sí, sí”.

—Como muestra usted buena actitud esta vez no lo infraccionaré. Tenga más cuidado en el futuro. —Lo último que dijo fue la absolución, lo que Zhao sí comprendió y le provocó una sonrisa.

Durante los dos minutos que permaneció en la acera observó el enorme cartel de una película bajo las luces, *Nuestro niu baisui*. En el anuncio se reproducía la imagen de un campesino regordete con palillos y plato en mano sentado a la mesa; parecía tratar de convencer a su mujer enojada para que comiera. Zhao pensó en lo fastidioso y aburrido de la vida, y su estado de ánimo mejoró un poco.

De vuelta en casa se puso a ver las noticias mientras cenaba con su esposa: varios líderes chinos se entrevistaban con sus homólogos extranjeros. La actitud de los anfitriones y los huéspedes era solemne, su postura recatada; las alfombras, los sofás, las teteras, las tazas, los candiles e incluso los cuadros de la pared estaban impecablemente ordenados. Zhao se entusiasmó. Luego vino el programa *Los lugares del mundo*. Hablaban de algún país africano. Primero mostraron una ciudad bulliciosa y concurrida, luego un desierto interminable, algunas danzas primitivas, un espectáculo lleno de luces y sonidos sin ton ni son y unos cantantes raros, en pocas palabras, ridículos.

Al otro día por la mañana, Zhao Xiaoqiang y sus compañeros hablaron sobre bañología. La solemnidad en la sonrisa de Zhao era digna de la recepción a un dignatario distinguido.

—Sobre estas cuestiones vale la pena polemizar, hay que permitir que las cien flores florezcan; cada uno debe opinar, es bueno avivar las discusiones. ¿Por qué tener miedo? Claro que respeto al maestro Zhu Shendu. Valoro mucho sus contribuciones a la bañología, pero no considero que todas sus palabras sean apologías de la verdad. Además, ¿qué hay de malo en que yo aporte alguna información fidedigna acerca de Canadá o simplemente discrepe un poco o añada algo nuevo?

Zhao Xiaoqiang notó que a pesar de su sinceridad, espontaneidad y discreción, sus palabras no convencían a los confundidos e intranquilos oyentes.

Aquella noche, después de la discusión con Zhao, Zhu estaba algo arrepentido, pero su carácter era un tanto particular, mientras más sabía que se había equivocado, más se enojaba con el prójimo. Estaba convencido de que eran las malas intenciones, los arrebatos y las provocaciones ajenas los que lo hacían cometer errores. Claro que él no debía rebajarse al nivel de aquel jovencito y permitir la pérdida de su reputación. Así pues, los días siguientes se dedicó a hablar en distintos foros con mucho estilo y altura.

—Sea bienvenida la polémica, es importante debatir sobre el modo correcto de bañarse. Mis escritos no son conclusiones, nadie está en posesión de la máxima verdad. Los jóvenes retan a la autoridad, se atreven a opinar y ofrecer nuevos puntos de vista. En mi familia, todos mis ancestros se han enfrentado a la autoridad y han luchado en contra de las tradiciones. Yo, precisamente, soy un antitradicionalista.

Y, dogmáticamente, añadía:

—La verdad, mientras más se discierne, más se aclara. El buen oro no teme el fuego forjador. La verdad se desarrolla a partir de combatir la mentira. —Y otras frases solemnes y grandilocuentes.

Lo que ambos dijeron llegó a oídos del otro. ¡Y cómo no! Si hasta los secretos del buró político llegan a filtrarse, qué decir de este asunto. Poco después la pequeña guerra entró en receso. Los dos se calmaron un poco. Sin embargo, para buena parte de los círculos intelectuales de aquella provincia y su capital, la polémica de la bañología se convirtió en el tema preferido durante los inicios de aquel invierno, aunque había otros temas que también captaban la atención pública: las críticas a la novela *El frondoso pasto de la pradera* de Zhang Xiaotian, la exposición de ropa de pluma de ganso, el caso de una niña mimada que envenenó a su madre por no haberle comprado helado, y cuyo padre se suicidó después de matar a la criatura. Pero no se olvidaba el pleito entre los bañólogos, el viejo y el joven.

El chisme preferido era “el problema de la relación” entre Zhu Shendu y Zhao Xiaoqiang. ¿Qué cuáles eran los antecedentes de esa

relación? No había quien no contribuyera con su granito de arena para desentrañar los niveles profundos de aquella polémica.

A ambos les preguntaban lo mismo. Zhao, desganado, narró la historia de su infortunado artículo, y Zhu comentó, sin querer, lo de bañarse en la noche o por la mañana. Las respuestas de ambos decepcionaron al auditorio, que no encontraba argumentos en la supuesta discrepancia, e incluso le parecía algo aburrida y nada espectacular. Ambos negaron tener “problemas de relación”.

Sin embargo, la discreción de los dos demostraba que el problema en su trato era muy serio y profundo. “No es común”, “Hay algo oculto”, “Es un conflicto actual de intereses que, no obstante, viene desde el pasado”. Así pensaban casi todos. Parecía que el pasatiempo favorito de entonces era analizar detalladamente las relaciones de los demás. Parecía incluso que había una Oficina de Indagación o un Comité de Investigaciones Secretas. No tardaron en desenterrar un montón de material sobre los “antecedentes ocultos” y muchísima información de consulta interna.

Yu Qiuping y sus amigos especularon que Zhao Xiaoqiang no estaba conforme con el trato recibido en su unidad de trabajo ni con la vivienda que se le había asignado. Después de su “baño de oro” en el extranjero, tenía la esperanza de convertirse en el director del Departamento de Fisiología de la Academia de Ciencias regional, ser promovido dos niveles en el puesto y tres niveles en el salario; además, había querido mudarse a un departamento de tres recámaras y una sala; había querido también ser nombrado investigador titular y, como si eso fuera poco, había anhelado que su única hija, quien apenas cursaba primero de secundaria, asegurara un sitio en una buena preparatoria. Como no consiguió nada, sospechó que el profesor Zhu Shendu había puesto trabas, desarrollando sentimientos de odio y rechazo. Entonces había decidido golpear la auto-ridad de Zhu.

Alguien más ofrecía nuevos materiales complementarios: en una charla de té entre científicos, Zhao Xiaoqiang extendió la mano para saludar a Zhu, pero aquél, ocupado con el presidente del Consejo de Consulta Política, despreció la mano extendida de Zhao. Aquella in-

diferencia, por cierto nada intencional, había herido profundamente la autoestima de Zhao.

Li Lili y sus amigos también teorizaban sobre el tema. Cualquiera que tuviera el mínimo deseo de destacar en los círculos científicos o culturales corría a la casa de Zhu. Con sólo cruzar el umbral de la Puerta del Dragón, tu precio subía más de diez veces. Con cada visita Zhu lograba una suerte de licencia especial, pues a su paso todos los semáforos se ponían en verde. Y cuando Zhao, ese hombre pulcro, recto y tan estudiado, regresó al país, tardó más de un mes para ir a casa de Zhu. Desde entonces Zhu simplemente ya no soportaba a Zhao. Alguien en voz baja aportó información “ultra secreta”: “En la misma ciudad vivía el profesor agrónomo Shi Kanlü, viejo oponente de Zhu. Al día siguiente de regresar a China, Zhao corrió a saludar al profesor Shi y llevarle dos paquetes de café soluble *Coffee mate*, una rasuradora automática, un reloj despertador con radio y dos grandes bolsas de complementos alimenticios occidentales. Un mes y medio después se dignó a ir a la casa de Zhu, y sólo le llevó de regalo un paquete de cigarros 555 y un encendedor de la marca Camel. Así, sin poner ni una gota de agua, sembró la semilla de la enemistad”.

En el aspecto histórico, las especulaciones se trasladaron al ámbito más profundo de la psicología y la personalidad. Algunos decían que Zhu, mientras más viejo, era más envidioso, pues no permitía que nadie, en ningún aspecto, lo superara. “Zhu Shendu es envidioso”, decían con desdén. Otros afirmaban que Zhao era un joven presumido, que a todos subestimaba y no permitía que nadie obstaculizara su camino. Luego pasaron al campo político y noticioso. “Los jóvenes contra los viejos”, “El nuevo partido contra el viejo partido”, “Occidente *versus* Oriente”. Todos opinaban, y la discusión se volvía cada vez más intrincada y absurda. Un crítico ocioso llevó la polémica incluso a los terrenos de “la praxis” y “la verdad absoluta”.

En resumen, los investigadores y los analistas aficionados de “la problemática de las relaciones humanas” coincidieron en que “el conflicto Zhu-Zhao” no era casual sino todo lo contrario; correspondía a las leyes naturales y había sido completamente inevitable. Las palabras fluían y la obra teatral tomaba cuerpo. Para no abundar

más, así se manifestaba en aquella ciudad el profundo conflicto social existente en todos lados y en todos los tiempos entre los de arriba y los de abajo.

Como siempre sucede, no faltaron algunos, más que nada jóvenes, que oyeron la palabra “conflicto” y se alegraron, se les despertó el morbo y les escurrió la baba. En bola, con unas copas de Laobaigan y un poco de frituras de camarón, pasaban día y noche especulando sin parar sobre el inicio y el probable desenlace de la guerra Zhu-Zhao, su significado, los secretos, las últimas noticias y las posibles predicciones.

En una de esas ocasiones repitieron hasta la saciedad la misma información, exagerándola cada vez más, como sucedió al referir la visita de Zhao a Shi y los regalos que le había llevado; en cada repetición había añadidos. Pero no importaban las imprecisiones. Después de escuchar treinta y tres veces lo mismo, sentían que era la primera información que les llegaba. La quincuagésima repetición era tan fresca como la primera. Felices y emocionados, guiñaban los ojos, palmeaban y zapateaban como si oyeran un secreto celosamente guardado.

El morbo que despiertan los conflictos humanos no tiene límites. La tradición de intrigas y conspiraciones de la época de Primavera y Otoño y los Reinos Combatientes³ es larga y antigua, pero siempre se renueva. ¡Es única e incomparable! Esa manía por la “ciencia de las relaciones humanas” es capaz de conformar a muchas generaciones de “científicos locos”. Mientras en Occidente ocurre la revolución sexual y la informática, en China florece “la revolución de la ciencia de las relaciones humanas” y se apilan las “listas de fanáticos”. En vez de escribir sobre el amor, la vida y la muerte, sobre aventuras, sobre la sabiduría, la personalidad, la conciencia, las costumbres, los sentimientos, el sufrimiento, lo típico, los novelistas chinos deberían escribir sobre las relaciones humanas, sobre la lucha y los conflictos entre los hombres, y, en la mayoría de los casos, entre la buena gente. Solamente con novelas repletas de espíritu nacional, histórico,

³ Periodo de Primavera y Otoño (770 a.C.-476 a.C.), y periodo de los Reinos Combatientes (475 a.C.-221 a.C.).

clásico, animadas por el inconsciente colectivo, de tradición y modernidad, podrán llegar a las profundidades del alma del lector. Sólo así tendrán aceptación entre doctos y legos, jóvenes y viejos, los de antes y los de después, y serán de utilidad en la vida cotidiana y cuando se viaje fuera del país.

Cuando terminaron los análisis sesudos se pasó a la acción. Con el propósito de tomar partido buscaron por separado a Zhu Shendu, a Zhao Xiaoqiang, a Yu Qiuping y a Li Lili. “Tomar partido” era un concepto moderno, creado durante la Revolución Cultural para indicar la adopción de cierta postura revolucionaria; algo así como en el viejo Shanghai o en el actual Hong Kong, cuando se apostaba a un caballo en el hipódromo. Muchas personas consideran que tomar partido es un atajo para ganar la batalla de la vida.

Quienes buscaron a Zhao criticaban e incluso insultaban a Zhu. Las ofensas eran tantas y de tal variedad que Zhao no comprendía sus intenciones. Los que optaron por Zhu explicaban que la actitud de Zhao era una muestra clara de la descomposición social, de la degradación del espíritu académico y de los malos hábitos de la juventud. Otros buscaron a Yu Qiuping; llevaban información sobre las travesuras que Zhao había cometido de niño, y para explicarlas se basaban en las cachetadas que la hija de Zhao dio a un compañerito del jardín de niños, que era como decir que de tal palo tal astilla, aunque en este caso fuera de tal astilla tal palo.

Los dichos populares corrían de boca en boca, todos basados en información “fidedigna”, que Li Lili había oído, y a su vez transmitido, sobre la esposa de Zhu, quien, se murmuraba, maltrataba a su sirvienta. Hasta hubo un señor, trece años mayor que Zhao y seis niveles por encima de su salario, algo conocido en la ciudad, que una vez tomó a Zhao de la mano y con mirada fija y aliento alcohólico le dijo:

—El tiempo está por delante, camarada Zhao; tarde o temprano te darás cuenta de que estoy contigo. Yo te apoyo, te admiro.

A Zhao se le revolvió el estómago y casi vomita los raviolos de puerro y carne de puerco que había comido la noche anterior. Otro, practicante de *qigong* duro, con cabellos largos, que había publicado en el periódico nocturno dos mininovelas, visitó a Zhu y le dijo:

—Desde siempre supe que ese Zhao era un canalla. Señor Zhu, con una sola mirada estoy a sus órdenes; el día que me necesite mándeme una señal y allí estaré.

¿Sería que por escuchar eso a Zhu Shendu le dio taquicardia por más de veinticuatro horas? Verdaderamente se asustó al pensar que aquel muchacho de cabellos largos, con su *qigong* duro y otras técnicas especiales, pudiera matar a Zhao.

Los más inteligentes no tomaron partido; no se comprometieron. Veían a Zhao y le sonreían, veían a Zhu y también le sonreían; veían a Zhao y lo saludaban amablemente, veían a Zhu y lo trataban con cortesía; veían a Zhu y se llenaban de alegría, veían a Zhao y se colmaban de felicidad. Siempre precavidos, sin mostrar inclinación alguna, ponían a ambos cara amable.

El viejo Zhu y el joven Zhao estaban hartos y hasta aburridos de tanto chisme, pero no se podían esconder ni buscar espacios de réplica. Zhu no podía dar la espalda a Yu Qiuping y tampoco despedirla. Zhao no debía hacer eso a Li Lili. Ninguno de los dos podía socavar su pedestal y quedarse solo.

“Poco a poco te acostumbras a lo raro y simplemente dejas de prestarle atención”, se consolaba Zhao. “Los hombres mayores no deben fijarse demasiado en los errores de los de abajo. Siempre hay que conservar la frialdad de los médicos y el temple de los doctos”, se reconfortaba Zhu. Sin embargo, los dos habían caído en el lodazal de la compasión y las intrigas, ambos eran cabecillas de sus bandos y no podían salir del ruedo.

Lentamente se fue diluyendo el asunto. Los apasionados del tema fueron trasladando su curiosidad al probable sucesor del presidente municipal de la ciudad.

Una pequeña revista de la capital, en el primer número de mil novecientos ochenta y cuatro, publicó el informe: “Los estudiantes regresan a casa y despiertan polémicas”. El autor era un periodista que seis meses antes había visitado a su colega Zhao Xiaoqiang, quien ya ni siquiera se acordaba de la entrevista cuando recibió dos ejemplares de la publicación. El artículo era más o menos fidedigno, pero contenía una que otra exageración. Para tranquilizarse, Zhao recordó

que la fama de muchos periodistas depende justo de la exageración, e incluso que algunos han ganado notoriedad sólo por sus adornos y falsedades. El artículo transcribía lo dicho por Zhao:

A nosotros, realmente, nos hace falta el espíritu polémico; discutir sobre los asuntos y no sobre la gente. Nos falta la convicción de que debemos amar la verdad por encima de nuestros maestros. En el extranjero, con frecuencia pude ver a colegas que en los congresos sostenían acaloradamente sus puntos de vista y al salir seguían siendo buenos amigos. Aquí tenemos decenas de años hablando sobre la necesidad de aprender a discutir, a polemizar, pero aún no lo logramos. En principio, nadie se atreve a discrepar un poco sobre algo, pues eso significa rivalidad, ser considerado un oponente que cuestiona la autoridad e incluso declara la guerra. Así, te enemistas con uno, con varios y luego con todos, hasta que incluso se te olvida el tema de la polémica. Sólo tienes presente que no puedes ver al otro ni en pintura y mientras tanto el pleito sigue sin fin. ¿Cómo será posible así la prosperidad académica?

Es fácil sostener que, frente a la verdad todos, somos iguales, pero es muy complicado ponerlo en práctica. No hablemos de poder, autoridad o estatus, pues si estás tan sólo un rango arriba puedes acabar con tu oponente. El puesto y la edad frecuentemente se convierten en el estándar de la verdad. No tiene caso discutir con un mayor, porque él es antes que todo la autoridad, no importa que no tenga la razón. Prepotencia y arrogancia son dos palabras que acaban con todo el debate académico.

Al final, el artículo describía al entrevistado:

Zhao Xiaoqiang fue a tierras lejanas a adquirir conocimientos útiles para la patria. Ambicioso, de firme voluntad, dice siempre lo que piensa, lleno de entusiasmo y buen humor. Perspicaz, acertado y penetrante, todos sus movimientos reflejan firmeza y decisión. Tal parece que la primavera trae a los círculos académicos de su tierra, como la alondra que llegó para anunciarla.

¿Algo más? Zhao leyó el artículo. No hallaba la calma, ora se sentaba ora se acostaba. Tratando de consolarlo, su esposa le decía:

—No te preocupes, son cosas que dijiste hace medio año; no son críticas dirigidas a nadie. Quien quiera puede escribir a Beijing y preguntar. Además, el artículo no lo escribiste tú, fue aquel colega tuyo que se acabó nuestro whiskey y, mareado, añadió flores y mariposas.

—¿Cómo lo van a saber? ¿Quién va a investigar si son mis palabras o no? Acuérdate que cuando Wu Han escribió *La destitución de Hai Rui* aún no se había celebrado la reunión de Lushan, pero todos dijeron que se refería a la destitución de Peng Dehuai. ¿Acaso le dejaron espacio de réplica?

—Ahora son otros tiempos.

—Tampoco digo que todo siga igual.

Haciendo a un lado la discusión de los esposos Zhao, aquel artículo resonó como bomba atómica en los oídos de Zhu. Esta vez Yu Qiuping no estaba nerviosa ni temblorosa; tampoco había subrayado líneas del texto, simplemente trajo la revista y con pasos livianos llegó frente al maestro y la puso en sus manos junto con los anteojos.

El maestro tardó cuarenta y cinco minutos en leer aquel texto corto. Meditaba palabra tras palabra, renglón tras renglón. Los colores de su cara iban revelando su ánimo: roja, luego verde, después amarilla y al final blanca. Mientras más leía más se tranquilizaba, de la cólera pasó a la calma y la humillación se tornó en apatía. Terminó de leer sin decir nada, sólo esbozó una sonrisa insípida mordiéndose los labios.

Esta vez Yu Qiuping tampoco se veía exaltada. Al ver la expresión de Zhu, sin decir ni una palabra y satisfecha por dentro, se retiró en silencio. Zhu tuvo insomnio toda la noche. Extraños sonidos y voces llegaban a sus oídos, sus labios ardían como si hubiera comido algo picante. Aquel Zhao Xiaoqiang extendía su arco por todos los frentes mientras incontables cachetadas caían sobre las mejillas del profesor.

Bañarse en la madrugada o por la noche, ¿a quién le importaba? Lo que no se valía era engrandecer a Canadá y ningunear a China. ¿Qué cara pondría él ante sus ancestros? ¿Cómo lo explicaría a las queridas montañas y ríos de la patria?, ¿a los mártires del pasado?, ¿a sus maestros? Zhu pensaba en eso cuando, de pronto, sintió hervir su sangre y brotar lágrimas calientes. Estaba dispuesto a perder la vida antes que permitir las herejías de Zhao. Ni muerto se perdonaría esa

culpa. ¡Lo que importa es el carácter, no ensuciarse las manos! En cuanto al pellejo apestoso, ¡a quién importa si se lava o no!

Sus siete tomos de *Argumentos a favor de la bañología* no eran nada. Tres generaciones, el espíritu de Yu Gong que movió la montaña,⁴ los frutos de mil años de trabajo, todo ello se podía ir al diablo, ¡pero jamás se puede permitir que los ríos y las montañas desaparezcan, que el sol y la luna se opaquen! Un caballero puede ser aniquilado, pero jamás humillado. No importa morir si antes has conocido la verdad. Al intelectual y al sabio, que pasan la vida quemándose las pestañas, les importa su reputación y su imagen. Si otorga la razón a inútiles como Zhao, el país dejaría de ser país, el baño dejaría de ser baño y Zhao jamás podría descansar en paz.

Una sensación de solemnidad y tristeza invadió al desolado Zhu produciéndole una sensación de profunda justicia y nobleza. Al día siguiente inició un recorrido por las oficinas del partido, el gobierno, el ejército, las organizaciones civiles, campesinas, obreras y mercantiles. A todas acudió explicando en cada una el caso de Zhao. Hablaba con gran seriedad y solemnidad, sin golpear a nadie, sin mostrar sobreexcitación o resentimiento. Al contrario, sólo se refería al asunto, nunca a la persona. Decía con énfasis que Zhao era un joven talentoso, con gran futuro. Justo por haber tenido cifradas en él grandes esperanzas, le dolía sobremanera su desviación del camino. También recalcaba que sería capaz de renunciar a todos sus cargos y méritos académicos, con tal de tener tiempo y paciencia para seguir profundizando en el estudio de la bañología, continuar con su estudio y discutirla a fondo.

Invitaba a la gente a opinar y criticar su estudio de la bañología. Destacaba esencialmente que “la arrogancia daña, la modestia embellece y la crítica fortalece”. Pero él jamás podría mantener silencio ante problemas tan grandes e importantes. “Él no podría dejar de expresar su punto de vista; de lo contrario, sería un criminal ante el Estado, la historia, la nación y la ciencia”.

⁴ *El viejo tonto que movió la montaña* es una antigua leyenda china que alaba la voluntad del hombre.

Tanto hablaba y peroraba que era imposible saber si convencía al auditorio, pero él ¡vaya que se había convencido! ¡Era tan concienzudo, tan formal, tan sincero, tan revolucionario, tan dispuesto a morir! Él había emprendido el camino en defensa de la verdad. Hacía mucho, pero mucho tiempo, que no había sentido con tanta fuerza el espíritu de la verdad, de la pasión, del heroísmo. “En la oscuridad y la penumbra se elevan los pinos, tranquilos y serenos a pesar de la tormenta...”. “Sólo remando contra la corriente sobresalen los verdaderos héroes”.

Sin lugar a dudas ésta era la madre de todas las polémicas sobre la gran verdad y la gran mentira. Se trataba de elegir la bandera, el camino, el paso correcto. Con la sinceridad a flor de piel, sin jamás perder la postura, su desolación crecía al borde del llanto. Ese espíritu heroico pronto se apoderó de Yu Qiuping y sus colegas. Por todos lados llovían discursos feroces.

Las grandes casas editoriales y también las pequeñas quedaron conmovidas. El editor responsable de *Anécdotas de Canadá* llegó hasta las lágrimas. Preocupado, consternado y acongojado, por todos los medios intentó lavar su culpa. En la edición de la noche comenzaron a surgir artículos que parecían criticar a Zhao, pero no abiertamente. Por un lado decían que “la luna de Canadá estaba más redonda que la de China”; por otro, opinaban que “algunas personas, al conquistar la hacienda del terrateniente, se quedaban de paso con sus vicios y sus concubinas”. Aquí y allá publicaban grandes discursos.

Las cosas de este mundo son curiosas. Junto con las palabras desoladas de Zhu, venían críticas a la luna, a la pipa de opio y a las concubinas. De repente, Zhao Xiaoqiang se convirtió en un personaje sospechoso. Rumores inimaginables se desataron por toda la ciudad y a cuatrocientos kilómetros a la redonda: “Zhao aconseja eliminar los palillos y adoptar el cuchillo y el tenedor”, “Zhao aboga por cerrar los baños públicos después de la siete de la mañana”, “Zhao engañó a su esposa”, “Zhao Xiaoqiang aboga por prohibir los caracteres y adoptar el abecedario canadiense”; “En Canadá, Zhao tuvo una amante, planeaba divorciarse de su esposa y emigrar a Canadá; los trámites de nacionalización ya estaban listos”, “La amante le escribía cartas donde ponía *Dear Zhao*, que era algo así como ‘querido

Zhao”, “La aduana había confiscado a Zhao cuarenta radiograbadoras”, “Zhao Xiaoqiang había traído del extranjero libros y pinturas pornográficas”, “En la aduana, encontraron a Zhao anticonceptivos hechos en América”, etcétera, etcétera.

Los siempre incansables amigos fueron a visitarlos, otros los mantenían informados oportunamente, algunos mandaron cartas certificadas o sin certificar, otros telefoneaban todos los días. Sin parar, las noticias sobre el desarrollo de la situación llegaban a los oídos de los esposos Zhao. Algunos informes eran sumamente vívidos, otros muy detallados y muchos incluso conmovedores. Reflejaban el placer y el interés de sus autores a grado tal que los esposos Zhao sospecharon que tal vez eran obra de los mismos reporteros que venían a jurarles lealtad; tal vez eran ellos mismos quienes redactaban los informes, los propagaban e incluso venían a traerlos. Pero los Zhao vieron que eso era imposible, porque entonces sería difícil distinguir entre lo cierto y lo falso. Si no les hacían caso darían placer a los enemigos y dolor a los amigos. Se quedarían solos, con la cola entre las patas.

Al rato, Zhao dijo a su esposa:

—¡Qué desgracia! Creo que nuestras sospechas son patológicas. En Canadá, ante estos problemas, la gente busca ayuda psicológica y se somete a psicoanálisis. A veces se medican un poco. Dicen que el hospital psiquiátrico de nuestra ciudad abrió una clínica de consulta psicológica, pero a los dos meses la clausuró. ¿Por qué sería? Si estuviera en Ottawa o en Toronto...

Aún no terminaba cuando su esposa se enfureció:

—¡Cállate! ¡Deja de decir tonterías! Otra vez Canadá. ¡Ya basta con tu maldito Canadá! Te esperé tres años, a veces sin luz y otras sin agua, venían vientos y tormentas, y nuestros vidrios rechinaban. ¿Y tú? ¡Claro, en Canadá! ¡Quizá hasta bailando en una discoteca! —gritó ella al tiempo que arrojaba un vaso al piso.

Zhao se paralizó. De pronto su pez dorado pareció tornarse en una gigante tortuga marina. En lo más profundo, se daba cuenta de que su buena esposa no creía en los rumores que corrían sobre él en Canadá, pero sabía que en su conciencia quedaba la posibilidad de que algo de aquello fuese cierto. ¡Verdaderamente era un canalla que merecía morir!

Después de oír las palabras de Zhu Shendu, un personaje influyente en la ciudad manifestó sus puntos de vista en varias reuniones. Con palabras cálidas y conmovedoras dijo que era necesario “abrazar a los camaradas que hubieran expresado una que otra opinión equivocada, y que había que cuidar los límites”.

Quienes salieron del país seguían siendo buenos camaradas, buenos patriotas, ya que regresaron, y aunque no hubieran regresado seguirían siendo patriotas. ¿O acaso los chinos de ultramar no son nuestros amigos? Hay que darles tiempo para que cambien. Hay que saber esperar; si un mes no basta, hay que darles dos meses; si un año no es suficiente, habrá que esperarlos dos. ¿Por qué el proletariado debería temer a los capitalistas? ¿Por qué el Oriente debería rebajarse ante el Occidente? ¿Acaso el socialismo teme al capitalismo? Yo pienso que no debemos ponernos nerviosos, nuestra fuerza es gigante. El poder político y el militar están en nuestras manos. Aparte de aclarar las ideas hay que unir a los camaradas. Hasta con Jiang Qing-guo⁵ nos uniremos. ¡Que venga! Lo invitamos a que venga a pasear por el continente y luego, si quiere, que regrese a Taiwán. Claro, nada de esto es casual; mientras más profundizamos la apertura más debemos señalar los límites, deberemos fortalecer...

Su discurso cálido y sereno llegó a cada célula del partido. En cada mención se destacaba que no había razón para ponerse nerviosos, no había que inquietarse, de ninguna manera había que acelerarse. Nadie dudaba que ese deseo fuera sincero y verdadero, pero, en la realidad, cada vez que se decía que había que permanecer serenos, la gente parecía más nerviosa. No se sabía por qué.

Los más perjudicados fueron los negocios de baños. Recordemos que en la década de 1980, la gran mayoría de los hogares chinos, incluyendo los de las grandes urbes, carecían de tinas y baños en general. Algunos instalaron tinas en sus casas, pero, como no había agua caliente, casi sólo servían para decorar.

La gente iba a los baños públicos. Conforme crecía la población y bajaban los precios, los establecimientos iban siendo insuficientes,

⁵ Jiang Qing-guo, primer ministro y presidente de Taiwán de 1972 a 1988.

y bañarse era cada vez más complicado. En la ciudad, los baños trabajaban desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, en total quince horas. Desde que se desató la guerra Zhu-Zhao, y particularmente después de aquel sereno discurso, los baños públicos comenzaron seriamente a “tomar partido”. En aquella localidad, durante tres generaciones, la familia Zhu había sido la máxima autoridad en asuntos del baño. Su prestigio se podía comparar con el que Lu Ban⁶ ejercía sobre los carpinteros, los herreros y los albañiles, o con el que Kafka ostentaba frente los escritores chinos de los años ochenta. Una vez ocurrido el conflicto, el establecimiento “Limpieza y Rapidez” colocó un anuncio:

Este negocio, según las amplias masas y la tradición, durante más de diez años ha promovido la sana costumbre del baño por la noche. Para no emprender el camino equibocado de bañarse por la mañana, hoy anunciamos que nuestros nuevos horarios son de cuatro y media de la tarde a doce de la noche.

Sin fijarse en los errores ortográficos, el anuncio sorprendió por su rapidez en adecuarse a las circunstancias. El gerente de “Limpieza y Rapidez”, después de colgar su anuncio, se sintió inmensamente feliz, como el tercero que gana cuando dos se pelean, o como si con sus propios ojos hubiera visto a Zhao caer al hoyo, y eso que ni siquiera sabía quién era Zhao Xiaoqiang. Otros baños públicos siguieron su ejemplo.

Un amigo de Li Lili trabajaba en el baño “Modernidad”, en la periferia. Profundamente influido por Li, puso un anuncio:

Se informa a todos que este baño, conforme al aumento del nivel de vida del pueblo, y con el fin de promover la modernidad, desde la próxima semana laborará desde las tres de la madrugada hasta las once de la mañana. Después de esta hora pararán todos los servicios del baño y se venderá yogur.

⁶ Lu Ban, carpintero, ingeniero, filósofo y estratega militar de China, nativo de Lu, que vivió en el siglo v a.C.

El anuncio provocó la furia de muchos, particularmente de los usuarios. Pero el gerente de “Modernidad” sentía que estaba a la vanguardia de la sociedad, lo que le daba insospechada alegría; además, recibió varias cartas de apoyo.

Una persona experimentada habló a Zhao por teléfono diciendo:
—La modernidad no está bien. Ten cuidado.

Apenas fueron siete palabras, pero tardó en decir las un minuto y luego colgó. Zhao no sabía si reír o llorar, pues ¿qué tenía que ver él con el negocio “Modernidad”?

Además le surgió un gran dilema: ¿bañarse o no? ¿A qué hora? Aunque hubiera personajes influyentes que afirmaran que Zhao era patriota, él extrañaba un poco Canadá cuando se trataba del baño. Pero confiaba en que, junto con las cuatro modernizaciones, ya no estaba lejos el día en que los chinos se bañaran a la hora que quisieran. Con las condiciones en casa, la gente podrá bañarse en la mañana, al medio día, por la noche, entre dos sueños, después de un gran ventarrón, después de sudar y sudar en verano. Sin discutir ni discrepar la gente se podrá bañar a su antojo. ¿Cómo podía ser que sin tener siquiera regaderas instaladas en casa disputaran sobre la hora correcta para bañarse?

El 14 de febrero, a las siete cuarenta y cinco de la noche, cuando la polémica estaba en su apogeo, Zhao entró al baño “Limpieza y Rapidez”; estaba a reventar. Después de quince minutos un empleado lo llevó a las tinas. Se quitó la ropa y, sin reparos por el gentío, se sumergió en el agua turbia. La mugre no teme al agua sucia, porque incluso sucia puede limpiar al hombre. Liviano y satisfecho terminó de bañarse. Se sintió renacido. Al salir del baño compró un bocadillo; caminando, comiendo y respirando el aire fresco con ligero sabor a primavera se sentía renovado.

Al día siguiente, por la mañana, le preguntaron si había tomado su baño la noche anterior. Dado que asintió sin pudor, le inquirieron si había modificado su hábito de bañarse por la mañana. Contestó que había dicho que era bueno bañarse por la mañana, pero que nunca había dicho “sólo por la mañana”, ni tampoco había perjurado que sólo se bañaría por la mañana, y que nunca se había opuesto a

ningún horario para el baño. El preguntón, parpadeando y con una sonrisa irónica recalcó:

—Sea como fuere, tú decías que el baño matutino era mejor; favorecías el baño matutino. ¿No aceptas haber dicho eso?

Zhao percibió la intención de humillarlo con esas palabras y se sonrojó. Pero insistió:

—Por supuesto que también en las mañanas te puedes bañar. ¿Qué tiene de malo? —Pero mientras más hablaba más sentía caer en la trampa.

Después recibió una llamada. Una voz melosa dijo:

—Soy Yu Qiuping. El maestro Zhu se puso muy contento al saber que con una acción concreta usted mostró su decisión de apartarse de los errores. Todos saludamos su rectificación. Cuando tenga tiempo venga a casa del maestro. Lo recibirá con un licor especial hecho de azufaiifa.⁷ Se quedó de una pieza. El 15 de febrero en la noche, Li Lili, con lágrimas en los ojos, fue a verlo:

—Todos dicen que se ha apartado del camino. No les creí. Casi llegamos a los golpes. Les dije que usted no era así, que me lo habría dicho. ¿Es cierto o no que fue a “Limpieza y Rapidez”?

Zhao Xiaoqiang pensó que de nada serviría responder a esa pregunta. A un dogmático, enfermo del cerebro, no se le cura con dialéctica sino con medicamentos antipsicóticos, por lo que sólo agachó la cabeza, sin contestar. Li Lili malentendió su actitud y gimiendo dijo:

—¡Así que era verdad! ¿Cómo pudo ser tan tonto?

—Aunque fuera mil veces más a aquel estúpido baño, a cualquier hora, usted jamás lo reconocería, jamás lo aceptaría. ¿Por qué tiene miedo de ser diferente a los demás? El valor del ser humano reside en sus particularidades. ¿Por qué insiste en alisar lo arrugado? ¿Usted se ha bañado últimamente?

Al terminar, Zhao se dio cuenta de lo inútil de su pregunta, pues aunque Li Lili llevaba una nueva camisa floreada de poliéster y un abrigo amarillo de plumas, los olores que desprendía su cuerpo atestiguaban que había pasado mucho tiempo desde su último baño. Pro-

⁷ Especie de dátil chino.

fundamente dolido, Li Lili se alejó. Y allá va de nuevo el pleito. Una revista provincial de carácter orientador publicó:

La diversidad nacional le da sabor al mundo. Mientras los zapatos de tela conquistaban América del Norte, algunos chinos insistían en usar los de piel que llegaron de Occidente, aunque allá ya pasaron de moda. Ahora, en Occidente lo más moderno son los zapatos de tela abiertos que llevan un cordoncito y tienen la suela rellena. Nosotros no podemos seguir los pasos de los extranjeros.

El artículo traía otro ejemplo en el que se afirmaba que “los de Hollywood llegaron a China para comprar una película. Vieron un sinnúmero de cintas llamadas vanguardistas y ninguna les gustó, pues dijeron que lo que aquí estaba de moda para ellos ya había pasado. Finalmente compraron *El funcionarillo*, por la que pagaron mucho dinero”.

Mientras más leía más se confundía. ¿El artículo criticaba o alababa a Occidente? ¿Pretendía que los chinos lo repudiaran o que siguiera fielmente sus pasos? Además, dudaba de su veracidad, pues él había estado tres años en Canadá y había viajado a Miami y otros lugares de Estados Unidos por más de un mes. Los americanos vestían zapatos chinos de tela porque allá tienen de todos los tipos, y la gente usa cualquier calzado. De la misma manera, allá hay personas que practican tai chi chuan y yoga, que se rasuran la cabeza para parecer monjes, y hasta vio gente vendiendo fotos de Kang Sheng y Zhang Chunqiao⁸ con el *Libro Rojo* de Mao en la mano. Así que le pareció bastante dudoso aquello de que los zapatos de tela eran la última moda en Estados Unidos, y si eso era realmente una noticia, ¡le daban demasiada importancia! Pero el periodista remataba diciendo que el artículo no era sino una crítica velada a la bañología de Zhao Xiaoliang. Al leer “crítica velada” se alarmó. ¿Lo criticaban o no? No lo pudo entender. Quienes parecían apoyarlo eran los más críticos. Pero él nunca habló de zapatos de tela ni de la

⁸ Miembros de la Banda de los Cuatro que dirigía Jiang Qing, la esposa de Mao.

ópera de Henan. Ojalá fueran críticas abiertas. “¡Que me critiquen francamente o me dejen en paz!”

Pocos días después, una revista de salud de circulación nacional publicó un artículo diciendo que el modo de vida chino debía coincidir con la tradición. Nadie le mostró el artículo, él mismo lo encontró. Lo leyó y se angustió. ¿Acaso era otra crítica velada? Eran ya demasiadas críticas, una tras otra. ¿Qué ocurría? Su primo de provincia le mandó una carta: “Hermano Qiang, estos últimos años no te ha ido mal, estoy orgulloso de ti, pero seguir así no está bien, aunque las pequeñas desviaciones son entendibles. Cuídate”.

Zhao sentía estar metido en una licuadora. Mientras más vueltas daba, la velocidad aumentaba, y él no podía controlarla. ¿Por qué la discusión sobre asuntos importantes y triviales siempre recaía en las relaciones humanas y se convertía en una pelea sucia entre perros callejeros?

¿Por qué esas discusiones obligan a ser dogmático y absolutista? ¿Por qué al caer en ellas te sientes atrapado, sin posibilidad de salir o simplemente apartarte? Le preguntó a su mujer pero ella no tenía la respuesta.

Llegó un día en que alguien comentó que bañarse por la mañana tampoco era malo. Li Lili, muy contento, con dos cervezas Qingdao y una libra de orejas de puerco, fue a verlo. Otros le hablaron para felicitarlo, pero él no salía del aturdimiento. Incluso por las noches, después del placer de la intimidad, la joven pareja hablaba del inexplicable conflicto con Zhu Shendu. Con la simple mención del tema le empezaba a faltar el aire, le venía taquicardia, se le entrecortaba la voz y le costaba trabajo hablar. Aquello eran síntomas de... ¡Cielos!

Tal vez mañana será mejor. Como después de una borrachera, el día será transparente, puro como el agua, todo estará bajo control; los pleitos o las peleas se aliviarán y poco a poco se disolverán. Tal vez así será mañana.

TRADUCCIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

LAS MANOS

Xiao Hong

Entre mis compañeras de escuela nunca había visto un par de manos como aquél: azul, negro y violeta, colores que cambiaban desde las uñas hasta los antebrazos.

Apenas llegó la apodamos “el Engendro”. Entre clases corríamos a su alrededor, pero nunca nadie le preguntaba por sus manos. Mientras la maestra pasaba lista no podíamos contenernos y en el salón estallaban las carcajadas.

—¡Li Jie!

—Presente.

—¡Zhang Chufang!

—Presente.

—¡Xu Guizhen!

—Presente.

Una tras otra se iban levantando y sentando con rapidez y orden. Sin embargo, cada vez que se oía ¡Wang Yaming! se perdía un poco de tiempo.

—¡Wang Yaming! ¡Wang Yaming! ¡Te están llamando!

Ella se ponía de pie después de haber escuchado el apremio de las compañeras.

—¡Presente, presente, presente! —contestaba mirando hacia el techo y con las oscuras manos pegadas al cuerpo.

Sin importar las burlas, nunca perdía la calma. Acomodaba la silla produciendo agudos rechinidos y se sentaba con solemnidad. El proceso parecía durar varios minutos. En una clase de inglés la maestra se rió tanto que tuvo que quitarse las gafas para frotarse los ojos:

—No respondas más “hei er”, di presente. Si contestas con eso de “hei er” parece que dices “oreja negra”. Di “presente”.

Todo el grupo soltó la carcajada dando fuertes zapatazos en el suelo. En la misma clase del día siguiente oímos de nuevo el “hei... er..., hei... er”, oreja negra, oreja negra.

—¿Habías estudiado inglés antes? —preguntó la maestra ajustándose las gafas.

—Es la lengua inglesa, ¿no? Estudiar, estudiar, lo he estudiado un poco con un maestro cacarizo; *pencil* suena como “vomitar seda”, *pen* suena como “bacinica”, pero nunca me dijo que *here* sonara como “oreja negra”.

—*Here* significa aquí. Di *here*, *here*.

—Gire, gire —intentó pronunciar.

Su extraña pronunciación nos hizo reír hasta temblar. Sin embargo, Wang Yaming se sentó con calma, abrió con aquellas manos oscuras una nueva página del libro y empezó a leer en voz baja: *Wate... t(h)is... ar(e)...*

En las clases de matemáticas leía las fórmulas como si estuviera leyendo un texto de filología: $2x + y = \dots$ $x^2 = \dots$

En el comedor, con el pan entre sus oscuras manos, murmuraba lo aprendido en geografía:

—En México abunda la plata... Yunnan... mmm, mármol.

A media noche estudiaba en el baño. Al amanecer ocupaba las escaleras. En cualquier lugar con un poco de luz la veía estudiar. En la madrugada de un día nevado, con árboles vestidos con borlas de terciopelo blanco, en el fondo del largo pasillo, alguien parecía dormir en el borde de la ventana.

“¿Quién será? ¡En un lugar tan frío!” Mis zapatos de cuero sonaban a cada paso. El silencio reinaba en la escuela como todas las mañanas de domingo. Unas compañeras se arreglaban y otras seguían durmiendo.

Al llegar a su lado vi cómo el viento hojeaba un libro sobre sus rodillas. “¿Quién será que ni en domingo descansa?”. Cuando la iba a despertar vi las manos oscuras.

—Wang Yaming, ¡despierta! —Como nunca la había llamado por su nombre tuve una sensación extraña.

—Je je... ¡Me quedé dormida! —Siempre que iba a hablar comenzaba con una risa ingenua.

—*Wate... t(h)is... yu... ar(e)*. —Apenas veía las palabras en el libro, empezaba a leer.

—*Wate... t(h)is*. ¡Qué difícil es el inglés! Totalmente diferente a los caracteres chinos, con sus radicales y partes fonéticas. Las letras del inglés, con tantas curvas parecen reptiles que se arrastran en mi cerebro; entre más se arrastran más me confunden y menos logro memorizarlas. Dice la maestra que el inglés no es difícil, y veo que tampoco lo es para ustedes, pero yo soy una persona limitada. Los campesinos no somos tan inteligentes como ustedes. Mi padre es aún peor. Dice que de chico, para aprender su apellido Wang, tardó el tiempo que dura media comida, sin conseguirlo.

—*Yu... ar(e)... Yu... ar(e)*.

Apenas terminaba una oración completa seguía con palabras sueltas.

El molinillo colgado en la pared giraba incesantemente movido por el viento que entraba por el tragaluz, acompañado por copos de nieve que caían en la ventana y se derretían convirtiéndose en rocío. Las venas rojas en sus ojos cansados reflejaban un espíritu incansable y tenaz, que igual que sus manos negras perseguía anhelos difíciles de conquistar. La encontraba por los rincones, en lugares poco iluminados; parecía un ratón, siempre royendo algo. Cuando por primera vez vino su padre a visitarla, le dijo:

—¡Qué bárbara! Engordaste. Acá comes mejor que en casa, ¿no? ¡Trabaja duro! En tres años, aunque no logres ser sabia, comprenderás mejor los asuntos del hombre. A la semana siguiente todas imitaban el modo de hablar de su padre.

La segunda vez que vino su padre, Wang Yaming le pidió un par de guantes.

—¡Te dejo los míos! Tú sólo estudia bien. ¿Por qué no te iba a comprar un par de guantes? Espera... Toma los míos. ¡Se aproxima la primavera! Yo no salgo con frecuencia. El invierno que viene te compraremos un par nuevo, ¿de acuerdo?

Una multitud de alumnas se había reunido en la puerta de la recepción. El padre siguió:

—Tu tercera hermana fue a la casa de su segunda tía; va a estar allí dos o tres días. Damos a los puerquitos dos puñados más de granos cada día; no te imaginas lo gordos que están; hasta se les paran las orejas... Tu hermana mayor regresó y preparó dos platos de puerros salados.

Hablaba y hablaba, y comenzó a sudar. La directora se abrió paso entre las curiosas:

—Entren y hablen en la recepción, por favor.

—¡No, no, gracias! No me puedo demorar. Debo alcanzar el tren, tengo que regresar a casa cuanto antes. Estoy intranquilo por los niños.

Con su gorra de cuero en la mano saludó con la cabeza cubierta de sudor mientras abría la puerta y salía como si lo hubieran corrido. De pronto volteó y se quitó los guantes.

—¡Papá, quédatelos! A mí no me sirven.

Las manos del padre eran todavía más grandes y más negras que las de su hija. En la sala de lectura, Wang Yaming me preguntó:

—Dime, ¿es cierto que cobran por hablar sentados en la recepción?

—¿Cómo que cobran? ¿Por qué van a cobrar?

Como señalando el periódico que yo leía dijo:

—Baja la voz. De nuevo se burlarán de mí si nos oyen. Me lo dijo mi padre. Allí ponen tetera y tazas. Si entras, el empleado te servirá el té y te lo cobrará.

Le dije que no era verdad, pero no me creyó. Decía que por tomar un tazón de agua en las fonditas debes dejar propina, “¿por qué en la escuela no iban a cobrar? Toma en cuenta lo importante que son las escuelas”. La directora la regañó varias veces:

—¿Es que no puedes lavarte bien las manos? ¡Usa más jabón! Lávatelas bien, con agua caliente. Durante los ejercicios matutinos se levantan centenares de brazos blancos, solamente las tuyas se ven diferentes. Cautelosamente, la directora tocó las manos de Wang Yaming con sus dedos pálidos y transparentes como talco. Parecía contener la respiración por el miedo, como si tocara el cadáver de un pájaro negro.

—Algo se han blanqueado, ya se te ve la piel de las palmas. Están mucho más limpias que cuando llegaste. Entonces parecían de fierro.

¿Ya estás al corriente en las clases? Estudia más. De hoy en adelante no vengas a los ejercicios matutinos. Los muros de la escuela son bajos y en la primavera hay muchos extranjeros que pasean por aquí. No regreses a los ejercicios hasta que se te hayan desteñido por completo.

Fue así como la directora suspendió a Wang Yaming de los ejercicios matutinos.

—Le pedí un par de guantes a mi padre. Me los pondré y nadie verá mis manos.

Abrió la maleta y mostró los guantes que le había dejado su padre. La directora hasta tosió de risa, tanta, que su pálido rostro recuperó el color rosado.

—¡No te hacen falta! Además, de cualquier manera se rompería la uniformidad visual.

La nieve del montículo cercano empezó a derretirse. El intendente de la escuela tocaba con más fuerza la campana. Bajo las ventanas, los álamos empezaban a echar brotes y el aguanieve se evaporaba bajo el sol. A lo lejos, en las canchas, se oía el silbido del entrenador rebotando de casa en casa entre la arboleda. Corríamos, saltábamos y gritábamos como pajaritos bulliciosos, aspirando el aire endulzado por la fragante brisa primaveral. Los álamos se liberaban sacudiéndose del yugo invernal y el algodón salía de su capullo. Apenas terminados los ejercicios se oyó una voz:

—¡Qué rico sol! ¿Sienten calor ustedes? —Wang Yaming nos estaba mirando desde la ventana detrás del álamo.

Mientras los álamos reverdecían y sus sombras iban cubriendo el patio, Wang Yaming se veía más flaca, seca y ojerosa; hasta sus orejas parecían más delgadas. Sus hombros ya no eran tan robustos. Cuando aparecía bajo los árboles, su pecho cada vez más sumido me recordaba a los enfermos de tuberculosis pulmonar.

—La directora dice que todavía no estoy al corriente, y ha de ser cierto. ¿Me obligarán a repetir el curso si no logro alcanzar a las demás al final del año? Je... je.

Era la misma risita de siempre, pero sus manos revelaban temor. La izquierda detrás de su espalda y la derecha escondida bajo la blusa parecían pequeños bultos. Nunca la habíamos visto llorar. Pero aquel

día, cuando el viento fuerte casi arranca los álamos, dando la espalda a toda la clase y ocultando el rostro entre sus manos ya menos oscuras, lloraba al lado de la ventana. Ocurrió después de que se marcharan los visitantes de la escuela.

—¿Y a ésta qué le pasa? ¡Está llorando! ¿Por qué lloras? ¿Por qué no te escondiste? ¡Fíjate! ¿Hay otra como tú? ¡Con las manos azules y la blusa casi gris! ¡Todas llevan blusas azules! ¿Por qué siempre eres tan rara? ¡Con tu blusa desteñida!... La escuela no permite que nadie rompa la uniformidad. —Las manos pálidas de la directora jaloneaban el cuello de Wang Yaming mientras sus labios se abrían y cerraban.

—Te dije que bajaras y no aparecieras hasta que se fueran las visitas. ¿Por qué te quedaste en el pasillo? ¿Acaso creíste que allí no te verían? ¡Y hasta te pusiste ese par de enormes guantes!

Al mencionarlos, la directora, con sus zapatos negros de charol, dio una patada al guante que había caído al suelo.

—¿Creíste que con eso se resolvería el problema? ¿A eso se puede llamar guantes? —Pisando los guantes, tan grandes como los de un cochero, se reía burlonamente.

Wang Yaming lloró. Ni cuando el viento se detuvo cesó de llorar. Regresó a la escuela después de las vacaciones de verano. Al final de esa temporada ya empezaba a percibirse la frescura otoñal. El sol del atardecer teñía el empedrado de rojo vivo. Saboreábamos las frutas rojas bajo el *malus*,¹ frente a la puerta de la escuela, cuando una carreta como de gitanos se acercó tintineando; encima venía sentada Wang Yaming. Al pararse la carreta reinó el silencio. El padre llevando la maleta y la hija con una jofaina llena de tiliches en los brazos subieron las escaleras.

—¡Ya llegaste! —Ni nos preocupamos por cederles el paso.

—¡Llegaste! —Algunas la miraban con la boca abierta.

Mientras subían las escaleras, una toalla blanca se balanceaba colgando del cinturón del padre.

¹ Género de árboles y arbustos que incluye diferentes variedades de manzana. En español se lo llama *pomera*, *sagarrondo*, *maciñeira* (www.wikipedia.org).

—¿Qué pasaría con sus manos? ¿Las tendrá otra vez como antes? —preguntó alguna pensando que habrían recuperado el color de hierro mientras había estado en su casa.

Llegado el otoño, aquel día de la mudanza, advertí la oscuridad de sus manos. Estaba dormitando cuando escuché una disputa en la habitación contigua.

—¡No la quiero, no quiero acostarme junto a ella!

—¡Yo tampoco!

Traté de seguir escuchando pero las voces se alejaban, y sólo pude distinguir risas y jalneos. Me levanté a medianoche para tomar agua y encontré a Wang Yaming dormida en el banco del pasillo. Se cubría el rostro con las manos oscuras, la mitad de la cobija sobre el suelo y la otra mitad colgando de sus pies. Pensé que estaría allí repasando las lecciones con la luz del pasillo, pero no tenía ningún libro en las manos. Todas sus cosas estaban regadas en el piso, alrededor de ella.

Al siguiente día, por la noche, la directora caminaba entre las filas de camas seguida por Wang Yaming. Impaciente y con cierto enfado acariciaba las lisas sábanas blancas.

—Esta fila es de siete camas y sólo duermen ocho personas. ¡En seis camas deben haber nueve! Movié unas cobijas para dejar espacio y le ordené a Wang Yaming poner allí la suya.

Wang Yaming desplegó su cobija, y mientras arreglaba la cama silbaba alegremente. Fue la primera vez que oía silbar así a una chica. Nadie había silbado nunca en una escuela para niñas. Cuando terminó de acomodarse, Wang Yaming se sentó con la boca abierta y la mandíbula relajada, llena de paz y tranquilidad. La directora se había ido, y quizás ya estuviera en su casa. Pero la vieja superintendente del dormitorio, con sus cabellos opacos por la edad, andaba de allá para acá, arrastrando los pies.

—¡Yo también digo que no hay quien la aguante! Es sucia y hasta tiene insectos y parásitos en el cuerpo. ¿Quién quiere estar cerca de ella?

Se acercó unos pasos hacia la esquina. El blanco de sus ojos parecía fijarse en mí.

—¡Miren, huelan la cobija! Se percibe el mal olor al menos desde medio metro. ¿No sería horrible acostarse a su lado? ¡Quién sabe cuántos insectos se arrastrarán por su cuerpo! ¡Fíjense que sucio está el algodón!

La superintendente se jactaba a menudo de haber ido con su marido a Japón cuando él había estudiado allá, ¡y hasta se consideraba estudiante! Burlonas, le preguntábamos qué había estudiado.

—¿Tenía que estudiar algo en especial? Aprender la lengua japonesa, conocer las costumbres y los hábitos del pueblo nipón, ¿acaso no es eso estudiar?

A los piojos les decía insectos, parásitos, e insistía:

—¡No es limpia! ¿No es ridícula? ¡Qué suciedad! ¡La mugre de las manos es porque ella es sucia!

Al oír esto, Wang Yaming encogió los hombros como si temblara de frío y se fue corriendo.

—Digo que es verdaderamente innecesario que la directora admita a alumnas como ella en la escuela. —A pesar de que había sonado el timbre para apagar la luz, la vieja seguía parlotando en el pasillo.

La tercera noche, Wang Yaming andaba de nuevo detrás de la pálida directora con un bulto en las manos y la ropa de cama enrollada bajo el brazo.

—¡Aquí no la queremos, ya somos demasiadas!

Las alumnas se ponían a gritar en cuanto la directora apenas rozaba con sus uñas el borde de sus cobijas. Al pararse ante una nueva fila de camas surgía de antemano el rechazo:

—Aquí también somos muchas, y aún más que las otras; en seis camas dormimos nueve. ¿Dónde cabrá otra?

—Una, dos, tres, cuatro... ¡Aquí falta una! En cuatro camas caben seis personas y ustedes son cinco. ¡Ven Wang Yaming!

—¡No! ¡Este lugar es para mi hermana menor. Mañana llegará! —exclamó una alumna corriendo hacia la cama para sujetar la cobija.

Sin remedio, la directora y Wang Yaming fueron a otra habitación.

—Tiene piojos. Yo no me acuesto a su lado.

—¡Yo tampoco!

—La cobija de Wang Yaming no tiene funda. Duerme entre el algodón. ¿No me cree? ¡Mírela señorita directora!

Todas se burlaban, y algunas incluso confesaron que no se atrevían a acercarse a Wang Yaming por miedo a sus manos negras.

Desde entonces, la chica de las manos negras usó el banco del pasillo como cama. A veces me levantaba temprano y la encontraba enrollando sus pertenencias y bajando con ellas; otras, en la noche, la hallaba en el sótano. Cuando me hablaba en la oscuridad, mirando de reojo, veía la sombra del color de su cabello en la pared; se rascaba la cabeza.

—Estoy acostumbrada. Tanto el banco como el suelo me sirven de cama. Sólo necesito un lugar para dormir. ¡Me da igual si es cómodo o no! Lo más importante es estudiar, aunque no sé cuánto me va a poner el maestro Ma en inglés. Si no logro sesenta puntos, ¿me obligarán a repetir el curso?

—No te preocupes. Con sólo una asignatura reprobada no hay que repetir el curso, le dije.

—Mi padre me puso fecha límite. Me exigió graduarme en tres años. No tiene para pagar ni siquiera medio año más. En cuanto al inglés, pues mi lengua no sabe torcerse, je je.

Aunque Wang Yaming vivía en el pasillo parecía estorbar a todas porque siempre tosía en las noches. Además, empezó a teñir sus calcetines y blusas en el dormitorio.

—Si la tiñes, la ropa vieja se ve como nueva. Por ejemplo, si tiño de gris el uniforme de verano lo puedo usar en el otoño. Y los calcetines blancos se pueden teñir de negro.

—¿Y por qué no compraste calcetines negros?

—Los negros que venden son teñidos a máquina, resisten poco y se rompen a la primera puesta. Los teñidos a mano son mejores. Un par de calcetines cuesta mucho. No puedo permitir que se rompan tan pronto.

Una noche de sábado las muchachas estaban preparando pollo en una pequeña olla de hierro. Era el día que ellas cocinaban. El pollo estaba negro, parecía envenenado. A la chica que llevaba la olla por poco se le caen las gafas.

—¿Quién hizo esta maldad? ¿Quién? ¿Quién fue?

Wang Yaming, abriéndose paso entre sus compañeras, se dirigió a la cocina.

—Fui yo. No sabía que la olla aún servía. La usé para teñir dos pares de calcetines. Je je... Voy a...

—¿Vas a qué?

—A lavarla.

—¿Y crees que se puede cocinar en una olla que se usó para teñir calcetines pestilentes? ¿Acaso crees que todavía sirve? —Furiosa, tiró la olla al suelo y lanzó contra la pared aquel pollo negro como si fuera una piedra.

Las chicas se dispersaron. Wang Yaming cogió el pollo del piso murmurando:

—¡No quieren la olla sólo porque teñí en ella dos pares de calcetines nuevos! ¿Por qué pestilentes?

Una noche nevaba y las calles estaban cubiertas de blanco; salimos de la escuela rumbo al dormitorio entre la ventisca. Las ráfagas de viento nos obligaban a correr, a veces con la espalda contra el viento y a veces de lado. Por la mañana salimos del dormitorio como siempre. A pesar de ir corriendo, el frío de diciembre nos entumecía los pies. Nos quejábamos, maldecíamos y algunas hasta decían que la directora era una estúpida por haber trasladado tan lejos el dormitorio y obligarnos a ir a la escuela antes del amanecer.

Unos días después me encontré a Wang Yaming en el camino. El cielo y la nieve relucían a lo lejos. Bajo la luna, mi sombra andaba detrás de la suya. Los callejones y las avenidas estaban desiertos. El viento ululaba entre las ramas de los árboles y las ventanas de las casas gemían azotadas por la nieve. Nos hablábamos, pero las voces se congelaban. Cuando nuestros labios se cansaron tanto como las piernas suspendimos la charla y seguimos caminando, haciendo crujir la nieve bajo nuestros pies. Toqué el timbre de la puerta. Sentía que de un momento a otro me desplomaría con las piernas sueltas.

Una madrugada, con una novela nueva bajo el brazo, salí del dormitorio y cerré cuidadosamente la puerta de la cerca. Estaba asustada y mi miedo crecía conforme miraba a lo lejos los contornos indistin-

tos de las casas y oía al viento perseguirme silbando y removiendo nieve. El brillo de las estrellas era débil y la luna ya se había metido o, tal vez, estaba detrás de las nubes grises.

Cada vez que avanzaba unos metros sentía estar más lejos del destino. Deseaba ver algún transeúnte, pero luego me asustó la idea, pues en un amanecer oscuro sólo se oyen sonidos sin divisar a nadie. De repente, una silueta apareció como si saliera de la tierra. Subí las escaleras con el corazón latiendo de miedo. Al tocar el timbre percibí a alguien subiendo las escaleras.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Me has seguido hasta aquí? —Me estremecí de miedo al pensar que no había oído más que mis pasos en el camino.

—No. He estado aquí esperando. El conserje no me abre la puerta aunque ya he llamado muchas veces.

—¿Tocaste el timbre?

—¿Para qué? Je je. Encendió la luz, miró por la ventana, pero no me abrió.

De pronto se iluminó por dentro y el conserje abrió la puerta con violencia, como sin ganas de hacerlo.

—¡Llamar a la puerta a medianoche! Si de cualquier manera vas a reprobarme, ¿para qué vienes tan temprano?

—¿Qué te pasa? ¿Qué dices? —Apenas abrí la boca cuando aquel hombre cambió radicalmente de actitud:

—¡Hola señorita Xiao! ¿La hice esperar mucho tiempo?

Wang Yaming y yo entramos al sótano. Ella tosió tanto que su cara cetrina se convulsionó y se arrugó. Aún con huellas de lágrimas provocadas por el viento helado, Wang Yaming abrió su libro.

—¿Por qué no te abría la puerta?

—¡Quién sabe! Me dijo que llegué demasiado temprano y me mandó regresar al dormitorio. Luego dijo que por órdenes de la directora.

—¿Cuánto tiempo esperaste allí?

—No mucho. Sólo un rato; lo que dura una comida. Je je.

Su manera de repasar las lecciones había cambiado. No leía en voz alta, sólo murmuraba, como si su garganta no dejara salir la voz.

Sus hombros, que solían moverse al ritmo de la lectura, estaban encogidos. Con la misma curvatura que la de su espalda jorobada, el pecho parecía hundido. Por primera vez, por temor a molestarla, leí mi novela en voz muy baja. No supe por qué, pero fue la primera vez. Me preguntó qué estaba leyendo y si había leído *Romance de los tres reinos*. Tomó el libro, miró la portada y hojeó unas páginas.

—¡Qué inteligentes son ustedes! No les preocupan los exámenes aun cuando no hayan repasado las lecciones. Yo no puedo. También quiero descansar un poco y leer otras cosas, pero no puedo.

Un domingo estaba yo sola en la habitación. Empecé a leer en voz alta la novela *El matadero*.² Cuando leía el párrafo en el que la obrera María cae desmayada en la nieve me puse a mirar el suelo nevado, mientras una gran emoción recorría mi cuerpo y mi mente. No noté a Wang Yaming detrás de mí.

—¿Podrías prestarme algún libro? Me aburren los días de nieve. No tengo parientes aquí ni cosas que comprar y, además, salir a la calle es gastar en transporte.

—¿Hace mucho que tu padre no viene a verte? —pensé que extrañaba su casa.

—¿Cómo puede venir? El tren cuesta más de dos yuanes de ida y vuelta; además, le hacen falta manos en casa.

Al terminar de leer *El matadero* puse la novela en sus manos.

—¡Je je! —Dando brincos de gusto se sentó en la cama y empezó a mirar la portada.

Salió al pasillo y la oí, imitándome, leer con fuerza el primer párrafo. No recuerdo qué día fue, pero estábamos de vacaciones. El dormitorio vacío estuvo sumergido en silencio hasta que el claro de luna iluminó las ventanas. Percibí leves ruidos en la cabecera de mi cama, como si alguien buscara algo. Levanté la cabeza y miré las manos negras de Wang Yaming poniendo el libro junto a mi almohada.

—¿Te pareció interesante? ¿Te gustó?

No contestó, sólo tapó su rostro con las manos. Sus cabellos parecían temblar cuando asintió. Su voz temblaba también. Me levanté

² *The Jungle*, de Upton Sinclair.

para sentarme en la cama, pero ella, ocultando la cara con sus manos tan negras como sus cabellos, huyó. En el pasillo seguía reinando el silencio. Las vetas del piso de madera, bañadas por la suave luz de luna, atrajeron mi mirada.

—María... Como si fuera una persona de carne y hueso. Se cayó en la nieve. Supongo que no estaba muerta. No morirá ¿verdad? Aquel médico no quiso tratarla sólo porque era pobre. ¡Je je! —reía en voz alta mientras las lágrimas rodaban por su cara.

—Yo también busqué un médico cuando mi madre enfermó. Pero ¿crees que quiso venir? Antes que nada me pidió que le pagara el transporte. Repuse que le daría el dinero en casa, pero que en ese momento teníamos que apurarnos, que ella podía morir. Pero ni así me hizo caso. Ya afuera me preguntó que a qué se dedicaba mi familia y si teníamos un taller de teñido. No sé por qué, al saber que mi familia se dedicaba al teñido, se regresó. Esperé, y al ver que no salía llamé a la puerta, pero me mandó regresar a mi casa, y dijo que no podía venir conmigo. Volví sola.

Se secó los ojos y continuó:

—Desde entonces tuve que cuidar a mis dos hermanos y dos hermanas pequeñas. Mi padre teñía los negros y los azules, y mi hermana mayor los rojos. Aquel invierno mi hermana se comprometió; su suegra vino a casa. Tan pronto vio a mi hermana gritó: “¡Cielos, tienes manos de asesina!”. A partir de aquello mi padre no permitió que teñéramos un solo color. Mis manos se ven negras, pero si las miras de cerca notarás un tono violeta. Las manos de mis hermanas menores son iguales que las mías.

—¿Estudian tus hermanas menores?

—No, yo voy a enseñarles. Pero no sé si estoy aprendiendo bien. Si no aprovecho la escuela me sentiré culpable ante ellas. Por un rollo de tela nos pagan treinta centavos. ¿Cuántos rollos crees que teñimos al mes? Por una camisa, grande o pequeña, pagan diez centavos, y todas las que llegan son grandes. Además, quita el dinero de los fósforos y las pinturas, ¿qué queda? Mi colegiatura les quitó el dinero de la sal. ¿Cómo puedo no esforzarme? ¿Cómo? —Extendió su mano y acarició de nuevo el libro.

Sin dejar de ver las vetas en el piso, pensé que sus lágrimas valían mucho más que mi compasión. Una mañana, antes de que empezaran las vacaciones de invierno, Wang Yaming estaba arreglando su valija. Sus demás pertenencias ya estaban atadas y apoyadas en la pared. Nadie se despidió de ella; ni siquiera le dijimos adiós. Cuando salimos de las habitaciones y pasamos por el banco que le servía de cama nos miraba como sonriendo o tal vez miraba a lo lejos. Gritando, corrimos por el pasillo, bajamos las escaleras y atravesamos el patio. Al llegar a la puerta del muro de la escuela, Wang Yaming nos alcanzó. Jadeante y con la boca abierta murmuró:

—Todavía no llega mi padre. Si puedo estudiar más, siquiera una hora, aprenderé más cosas.

Quizá nos hablaba. Cada materia de ese último día la hizo sudar. En la clase de inglés anotó las nuevas palabras escritas en la pizarra mientras las repetía por lo bajo, y hasta las aprendidas hacía tiempo, por más insignificantes que fueran, las apuntó en su cuaderno. En la clase de geografía le costó copiar el mapa que trazó la maestra. Parecía que cualquier cosa de ese último día fuera de vital importancia y debía dejar huella. Después de clases vi su cuaderno. Estaba lleno de errores, aquí faltaba una letra, allá sobraba otra. Estaba completamente desconsolada.

Esperó hasta la noche pero su padre no llegó. Otra vez tendió su cobija en el banco. Pero en esa ocasión, por única vez, se durmió temprano y con una calma profunda jamás vista en ella. Su pelo caía sobre la manta. Conforme respiraba sus hombros se relajaban y en esa ocasión no se veía ningún libro cerca de ella. A la mañana siguiente, cuando el sol escaló las ramas cubiertas de nieve y los pajaritos salieron de sus nidos, llegó su padre. Se paró junto a la escalera, descargó un par de botas de fieltro, y con la blanca toalla rodeada al cuello se secó los cristales de hielo de la barba.

—¿Reprobaste el examen? —Los cristales de hielo se derritieron y se fueron rebotando en cada escalón.

—No, todavía no empiezan los exámenes. Pero la directora me dijo que no necesitaba participar, porque no saldría aprobada.

El padre volteó la cara hacia la pared. La toalla colgada de su cinturón no se movió.

Wang Yaming arrastró sus pertenencias y regresó por la valija y la jofaina llena de tiliches. Devolvió los enormes guantes a su padre.

—No los necesito. Úsalos tú.

Las botas de fieltro del padre dejaron en el piso huellas de barro en forma de círculo. Como aún era temprano pocas alumnas los vieron. Entre risitas, Wang Yaming se puso los guantes.

—¡Ponte las botas! Aunque no estudies bien, tus pies no deben congelarse.

Desató la cuerda de cuero con que estaban atadas las botas. Wang Yaming se las puso; le llegaban a las rodillas. Se envolvió la cabeza con una tela blanca.

—Regresaré después de estudiar un tiempo en casa. Je je. —¿Se lo decía a sí misma o a nadie? Levantó la valija y preguntó:

—¿El carruaje nos está esperando fuera?

—¿Carruaje? ¿Qué carruaje? Caminaremos a la estación. Yo me encargaré de las bolsas.

Wang Yaming y sus botas pisaban con fuerza. El padre iba adelante sujetando los bultos con sus manos negras. Dos sombras alargadas por el sol de la madrugada salieron por el portal de la escuela. Yo miraba por la ventana; podía ver sus cuerpos pero no oír sus pasos, tan ligeros como sus sombras. Dejaron atrás la escuela y salieron al encuentro de los rayos del sol. El suelo blanco, como un enorme cristal roto en mil pedazos, entre más lejos, más resplandecía. Miraba el horizonte hasta sentir dolor en los ojos. Era por el brillo de la nieve.

Marzo de 1936.

TRADUCCIÓN DE
TU XIAOLING

A JIN, EL MAGNATE

Zhang Kangkang

1

El joven A Jin se hizo rico en los últimos años del siglo veinte. Al terminar la secundaria dejó de estudiar. No cursó la preparatoria porque aprobó casi por un milagro todas las materias, excepto matemáticas. Tenía talento e interés innato por los números. En su mente o con un lápiz, sin importar las cifras, en un abrir y cerrar de ojos, hacía operaciones complicadas sin ningún error. Sus amigos le aconsejaron:

—En lugar de estar de ocioso aprende algo del mercado de dinero. Eres muy bueno para las cuentas, si inviertes en la bolsa de valores tal vez te vaya bien.

A Jin encontró interesante esa sugerencia. Sus amigos le prestaron algo de dinero con el que A Jin pudo probar suerte en el mercado accionario. Nadie imaginó lo que sucedería. Tal parecía que el cerebro de A Jin estaba hecho para el mercado bursátil. Pasaba todo el día en la bolsa de valores. Al mediodía comía con prisa y por la noche dibujaba esquemas de variables.

Después de unas cuantas operaciones, los diez mil yuanes iniciales se multiplicaron varias veces. Por fortuna, el éxito no se le subió a la cabeza, al contrario. Siempre precavido y escrupuloso con las cuentas, les devolvió a todos el dinero que le habían prestado más los intereses, y los restantes ciento y tantos mil yuanes, sin atreverse a gastar ni un centavo en vano, los reinvertió en la bolsa. En pocos años convirtió en más de un millón. Estaba feliz, pero ni la expresión de su cara ni sus palabras reflejaban su dicha interior. Pensaba que si a los veinte años había podido ganar tanto dinero, su potencial para

hacer más era aún muy grande. El dinero debe producir dinero, esa es la regla elemental.

Aconsejado por alguien comenzó a estudiar las acciones de la clase “b” y luego los valores a plazos. Precavido y valiente a la vez tomaba rápidas decisiones para comprar o vender. A sus espaldas murmuraban:

—Que no nos oiga, pero A Jin no tiene educación.

Una vez le leyeron la mano, y el tarotista, viéndole la palma, le dijo que era un hombre muy afortunado con el dinero; que nadie, por más que intentara obstaculizar su éxito lo lograría. Dicho y hecho, en pocos años más, mientras los demás perdían, él, como las cigarras, abandonaba el caparazón y se colocaba en los sitios más altos. Siempre obtenía más que otros. Una vez ganó bastante en el mercado de plazos. Fue una cantidad definitivamente asombrosa. Según las estimaciones conservadoras de sus amigos, A Jin había amasado una fortuna millonaria, aunque el joven magnate apenas tenía veintinueve años.

Al comienzo del siglo veintiuno, A Jin, treintañero, de pronto se sintió aburrido, cansado y con el corazón vacío. ¡Tantos años dedicado exclusivamente a hacer dinero! ¿Cuándo acabaría? Empezaba a aborrecer esa vida. “El hombre hace dinero para poder gastarlo; aquel que sólo sabe hacerlo y no gastarlo, ¿no es acaso un imbécil?”. Pensó y pensó. Con toda seriedad reflexionó varios días y varias noches, hasta que finalmente decidió que siendo aún joven debía aprender a gozar la vida con clase y elegancia.

Así comenzó otra historia. A Jin pidió asesoría a sus amigos ricos sobre cómo gozar la vida con estilo. Estuvieron de acuerdo en que, entre los símbolos de riqueza, en primer lugar estaban una casa y un carro de lujo; luego una mujer bella, después estar inscrito en algún club deportivo y, por supuesto, aprender a jugar tenis o golf, etcétera, etcétera.

A Jin descubrió entonces que no era difícil gozar de la vida, pues esos requisitos se solucionaban con dinero. Rápidamente aprendió a manejar y, sin pensarlo mucho, se compró un Mercedes Benz S302. Luego, todo el día en su carro de lujo, recorría la ciudad en busca de

una casa elegante. Los fines de semana iba a los clubes de golf de la periferia para aprender a jugar. ¡Ah!, y además contrató a un instructor particular. Compró varios conjuntos de ropa deportiva de marca conocida y unos tenis que le costaron más de mil yuanes. No resultó muy buen alumno en el golf: no atinaba a mover la pelota o simplemente la lanzaba al vacío. Eso del golf no era nada divertido, le daba mucho menos placer que lo de las acciones. Tratar de meter con un palo una pelota en un hoyo era menos divertido que el billar o la pesca. Como nunca atinaba a los hoyos el instructor se impacientaba. Para encubrir su ineptitud, A Jin echó la culpa a los zapatos deportivos, pues le quedaban incómodos.

—¡Caray! ¡Más de mil yuanes tirados a la basura!

Sus palabras enfadaron al instructor. Después de muchas semanas no hubo ningún progreso. Al ver la apatía del instructor, A Jin prometió echarle más ganas y hasta le ofreció pagarle más con tal de aprender. Inesperadamente, el instructor explotó:

—¡No puedo enseñar a gente como tú; a ti no te gusta el golf, no comprendo para qué quieres aprender! ¡Búscate otro instructor!

A Jin, furioso, llamó al gerente del club y le exigió el reembolso de su dinero. Su respuesta fue:

—El golf no es para cualquiera. Proceda según su parecer.

A Jin no entendía cuál había sido su error. Se sentía simplemente desolado. Unos días después, en su Mercedes Benz S302, fue a la boda de un amigo. En el banquete, donde no conocía a nadie, escuchó a unas personas que estaban a su lado:

—Acabo de ver a uno que anda en un Mercedes. ¡Tonto! ¿No sabe que es un auto para ejecutivos? ¡Si lo trae para dárselas de fino, por lo menos debería tener chofer! ¿Qué corriente, no?

La cara de A Jin se puso más roja que el vino de las copas. Hasta entonces se enteró de que un coche privado y un auto ejecutivo no eran lo mismo. Aunque fuera carísimo no le daba más categoría. Otra vez se había equivocado.

—¡Soy realmente un imbécil! —pensó.

Por más dinero que tuviera, sin cultura ni educación, simplemente jamás sabría cómo gastarlo. ¡Qué estúpido!

A Jin regresó a casa. Tras recapacitar detenidamente decidió rodearse de amigos finos, con clase, para elevar su cultura, y así tenerlos cerca y consultarlos en cuestiones trascendentales.

2

Por medio de un amigo de otro amigo de alguien más, A Jin conoció maestros, artistas, escritores y periodistas. Los invitaba a los restaurantes más caros de la ciudad, los colmaba de regalos ostentosos. Su infinita generosidad y su admiración hacia las personas cultivadas le ganaron la simpatía de sus nuevas amistades. Todos se mostraban agradecidos:

—Cualquier cosa que necesites, sólo dínoslo.

Cuando al fin se sintió cómodo en su compañía, con mucho tacto les explicó que hacía tiempo que debía haberse casado y tenido hijos, pero que se había dedicado por muchos años a los negocios, descuidando el amor. Y después, una vez que tuvo mucho dinero, jamás supo qué tipo de mujer elegir. Desde la madrugada hasta altas horas de la noche, mujeres conocidas y desconocidas le telefoneaban sin parar. Era tan molesto que tenía que apagar el aparato o cambiar continuamente de número. ¿Cómo iba a saber si lo querían por él mismo o por su fortuna? Eso lo tenía realmente angustiado; tal vez por eso pensó que con la ayuda de esos amigos podía encontrar una novia culta y educada; no tenía que ser muy bonita, pero sí comprensiva y cariñosa, con sentimientos de justicia y no interesada en el dinero, sensible al arte, con buen gusto para la decoración, buena ama de casa, tierna e inteligente.

Ése era el tipo de mujer que él quería. Ya había sufrido bastante por culpa de las mujeres bonitas que dan su belleza a cambio de dinero; no quería saber de ellas. Sus palabras merecieron un caluroso aplauso de los presentes, que estuvieron de acuerdo en que el único hombre rico de toda la ciudad que no buscaba mujeres bonitas era A Jin.

Mujeres como a él le gustaban no había muchas, pero era seguro que le encontrarían alguna porque todos se empeñarían en esa tarea.

A Jin quedó conmovido. No pasó mucho tiempo para que el amigo de un amigo le presentara a una conductora de televisión. A Jin la había visto en la pantalla, por lo que, al presentarse, sintió que la conocía desde siempre, como si fuese una amiga de la familia. La joven, orgullosa, bella e inocente, vestía con elegancia y sus pláticas eran muy interesantes. Cuando se reunían, ella nunca hablaba de dinero. A Jin estaba contento.

Un día decidió llevarla a su elegante residencia recién estrenada. Estaba en un edificio de varias decenas de pisos con oficinas y departamentos en el centro de la ciudad. El suyo, recién remodelado, tenía doscientos metros cuadrados. Le había costado más de un millón de dólares. Como la cocina no le gustó, mandó retirarla y ordenó una nueva con materiales de primera. Los muebles de estilo antiguo eran de caoba y todas las lámparas importadas de Italia. Al meter la llave para abrir la puerta, su mano tembló. “Quizá se desmaye al ver tanto lujo”, pensó. Pero la reacción de la joven fue totalmente opuesta. Indiferente, se paseó por la casa sin manifestar nada, y antes de que pudiera ofrecerle una copa, la llamaron por el celular. Pretextando que tenía trabajo en los estudios salió apresuradamente. Nunca más apareció. A Jin estaba perplejo. ¿Ahora en qué metí la pata? Le habló al amigo de su amigo para pedirle que preguntara a la joven qué le había molestado, porque a él, ella le gustaba mucho. ¿Por qué lo habría desdeñado?

El amigo de su amigo trajo noticias. Aunque fue muy cortés y habló con muchos rodeos, A Jin comprendió todo. La joven había dicho que estaba enterada de que no era muy culto, pero que jamás habría imaginado que fuera tan corriente; que la decoración de su casa no era oriental ni era occidental, parecía circo. Por ningún lado había buen gusto. No le había gustado ni un sólo cuadro; el color de los muebles, las cortinas, las paredes, todo estaba mal. Además, en las repisas de los estantes había antigüedades falsas.

—Quizá sea muy rico —dijo ella—, pero no tiene idea de cómo gastar. Andar con alguien así sería perder mi tiempo. Además, los verdaderos ricos de hoy nunca elegirían una desabrida torre empresarial para vivir. Era evidente que ese hombre era, de plano, ¡un ordinario!

Escondiendo su enojo, A Jin se apresuró a preguntar:

—Bueno y, según ella, ¿dónde hay que vivir para tener clase? Si me alcanza el dinero compraré el lugar y lo arreglaré a su gusto.

El amigo, suspirando, le dijo:

—Los verdaderos ricos de esta ciudad viven en residencias de tipo occidental, que además deben ser de estilo antiguo de los años treinta. Desgraciadamente, es casi imposible conseguir una, pues esas casas viejas están repletas de gente.

La historia no termina aquí, pues A Jin ha puesto los ojos en una residencia antigua con jardín, llena de paz en medio del bullicio. Además ha contratado a un abogado, y sin escatimar recursos está decidido a obligar a los inquilinos a mudarse a edificios nuevos. Una vez que sea de él, si es necesario, la volteará al revés para remodelarla al estilo occidental, y reparará también el pasto del jardín. La voluntad de A Jin es muy firme, pues está decidido a convertirse en un magnate de categoría. Sueña que al vivir en una residencia occidental con jardín, un día seguramente encontrará a la esposa ideal.

Eso de residencia occidental antigua nos permite suponer que la historia de A Jin sucedió, y sigue sucediendo, en Shanghai.

TRADUCCIÓN DE
LILJANA ARSOVSKA

BIOGRAFÍAS

A Lai

Poeta y novelista nacido en 1959 en el distrito Maerkang, al noroeste de Sichuan. Esta región, poblada en su mayoría por tibetanos, se conoce históricamente como la Tierra de los Cuatro Caciques. A Lai se graduó en la Universidad Normal de Maerkang, ejerció la docencia durante cinco años, y desde 1982 es editor en jefe de la revista *El Mundo de la Ciencia Ficción*. En los años ochenta comenzó a escribir poesía y más adelante prosa. Siempre ha manifestado su deseo de tomar la literatura como una actividad para el tiempo libre. Entre sus obra destacan la novela *El polvo asentado* (o *Amapolas rojas*), galardonada en 1998 con el premio nacional de literatura Mao Dun, y la antología de ensayos *Los escalones de la Tierra*, del año 2000. La crítica literaria acogió con gran entusiasmo el novedoso estilo de A Lai, comparándolo con los grandes escritores internacionales de la corriente del realismo mágico. A Lai expresa detalladamente la psicología de sus personajes, su vida interna y sus sentimientos.

Bi Feiyu

Poeta nacido en 1964, en la provincia de Jiangsu. Después de vivir en el campo hasta la edad de quince años, se graduó en literatura en la Universidad Normal de Yangzhou. Ahí impartió clases durante cinco años, antes de emprender la carrera de periodista y escritor. Posteriormente inició su carrera como poeta; su trabajo en prosa se distingue por su sutileza y exquisitez poéticas. La novela *Atuendos verdes*, la historia de una cantante que ve su carrera teatral amena-

zada por una rival más joven, fue grabada para la radio y en formato digital por ser considerada una obra de delicada belleza poética. Desde mediados de los años ochenta ha publicado cuatro novelas y más de veinte libros de cuentos y poesía. Sus obras más reconocidas son *Maíz*, *Aquel verano*, *aquel otoño*; *Érase una vez en Shanghai*, *Secretos del camino* y *Una buena historia*, entre otras. En 1997 recibió el Premio Lu Xun en la categoría de cuento corto por “En la lactancia”. En 2003 y 2004, respectivamente, recibió el premio de la Sociedad del Cuento Chino por las novelas *Atuendos verdes* y *Maíz*. En varias ocasiones ha sido galardonado por las revistas y periódicos literarios de China. Sus obras se tradujeron al inglés, alemán, francés, holandés, japonés, coreano y, hasta ahora, al español. Actualmente vive en Nanjing.

Bi Shumin

Una de las escritoras más singulares y de gran influencia en el panorama literario actual de China, nació en Xinjiang, en 1952. A los diecisiete años ingresó al ejército y después de ejercer la carrera de medicina en un hospital estatal durante veinte años, se dedicó a la creación literaria. Recibió numerosos premios nacionales e internacionales, entre ellos el de Literatura Zhuang Zhongwen de 1989, el premio Cien Flores de 1990, 1992 y 1994, el de *China Times* de 1993, el de *United Daily News* de 1996, el de Literatura Juvenil de 2003 y el Beijing 2005 de Literatura. Entre sus obras más conocidas están “La receta roja”, “La psicóloga”, “Cita con la muerte” y “El atuendo celestial sin costuras”. En su obra, Bi Shumin logra reflejar la naturaleza mental, emocional y física de sus personajes. Actualmente es vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Beijing, médico titular, tiene un posgrado en Literatura y pertenece la Asociación de Escritores de China.

Chen Ran

Nació en junio de 1968, en el distrito de Hukou, provincia de Jiangxi. Se graduó en la Escuela Pedagógica Duchang en 1986 y trabajó como maestro y escritor. En 2004 ingresó a la Federación de Literatura y Arte de su provincia. Ha publicado más de ciento ochenta novelas cortas en diversas revistas literarias de China. Su colección de historias *Rueda feliz* fue seleccionada para formar parte de la colección “Libros de Estrecha Literaria del Siglo XXI”. Su única novela extensa se llama *Vida cotidiana del año 2003*. La mayor parte de su inspiración creativa proviene de sus experiencias de vida. Sus personajes son personas comunes, aunque principalmente jóvenes o adultos desprotegidos. Los protagonistas de sus novelas cortas son obreros, choferes, maestros, amas de casa, campesinos y niños pobres. A sus héroes y heroínas, aunque vulnerables ante la vida, los caracteriza el optimismo, la alegría, el humor y la inteligencia.

Chen Tong

Nació en Beijing; actualmente cursa el doctorado de Lógica en la Universidad Normal de Beijing. Ha publicado numerosas novelas breves y extensas sobre la vida de las mujeres en la China contemporánea. Entre sus publicaciones destacan: *Nadie sabe que eres un perro*, *¿Con cuántos amores se puede jugar?*, *La mano izquierda con la derecha*, y *El hielo tierno*, así como las colecciones de cuentos *Somos personas de madera* y *La línea dorada*. En sus personajes, Chen Tong revela el alma femenina.

Jiang Liming

Novelista nacido en 1953. Pertenece a la Asociación de Escritores de China, es director de la Asociación de Escritores de Jiangsu y redactor en jefe de sus publicaciones. Entre los premios obtenidos se cuentan el Prosa Binxin de 2003, el Premio Nacional de Reportaje de

2000, el premio al mejor libro en el marco del concurso Cinco Mejores Obras (libro, artículo, ópera, película y telenovela) de 1997, y el de Literatura Zijinshan de la provincia Jiangsu de 2000. Entre sus obras destacan *La guerra bonita*, *La sangre negra* y *El afortunado desgraciado*. Sus novelas y ensayos sobresalen por su belleza narrativa y la profundidad de pensamiento.

Liu Qingbang

Famoso escritor nacido en 1951 en la provincia de Henan, en el seno de una familia de campesinos y mineros. Fue minero antes de ser editor y periodista de “El reporte de carbón de China”. Su primera publicación es de 1978 y se unió a la Asociación de Escritores de Beijing en 1990. Este prolífero escritor ha recibido numerosos premios por su obra. Durante una entrevista, Lui Qingbang dijo que había publicado más de ciento setenta cuentos, veinte novelas cortas y cinco novelas. Sus obras *El zapato* y *El árbol místico* dieron origen a conocidas películas chinas. En esta última obra está basado el filme *El pozo ciego*, que recibió el Oso de Plata por su excelencia artística en el Festival Internacional de Cine de Berlín de 2003. *Las flores caídas*, *El minero*, y *La habitación conyugal* reflejan la vida en el campo y en las minas, donde el escritor pasó los años formativos de su niñez y juventud. Para Liu Qingbang, la literatura sólo tiene sentido “cuando la inspiración sale de las entrañas, de lo vivido en carne propia”.

Qiao Ye

Nació en la provincia de Henan en 1972. Desde el decenio de 1990 ha publicado un gran número de novelas y ensayos en muchas revistas de China. Con el cuento *Por un poco de calor*, publicado en 2005, despertó el interés del público lector de todo el país. Qiao Ye, “uno de los diez talentos jóvenes literarios de China”, pertenece a la Academia de Escritores de Henan, a la Asociación de Escritores de China,

y es investigadora del Instituto Literario Luxun. Ha publicado varias antologías de ensayos y cuentos, tales como *La linterna solitaria*, *Sentado a mi izquierda*, y *En medio del querer y el amar*.

Shi Tiesheng

Novelista (1951-2010) originario de Beijing. Se graduó en la Universidad de Tsinghua. En 1969 Shi fue un *zhiqing* —joven urbano—, a quien el movimiento Hacia la Montaña de la Revolución Cultural envió a una zona rural en Shaanxi. Después de un accidente que le paralizó, regresó a Beijing en 1972. Desde entonces peregrinó en un mundo paralelo, el de los inválidos. Su enfermedad se agravó, pero eso no le impidió continuar con sus estudios como autodidacta y especializarse en literatura. Comenzó a publicar en 1979, y en 1997 fue elegido vicepresidente de la Asociación de Escritores de Beijing. Dentro de su vasta producción literaria destacan las novelas *Mi lejána bahía Qingping*, *La vida en la cuerda*, *El diario de la casa vieja*, y *El pasado*, así como los ensayos “Ditan y yo”, “Ocurrencias de un enfermo”, y “El templo de la tierra”, considerado por el periódico *China Daily* como uno de los mejores ensayos de mejor prosa china del siglo veinte. Muchos de sus cuentos han recibido premios, y se tradujeron y publicaron en el extranjero. Su colección de cuentos de 1983, *Mi río lejano y claro de paz*, ganó el Premio Nacional de Cuento Excelente. En 1980, el director Tian Zhuangzhuang basó el cortometraje titulado *Nuestro rincón* en una historia de Shi. Para Shi Tiesheng sólo existe la invalidez del alma; la del cuerpo es pasajera y no impide vivir. Su pluma fue su espada en la lucha entre la vida y la muerte, entre la invalidez y el amor, entre el desamparo y la confianza. En palabras de Shi Tiesheng: “El escritor debe encontrar la literatura dentro de la literatura. En la literatura hay un enorme vacío, ocupado por el alma. De este vacío el escritor puede extraer inspiración ilimitada”.

Su Tong

Escritor nacido en Suzhou, en 1963. Tras graduarse en Letras en la Universidad Normal de Beijing en 1984, comenzó a trabajar como redactor en jefe de la revista *Zhongshan*, de Nanjing. Desde 1983 ha escrito más de doscientos relatos y varias novelas, entre las que destacan *La escapatoria de 1934*, con la que obtuvo reconocimiento entre los círculos literarios chinos; *Muchacho en el pozo*, *Hola criadores de ovejas*, *Guía para el divorcio*, *Arroz*, *Wu Zetian*, y *Mi vida como emperador*. Su obra más famosa es *La linterna roja* o *Esposas y concubinas*, llevada al cine por Zhang Yimou; entre los diez premios que obtuvo, destaca el León de Plata en el Festival de Venecia de 1991. El escenario elegido para *Un hombre casado*, uno de sus cuentos incluido en esta antología, es la crisis financiera de 1989 que arrasó con la economía de varios países asiáticos. La crítica lo ha considerado uno de los escritores más importantes de la literatura moderna de China.

Tang Xiaoling

Escritora nacida en 1957 en la provincia de An Hui. Se graduó en Economía en la universidad de esa provincia y trabajó como profesora asociada en la Universidad de Suzhou. Sus primeros trabajos se publicaron en 1982. Desde 1999 pertenece a la Asociación de Escritores de China. Entre su obra destacan las novelas *Las montañas verdes siguen igual*, *La mujer es bonita como la flor*, *Levantarse en los campos*, *La vida maravillosa*, *Tierra natal*, y *Los hombres no deben depender de nadie*. Por estas dos últimas obras, Tang Xiaoling recibió el premio nacional de Literatura.

Wang Meng

Destacado escritor nacido en Beijing en 1934. Durante sus años de escuela conoció la ideología comunista y, en 1949, se unió oficial-

mente a la Liga Juvenil Comunista. Desde 1955 ha publicado más de sesenta libros: novelas y colecciones de cuento, ensayo, poesía y crítica. Muchos de ellos se han traducido a veintiún idiomas. En 1956, Wang publicó un escrito polémico, *El recién llegado al Departamento organizacional*, en el cual narra en su estilo satírico característico el conflicto entre un joven entusiasta y la vieja burocracia. Esto causó un gran alboroto y, posteriormente, fue enviado a la provincia de Xinjiang para ser reformado, hasta 1979. Ahí aprendió el idioma uigur; más adelante su experiencia en este lugar se convertiría en parte del material para su obra. Se desempeñó como ministro de Cultura de China de 1986 a 1989, cargo al que renunció para ocupar la vicepresidencia de la Asociación de Escritores de China hasta la fecha. Entre su vasta producción literaria destacan *El herido*, *La mariposa*, *Piezas movibles*, y *El saludo bolchevique*. Wang ha recibido cuatro nominaciones al premio Nobel de Literatura. Con su obra procura exponer las peculiaridades de la mentalidad china.

Xiao Hong

Reconocida escritora nacida en la provincia Heilongjiang, al noreste de China, en 1911. A los diecinueve años, descontenta con el matrimonio impuesto por su padre, huyó de casa y empezó una vida errante. En octubre de 1933 publicó su primer cuento en una recopilación titulada *Excursión*. Durante un breve periodo produjo un gran número de obras literarias que exponen las injusticias de la vieja sociedad china. En 1934, en tan sólo unos meses, concluyó la novela *El campo de vida y muerte*, obra altamente apreciada por Lu Xun, maestro de la literatura moderna quien, en 1935, la publicó como parte de la colección *Esclavitud*. Posteriormente, Xiao Hong cultivó diversos géneros: cuento, ensayo y novela corta. La característica principal de su estilo es el realismo casi extremo. En 1940 se trasladó a Hong Kong, donde, basándose en sus memorias de la infancia, escribió su novela más exitosa, *Relatos del río Hulan*. Su frágil salud pronto empeoró, y a los treinta y un años falleció en Hong Kong, en 1942. Bastaron

ocho años para que su creación literaria enriqueciera enormemente la literatura moderna de China.

Zhang Kangkang

Escritora nacida en la ciudad de Hangzhou, en 1950. En 1969, durante la Revolución Cultural, fue enviada a la provincia del norte de Heilongjiang para trabajar y ser reeducada. Después de graduarse de la universidad, ha sido miembro de la Asociación de Escritores en la provincia de Heilongjiang desde 1979, donde desempeña diversos cargos hasta hoy. A partir de 1972 ha publicado un sinnúmero de novelas y novelas cortas. Entre sus obras destacan *El límite*, *Antología de cuentos de Zhang Kangkang*, *Verano*, y *La pagoda*. El principal tema de sus novelas es el respeto y valor de la vida. Todos sus personajes son gente que trabaja en el campo o en la ciudad, que camina por las calles y trata de encontrar su lugar en un entorno complejo.

Vidas. Cuentos de China contemporánea
se terminó de imprimir en febrero de 2013
en los talleres de Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.
Presidentes 189-A, col. Portales, 03020 México, D.F.
Portada: Pablo Reyna.
Tipografía y formación: Fidel Núñez Bespalova,
cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Vidas. Cuentos de China contemporánea es un arcoíris de escritores, personajes y lugares que dibujan la China de hoy desde una perspectiva cálida, humana y cotidiana. Detrás de los datos espectaculares de crecimiento económico y progreso en todos los rubros cuantificables, están las mujeres, los hombres y los niños de la ciudad y del campo. Las reformas emprendidas en 1979 beneficiaron a algunos y perjudicaron a otros, pero, sin lugar a duda, cambiaron la vida de todos.

Cui Qiang, la empleada de una transnacional, vive preocupada con su apariencia física; A Jin no sabe cómo gastar el dinero ganado en la bolsa de valores; Yang Bo opta por el suicidio ante la bancarrota de su negocio y de su vida como un hombre casado; Tian Zhiwen pasa la vida conspirando contra los vecinos mientras le busca un estacionamiento a su medio de transporte –la bicicleta–, y Wangwang espera el Año Nuevo chino y la visita de sus padres, que lo dejaron al cuidado del abuelo para ir a la ciudad a ganar el dinero que les permita pagar, más adelante, los estudios universitarios de su único hijo.

